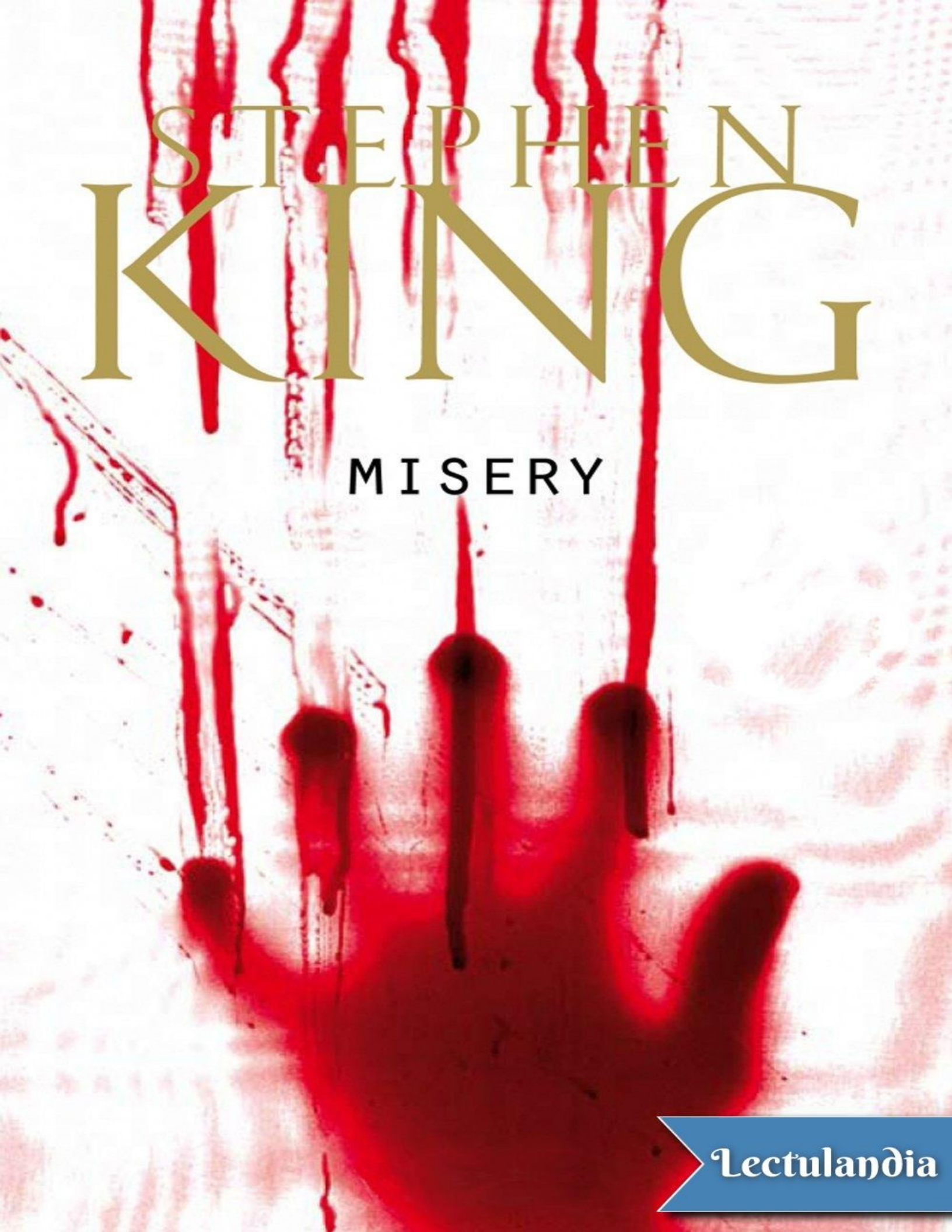
STEPHEN KING

MISERY



Lectulandia

Paul Sheldon es un escritor que sufre un grave accidente y recobra el conocimiento en una apartada casa en la que vive una misteriosa mujer, corpulenta y de extraño carácter. Se trata de una antigua enfermera, involucrada en varias muertes misteriosas ocurridas en diversos hospitales. Fanática de un personaje de una serie de libros que él ha decidido deja de escribir, está dispuesto a hacer todo lo necesario para "convencerlo" de que retome la escritura. Esta mujer es capaz de los mayores horrores, y Paul, con las piernas rotas y entre terribles dolores, tendrá que luchar por su vida. Un relato obsesivo y aterrador, que solo Stephen King podía ofrecernos.

Lectulandia

Stephen King

Misery

ePUB v2.1
Polifemo7 28.02.12

más libros en lectulandia.com

Título original: *Misery*
Diseño de la portada: Equipo de diseño editorial
Fotografía de la portada: © Photonica
Segunda edición en este formato: noviembre, 2003
Derechos exclusivos para España.
Prohibida su venta en los demás países del área idiomática.
© 1987, Stephen King, Tabitha and Arthur B. Green, Trustee
Reservados todos los derechos.
© de la traducción, María Mir
© 1988, Random House Mondadori, S. A. Travessera de Gracia, 47-49. 08021 Barcelona
ISBN: 84-9759-535-1 (vol. 102/14)
Depósito legal: B. 48.416 - 2003
Fotocomposición: Alfonso Lozano
Impreso en: Novoprint, S. A.
Energia, 53. Sant Andreu de la Barca (Barcelona)

Para Stephanie y Jim Leonard. Ellos saben por qué.
Vaya si lo saben.

diosa
África

Quiero agradecer la colaboración de tres profesionales de la medicina que me asistieron en los datos objetivos de este libro:

Russ Dorr, auxiliar de farmacia.

Florence Dorr, enfermera diplomada.

Janet Orday, doctor en psiquiatría.

Como siempre me ayudaron en cosas que pasan inad vertidas. Si el lector encuentra algún error notorio, asumo toda la responsabilidad.

No existe, por supuesto, ningún medicamento llamado Novril, pero sí varios fármacos similares con codeína. Es lamentable que las farmacias de los hospitales y dispensa rios médicos no observen las debidas precauciones en el almacenaje de estas drogas, teniéndolas bajo llave y con troladas mediante estricto inventario.

Los lugares y los personajes que aparecen en este libro son ficticios.

S. K.

I
Annie

Cuando miras al abismo, el abismo también te mira a ti.

FRIEDRICH NIETZSCHE

1

smbrrra cunndo
stsssen smbrrr cunnndo
Ijjjossstcunndo
Esos sonidos surgían de la niebla.

2

Algunas veces, los sonidos, como el dolor, se desvanecían y entonces quedaba sólo aquella bruma. Recordaba la oscuridad, la sólida oscuridad que la había precedido. ¿Eso significaba que estaba mejorando? ¿Hágase la luz, aunque esté brumosa? Pero la luz era buena… Así una y otra vez… ¿Existían esos sonidos en la oscuridad? No encontraba respuesta a esas preguntas. ¿Tenía sentido hacérselas? Tampoco a esto podía responder.

El dolor se hallaba en alguna parte bajo aquellos rumores. Al este del sol y al sur de sus oídos. Eso era cuanto sabía.

Por un tiempo que le pareció muy largo, y lo *fue* porque el dolor y la neblina

tormentosa eran la única realidad, esos sonidos constituyeron todo su mundo. Ignoraba quién era y dónde se encontraba. No le importaba ni lo uno ni lo otro. Deseaba estar muerto, aunque, en aquella dolorosa bruma que ocupaba su mente como una nube tormentosa de verano, no sabía que lo deseaba.

A medida que pasaba el tiempo, se iba percatando de que había cíclicos períodos indoloros. Por primera vez desde su salida de aquella oscuridad total que precedió a la bruma, surgió un pensamiento independiente de su situación actual. Se trataba de un pilote roto que sobresalía de la arena en Revere Beach, adonde sus padres solían llevarlo de niño. Él siempre insistía en que extendiesen la toalla donde pudiera observar aquel pilote que le parecía la zarpa de un monstruo enterrado. Le gustaba sentarse y ver cómo la marea subía hasta cubrirlo. Horas más tarde, cuando se habían consumido los bocadillos, la ensalada de patata y las últimas gotas de Kool-Aid del gran termo del padre, poco antes de que la madre advirtiese que era hora de recoger y marcharse a casa, el extremo superior corroído del pilote volvía otra vez a aparecer. Al principio sólo se vislumbraba un instante entre las olas, luego iba destacándose cada vez más. Cuando las sobras habían sido depositadas en el gran cubo con el típico rótulo de CONSERVA LIMPIA TU PLAYA, los juguetes de Paulie estaban ya guardados…

«Paulie soy yo, y esta noche mamá me pondrá aceite Johnson's en las quemaduras del sol», pensó dentro del ojo de tormenta en el que ahora vivía.

… y las toallas se habían plegado otra vez, el pilote se veía ya casi por completo con sus lados oscuros cubiertos de limo y rodeados de una espuma jabonosa. Era la marea, según su padre le explicaba; pero él sabía que era el pilote. La marea iba y venía; el pilote permanecía, aunque algunas veces no se viera. Sin pilote, no había marea.

Este recuerdo giraba y giraba, enloquecedor, como una mosca pertinaz. En las tinieblas, luchaba por comprender su significado; pero los sonidos le interrumpían una y otra vez.

Ijjjosss tu cunndo
rrrrrrojjjo todo
smbrrra cunnndo

En ciertas ocasiones, los sonidos se detenían. Otras, se detenía *él.*

Su primer recuerdo claro de su *ahora,* el que estaba fuera de la bruma

tormentosa, fue el haberse detenido, el haberse percatado súbitamente de que ya no podía dar un paso más. Y eso estaba bien, muy bien, magnífico. Podía soportar el dolor hasta cierto punto; pero todo tiene un límite, y se alegró de haberse retirado del juego.

Entonces surgió una boca unida a la suya, una boca inequívocamente de mujer a pesar de sus labios duros y secos, y la boca de esa mujer sopló sobre la suya y atravesó su garganta inflándole los pulmones, y cuando los labios se retiraron, olió a su salvadora por primera vez, recibió la corriente que ella le había introducido a la fuerza del mismo modo en que un hombre puede introducir una parte de sí mismo en el cuerpo de una mujer que no lo desea. Era un hedor horrible, mezcla de galletas de vainilla con helado de chocolate, salsa de pollo y mantequilla de cacahuete derretida.

Escuchó una voz que gritaba:

—¡Respira, maldita sea! ¡*Respira*, Paul!

Aquellos labios volvieron a apretarse contra los suyos. Otra vez el aliento entró a través de su garganta. Era semejante a la húmeda ráfaga de viento que sigue al paso rápido de los vagones del metro arrastrando hojas de periódico y envolturas de golosinas… Los labios se retiraron y él pensó: «Por el amor de Dios, no dejes que se te escape por la nariz.» Pero no pudo evitarlo…

—¡Respira, jodido bastardo! —chillaba la voz invisible.

Pensó: «Haré cualquier cosa, pero por favor no vuelva a echarme su aliento; no me infecte.» Pero los labios de aquella mujer ya estaban de nuevo sobre los suyos, labios tan secos y muertos como tiras de cuero salado. Y otra vez ella volvió a violarlo con su hálito apestosos.

Cuando ella retiró sus labios, él no dejó que se le escapase el aire, sino que lo retuvo mediante una profunda inhalación. Luego lo exhaló. Esperó a que su pecho subiese naturalmente como lo había hecho durante toda su vida sin necesidad de ayuda. Pero no lo logró, aspiró otra vez una bocanada profunda y entonces sí… volvió a respirar por su cuenta y con toda la rapidez que pudo para librarse del olor y el sabor de la mujer.

Nunca hasta entonces le había sabido tan bien el aire normal.

Empezó a sumergirse otra vez en la bruma; pero, antes de que el mundo oscurecido desapareciese por completo, oyó la voz de la mujer:

—¡Vaya! Estuvo cerca.

«No lo bastante cerca», pensó él, y se durmió.

Soñó con el pilote; lo veía tan real que le parecía poder alargar la mano y tocar su curva y resquebrajada superficie verdinegra.

Cuando volvió a la semiconsciencia, pudo relacionar el pilote con su situación actual. La imagen pareció flotar hacia sus manos. El dolor no era cíclico (ésa fue la lección de un sueño que era, realmente, un recuerdo) sino que *parecía* ir y venir. Como el pilote, unas veces cubierto y otras visible, pero siempre presente.

Cuando el dolor no le acosaba a través de la gris bruma, se sentía calladamente agradecido, pero ya no se engañaba: el dolor seguía allí esperando volver. Y no había *un* pilote, sino *dos*, y eran una misma cosa con el dolor, una parte de sí mismo. Supo, mucho antes de tener conciencia de ello, que los pilotes derruidos eran sus propias piernas destrozadas.

Pero tendría que pasar mucho tiempo antes de que consiguiese romper la seca espuma de saliva que había sellado sus labios. Cuando lo logró al fin, murmuró:

—¿Dónde estoy?

La mujer se hallaba sentada en el borde de la cama con un libro en las manos. El nombre del autor era Paul Sheldon. Lo reconoció sin sorpresa, pues era su nombre.

—Sidewinder, Colorado —contestó ella— Me llamo Annie Wilkes, y soy…

—Ya lo sé —la interrumpió—. Usted es mi fan número uno.

—Sí —asintió sonriendo—, eso es exactamente lo que soy.

3

Oscuridad. Luego el dolor de la bruma. Después, la certeza de que, aunque el

dolor era constante, algunas veces quedaba mitigado como por un transitorio acuerdo de alivio. El primer recuerdo real: detenerse, verse violado por el aliento apestoso de aquella mujer… y devuelto a la vida por aquella violación.

Siguiente recuerdo real: los dedos de la maldita mujer metiéndole en la boca algo parecido a cápsulas Contac sólo que, como no había agua, no pudo tragarlas y se deshacían en su boca, dejándole un gusto amargo semejante al de la aspirina. Le hubiese gustado escupir, pero sabía que era mejor no hacerlo, porque ese gusto amargo era el que provocaba la marea alta que cubría el pilote. «Pilotes y más pilotes. No… sólo hay dos», pensó en silencio.

Se convenció de que habían desaparecido.

El dolor volvía a intervalos sucesivos; luego parecía desgastarse, como debió de hacerlo el pilote de Revere Beach, porque nada es eterno, aunque de niño él se hubiese burlado de semejante herejía. Las cosas del mundo exterior empezaron a chocar violentamente hasta que la realidad objetiva, con toda su carga de recuerdos, experiencias y prejuicios, pudo restablecerse. Él era Paul Sheldon, autor de novelas de dos tipos: buenas y best-sellers. Se había casado y divorciado dos veces. Fumaba demasiado, o lo hacía antes de todo aquello, fuese lo que fuese «todo aquello». Le había ocurrido algo terrible, pero aún estaba vivo. Aquella bruma oscura empezó a disiparse cada vez más aprisa. Aún había de pasar un tiempo antes de que su fan número uno trajese su vieja Royal de mueca sonriente y voz de Ducky Daddles, pero Paul comprendió mucho antes que estaba metido en un problema de todos los demonios.

4

La parte de su mente capaz de percibir la vio antes de que él supiese que la había visto y seguramente la comprendió mucho antes de que supiese que la

estaba comprendiendo. ¿Por qué, si no, asociaba esa mujer a imágenes tan tétricas y ominosas? Le recordaba los ídolos venerados por supersticiosas tribus africanas que aparecían en las novelas de H. Rider Haggard; le hacía pensar en piedras; y le obligaba a meditar sobre el destino de la muerte.

La imagen de Annie Wilkes como la de una divinidad africana salida de *Ella* o de *Las minas del rey Salomón*, resultaba a un tiempo ridicula y extremadamente acertada. Era una mujer corpulenta que, aparte de su abultado pecho, voluminoso pero inhóspito, que cubría una rebeca gris, parecía carecer de toda curva femenina. No había ninguna redondez en sus caderas ni en sus nalgas, ni siquiera en las pantorrillas que asomaban bajo la sucesión interminable de faldas de lana que acostumbraba llevar. Para hacer los trabajos del exterior, se retiraba a su misterioso cuarto y se ponía un pantalón. Su cuerpo era grande, pero no generoso. Daba la sensación de estar hecho de peñascos, sin orificios acogedores, ni siquiera espacios abiertos ni zonas flexibles.

Le producía una impresión perturbadora de solidez, como si no tuviese vasos sanguíneos, ni siquiera órganos internos, y estuviera hecha de una pieza, una Annie Wilkes maciza de pies a cabeza. Cada vez se convencía más de que sus ojos, que parecían dotados de movimiento, estaban en realidad pintados en la cara y que sólo se movían como los ojos inertes de esos retratos que parecen seguir a quien los mira a cualquier parte de la habitación. Tenía la impresión de que si trataba de meterle los dedos por la nariz, no avanzaría más de dos centímetros antes de encontrar un obstáculo desagradablemente blando. Hasta su rebeca gris, sus esperpénticas faldas y los gastados pantalones que utilizaba en sus trabajos exteriores parecían formar parte de un cuerpo sólido, fibroso y sin fisuras. Por tanto, no era sorprendente que aquella mujer pareciera un ser grotesco extraído de una novela exótica. Y como tal, provocaba una inquietud que se intensificaba gradualmente, hasta llegar al terror.

No obstante, eso no era del todo justo. No sólo infundía terror, sino que también le proporcionaba las pastillas que traían la marea y cubrían los pilotes.

Los pilotes eran la marea. Annie Wilkes encarnaba la presencia lunar que se los metía en la boca. Le traía dos comprimidos cada seis horas, anunciándose al principio sólo a través de un par de dedos que se introducían en su boca. Aprendió muy pronto a chupar ávidamente aquellos dedos a pesar del gusto amargo. Luego apareció con su rebeca y una de aquellas faldas ridiculas, casi

siempre con la edición de bolsillo de una de sus novelas bajo el brazo. Por la noche se le aparecía con una bata rosa deshilacliada y la cara embadurnada de una especie de crema. Sin necesidad de ver el tarro, adivinaba cuál era su ingrediente esencial: el olor repugnante de la lanolina lo delataba. Lo sacaba del sopor espeso de sus sueños. Las cápsulas en la mano y la luna granujienta de su rostro eran definitivas para despertarlo.

Al cabo de un tiempo, cuando el miedo se hizo demasiado intenso para ignorarlo, descubrió con qué lo estaba alimentando. Era un analgésico llamado Novril con una fuerte base de codeína. La razón por la cual no tenía que llevarle el orinal con frecuencia no consistía en la dieta de líquidos y gelatinas con que lo mantenía (al principio, cuando envuelto en la bruma, lo había alimentado por vía intravenosa), sino en el estreñimiento que causaba el Novril. Otro efecto secundario, de naturaleza algo más seria, era las dificultades respiratorias que causaba en pacientes sensibles. No era el caso de Paul, a pesar de haber sido un fumador empedernido durante casi dieciocho años; sin embargo, le había ocasionado problemas al menos en una ocasión. Fue cuando le practicó el boca a boca. Podría haber sido un mero accidente, pero más adelante llegó a sospechar que ella había estado a punto de matarlo con una sobredosis del maldito producto. Ignoraba lo que estaba haciendo; aunque ella estaba convencida. Esa era otra de las cosas de Annie que le asustaban.

Unos diez días después de haber salido de la bruma oscura, descubrió otras tres cosas casi al mismo tiempo. La primera, que Annie poseía una gran cantidad de Novril; en realidad, tenía muchísimas clases de droga. La segunda, que se hallaba «enganchado» al Novril. La tercera, que Annie Wilkes estaba bastante loca.

5

La oscuridad había precedido al dolor y a la bruma tormentosa. Empezó a recordar lo que había sucedido a medida que ella se lo explicaba. Eso fue poco después de formular la típica pregunta de alguien que acaba de despertar, a la que ella respondió comunicándole que se encontraba en la pequeña ciudad de Sidewinder, Colorado, agregando después que había leído sus ocho novelas al menos dos veces y que sus favoritas, las de la saga de Misery, las había leído cuatro, cinco, e incluso seis veces. Todo cuanto deseaba era que él pudiese escribirlas más deprisa. Dijo que apenas podía creer que su paciente fuese el verdadero Paul Sheldon a pesar de haber visto su identificación en la cartera.

—Por cierto, ¿dónde *está* mi cartera? —le preguntó.

—No se preocupe, la tengo yo —contestó ella, y su sonrisa se apagó de repente, transformándose en una mueca desagradable, pues era como descubrir una profunda grieta en la tierra, casi oculta bajo flores estivales en medio de un prado sonriente—. ¿Cree que le he quitado algo?

—No, por supuesto que no. Lo que ocurre es que… Bueno… «El resto de mi vida está en esa cartera —pensó— Mi vida fuera de esta habitación. Lejos del dolor. Ajena a esta forma mortecina de transcurrir el tiempo, que se estira como el chicle que un niño se saca de la boca cuando está aburrido. Porque así es una hora antes de que llegue la cápsula.»

—¿Qué ocurre, señor mío? —le apremió a seguir.

Él observaba, alarmado, cómo la estrecha mirada se le oscurecía. La grieta se extendía como si se estuviese produciendo un terremoto bajo sus cejas. Podía oír el gemido agudo y persistente del viento en el exterior e imaginó de repente que la mujer lo cogía y se lo cargaba al hombro como un saco lanzado sobre un muro de piedra, sacándolo a la intemperie y tirándolo a un agujero en la nieve. Allí moriría congelado, pero antes sus piernas latirían inútilmente.

—Lo que ocurre es que mi padre solía decir que no quitase el ojo de la cartera —respondió, sorprendido por la facilidad con que había mentido.

Su padre se había dedicado a no prestarle más atención de la estrictamente necesaria y, hasta donde podía recordar, sólo le había ofrecido un consejo en su vida. En su decimocuarto cumpleaños, le había regalado un preservativo Red Devil metido en un sobrecito plateado. «Guárdate eso en la cartera —dijo Robert Sheldon—, y si te excitas mientras te morreas en el cine, tómate un segundo antes de que se te vaya el santo al cielo para meterte esto. Ya hay demasiados

bastardos en el mundo y no quiero que tengas que enrolarte en el Ejército a los dieciséis años.»

—Me dijo tantas veces que no le quitase el ojo de encima a la cartera que se me quedó grabado para siempre —continuó Paul—. Si la he ofendido, lo siento de veras.

La mujer se relajó. La grieta se cerró. Las flores de verano cabecearon otra vez alegremente. Pensó que podría introducir la mano a través de esa sonrisa sin encontrar otra cosa que una blanda oscuridad.

—No me ha ofendido. Está en un lugar seguro. Espere, tengo algo para usted.

Se fue y regresó con un humeante plato de sopa en el que flotaban algunas verduras. Era suave, pero sólido. No pudo comer mucho, aunque sí más de lo que supuso que comería.

Mientras tomaba la sopa, ella le explicó lo que había pasado y él fue recordándolo todo. Pensó que, al menos, era bueno saber cómo había acabado con las piernas destrozadas. Pero se estaba enterando de un modo que le resultaba desagradable; era como si él fuese el personaje de una narración o de una obra de teatro, un personaje cuya historia no se cuenta como tal, sino que se recrea como ficción.

Ella había ido en el jeep a Sidewinder a comprar alimentos para el ganado y unas cuantas provisiones… y por supuesto, a mirar los libros nuevos en Wilson's Drug Center. Eso había ocurrido el miércoles de hacía casi dos semanas y las novedades editoriales siempre llegaban los martes.

—Estaba realmente pensando en usted —dijo, metiéndole en la boca cucharadas de sopa y limpiándole luego lo que le caía por las comisuras—. Eso es lo que convierte el asunto en una notable coincidencia, ¿no le parece? Yo esperaba que *El hijo de Misery* saliera finalmente en edición de bolsillo; pero no tuve esa suerte.

Explicó que se aproximaba una tormenta, pero que hasta el mediodía el parte meteorológico había pronosticado confiadamente que se desviaría hacia el Sur, hacia Nuevo México y Sangre de Cristo.

—Sí —corroboró él, recordándolo—, dijeron que iba a desviarse. Por eso salí…

Trató de mover las piernas y el resultado fue una horrible laguna de dolor

que le arrancó un quejido.

—No haga eso —le aconsejó ella— Si hace hablar a sus piernas, luego no se le callarán… y ya no puedo darle más cápsulas hasta dentro de dos horas. Creo que ya le he suministrado demasiadas.

«¿Por qué no estoy en un hospital?» Ésta era la pregunta que quería hacer, pero no estaba seguro de que fuese la que tanto él como ella querían escuchar. Todavía no…

—Cuando llegué a la tienda de piensos, Tony Roberts me dijo que sería mejor que regresara enseguida si quería llegar antes de que cayese la tormenta, y yo le dije…

—¿A qué distancia estamos de esa ciudad? —la interrumpió.

—A varios kilómetros —le respondió vagamente mirando hacia la ventana.

Hubo una extraña pausa y Paul se asustó de lo que veía en su rostro: la vacuidad negra de una grieta oculta en un prado alpino, una oscuridad en la que no crecían las flores y en la que una caída sería casi eterna antes de llegar al fondo. Era la cara de una mujer temporalmente desligada de sus principios y de los hitos de su vida, una mujer que no sólo había olvidado los recuerdos que estaba contando, sino la existencia misma del recuerdo. Él visitó años atrás un manicomio, cuando se estaba documentando para escribir *Misery,* el primero de los cuatro libros que constituían su principal fuente de ingresos desde hacía ocho años, y allí había visto esa mirada o, con más precisión, esa «no mirada». La palabra que definía aquel estado era «catatonía», pero lo que más le había horrorizado no tenía una definición precisa, era más bien una vaga comparación. En aquel momento, le pareció que los pensamientos de la mujer se habían convertido en lo que él imaginaba que era su ser físico: sólido, fibroso, compacto, sin articulaciones.

De pronto, poco a poco, su rostro se aclaró. Los recuerdos parecieron volver a él lentamente.

Sí, su memoria parecía recuperarse de un largo período de inactividad, como un aparato eléctrico calentándose después de mucho tiempo, como una tostadora o tal vez como una manta eléctrica.

—Le dije a Tony que la tormenta giraría al Sur.

Al principio hablaba despacio, pero las palabras fueron alcanzando una cadencia normal, llenándose del brillo de la conversación. Para entonces, él ya

estaba alerta. Todo cuanto ella decía era bastante extraño, no tenía mucho sentido. Escuchar a Annie era como escuchar una canción mal interpretada.

—Pero él cambió de parecer. «Bueno (dije yo), será mejor que me largue de aquí.» Entonces, él dijo: «Yo me quedaría en la ciudad, señorita Wilkes. Acaban de informar por la radio que va a ser una gran tormenta y que nadie está preparado.» Pero yo tenía que regresar porque no dispongo de nadie que alimente a los animales. Los vecinos más cercanos son los Roydman, y se encuentran a varios kilómetros de distancia. Además, a los Roydman no les caigo bien.

Mientras decía la última frase le dirigió una mirada de complicidad y, como él no respondió, golpeó la cuchara contra el borde del plato en un gesto perentorio.

—¿Ha terminado?

—Sí, no puedo más, gracias. Estaba muy bueno. ¿Tiene mucho ganado?

«Porque, si lo tiene —estaba pensando—, eso significa que alguien le debe ayudar.» Un empleado, al menos. La palabra exacta era «ayuda». Sí, ahí estaba la clave, y él había notado que no llevaba alianza.

—No mucho —le respondió—. Media docena de gallinas, dos vacas y *Misery.*

Él parpadeó y la mujer se echó a reír.

—Pensará que no ha sido muy correcto poner a una marrana el nombre de esa hermosa y valiente mujer que usted creó. Pero ése es su nombre. Yo… no tenía intención de faltarle al respeto. —Meditó un momento y luego añadió—: Es muy cariñosa. —Arrugó la nariz y por unos instantes pareció transformarse en un auténtico cerdo emitiendo ruidos guturales—: *Ggnn, ggnn, ggnn.…*

Paul la miró con los ojos muy abiertos.

Ella no lo notó. Se había perdido otra vez con la mirada pensativa y sombría. No tenían más luz que la de la lámpara de la mesita de noche, reflejándose en ellos tenuemente.

Al fin, ella reemprendió el relato:

—Llevaba unos ocho kilómetros recorridos cuando empezó a nevar. Fue muy rápido. Aquí arriba la nieve cae de golpe. Avancé lentamente con las luces encendidas y entonces vi su coche volcado a un lado de la carretera. —Lo miró reprobadora—. Usted no llevaba las luces encendidas…

—Me cogió por sorpresa —dijo, acordándose en ese momento de que la tempestad se le había echado encima de pronto. Lo que todavía no recordaba era que estaba borracho.

—Paré —siguió la mujer—. De haber sido en una cuesta, quizá no lo hubiese hecho. Ya sé que no es muy cristiano, pero había unos ocho centímetros de nieve y ni con un jeep se puede estar seguro en esas condiciones. Es más fácil decirse a sí misma: «Bueno, a lo mejor salieron y alguien los recogió…», o algo así. Pero estaba en lo alto de la tercera colina después de la casa de los Roydman y es un llano bastante largo; así que aparqué y en cuanto salí escuché gemidos. Era usted, Paul.

Le sonrió con una extraña expresión maternal.

Por primera vez, el pensamiento afloró con claridad a la mente de Paul: «Estoy en peligro. Esta mujer está loca.»

6

Durante unos veinte minutos ella siguió hablando, sentada junto a él en lo que podía ser la habitación de huéspedes. Mientras el organismo de Paul asimilaba la sopa, el dolor volvió a surgir en sus piernas. Se esforzó inútilmente por concentrarse en lo que ella decía. Su mente se había dividido. Por un lado escuchaba el relato de cómo su salvadora lo había arrastrado sacándole de su Camaro del setenta y cuatro.

Pero el dolor latía cada vez con más fuerza, como un par de viejos pilotes resquebrajados que empezaban a insinuarse entre las elevaciones de la marea baja. Por otro lado se veía en el Hotel Boulderado terminando su última novela que, afortunadamente, no contaba en su reparto con Misery Castain.

Había razones de toda índole para no volver a escribir sobre Misery, pero una, férrea e inmutable, pesaba sobre las demás. Misery por fin estaba muerta. Había muerto cinco páginas antes del final de *El hijo de Misery.* Todo el mundo debió de llorar en la casa cuando aquello ocurrió, aunque las lágrimas que corrieron por las mejillas de Paul habían surgido de una risa histérica.

Al terminar el nuevo libro, una novela contemporánea sobre un ladrón de coches, se había acordado de escribir el último párrafo de *El hijo de Misery.* «Así que Ian y Geoffrey abandonaron juntos el jardín de la iglesia sosteniéndose mutuamente en su dolor, decididos a encontrar de nuevo el sentido de sus vidas.» Mientras escribía, se reía de tal manera que cometió diversos errores. Había tenido que retroceder varias veces. Por suerte, contaba con la cinta correctora de la IBM. Al escribir la palabra «FIN», empezó a dar saltos por la habitación del Hotel Boulderado gritando: «¡Libre! ¡Por fin libre! ¡Dios todopoderoso, ya soy libre! ¡Esa perra estúpida está en la tumba!»

La nueva novela se llamaba *Automóviles veloces,* y al terminarla no se había reído. Se quedó un momento frente a la máquina pensando: «Tal vez acabas de ganar el American Book Award, amigo mío.» Entonces había cogido…

—Una magulladura en la sien derecha; pero no parecía nada serio. Eran sus piernas… Me di cuenta enseguida, aunque ya oscurecía, de que sus piernas no estaban…

… el teléfono y había llamado al servicio de habitación para pedir una botella de Dom Pérignon. Recordó cómo la había esperado caminando de un lado a otro en aquella habitación en la que había terminado todos sus libros desde 1974. Recordó haber dado cincuenta dólares de propina al camarero y haberle preguntado por el parte meteorológico. Recordó cómo el camarero, aturdido, complacido y sonriente, le había explicado que la tormenta que se dirigía hacia ellos en esos momentos, se desviaría al Sur, hacia Nuevo México. Recordó la sensación helada de la botella y el discreto sonido del corcho al liberarse. Recordó el gusto seco y áspero de la primera copa y la búsqueda en su maleta del pasaje a Nueva York. Recordó que de repente, bajo el entusiasmo del momento, había decidido…

—… que mejor era traerle a casa enseguida. No fue fácil subirlo al camión, pero soy una mujer corpulenta, como habrá notado, y tenía un montón de mantas en la parte trasera. Así que lo metí y lo tapé; en aquel momento, a pesar de la oscuridad y todo eso, pensé que su cara me resultaba familiar. Creí que a lo mejor…

… sacar su viejo Camaro del aparcamiento y, en vez de meterse en el avión, conducir hacia el Oeste. ¿Qué demonios había en Nueva York? Sólo una casa vacía y fría, inhóspita, tal vez desvalijada. «¡Que se joda! —pensó bebiendo champán—. ¡Vete al Oeste, jovencito, al Oeste!» La idea era tan alocada que tenía sentido. Sólo se llevó una muda de ropa y su…

—… encontré su maleta y también la llevé al camión; pero no vi nada más y tenía miedo de que usted muriese, así que puse en marcha la vieja *Bessie* y…

… manuscrito de *Automóviles veloces* y se lanzó a la carretera hacia Las Vegas o Reno, o tal vez hasta la ciudad de Los Ángeles. Al principio, aquella idea le pareció un poco estúpida, era como un viaje que quizá habría emprendido el joven de veinticuatro años que era cuando vendió su primera novela; sin embargo, tal vez no era apropiado para un hombre con dos más sobre su

cuadragésimo aniversario. Tras algunas copas más de champán la idea ya no se le antojó descabellada. Le pareció honrosa. Parecía una especie de gran odisea a alguna parte, un modo de familiarizarse de nuevo con la realidad después del tránsito a través del terreno ficticio de su novela. Así que se había metido…

—… ¡como una luz que se apaga! ¡Estaba segura de que moriría…! ¡Quiero decir, que estaba bastante segura! Así que saqué la cartera del bolsillo de su pantalón, busqué su carné de conducir y vi su nombre, Paul Sheldon. Al principio pensé: «Debe de ser una coincidencia», pero la fotografía del carné también se parecía a usted. Me sobresalté y tuve que sentarme ante la mesa de la cocina. Creí que me iba a desmayar. Al cabo de un rato, empecé a pensar que tal vez la fotografía también era una coincidencia. Ya sabe, esas instantáneas nunca se parecen al original; pero hallé por casualidad un carné de la Asociación de Escritores y otro del PEN. Por tanto, supe que usted estaba…

… en un apuro cuando la nieve empezó a caer; pero se detuvo en el Bar Boulderado y le dio a George veinte dólares más para que le proporcionara otra botella de Dom, que bebió mientras se deslizaba por la 1—70 hacia las Rocosas bajo un cielo plomizo; se desvió de la autopista al este del túnel Eisenhower porque las carreteras aparecían desiertas y secas. La tormenta se dirigía al Sur y además, aquel maldito túnel lo ponía nervioso. Había estado escuchando una vieja cassette de Bo Diddley y no puso la radio hasta que el Camaro empezó a patinar seriamente y se dio cuenta de que no se trataba de una simple borrasca, sino de una auténtica tormenta que no se estaba desviando al Sur, sino que se dirigía directamente hacia él y que estaba a punto de complicarle la existencia…

Pero había bebido lo suficiente para creer que podía salir del asunto conduciendo. Así que, en vez de parar en Cana y buscar refugio, había seguido adelante. Recordaba que la tarde se había convertido en una lente cromada de un gris desvaído. El efecto del champán había empezado a desvanecerse y recordó el momento en que se inclinó hacia adelante para coger sus cigarrillos… De pronto, el coche dio un último patinazo e intentó contrarrestarlo sin conseguirlo. Luego notó un golpe sordo y pesado y el mundo se volvió patas arriba. Él…

—… gritó. Y cuando le oí gritar, supe que viviría. Los moribundos casi nunca gritan. Carecen de la energía necesaria. Lo sé… Decidí que yo le haría vivir. Así que le administré un calmante. Luego se durmió. Cuando se despertó y volvió a gritar, le administré otro. Tuvo fiebre durante un tiempo; pero también

acabé con eso. Le di Keflex. Estuvo a punto de morir un par de veces. Créame, puede estar seguro. —La mujer se levantó—. Ahora tiene que descansar, Paul. Ha de recuperar sus fuerzas.

—Me duelen las piernas.

—Sí, ya lo sé. Dentro de una hora le daré otro calmante.

—Ahora, por favor.

Le avergonzaba suplicar, pero no podía evitarlo. La marea había bajado y los pilotes destrozados aparecían al descubierto, reales, cual objetos que no pueden evitarse.

—¡Dentro de una hora! —respondió con firmeza, y se dirigió a la puerta con la cuchara y el plato de sopa.

—¡Espere!

Se volvió mirándole con una expresión severa y maternal. No le gustó. No le gustó en absoluto.

—¿Dice que han pasado dos semanas?

De nuevo pareció confusa y molesta. Más adelante descubriría que su sentido del tiempo era muy relativo.

—Más o menos.

—¿Estaba inconsciente?

—Casi siempre.

—¿Qué comía?

Lo escrutó.

—Intravenoso —dijo brevemente.

—¿Intravenoso? —inquirió.

Ella tomó su sorpresa por ignorancia.

—Le alimenté por vía intravenosa —le dijo—, a través de unos tubos. Por eso tiene esas señales en los brazos. —Lo miró con ojos fríos y escrutadores—. Me debe la vida, Paul. Espero que lo recuerde. Confío en que lo tenga en cuenta.

Luego se marchó.

7

Por fin había pasado la maldita hora.

Estaba tendido en la cama sudando y temblando al mismo tiempo. De la otra habitación llegaban los sonidos de Hawkeye y Hot Lips y luego el presentador de discos de la WKRP, la loca y salvaje emisora de Cincinnati. Surgió la voz de un locutor alabando los cuchillos Ginsu, dando un número de teléfono e induciendo a los oyentes de Colorado que suspirasen por un juego de cuchillos Ginsu. Las telefonistas estaban a la espera.

Paul Sheldon también estaba esperando.

Annie volvió con dos cápsulas y un vaso de agua en cuanto el reloj de la habitación contigua dio las ocho.

Se incorporó ansioso, apoyándose en los codos, mientras ella se sentaba en la cama.

—Ya he conseguido su libro. Hace dos días que lo tengo —le dijo.

El hielo repiqueteaba en el vaso. Era un sonido enloquecedor.

—*El hijo de Misery*… —prosiguió la mujer—. Me encanta… Es tan bueno como los otros. ¡Mejor! ¡Es el mejor!

—Gracias —logró decir, mientras sentía el sudor cubriendo su frente—. Por favor, mis piernas… me duelen mucho…

—Yo sabía que se iba a casar con Ian —dijo con una sonrisa estúpida—, y creo que Ian y Geoffrey volverán a ser amigos con el tiempo. ¿Lo serán? —E inmediatamente añadió—: No, no me lo diga. Ya lo descubriré por mí misma. Quiero que dure mucho. El tiempo se me hace interminable hasta que aparece otra nueva novela…

El dolor latía en sus piernas y le apretaba el escroto como una argolla de acero. Se había palpado la zona y le parecía que la pelvis estaba intacta, aunque tenía una sensación extraña. De las rodillas para abajo, tenía la impresión de que estaba entero; pero no quería mirar. A través de la ropa de la cama podía ver las formas abultadas y retorcidas. Eso era suficiente.

—Por favor, señorita Wilkes, el dolor…

—Llámeme Annie. Todos mis amigos me llaman así.

Le entregó el vaso. Estaba frío y empañado. No le dio las cápsulas, que en sus manos representaban la marea. Ella era la luna que había traído aquella

marea bajo la que se ocultaban los pilotes.

Por fin, acercó las cápsulas a la boca y él la abrió de inmediato… Entonces, ella las retiró.

—Me tomé la libertad de mirar en su bolsa de viaje. No le importa, ¿verdad?

—No, claro que no. La medicina…

Las gotas frías de sudor que cubrían su frente se multiplicaron. ¿Iba a gritar?

—He visto que contiene un manuscrito. —Tenía las cápsulas en la mano derecha y se las pasó lentamente a la izquierda. Él las seguía con los ojos—. Se titula *Automóviles veloces.* No es una novela de Misery, ya lo sé. —Lo miró con un cierto reproche, pero al igual que antes, era una mirada llena de amor, maternal—. No había automóviles en el siglo diecinueve, ni veloces ni lentos. —Se rió de su chiste—. También me tomé la libertad de hojearlo. No le importa, ¿verdad?

—Por favor —gimió—, no me importa; pero por favor…

Abrió la mano izquierda. Las cápsulas rodaron, vacilaron y luego cayeron en la palma derecha con un ruido apagado.

—¿Y si lo leo? ¿Le importa que lo lea?

—No. —Sus huesos estaban destrozados, sus piernas llenas de vidrios rotos —. No. —Esbozó algo que esperaba pareciese una sonrisa—. No, claro que no.

—Porque jamás se me ocurriría hacer una cosa así sin su permiso —dijo con vehemencia—. Le respeto mucho. En realidad, Paul, le amo.

De pronto se sonrojó de un modo alarmante. Una de las cápsulas cayó encima de la colcha. Paul estiró el brazo para cogerla, pero ella fue más rápida. Él gimió, pero la mujer no se dio por enterada. Tras apoderarse de la cápsula, volvió a perderse en su vaguedad mirando a través de la ventana.

—Amo su mente, su creatividad —continuó—, es lo que he querido decir.

Desesperado, sin poder pensar en otra cosa, le respondió:

—Lo sé. Usted es mi admiradora número uno.

—¡Eso es! —gritó—. Eso es exactamente. Y a usted no le importaría que yo lo leyese con ese espíritu, ¿no es cierto? El espíritu de… una admiradora. Aunque sus demás libros no me gustan tanto como las historias de Misery…

—No —le dijo, y cerró los ojos pensando: «Si quiere, haga gorros de papel con las hojas de ese manuscrito; pero por favor…, me estoy muriendo…»

—Usted es un buen hombre —dijo dulcemente—. Sabía que tenía que serlo.

Con sólo leer sus libros, lo adiviné. Un hombre capaz de crear a Misery Chastain, imaginarla y darle su aliento vital, no podía ser de otro modo.

De repente, se encontró con sus dedos en la boca, horriblemente íntimos, asquerosamente bienvenidos. Chupó las cápsulas que sostenían y las tragó antes de poder acercarse torpemente a la boca el vaso de agua, derramándola.

—Como un bebé —comentó la mujer; pero él no podía verla porque aún tenía los ojos cerrados y sentía en ellos el ardor de las lágrimas—. En fin, tengo tanto que preguntar… Hay tantas cosas que quiero saber…

Cuando se levantó, los muelles de la cama crujieron.

—Vamos a ser muy felices —le dijo.

Aunque un golpe de horror pareció desgarrarle el pecho, Paul no abrió los ojos.

8

Cuando llegó la marea su ser se fue a la deriva. En otra habitación se oyó el televisor durante un rato y luego cesó. Algunas veces sonaba el reloj y trataba de contar las campanadas.

La mujer había dicho que le había alimentado por vía intravenosa.

Se incorporó sobre un codo. Tanteó buscando la lámpara y finalmente pudo encenderla. Se miró los brazos y en el pliegue interior de los codos vio sombras desvaídas moradas y amarillas. En el centro de cada mancha, había un agujero lleno de sangre seca.

Volvió a tumbarse mirando el techo, escuchando el viento. Estaba en la cima de la Gran Divisoria, en el corazón del invierno, en compañía de una mujer trastornada que lo había alimentado por vía intravenosa cuando se ha— liaba inconsciente, una mujer que parecía tener una provisión inagotable de

medicamentos y que no le había dicho a nadie que él se encontraba allí.

Esas cosas eran importantes, pero empezó a darse cuenta de que había algo que lo era mucho más: la marea estaba bajando otra vez. Aguardó a que sonase el timbre del despertador en el piso de arriba. Aún tardaría un poco, pero ya podía comenzar la espera. Estaba loca, pero él la necesitaba.

«Estoy metido en un buen lío», pensó, mirando el techo mientras su frente volvía a inundarse de gotas de sudor.

9

A la mañana siguiente trajo más sopa y le dijo que había leído cuarenta páginas de lo que ella llamaba su «libro manuscrito». Agregó que no le parecía tan bueno como los demás.

—Es difícil de seguir. Retrocede constantemente hacia el pasado.

—Técnica —le respondió escueto. En aquel momento el dolor le había abandonado y pudo pensar en lo que ella decía—. Técnica, eso es todo. El tema… el tema impone la forma. —Suponía vagamente que quizá le interesarían esos trucos del oficio, que tal vez llegarían a fascinarla, como lo habían hecho, años atrás, a los participantes en talleres de escritores, cuando él daba conferencias—. Verá, la mente del chico es confusa, así que…

—¡Sí! Está muy confundido, y eso lo hace menos interesante. No es que carezca por completo de interés. Usted no podría crear un personaje que no lo tuviera. Pero es menos interesante. ¡Y las palabrotas! Salen a cada momento. No tiene… —Se detuvo para pensar mientras le daba la sopa y le limpiaba la que se derramaba. Parecía una mecanógrafa experimentada que escribe sin mirar. En ese momento él comprendió que aquella mujer había sido enfermera, pero no médico, porque un médico no tendría práctica en dar sopa.

«Si el meteorólogo que pronosticó la dirección de aquella tormenta hubiese hecho su trabajo la mitad de bien de lo que Annie Wilkes hace el suyo, yo no estaría en este puñetero lío», pensó amargamente.

—¡No tiene nobleza! —gritó de repente, y estuvo a punto de derramar la sopa de buey en la pálida cara del paciente.

—Sí —dijo con tolerancia—, entiendo lo que quiere decir, Annie. Es cierto que Tony Bonasaro no tiene nobleza. Es un chico de barrio que trata de salir de un mal ambiente, ¿comprende? Y esas palabrotas…, todo el mundo las utiliza en…

—¡No es cierto! —le interrumpió con una mirada imperativa—. ¿Qué cree que hago yo cuando voy a la tienda de piensos en la ciudad? ¿Qué imagina que digo? «¡Eh!, Tony, dame una bolsa de ese jodido pienso para cerdos, una puñetera bolsa de maíz forrajero y un poco de esa mierda para los hongos de los oídos.»

Le miró. Su rostro parecía dispuesto a desatar una terrible tormenta. Él se echó hacia atrás, asustado. El plato de sopa temblaba en las manos de la mujer. Una gota cayó en la colcha, luego dos.

—¿Cree que voy al banco y le digo al señor Bollinger: «Aquí tiene este cheque de los cojones y más vale que me dé cincuenta putos dólares lo más rápido que pueda, coño»? ¿Usted cree que cuando me sentaron en el banquillo en Den…?

Un torrente de sopa inundó la colcha. Ella lo miró atónita y torció el gesto como una sábana sucia.

—Mire, mire lo que me ha hecho hacer.

—Lo siento.

—¡Sí, claro! ¡Seguro que lo siente! —gritó, estrellando el plato contra un rincón y haciéndolo pedazos. La sopa salpicó toda la pared. Él tragó saliva.

Después, la mujer pareció tranquilizarse. Siguió allí sentada durante media hora mientras el corazón de Paul Sheldon parecía haber dejado de latir.

Se fue recobrando poco a poco y de repente sonrió entre dientes.

—Qué genio tengo.

—Lo lamento —se disculpó él con la garganta reseca.

—Lo supongo.

La expresión de su rostro se apagó de nuevo y se quedó mirando la pared,

enfurruñada. Paul creyó que volvería a extraviarse en su interior, pero la enfermera suspiró y liberó la cama de su peso.

—En los libros de Misery no debe utilizar esas palabras porque nadie las empleaba en aquella época. No se habían inventado. Los tiempos brutales exigen palabras brutales, pero aquellos tiempos eran mejores. Usted debe seguir con sus historias de Misery, Paul. Se lo digo sinceramente, como su admiradora número uno. —Se dirigió a la puerta y se volvió a mirarlo—. Pondré otra vez en la bolsa su manuscrito y terminaré *El hijo de Misery.* Puede que cuando lo acabe vuelva al otro.

—No lo haga si la enfurece —le dijo él, tratando de sonreír—. No quisiera verla enfadada. En cierto modo, dependo de usted, ¿sabe?

Ella no le devolvió la sonrisa.

—Sí, así es, depende de mí. ¿No es cierto, Paul?

Luego se marchó.

10

La marea se alejó. Los pilotes regresaron. Volvió a esperar que sonase el reloj. Dio dos campanadas. Estaba reclinado en las almohadas mirando la puerta cuando ella entró. Llevaba un delantal sobre la rebeca y otro sobre la falda. En una mano portaba un cubo.

—Supongo que quiere su jodida medicina —dijo.

—Sí, por favor.

Trató de congraciarse con ella por medio de una sonrisa y otra vez se sintió avergonzado, grotesco, extraño.

—Aquí está —le informó—; pero antes he de limpiar ese desastre del rincón que *usted* armó. Tendrá que esperar a que haya terminado.

Tendido en la cama, con las piernas rotas dibujando extrañas formas bajo la colcha y un sudor frío cubriéndole la cara, miraba cómo la mujer se dirigía al rincón, depositaba el cubo en el suelo, recogía los trozos del plato, se los llevaba, volvía y se arrodillaba junto al cubo, zambullía en él la mano, sacaba un estropajo, lo escurría y empezaba a frotar los restos de sopa pegados en la pared. De pronto empezó a temblar, y el temblor intensificaba el dolor, pero no podía evitarlo. Ella se volvió y lo vio temblando bajo las sábanas empapadas. Luego le dedicó una sonrisa socarrona e irónica que lo enfureció.

—Se ha secado, ¿lo ve? —dijo mirando otra vez al rincón—. Me temo que voy a tardar un poco, Paul.

Frotó sin parar. La mancha iba desapareciendo poco a poco, pero ella siguió mojando el trapo, escurriéndolo, frotando y repitiendo una y otra vez el mismo proceso. No podía verle la cara, pero la idea, la *certeza* de que podía seguir frotando la pared durante horas, le atormentaba.

Al fin, antes de que el reloj marcara las dos y cuarto, ella se levantó, tiró el estropajo en el agua y se llevó el cubo de la habitación sin decir palabra. Y él permaneció allí, escuchando el crujido de la madera bajo los pasos estólidos y pesados de la mujer, oyendo cómo tiraba el agua del cubo y llenaba otro. Era increíble e insoportable. Empezó a llorar en silencio. La marea nunca se había retirado tanto. Sólo veía ciénagas medio secas y aquellos pilotes proyectando sus eternas sombras retorcidas.

Ella volvió y se detuvo un momento en el umbral de la puerta observando su cara húmeda con la misma mezcla de severidad y amor maternal. Entonces sus ojos se desviaron hacia el rincón donde ya no había rastro alguno de sopa.

—Ahora tengo que enjuagar —dijo—, de lo contrario, el jabón dejará una mancha. Tengo mucho trabajo, ¿sabe? Pero el hecho de vivir sola no justifica el eludirlo. Mi madre tenía un lema, Paul, que yo he adoptado: el que es sucio una vez, nunca será limpio.

—Por favor —gimió—, por favor, el dolor… me estoy muriendo.

—No, no se está muriendo.

—Gritaré —dijo quejándose con fuerza, aunque sabía que semejante esfuerzo le causaría un dolor terrible— No podré evitarlo.

Pero consiguió evitarlo. Observó cómo ella seguía escurriendo y aclarando. Al fin, cuando el reloj de la supuesta sala empezó a dar las tres, la mujer se

levantó y cogió el cubo.

«Ahora se largará, tirará el agua y tal vez no volverá durante horas porque aún no ha terminado de castigarme», pensó.

Pero en lugar de marcharse, se acercó a la cama, metió una mano en el bolsillo del delantal, y no sacó dos cápsulas, sino tres.

—Aquí están —dijo con ternura.

Él se las metió en la boca y al levantar los ojos vio que le acercaba el cubo amarillo de plástico, cuya imagen invadió su campo visual como una luna que se precipitase sobre su cara. Un agua grisácea cayó sobre la colcha.

—Trágueselas con esto —dijo, y su voz aún era tierna.

Se quedó mirándola con ojos desorbitados.

—¡Hágalo! Ya sé que puede tragárselas sin agua, pero créame si le digo que puedo hacer que las vomite de inmediato. Después de todo, sólo es un poco de agua sucia. No le hará daño.

Se inclinó hacia él como un monolito. Vio el estropajo revolviéndose lentamente en las oscuras profundidades del cubo como un animal ahogado. Contempló la costra de jabón flotando. Una parte de él gimió, pero nunca vaciló. Bebió deprisa, tragando las cápsulas y recordando las ocasiones en que su madre le obligaba a cepillarse los dientes con jabón.

Su vientre emitió un sonido espeso.

—Yo no las vomitaría, Paul. No habrá más hasta las nueve de la noche.

Por un momento le observó con una mirada plana y vacía, y después su cara se iluminó y sonrió.

—No volverá a enojarme, ¿verdad?

—No —le susurró.

¿Enojar a la luna que traía la marea? ¡Qué idea tan terrible…!

—Le amo —dijo ella, y le besó en la mejilla.

Se marchó sin mirar atrás, cargando el cubo como una robusta campesina llevaría un balde de leche, ligeramente separado del cuerpo, sin prestarle atención para que no se derrame.

Se echó hacia atrás, sintiendo en la boca un regusto amargo a porquería, yeso y jabón.

«No vomitaré…, no vomitaré…, no vomitaré…», se repitió.

Por fin, las náuseas empezaron a desvanecerse y se dio cuenta de que se

estaba durmiendo. Había conseguido retener el medicamento durante el tiempo necesario para que hiciese efecto. Lo había logrado.

Por esta vez…

11

Soñó con que era devorado por un pájaro. No era un sueño agradable. Hubo un disparo y pensó: «¡Vamos, vamos! ¡Mátelo! ¡Mate a esa maldita cosa!»

Luego despertó sabiendo que se trataba de Annie Wilkes cerrando la puerta de atrás. Había salido a hacer sus tareas. Oyó el crujido lúgubre de sus pasos en la nieve. Pasó ante la ventana llevando un anorak con la capucha levantada. Su respiración era dificultosa y cambiaba la expresión de su cara. No lo miró al pasar, tal vez por estar concentrada en el trabajo de la granja, alimentando a los animales, limpiando los establos, lanzando quizá algunas piedras. Él no se pondría a tiro. El cielo se oscurecía amoratándose. Llegaba el ocaso. Debían de ser las cinco y media o las seis.

La marea estaba alta y podía volver a dormir. Quería hacerlo; pero tenía que meditar sobre aquella extraña situación mientras fuese capaz de algo semejante al pensamiento racional.

Sabía que, aunque debía pensar en aquella situación para librarse de ella, no quería hacerlo, y eso era sin duda lo peor. Desechaba el pensamiento como un niño que rechaza la comida aunque sabe que no podrá levantarse de la mesa hasta que la haya terminado.

Se negaba a pensar en ello ya que era bastante duro tener que vivirlo; porque cada vez que lo intentaba surgían imágenes desagradables: aquella maldita mujer y sus frecuentes lapsus mentales, la manía de relacionarla con ídolos y piedras, como una luna que había estado a punto de estrellarse contra su cara. Pensar en todo eso no iba a cambiar la situación. Era mucho peor que no pensar. Pero cada vez que su mente se centraba en Annie Wilkes y contemplaba la situación en que él se hallaba, esos pensamientos se imponían a todos los demás. El corazón

aceleraba su ritmo por el miedo que sentía y también, en parte, por la vergüenza. Veía sus labios en el borde del cubo, el agua sucia con el estropajo y la película de jabón flotando en la superficie; contemplaba todo eso y, a pesar de ello, bebía sin dudarlo un momento. Jamás se lo contaría a nadie, suponiendo que alguna vez lograra salir de allí. Quizá trataría de engañarse a sí mismo sobre lo que había ocurrido, pero nunca lo conseguiría.

A pesar de todo, quería seguir viviendo.

«Piensa en ello, maldición. ¿Es que eres tan cobarde que no puedes ni siquiera intentarlo?», se preguntó.

De pronto, tuvo un pensamiento extraño y furioso: «Mi nueva obra no le gusta porque ella es demasiado estúpida para entender lo que pretende.»

Aquella ocurrencia no sólo era extraña. En su actual situación, lo que ella pensase sobre *Automóviles veloces* no tenía importancia. Pero analizar las cosas que había dicho abría un nuevo camino, pues sentir furia *contra* ella era mejor que sentirse atemorizado *por* ella. Así que empezó a pensar en el asunto con un cierto entusiasmo.

¿Demasiado estúpida? Era más bien demasiado obstinada. No sólo se negaba a cambiar, sino que rechazaba el concepto mismo de cambio.

Sí. Ella podía estar loca; pero ¿ acaso el análisis que hacía de su obra difería de la de cientos de miles de personas en todo el país, el noventa por ciento de los cuales eran mujeres, que estaban impacientes por que se publicase cada nuevo episodio de quinientas páginas sobre la turbulenta vida de una inclusera que había llegado a casarse con un aristócrata? No, en absoluto. Ellos sólo querían Misery, Misery y más Misery. Cada vez que se había concedido un par de años para escribir otras novelas (lo que él consideraba su obra seria), al principio con certeza, luego con esperanza y finalmente con negra desesperación, había recibido un alud de protestas de esas mujeres. Muchas de ellas se consideraban «su fan número uno». El tono de las cartas que le enviaban iba de la perplejidad, que de algún modo era lo que más dolía, al reproche y a la abierta indignación. El mensaje siempre se repetía: «No era eso lo que yo esperaba, no era eso lo que yo *quería.* Por favor, vuelva a Misery, quiero saber lo que está haciendo Misery.» Podía escribir un moderno *Bajo el volcán, Tess de los D'Urbervilles, El sonido y la furia.…* No importaría. Ellas seguirían queriendo a su maldita Misery.

«¡Es difícil de seguir… El protagonista no es interesante…, y las

palabrotas!»

La rabia volvió a invadirle, rabia contra su obstinada densidad, rabia por haber sido secuestrado, por mantenerle allí prisionero, obligándole a elegir entre beber agua sucia de un cubo o sufrir el dolor de sus piernas destrozadas. Y por encima de todo, tenía la desfachatez de criticar lo mejor que había escrito en su vida.

—¡Jódete, maldita zorra! —dijo, sintiéndose algo mejor, notando que volvía a ser él mismo, aunque sabía que la rebelión era insignificante, lastimosa y absurda. Ella se hallaba en el establo, y desde allí no podía oírle… La marea cubría los pilotes corroídos. No obstante…

La recordaba entrando en la habitación, reteniendo las cápsulas, coaccionándole para que le permitiese leer el manuscrito de *Automóviles veloces.* Un nuevo atisbo de vergüenza y humillación le sofocó, aunque combinados con auténtica furia. La cólera se había convertido en una llama diminuta y escondida. Jamás había mostrado a nadie un manuscrito antes de corregir las pruebas. ¡Jamás! Ni siquiera a Bryce, su agente. Ni siquiera…

Por un instante, su pensamiento se interrumpió por completo. Escuchaba el suave mugido de la vaca.

Recordó que nunca hacía una copia hasta terminar el segundo borrador.

La copia del manuscrito que estaba en poder de Annie Wilkes era, de hecho, la única que existía en el mundo. Incluso había quemado sus propias notas.

Eran dos años de duro trabajo que no significaban nada para aquella chiflada.

Era Misery lo que le gustaba. Mejor dicho, era Misery *la* que a ella le gustaba, no un vulgar ratero malhablado del Harlem hispano.

Se acordó de lo que había pensado: «Si quiere, haga gorros de papel con las hojas de ese manuscrito; pero por favor…»

La rabia y la humillación resurgieron en su ser acompañadas del primer latido sordo en sus piernas. Sí… El trabajo, el orgullo de su trabajo, el valor del trabajo en sí mismo…, todas esas cosas se desvanecían en las sombras del olvido cuando el dolor se volvía insoportable. Que una mujer así le hiciese eso, *que pudiese* hacérselo cuando él había pasado la mayor parte de su vida creyendo que la palabra «escritor» era la definición más importante de sí mismo, hacía que la viese como algo absolutamente monstruoso, algo de lo cual tenía que escapar. Ella era realmente un ídolo y si no le mataba, sí podría matar todo cuanto llevaba

dentro.

Oía el ansioso gruñido del cerdo. Había creído que quizá podría molestarle; pero no, aquel nombre le parecía maravillosamente adecuado para un cerdo. Recordó cómo ella había imitado al animal retorciendo el labio superior hasta tocarse la nariz, mientras sus mejillas parecieron aplastarse. En ese momento parecía verdaderamente un cerdo.

Su voz llegaba desde el establo:

—Marraaano, marrraaaano, cuuuchi…

Se echó hacia atrás, se tapó los ojos con el brazo tratando de aferrarse a su rabia porque le infundía valor. Un hombre valiente podía pensar. Un cobarde, no.

Aquella mujer había sido enfermera, de eso estaba seguro. Pero ¿todavía lo era? No, porque no iba a trabajar. ¿Por qué no ejercía? Era evidente. No estaba en sus cabales. Si *él* había podido percibirlo a través de su bruma de dolor, seguramente sus colegas también lo habían notado.

Disponía de un poco más de información para juzgar hasta qué punto estaba chiflada esa mujer. ¿No era así? Lo había arrastrado desde el coche y en lugar de llamar a la policía o a una ambulancia, lo había instalado en la habitación de los huéspedes, le había metido un suero intravenoso y bastante droga en el cuerpo, tanta, que había caído en lo que ella llamaba «depresión respiratoria», por lo menos una vez. No había mencionado a nadie que él estaba allí, y si hasta ahora no lo había hecho, eso significaba que no tenía intención de hacerlo.

¿Se habría comportado del mismo modo si él hubiese sido Joe Blown de Kokomo? No, seguro que no. Le retenía allí porque él era Paul Sheldon y ella…

«Ella es mi admiradora número uno», se dijo, apretando el brazo sobre los ojos.

En la oscuridad, vio brillar un horrible recuerdo. Su madre lo había llevado al zoológico de Boston y él había estado observando un pájaro enorme. Tenía las plumas más hermosas que había visto en su vida, de un rojo púrpura y un azul encendido. Pero sus ojos eran muy tristes. Preguntó a su madre de dónde procedía ese pájaro y al oír decir que de África, comprendió que el ave estaba condenada a morir en aquella jaula, lejos del lugar al que Dios la había destinado. Entonces se echó a llorar. Su madre le compró un helado y él interrumpió el llanto por un rato; pero luego volvió a pensar en ello y comenzó a llorar de nuevo. Mientras volvían a casa en el tranvía que los llevaba de regreso

a Lynn, su madre le dijo que era un niño tonto y afeminado.

Aquellas plumas… Aquellos ojos…

Los latidos de las piernas empezaron a intensificarse. *¡No, no, no…!*

Aumentó la presión del brazo sobre su cabeza. Podía oír los ruidos desiguales que llegaban del establo. Era imposible distinguir su origen, pero en su cerebro se mezclaba la ficción de los recuerdos:

«… su mente, su creatividad…, eso es lo que quise decir.»

La imaginaba sacando las balas de heno del desván con el tacón de sus botas y haciéndolas rodar hasta el suelo del establo.

«África. Ese pájaro era de África. De…»

De pronto, cortando el flujo de su pensamiento como un cuchillo afilado, recordó la voz agitada de la mujer:

«—¿Usted cree que cuando me sentaron en el banquillo en Den…?

»¡En el banquillo! ¡Claro! Cuando la sentaron en el banquillo en Denver.

»—¿Jura decir la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad con la ayuda de Dios?

»No sé de dónde saca tantas historias, decía mi madre. Yo sí lo sé…

»—Diga su nombre.

»Nadie en mi familia tenía una imaginación como la suya, decía mi madre.

»—Annie Wilkes.»

Quería que ella dijese algo más, pero no añadió nada.

—Vamos —murmuró con el brazo sobre los ojos, pues aquella postura parecía estimular sus recuerdos, su imaginación. A su madre le gustaba contar a la señora Mulvaney, a través de la verja, qué maravillosa imaginación tenía su hijo, tan vivida, y qué maravillosas historias escribía, excepto cuando le llamaba tonto y afeminado, por supuesto—. Vamos, vamos, vamos…

Podía imaginar el tribunal de Denver, podía ver a Annie Wilkes en el banquillo llevando un viejo vestido de un negro violáceo y un sombrero horrible. La sala del tribunal estaba abarrotada de espectadores, el juez era calvo y llevaba gafas. Tenía, además, un bigote blanco que cubría casi por completo una marca de nacimiento.

—Vamos —susurró.

Pero no pudo seguir adelante. El abogado defensor le preguntaba su nombre y una y otra vez ella afirmaba que se llamaba Annie Wilkes, pero no añadía nada

más. Allí estaba, con su cuerpo sólido, fibroso, ominoso, desplazando el aire y repitiendo su nombre… Sólo eso…

Tratando todavía de imaginar por qué habían sentado en un banquillo a la ex enfermera que le había hecho prisionero, Paul se sumió en el sueño.

12

Estaba en la sala de un hospital. Un gran alivio recorría todo su cuerpo, un alivio tan inmenso que sentía ganas de llorar. Algo había pasado mientras él dormía, alguien había venido o tal vez Annie había cambiado de parecer o de sentimientos. No importaba. Él se había quedado dormido en casa de aquel monstruo y había despertado en un hospital.

Pero seguramente no lo habrían instalado en aquella sala, tan grande como un hangar, llena de simétricas filas de hombres con idénticas botellas de suero colgando de idénticos ganchos junto a sus camas. Se sentó y vio que también los hombres eran idénticos. Todos tenían el mismo rostro: el suyo. Entonces oyó a lo lejos el reloj y comprendió que soñaba más allá del muro del sueño. Era sólo un sueño. La tristeza sustituyó al alivio.

Se abrió la puerta que había en el extremo de la enorme sala y Annie Wilkes entró por ella llevando un vestido largo con un delantal y una cofia en la cabeza. Iba vestida como Misery Chastain en *El amor de Misery.* En un brazo transportaba un cesto de mimbre tapado con una toalla. La retiró mientras él la miraba. Metió la mano, sacó un puñado de arena y la arrojó a la cara del primer Paul Sheldon que dormía. Aquella mujer era Annie Wilkes imitando a Misery Chastian, que fingía ser el genio que duerme a los niños echando arena en sus ojos. Luego vio que la cara del primer Paul Sheldon adoptaba un blanco fantasmal en cuanto la arena le tocaba.

El miedo le arrancó del sueño transportándole a la habitación en la que Annie Wilkes estaba de pie junto a él, llevando la gruesa edición popular de *El hijo de Misery.* Una tira de papel indicaba que había leído tres cuartas partes del libro.

—Estaba gimiendo —le dijo.

—Tuve una pesadilla.

—¿De qué se trataba?

Dijo la primera mentira que se le ocurrió.

—África.

13

Al día siguiente, Annie entró tarde en la habitación con la cara sombría.

—Señorita Wilkes…, Annie. ¿Se encuentra…?

—No.

Paul temió que hubiera sufrido un infarto de miocardio y luego deseó que así fuera.

«¡Ojalá reviente su jodido pecho!», pensó. Sería completamente feliz si pudiese arrastrarse al teléfono, a pesar del dolor. Se arrastraría sobre cristales rotos, si era necesario.

Estaba en lo cierto. Se trataba de algo parecido a un infarto…

Se acercó a él, bamboleándose como un marino que baja del barco después de una larga travesía.

—¿Qué…?

Él trató de escurrirse, pero no tenía sitio. Detrás estaba la cabecera de la cama, y luego la pared.

—¡No!

Llegó al lado de la cama, tropezó, vaciló y por un instante pareció que iba a caer encima. Entonces se detuvo, mirándole con la cara pálida y desencajada, las venas del cuello hinchadas y otra vena latiendo en el centro de su frente. Abrió las manos de golpe, volvió a cerrarlas en dos puños sólidos como rocas y se volvieron a abrir.

—¡Usted…, usted…, usted…, hijo de puta!

—¿Qué? No sé lo…

Pero de repente lo adivinó y sintió un gran vacío en el estómago, como si hubiese desaparecido por completo. Recordó que la noche anterior ella había leído tres cuartas partes del libro. Sin duda lo había terminado. Se había enterado de todo lo que quedaba por enterarse. Había descubierto que Misery no era estéril, sino que lo era Ian. Sentada en aquella sala que él aún no había visto, ¿tendría la boca abierta y los ojos desorbitados cuando Misery comprendió por fin la verdad y tomó la decisión de escapar con Geoffrey? ¿Se le habían llenado los ojos de lágrimas al comprender que Misery y Geoffrey, lejos de mantener relaciones íntimas a espaldas del hombre que ambos amaban, estaban tratando en realidad de ofrecerle el regalo de un hijo que él creería suyo? ¿Se le había acelerado el corazón cuando Misery le había dicho a Ian que estaba embarazada y éste la había abrazado con los ojos llenos de lágrimas, susurrando «Mi amor, oh, mi amor» una y otra vez? Estaba seguro de que todo eso había ocurrido en unos segundos. Pero en vez de llorar con profundo dolor, como debió de hacerlo cuando Misery expiró al dar a luz al niño que Ian y Geoffrey se encargarían de criar juntos, se había visto invadida por una cólera demoníaca.

—¡Ella no puede estar muerta! —chilló, mientras sus puños se abrían y se cerraban a un ritmo cada vez más rápido— ¡Misery Chastain no puede estar muerta!

—Annie…, Annie…, por favor…

Había un jarro de agua en la mesa. Lo cogió y empezó a blandirlo ante él. Derramó el agua fría en su cara. Un cubito de hielo aterrizó al lado de su oreja derecha y se deslizó almohada abajo hasta instalársele en el hombro.

Imaginó que el jarrón estallaba en su cara, se vio muriendo de una fractura de cráneo con hemorragia cerebral masiva en medio de una inundación de agua helada mientras el vello de los brazos se le erizaba.

No había duda de que era eso lo que ella se proponía hacer.

En el último momento, se volvió y lanzó el jarrón contra la puerta, donde se hizo pedazos igual que el plato de sopa de aquel otro día.

Se giró para mirarle, mientras con la palma de las manos se apartaba de la cara los mechones de cabello gris. Dos manchitas rosas florecieron sobre su palidez.

—¡Maldito cabrón! —jadeó—, ¡Asqueroso pajarraco, cómo ha podido hacerlo!

En aquellos momentos estaba seguro de que su vida dependía de lo que dijese en los próximos veinte segundos. Habló rápido, con urgencia, mirándola fijamente a la cara.

—Annie, en 1871 las mujeres morían frecuentemente al dar a luz. Misery entregó la vida por su marido, por su mejor amigo y por su hijo. El espíritu de Misery siempre…

—¡Yo no quiero su espíritu! —gritó, torciendo los dedos como garras y sacudiéndoselas en la cara como si quisiera arrancarle los ojos—. ¡Yo la quiero a ella! ¡Usted la mató! ¡Usted la asesinó!

Volvió a cerrar las manos y golpeó la almohada como si fuese una muñeca de trapo. Sus piernas relampaguearon y lanzó un grito.

—¡Yo no la maté!

Ella se quedó quieta, mirándole fijamente con aquella expresión estrecha y negra salida de las profundidades de la tierra.

—Claro que no —dijo con un sarcasmo amargo— Y si usted no fue, Paul Sheldon, ¿quién, entonces?

—Nadie —contestó con suavidad—. Simplemente, murió.

En última instancia, sabía que eso era cierto. Si Misery Chastain hubiese sido una persona real, tal vez la policía le hubiese pedido cuentas a él. Después de todo, él tenía un motivo: la odiaba. La había odiado desde el tercer libro. El día de los Inocentes, cuatro años atrás, había hecho imprimir un pequeño folleto y se lo había enviado a una docena de amigos. Se titulaba *El hobby de Misery.* En él, Misery pasaba un alegre fin de semana en el campo tirándose a *Growler,* el setter irlandés favorito de Ian.

Habría podido asesinarla, pero no lo hizo. Al final, a pesar de su desprecio por ella, su muerte le había supuesto una cierta sorpresa. Habría permanecido fiel a sí mismo haciendo que el arte imitase la vida, aunque fuese un poco, y que

llegase hasta el final de las trasnochadas aventuras de Misery. Ella había fallecido de una muerte casi inesperada. Sus alegres cabriolas no alteraban ese hecho cierto.

—Miente —murmuró Annie—. Yo creí que usted era bueno; pero no lo es. Usted no es más que un asqueroso pajarraco embustero.

—Ella se fue, eso es todo. Esas cosas ocurren a veces. Es como en la vida real cuando alguien…

Annie tiró la mesita de noche. El cajón salió disparado. El reloj y unas monedas cayeron con él. Ni siquiera sabía que estaban allí. Se encogió todo lo que pudo.

—¿Cree que soy imbécil? —inquirió la mujer con los labios apretados enseñando los dientes—. En mi trabajo, he visto morir a docenas, a cientos de personas. Algunas se van gritando; otras, lo hacen dormidas; simplemente se van, como usted dice, pero los personajes de los libros son otra cosa. Dios nos reclama cuando le parece que ya es hora y un escritor es como Dios con los personajes de un relato, los crea como Dios a nosotros y nadie puede pedirle cuentas. De acuerdo, está bien; pero en lo que a Misery respecta, voy a decirle una cosa, asqueroso pajarraco, da la casualidad de que Dios tiene las piernas rotas y está en mi casa comiéndose mi comida y…

Volvió a guardar silencio. Se puso rígida, con los brazos caídos a los lados del cuerpo mirando la pared, en la que colgaba una vieja fotografía del Arco de Triunfo. Allí permaneció mientras Paul la miraba desde la cama, con manchas circulares en la almohada junto a sus orejas. Oía el agua del jarrón goteando en el suelo y se le ocurrió que podría cometer un asesinato. Había pensado en ello de forma estrictamente académica, por supuesto, aunque esta vez no era así y sabía por qué. Si ella no hubiese tirado el jarrón, él mismo lo habría estrellado contra el suelo para tratar de clavarle un trozo de vidrio en la garganta mientras estaba así, quieta e inerte como un paragüero.

Miró los objetos que habían caído del cajón, pero sólo había monedas, una pluma, un peine y su reloj. Faltaba la cartera. Y, lo que aún era más importante, no había ninguna navaja suiza del Ejército.

Ella fue volviendo en sí poco a poco; al menos, la furia parecía haber remitido.

—Creo que lo mejor será que me marche. Vale más que no le vea por un

tiempo. Creo que es lo… más prudente.

—¿Marcharse? ¿Adonde?

—No importa. A un sitio que yo sé. Si me quedo aquí, haré algo que no debo. Necesito pensar. Adiós, Paul.

Atravesó la habitación.

—¿Volverá a darme mi medicina? —preguntó, alarmado.

Salió y cerró sin contestar.

Escuchó sus pasos por el vestíbulo. Parpadeó mientras le llegaban sus gritos rabiosos, palabras incomprensibles y el ruido de algo que caía destrozándose. Una puerta se cerró de golpe. Un motor arrancó. Oyó un chirrido de ruedas girando en la nieve compacta. El ruido del motor empezó a alejarse. Emitió un ronquido, luego un zumbido y finalmente desapareció.

Estaba solo. Solo en casa de Annie Wilkes, encerrado en aquella habitación. La distancia entre ese lugar y Den— ver era como la que existía entre el zoológico de Boston y África.

Estaba en la cama, mirando al techo, con la garganta seca y el corazón latiendo a toda velocidad.

Al cabo de un rato, el reloj de la sala dio las doce y la marea empezó a bajar.

14

Cincuenta y una horas. Lo sabía gracias a la Flair Fine Liner que llevaba en el bolsillo en el momento del accidente. La había podido rescatar del suelo. Cada vez que el reloj sonaba, se hacía una marca en el brazo. Cuatro marcas verticales y otra diagonal para cerrar el quinteto. Tenía diez grupos de cinco y uno más cuando ella volvió. Los grupitos, claros al principio, se fueron emborronando a medida que las manos le temblaban. No creía que se le hubiese escapado ni una

sola hora. Había dormitado ligeramente. Las campanadas del reloj lo despertaban cada vez que sonaban.

Al poco tiempo, y a pesar del dolor, había empezado a sentir hambre y sed. Aquello se convirtió en una especie de carrera de caballos. Al principio, *Rey del Dolor* llevaba la delantera y *Apetito* seguía a unos doce cuerpos de distancia. *Mucha Sed* estaba casi perdido en el polvo. Al amanecer del día siguiente, *Apetito* empezó a presentar batalla a *Rey del Dolor.*

Había pasado casi toda la noche dormitando y despertándose empapado en un sudor frío, convencido de que se estaba muriendo. Al poco rato tenía la esperanza de que fuese así. Cualquier cosa valía la pena para escapar de aquello. Nunca había sospechado hasta qué punto podía llegar el dolor. Los pilotes crecieron sin parar. Podía ver las capas incrustadas en ellos, descubrió seres ahogados descansando en las hendiduras. Tenían suerte. Para ellos había terminado el suplicio. Alrededor de las tres, estalló en una crisis de gritos inútiles.

Al mediodía siguiente, hora veinticuatro, comprendió que además del dolor de sus piernas y de su pelvis, algo más lo estaba atormentando. Era la carencia… Ese caballo podría llamarse *La Venganza del Yonki.* Necesitaba las cápsulas por más de un motivo.

Pensó en esforzarse por salir de la cama; pero el golpe de la caída y la consiguiente escalada de dolor lo disuadían. Podía imaginarlo muy bien… Por otro lado, aunque lo hubiera intentado, ella había cerrado la puerta con llave. ¿Qué podía hacer, aparte de arrastrarse como una babosa y quedarse tendido ante la puerta?

Desesperado, tiró de las mantas por primera vez, deseando contra toda esperanza que lo que encontrara no fuese tan malo como sugerían las formas que adoptaban las arrugas de la cama. No era tan malo, era peor. Miró horrorizado aquello en lo que él se había convertido de las rodillas hacia abajo. Oyó en su mente la voz de Roland Reagan en *King's Row* chillando: «¿Dónde está el resto de mi cuerpo?»

El resto de su cuerpo estaba allí y tal vez pudiese salir con vida. Ese pronóstico parecía cada vez más remoto; aunque técnicamente era posible, quizá nunca volvería a caminar, al menos hasta que volviesen a fracturarle las piernas (tal vez en varios sitios), unieran los huesos con clavos de acero y lo sometieran

a medio centenar de manipulaciones indignas, humillantes y dolorosas.

La mujer se las había entablillado. Eso lo sabía por los soportes rígidos que notaba; pero hasta ahora no sabía con qué lo había hecho. La parte inferior de ambas piernas estaba rodeada con varillas de acero que parecían los restos cerrados de unas muletas de aluminio. Había vendado enérgicamente las varillas, así que de las rodillas hacia abajo parecía la momia Imhotep al ser descubierta en la tumba. La parte inferior de sus extremidades adoptaba formas tortuosas, torcidas, hundidas. De la rodilla izquierda, un foco palpitante de dolor, parecía no quedar nada en absoluto. Había una pantorrilla, un muslo, y en el centro, un bulto asqueroso que parecía una cúpula de la sal. La parte superior de las piernas estaba muy hinchada y daba la impresión de arquearse hacia fuera. Sus muslos, su escroto y hasta su pene estaban salpicados de cardenales desvaídos.

Creía que la parte inferior de sus piernas estaba rota. Se había equivocado. Estaba pulverizada.

Volvió a cubrirse con las mantas gimiendo y llorando. No tenía sentido intentar moverse de la cama. Era mejor quedarse allí, morir allí, aceptar aquel nivel de dolor con todo lo horrible que era y esperar que cesara por completo.

Sobre las cuatro de la tarde del segundo día, *Mucha Sed* empezó a mover la carrera. Hacía tiempo que sentía la boca y la garganta secas, pero ahora la sensación era insoportable. La lengua parecía demasiado larga y pesada. Tragar, dolía. Recordaba el jarro de agua que ella había tirado.

Dormitó, despertó, y volvió a dormitar.

Pasó el día. Cayó la noche.

Tenía que orinar. Hizo una especie de filtro con la sábana sobre el pene y orinó en sus manos temblorosas. Trató de imaginar que era agua reciclada y bebió todo lo que pudo recoger, después se lamió las palmas húmedas. Aquello también formaría parte de sus secretos, si es que vivía para contar algo.

Empezó a creer que Annie había muerto. Estaba profundamente desequilibrada y la gente desequilibrada solía suicidarse.

La imaginó aparcando a un lado de la carretera en su vieja *Bessie*, sacar de bajo el asiento una «cuarenta y cuatro», ponérsela en la boca y disparar.

—Con Misery muerta, ya no quiero seguir viviendo. Adiós, mundo cruel —gritó Annie a través de un torrente de lágrimas, y apretó el gatillo.

Se rió, después gimió y luego gritó. El viento gritó con él, pero nadie más le

escuchó.

Ah… ¿por qué no? Bendita imaginación, tan vivida…

Tal vez un accidente… ¿Era posible? Sí, señor. La vio conducir sombría, demasiado rápido, y entonces… se salió del lado derecho de la carretera. Cayó y cayó… De pronto, chocó y explotó en una bola de fuego muriendo sin darse cuenta.

Si ella había muerto, él moriría allí como una rata en una trampa.

Creía que la inconsciencia vendría a liberarlo, pero no llegaba. En su lugar, llegaron la hora treinta y la hora cuarenta. Ahora *Rey del Dolor* y *Mucha Sed* se unieron en un solo caballo; hacía mucho que *Apetito* se había quedado atrás y empezó a sentirse como un trozo de tejido vivo en un portaobjetos bajo el microscopio, o como un gusano en un gancho, algo que se retuerce sin parar esperando la muerte.

15

Al verla entrar creyó que se trataba de un sueño, pero la realidad, o el puro y brutal instinto de supervivencia, se impuso y empezó a gemir y a suplicar como desde un pozo cada vez más profundo de irrealidad. Sólo vio con nitidez que ella llevaba un vestido azul oscuro y un sombrero floreado, exactamente el mismo atuendo con que él la había imaginado en el banquillo de Denver.

Tenía la cara encendida y los ojos brillantes. Estaba todo lo cerca de la hermosura que Annie Wilkes podía llegar a estar. Cuando más adelante trataba de recordar la escena, las únicas imágenes que podía evocar con claridad eran sus mejillas sonrosadas y el sombrero floreado. Desde el último baluarte de cordura y capacidad de análisis que le quedaban, el Paul Sheldon racional pensó: «Parece una viuda que acaba de follar después de diez años de abstinencia.»

Llevaba en la mano un vaso de agua, un gran vaso de agua.

—Tome —dijo sosteniéndole la nuca en la mano, aún fría por la intemperie, para ayudarle a incorporarse. Bebió rápidamente y el agua se derramó en la barbilla y en la camiseta. Ella retiró el vaso.

Gimió suplicante con las manos temblorosas extendidas.

—No —le dijo—. No, Paul. Poco a poco, o vomitará.

Al cabo de un rato, volvió a darle el vaso y le permitió dos sorbos.

—La droga —dijo él tosiendo.

Se relamió los labios y chupó la lengua. Recordaba vagamente cómo había bebido sus orines, lo calientes y salados que estaban.

—Las cápsulas…, el dolor…, por favor, Annie, por favor, por el amor de Dios, ayúdeme, el dolor es horrible.

—Ya sé que lo es, pero debe escucharme —dijo mirándole con su extraña expresión severa y maternal—. Tuve que marcharme a meditar. He reflexionado profundamente, ¿sabe? No estaba muy segura. Mis ideas son a veces confusas; lo sé, lo acepto. Por eso, cuando me preguntaban, no podía recordar dónde había estado todas aquellas veces. Así que recé. Hay un Dios, ¿sabe?, y responde a las oraciones. Siempre responde. Así que recé y dije, querido Dios, Paul Sheldon puede estar muerto cuando regrese. Pero Dios dijo: no estará muerto. Yo le he preservado para que tú puedas enseñarle el camino que debe seguir.

Dijo «empujarle», en lugar de «enseñarle», pero Paul apenas la oía. Sus ojos estaban clavados en el vaso de agua. Le dio otros tres sorbos. Bebió como un caballo, eructó y gritó cuando los escalofríos y los calambres recorrieron su cuerpo.

Mientras tanto, ella lo miraba con benevolencia.

—Le daré su medicina y aliviaré su dolor —dijo—; pero antes tiene algo que hacer. Volveré enseguida.

Se levantó y se dirigió a la puerta.

—¡No! —gritó él.

Pero Annie no le hizo caso. Y se quedó allí, encasillado en su dolor, tratando de no gemir, pero gimiendo.

16

Al principio creyó que deliraba. Lo que veía era tan extraño que no podía ser real. Annie regresó empujando una barbacoa portátil.

—Annie, el dolor es insoportable.

Las lágrimas cubrían su rostro.

—Lo sé, querido. —Le besó en la mejilla con la suavidad de una pluma cayendo—. Pronto pasará.

Se marchó y él se quedó mirando estúpidamente la barbacoa, un objeto destinado a una comida de verano que ahora estaba allí, en su habitación, evocando imágenes inexorables de ídolos y sacrificios.

Y lo que ella tenía en mente era, por supuesto, el sacrificio. Cuando volvió, traía en una mano el manuscrito de *Automóviles veloces,* la única prueba existente de sus años de trabajo. En la otra llevaba una caja de cerillas de madera Diamond Blue Tip.

17

—No —dijo Paul, llorando y temblando.

Le asaltó un pensamiento corrosivo. Por menos de cien dólares podría haber fotocopiado el manuscrito en Boulder. Todos (Bryce, sus dos ex mujeres, hasta su madre) le habían dicho con insistencia que era una locura no hacer una copia de su obra para guardarla. El Boulderado o la casa de Nueva York podían incendiarse. Podía haber una tormenta, una inundación o cualquier otro desastre natural aparente. Pero siempre se había negado sin ningún motivo racional. Tan sólo le parecía que hacer copias era cosa de maniáticos.

Pues bien, ahí estaba la manía y el desastre natural coaligados. Ahí estaba el huracán Annie. Ella no parecía haber tenido en cuenta la posibilidad de que hubiese otras copias de *Automóviles veloces* en alguna parte, y si él hubiese hecho caso, si hubiese invertido esos miserables cien dólares…

—Sí —replicó, acercándole las cerillas.

El manuscrito, en papel Hammermill Bond limpio y blanco, con la primera página del título encima, descansaba en su falda. Aún tenía la expresión tranquila y despejada.

—No —dijo, volviéndole la cara ardiente.

—Sí. Es sucio. Y además, no es bueno.

—Usted no podría reconocer algo bueno aunque se le echase encima y le mordiese la nariz —gritó Paul, sin importarle ya nada.

La mujer rió con amabilidad. Al parecer, había mandado su mal genio de vacaciones; pero conociendo a Annie, Paul sabía que podía regresar de improviso en cualquier momento con las maletas en la mano: «¡No soportaba estar lejos! ¿Qué tal estás?»

—En primer lugar —le respondió—, lo bueno no me mordería la nariz. Lo malo, puede que sí; pero lo bueno, nunca. Y lo segundo es que sí sé reconocer lo bueno cuando lo veo. Usted es bueno, Paul. Todo lo que necesita es un poco de ayuda. Ahora, coja las cerillas.

Él meneó rígidamente la cabeza.

—No.

—Sí.

—¡No!

—Sí, vamos.

—¡No, maldición!

—Puede maldecir todo lo que quiera. He oído de todo.

—No voy a hacerlo. —Cerró los ojos.

Cuando los abrió, ella tenía una caja de cartón cuadrada con la palabra NOVRIL impresa en letras de color azul brillante, MUESTRA CON RECETA MÉDICA indicaban las letras rojas bajo el nombre. En el interior había cuatro cápsulas encerradas en ampollas de plástico. Trató de apoderarse de ellas; pero la mujer retiró la caja y la puso fuera de su alcance.

—Cuando haya quemado eso —le advirtió—. Entonces tendrá sus cápsulas y se le pasará el dolor. Volverá a tranquilizarse y cuando se haya dominado le cambiaré las sábanas. Veo que las ha ensuciado y debe de sentirse incómodo, así que también le cambiaré a usted. Para entonces, estará hambriento y le daré un poco de sopa. Créame, Paul, no puedo hacer nada más, lo siento.

Su lengua quería decir: «¡Sí! ¡Sí! ¡Está bien!» Se la mordió. Volvió la cara para no ver aquella caja incitante, desesperante, con sus cuatro cápsulas blancas dentro del plástico transparente.

—Usted es el demonio —dijo.

Volvió a temer un ataque de furia y obtuvo en cambio una risa indulgente con un tono de evidente tristeza.

—Sí, sí, claro. Eso es lo que piensa un niño cuando mamá entra en la cocina y lo encuentra jugando con la botella de lejía que ha sacado del armario del fregadero. Se expresaría de otro modo, por supuesto, porque los niños no tienen una cultura como la suya. Sólo diría: ¡Mamá, eres mala!

Retiró el cabello que cubría su frente ardorosa deslizando los dedos por su mejilla; luego bajaron por su cuello y le apretaron un hombro, breve y compasivamente, antes de retirarse.

—La madre se siente mal cuando el niño le dice que es mala o cuando llora por lo que le ha quitado, como usted está llorando ahora. Pero ella sabe que está haciendo lo correcto y cumple con su deber, como yo estoy cumpliendo con el mío.

Golpeó el manuscrito con los nudillos. Fueron tres golpes sordos y rápidos sobre la primera página del manuscrito. Ciento noventa mil palabras y cinco vidas que a un Paul Sheldon sano y sin dolor le habían importado muchísimo. Ciento noventa mil palabras y cinco vidas que cada vez le parecían más prescindibles.

¡Las cápsulas! Necesitaba las cápsulas.

—¿Paul?

—¡No! —sollozó.

Oyó el apagado repiqueteo de las cápsulas en su envoltura. Silencio… Luego el repiqueteo de las cerillas en la caja.

—¿Paul?

—¡No!

—Estoy esperando, Paul.

«En el nombre de Dios, ¿por qué estás haciendo la misma gilipollez que Horacio en el puente y, en el nombre de Dios, a quién estás tratando de impresionar? —se preguntó a sí mismo—. ¿Crees que esto es una película o un programa de televisión y que hay una audiencia que va a puntuar tu valentía? Puedes hacer lo que ella quiere o puedes aguantar. Si aguantas, te irás a la mierda y ella quemará el manuscrito de todos modos. ¿Qué harás entonces?, ¿quedarte aquí sufriendo por un libro que no hubiese vendido ni la mitad de ejemplares que el de menor éxito de Misery, y en el que Peter Prescott se hubiese cagado con su estilo elegante cuando hiciese la crítica en *Newsweek*, el gran oráculo literario? ¡Vamos, vamos, piensa! Hasta Galileo cedió cuando vio que iban por él en serio!»

—¿Paul? Estoy esperando. Puedo esperar todo el día. Aunque tengo la ligera sospecha de que usted puede entrar en coma de un momento a otro. Creo que ahora se encuentra en un estado previo y yo he tenido mucho…

La voz se perdió en un zumbido. Su subconsciente le decía:

«¡Sí! ¡Deme las cerillas! ¡Deme una antorcha! ¡Deme un lanzallamas! Estoy dispuesto a tirarle una bomba incendiaria si eso es lo que usted quiere, jodida bruja!»

Eso decía el oportunista, el que quería sobrevivir a toda costa. Pero otra parte de sí mismo que flaqueaba, casi en coma, clamó en la oscuridad: «¡Ciento noventa mil palabras! ¡Dos años de trabajo! —Y lo que era más importante: la verdad—. ¡Lo que tú sabías sobre la puñetera verdad!»

Los muelles crujieron cuando ella se levantó.

—¡Está bien! ¡Es usted un niño muy testarudo y no puedo estar sentada en su cama toda la noche! He estado conduciendo casi una hora para llegar pronto. Volveré dentro de un rato a ver si ha cambiado de…

—Entonces, quémelas usted —gritó Paul.

Ella se volvió a mirarle.

—No, no puedo hacer eso, aunque le aseguro que me gustaría evitar la agonía que está sufriendo.

—¿Por qué no?

—Porque —le respondió, puntillosa— debe hacerlo usted por su propia voluntad.

Entonces él rompió a reír y la cara de la mujer se ensombreció por primera vez desde que había llegado. Luego abandonó la habitación con el manuscrito bajo el brazo.

18

Cuando regresó una hora más tarde, él cogió las cerillas mientras ella ponía la página del título sobre la barbacoa. Trató de encender una, luego otra, pero no pudo porque se le caían de las manos.

Annie las cogió, encendió una y se la puso en la mano. Él la acercó al borde del papel, la dejó caer en la barbacoa y contempló fascinado cómo la llama la prendía y luego la devoraba. Ella tenía un tenedor de cocina y, cuando la página empezó a retorcerse, la metió entre las rendijas de la parrilla.

—Vamos a tardar una eternidad en esto —dijo él—. Yo no puedo…

—No, haremos un trabajo rápido, pero usted debe quemar unas cuantas hojas, Paul, como símbolo de que ha comprendido.

Entonces puso en la parrilla la primera página de *Automóviles veloces*, palabras que él recordaba haber escrito unos veinticuatro meses atrás en la casa de Nueva York: «—No tengo ruedas —dijo Tony Bonasaro, caminando hacia la chica que bajaba por las escaleras— y soy lento para aprender, pero para

conducir, soy rápido.»

Aquella página sacrificada le devolvió aquel día como los *Exitos Dorados* de la radio. Recordó haber caminado por el apartamento, de una habitación a otra, imbuido de libro, repleto, grávido y sufriendo los dolores de un parto.

Recordó haber encontrado un sujetador de Joan bajo uno de los cojines del sofá. Hacía tres meses que ella se había marchado. Eso demostraba cómo trabajaba el servicio de limpieza. Recordó haber oído el tráfico de Nueva York y el monótono tañido de las campanas de una iglesia llamando a sus fieles a misa.

Recordó haberse sentado…

Como siempre, tuvo el bendito alivio de empezar, una sensación que era como caer en un agujero lleno de luz radiante.

Como siempre, tuvo la triste certeza de que no escribiría tan bien como quería hacerlo. Sintió el temor de no ser capaz de terminar, de avanzar contra un muro blanco.

Le invadió la eterna sensación de alegría nerviosa, la maravilla del viaje que comienza.

Miró a Annie Wilkes y dijo en voz baja y clara:

—Annie, por favor, no me obligue a hacer esto.

Ella mantuvo las cerillas ante su cara sin moverse, y declaró:

—Puede hacer lo que usted quiera.

Así que Paul quemó su libro.

19

Le obligó a quemar la primera página, la última y nueve pares de páginas de diferentes partes del manuscrito, porque el nueve, según dijo, era un número mágico y el nueve doble daba suerte. Vio que ella había tachado las palabrotas

con un rotulador, al menos hasta donde había leído.

—Bueno —exclamó tras quemar el último par—, se ha portado como un buen chico y un buen perdedor. Sé que esto le duele tanto como las piernas, así que no lo prolongaré más.

Quitó la parrilla y metió el resto del manuscrito en la barbacoa aplastando los restos negros y crujientes de las páginas que él ya había quemado. La habitación apestaba a cerillas y a papel carbonizado. «Huele como el vestidor del diablo», pensó delirante. Si hubiese habido algo en la arrugada cáscara de nuez que una vez había sido su estómago, lo habría vomitado.

La mujer encendió otra cerilla y se la puso en la mano. Él se incorporó como pudo y la lanzó en la barbacoa. Ya no importaba. No importaba nada. Se dejó caer y cerró los ojos.

Ella lo agitó suavemente.

Alzó los cansados párpados.

—Se ha apagado.

Encendió otra cerilla y volvió a dársela. De nuevo se las arregló como pudo para incorporarse, despertando un dolor terrible en las piernas. Acercó la llama a los bordes del manuscrito. Esta vez prendió en el papel en lugar de extinguirse.

Volvió a echarse con los ojos cerrados escuchando el crujir de los papeles, sintiendo el calor del fuego.

—¡Dios mío! —gritó ella, alarmada.

Abrió los ojos y vio que grandes pavesas y trozos de papel surgían de la barbacoa flotando en el aire caliente.

Annie salió de la habitación dando tumbos. Paul oyó cómo llenaba un cubo de agua de la bañera. Contempló con indolencia un oscuro trozo de manuscrito que volaba por la estancia y aterrizaba en una de las cortinas de gasa. Hubo una breve chispa, el tiempo justo de preguntarse si se incendiaría la habitación; luego la chispa se extinguió dejando un agujero parecido a la quemadura de un cigarrillo. Cayó encima de la cama y en los brazos. En realidad, no le importaba en absoluto dónde cayese.

Annie volvió. Su mirada trató de abarcar toda la habitación, intentando seguir el trayecto de cada página carbonizada que se elevaba y planeaba en el aire. Las llamas temblaban y surgían del interior de la barbacoa.

—¡Dios mío! —repitió con el cubo en la mano sin saber dónde lanzar el agua

o si haría falta hacerlo.

Babeaba con los labios temblorosos. Mientras Paul observaba, sacó la lengua y se los limpió.

—¡Dios mío! ¡Dios mío!

Al parecer, era todo cuanto podía decir.

A pesar de hallarse atenazado en las garras del dolor, Paul tuvo un instante de intenso placer. ¡Qué hermoso era ver a Annie Wilkes atemorizada!

Otra página voló flameando aún con zarcillos de fuego azul. Eso la decidió. Con otro «¡Dios mío!», arrojó cuidadosamente el cubo de agua sobre la barbacoa. Hubo un monstruoso chisporroteo y un penacho de vapor. El olor a quemado era húmedo, desagradable y sin embargo cremoso.

Cuando Annie se marchó, consiguió una vez más incorporarse en un codo. Miró dentro de la barbacoa y vio algo que parecía un montón de troncos carbonizados flotando en un charco nauseabundo.

Annie volvió al cabo de un rato.

Era incombustible; pero estaba canturreando.

Lo sentó y le metió las cápsulas en la boca.

Él se las tragó y volvió a echarse, pensando: «La mataré.»

20

—Coma —dijo desde lejos, despertándole el aguijón del dolor.

Abrió los ojos y la vio, sentada a su lado. Por primera vez estaba a la misma altura que ella, cara a cara. Cayó en la cuenta, con una sorpresa vaga y distante, de que por primera vez desde hacía mucho tiempo, estaba sentado…, verdaderamente sentado.

«Me importa un cuerno», pensó, y dejó que los párpados volvieran a

cerrarse. Los pilotes estaban cubiertos. La marea había subido y la próxima vez que bajase podía quedarse así para siempre. Era mejor deslizarse sobre las olas mientras las hubiese. Más tarde podría pensar en su nueva postura.

—¡Coma! —insistió la mujer, y entonces sintió que el dolor zumbaba en el lado izquierdo de su cabeza, obligándole a gemir y tratar de huir.

—¡Coma, Paul! Tiene que despertar para comer, o…

¡Zzzzzing! ¡El lóbulo de su oreja! Lo estaba golpeando…

—Kay —murmuró—, Kay, no me los arranques, por Dios.

Se obligó a abrir los ojos. Era como si tuviese un bloque de cemento colgando de cada párpado. Notó una cuchara en la boca echando sopa caliente en su garganta. Se la tragó para no ahogarse.

De repente un viejo conocido surgió de ninguna parte. «La recuperación más sorprendente que este locutor ha visto en su vida, señoras y señores…» *Apetito* irrumpió en su cabeza. Fue como si la primera cucharada de sopa le hubiese despertado las tripas de un trance hipnótico. Tragó el resto con toda la rapidez que pudo, sintiéndose más hambriento cuanto más sorbía y tragaba.

Recordaba vagamente haber visto que la vieja se llevaba la barbacoa siniestra y humeante y luego traía otra cosa que en su estado de sopor le había parecido un carrito de supermercado. La idea no le había causado sorpresa ni curiosidad alguna. Era el «huésped» de Annie Wilkes. Barbacoas, carritos de supermercado, quizá mañana un parquímetro o una cabeza nuclear. Cuando se entra en la «Casa de la Risa», las carcajadas no paran.

Se había desmayado, pero ahora se daba cuenta de que el carro de supermercado era, en realidad, una silla de ruedas plegada. Estaba sentado en ella. Sus piernas entablilladas sobresalían rígidas frente a él. Su pelvis estaba incómodamente hinchada y no se sentía muy feliz en la nueva postura.

«Me puso aquí mientras estaba frito —pensó—. Me levantó ella sola. ¡Cielos, qué fuerza debe de tener!»

—¡Se acabó! —dijo ella—. Me alegro de que se haya tomado la sopa, Paul. Creo que se va a recuperar. Tal vez no quede como nuevo, pero si no tenemos más… contratiempos, creo que quedará bastante bien. Ahora voy a cambiar esas sábanas tan cochinas y cuando haya acabado con eso, cambiaré al otro cochinito que es usted; y si después no le duele demasiado y todavía tiene hambre, le permitiré que coma una tostada.

—Gracias, Annie —dijo humildemente, y pensó: «Tu garganta. Si puedo, te permitiré lamerte los labios y decir: "¡Dios mío!" Pero sólo una vez, Annie. Sólo una vez.»

21

Cuatro horas más tarde, yacía de nuevo en la cama pensando que habría quemado todos sus libros por una sola cápsula de Novril. Mientras estaba sentado, no le dolía nada, tenía suficiente mierda en las venas para dormir a la mitad del Ejército prusiano; pero ahora parecía que todas las abejas de un panal se hubiesen lanzado sobre la parte inferior de su cuerpo.

Dio un fuerte chillido. La sopa debió de sentarle bien, porque no recordaba haber chillado tan fuerte desde que había salido de la bruma oscura.

La presintió detrás de la puerta mucho antes de que entrase, apagada, inmóvil, «desconectada», con la mirada perdida, fija en el pomo, o tal vez en las líneas de sus propias manos.

—Tenga. —Le dio la medicina—. Esta vez, sólo dos cápsulas.

Se las tragó sujetándole firmemente la muñeca para que no temblara el vaso.

—Le he comprado un par de regalos en la ciudad —dijo levantándose de la cama.

—¿Ah, sí? —gruñó.

Señaló la silla de ruedas que descansaba en un rincón con los soportes para las piernas sobresaliendo rígidos.

—Mañana le enseñaré el otro. Ahora trate de dormir un poco, Paul.

22

El sueño tardó mucho en llegar. Flotaba en la droga y trató de pensar en la situación en la que se encontraba. Ahora parecía un poco más fácil pensar en el libro que había creado y luego destruido.

Era como recomponer trocitos de tela que pudiesen unirse para hacer un edredón.

Estaba a kilómetros de distancia de los vecinos que, según Annie, no la soportaban. ¿Cómo había dicho que se llamaban? Boynton. No, Roydman. Eso era, Roydman. ¿Y a qué distancia estaban de la ciudad? Seguramente no demasiado lejos. Se encontraba en un círculo cuyo diámetro podía ser, como mínimo, de unos veinticuatro kilómetros y como máximo de setenta y dos. Por patéticamente reducida que fuese esa área, la casa de Annie Wilkes, los Roydman y el centro de Sidewinder estaban en su interior.

«Y el coche… Mi Camaro también está en alguna parte de este círculo. ¿Lo habrá encontrado la policía?», se preguntó.

No lo creía. Era una persona famosa. Si se encontraba un coche con la matrícula registrada a su nombre, una investigación superficial revelaría que había estado en Boulder y que luego se había perdido su pista. El descubrimiento del coche siniestrado iniciaría una búsqueda, reseñas en los noticiarios…

«Ella nunca ve la televisión, jamás escucha la radio, a menos que tenga auriculares», pensó.

La situación le recordaba a la historia del perro de Sherlock Holmes que no ladraba. No habían encontrado el coche, porque no había venido la policía. De lo contrario, habrían investigado a todo el mundo dentro de esa área hipotética. ¿Y cuánta gente podía haber cerca de la cima del Western Slope?{1} ¿Los Roydman, Annie Wilkes, tal vez otros diez o doce habitantes?

Que no lo hubiesen encontrado hasta el momento, no significaba que no pudiesen hacerlo.

Su vivida imaginación, la que no había heredado de su familia materna, tomó el mando. El policía era alto, fríamente bien parecido, con las patillas quizá un poco más largas de lo que permitía el reglamento. Llevaba gafas de sol en las que el sujeto interrogado podía ver su imagen reflejada. Su voz tenía el acento del Medio Oeste:

«Hemos encontrado un coche volcado cerca del monte Humbuggy. Pertenece a un escritor famoso llamado Paul Sheldon. Hay sangre en los asientos y en el salpicadero, pero ni rastro del hombre. Puede haber salido arrastrándose y haberse perdido.»

Aquello era ridículo, teniendo en cuenta el estado de sus piernas; pero claro, ellos ignoraban el alcance de sus lesiones. En cualquier caso, deducirían que, si no estaba allí, debía de tener fuerzas suficientes para alejarse. El curso de sus investigaciones no tenía por qué conducirles a la improbable posibilidad de un secuestro. Tal vez ni siquiera se les ocurriría.

«¿Recuerda haber visto a alguien en la carretera el día de la tormenta? Un hombre alto, de unos cuarenta años, cabello rubio. Suponemos que llevaba pantalón vaquero, una camisa de franela a cuadros y un anorak. Podía parecer desorientado. ¡Demonios, quizá no sabía ni dónde estaba!»

Annie habría recibido al policía en la cocina, donde le ofrecería una taza de café. Cuidaría de que todas las puertas y la habitación estuviesen cerradas por si él gruñía.

«Pues no, agente, no vi ni un alma. Volví a casa lo más rápido que pude cuando Tony Roberts. me dijo que esa tormenta no iba a desviarse hacia el Sur.»

El agente, dejando su taza de café y levantándose de la silla añadiría: «Bueno, si ve a un hombre que se ajuste a esa descripción, espero que se ponga en contacto con nosotros tan pronto como pueda. Es un tipo bastante famoso, ¿sabe? Salió en *People* y en otras revistas.»

—Seguro que lo haré, oficial.

Y el agente se marcharía.

Quizá ya había ocurrido algo así sin que él lo supiera. Tal vez un policía como ése había visitado a Annie mientras él estaba drogado. Sin embargo, después de meditarlo, se convenció de que era improbable. Él no era Jow Blown de Kokomo, un transeúnte cualquiera. Había salido en *People* (gracias a su best-seller) y en *Us* (gracias a su primer divorcio).

Sin duda alguien se preguntaría por él en el «Personali— ty Parade» de Walter Scott de los domingos. Reanudarían las investigaciones. Quizá volverían los mismos policías. Cuando una celebridad (o una casi celebridad como es un escritor) desaparecía, se armaba revuelo.

«Sólo estás imaginando, muchacho», se recordó Paul.

Tal vez fueran imaginaciones o quizá hipótesis. De cualquier modo, era mejor que estar tumbado sin hacer nada.

¿Había vallas en la carretera?

Trató de recordar, pero no pudo. Sólo se acordaba de que iba a coger los cigarrillos y de pronto la tierra y el cielo cambiaron de lugar. Luego la oscuridad. Pero otra vez la deducción, o el hábito de fantasear, le indujo a creer que había algo más. Los postes aplastados y los cables arrancados hubiesen alertado a los equipos de mantenimiento de carreteras.

.Por tanto, ¿qué había ocurrido exactamente?

Perdió el control en un lugar donde no había una pendiente muy pronunciada, sólo lo suficiente para que el coche volcara.

Pero ¿dónde estaba su coche? Enterrado en la nieve, por supuesto.

Paul se tapó los ojos con el brazo e imaginó una excavadora subiendo por la carretera en la que había volcado dos horas antes. Al caer la tarde, la excavadora era una nebulosa de un naranja pálido sobre la nieve. El conductor iba muy abrigado. Llevaba en la cabeza una vieja gorra de ferroviario de tela blanca y azul. A su derecha, en el fondo de una hondonada superficial, que un poco más allá se convertía en una garganta típica de los campos del Norte, yacía el Camaro de Paul Sheldon con un adhesivo desvaído en el parachoques anunciando: HART PRESIDENTE, y que era lo único que brillaba allá abajo. El tipo de la excavadora no vio el coche. La pegatina estaba demasiado descolorida para llamarle la atención. Además era casi de noche y él estaba molido. Sólo quería terminar su última salida y devolver la excavadora para tomar una taza bien caliente de café. Deja atrás el coche y avanza barriendo nubes espumosas de nieve hacia el declive. Del Camaro, enterrado ya casi hasta las ventanillas, apenas se ve la línea del capó. Después, en lo más profundo de las tinieblas tormentosas, cuando hasta lo que se tiene delante de las narices parece irreal, el hombre del segundo turno pasaría por allí en dirección opuesta y lo sepultaría.

Paul abrió los ojos y miró el enyesado del techo. Había una serie de finas grietas con forma de w. En el transcurso interminable de los días que llevaba allí desde su salida de la bruma, se había familiarizado mucho con ellas y ahora volvió a seguirlas pensando, indolente, en palabras que empezasen con aquella letra, como *wicked*, *wretched*, *witch* y *wriggling*.{2}

Quizá había ocurrido así. ¿Por qué no?

¿Había pensado ella en lo que sucedería si encontraban el coche?

Era muy probable. Estaba loca, pero eso no significaba que fuese estúpida.

Sin embargo, no se le había ocurrido que él pudiese tener una copia del manuscrito de *Automóviles veloces.*

¿Qué demonios importaba? Esa perra estaba en lo cierto. No la tenía.

Imágenes de páginas calcinadas flotando, las llamas, los sonidos, el olor de la destrucción, todo eso pasó por su mente. Apretó los dientes y trató de no pensar en ello. Lo vivido no era siempre lo mejor.

«No, no hiciste ninguna copia, aunque nueve de cada diez escritores la hubiesen hecho. Sobre todo ganando lo que tú ganas, incluso con los libros que no son de Misery. Ella no pensó en eso», caviló en silencio.

«Pero ella no es escritora. Y tampoco es estúpida —pro— siguió—, en eso estamos de acuerdo. Creo que está orgullosa de sí misma; su ego es enorme, descomunal. Le pareció que lo correcto era quemarlo, y la idea de que su concepto de lo correcto pudiese verse interferido por algo tan prosaico como una fotocopiadora Xerox y unas cuantas monedas…, la posibilidad de ese contratiempo, ni siquiera pasó por su cabeza, amigo mío.»

Sus demás deducciones podían ser como casas construidas sobre arena movediza, pero la visión que tenía de Annie Wilkes le parecía tan sólida como el peñón de Gibraltar. Gracias al trabajo de investigación que había realizado para escribir *Misery,* tenía un conocimiento de la neurosis y de la psicosis superior al del lego y sabía que, aunque el psicótico podía sufrir períodos alternativos de depresión y de euforia casi agresiva, el ego inflado e infectado estaba en el fondo de todo, seguro de que cuantos ojos había en el mundo convergían en él, seguro de ser el protagonista de un gran drama cuyo desenlace era esperado, con la respiración contenida, por incontables millones de personas.

Un ego semejante prohibía ciertas líneas de pensamiento. Estas líneas eran predecibles porque todas se extendían en la misma dirección: desde la persona desequilibrada a los objetos, a las situaciones, a otras personas ajenas a su control o a fantasías que el neurótico puede distinguir como tales, pero que el psicótico identifica con la realidad sin establecer diferencia alguna.

Annie Wilkes quería que *Automóviles veloces* fuese destruido. Así pues, para ella ésa era la única copia existente.

Tal vez hubiese podido salvar el maldito manuscrito diciéndole que había

otras copias. En tal caso, ella habría pensado que sería inútil destruirlo…

Su respiración, sumida en el cadencioso ritmo del sueño, se atragantó de repente en la garganta y abrió los ojos de par en par.

Sí, ella habría comprendido que era inútil. Se habría visto forzada a reconocer una de esas líneas que conducían a un lugar fuera de su control. Su ego se sentiría herido, chillaría.

«¡Tengo tan mal genio!», había dicho.

De haberse enfrentado al hecho de que no podía destruir aquel «libro sucio», ¿habría decidido tal vez destruir en su lugar al creador de ese «libro sucio»? Después de todo, no podía haber una copia de Paul Sheldon.

Su corazón latía con celeridad. En la otra habitación, el reloj empezó a sonar y escuchó sus pesados pasos, el lejano ruido de sus orines, el agua del inodoro, los pesados golpes de sus pies volviendo a la cama, el crujido de los muelles.

«No volverá a enfurecerme, ¿verdad?»

Su mente trató de arrancar de pronto al galope como un caballo trotón intentando sacudirse las bridas. ¿Qué tenía que ver aquel psicoanálisis barato con su coche y con el momento en que fuese descubierto? ¿Qué significaba todo eso para él?

—Espera un momento —murmuró en la oscuridad—. Espera un momento, muchacho. Poco a poco…

Volvió a taparse los ojos con el brazo y otra vez imaginó al guardia del Estado con las gafas oscuras y las patillas demasiado largas: «Hemos encontrado un coche volcado en medio del monte Humbuggy», decía el agente.

Sólo que *esta vez* Annie, en lugar de invitarlo a tomar café, no se sentiría segura hasta que se alejara carretera abajo. Incluso en la cocina, con dos puertas cerradas entre ellos y la habitación de los invitados, con el huésped drogado hasta las narices, el guardia podía escuchar un gruñido.

Si encontraban el coche, Annie Wilkes sabría que estaba metida en un buen lío, ¿no?

—Sí —murmuró Paul. Las piernas empezaban a dolerle otra vez, pero en el horrible amanecer de su descubrimiento, casi no lo sintió.

Sin duda estaría metida en un buen lío, pero no por haberlo llevado a su casa, sobre todo estando más cerca que Sidewinder (según creía Paul). Por aquello quizá le concederían un carné vitalicio de socia del Club de Amigos de Misery

Chastain. —Asociación realmente existente, para su perpetua mortificación—. El problema era que además de llevarlo a su casa e instalarlo en una habitación, no se lo había dicho a nadie. Ni siquiera hizo una llamada al ambulatorio local: «Soy Annie Wilkes, de la carretera del monte Humbuggy, y aquí tengo a un sujeto al que parece que *King Kong* ha utilizado de trampolín.» El problema era que lo había llenado de droga a la que seguramente no tenía acceso legal, aunque no hubiese estado tan enganchado como suponía. Y además de dragarlo, lo había sometido a un extraño tratamiento entablillándole las piernas con trozos serrados de muletas de aluminio. El problema, en fin, era que Annie Wilkes había estado en el banquillo de Denver y… «no como testigo —pensó Paul—, apostaría lo que fuese».

Así que Annie vería alejarse al policía por la carretera en su limpísimo todo-terreno, excepto por los trozos de nieve y sal pegados en las ruedas y bajo los guardabarros. Entonces se sentiría segura otra vez, aunque no demasiado, porque ahora sería como un animal acorralado con el cerco cada vez más estrecho.

Los policías seguirían buscando porque él no es simplemente el bueno de Joe Blow de Kokomo. Él es Paul Sheldon, el Zeus literario de cuya frente surgió Misery Chastian, novia de idiotas y de supermercados. Tal vez dejarían de buscar durante un tiempo o buscarían en otra parte; pero era posible que uno de los Roydman la viera llegar aquella noche y notara algo raro en la parte trasera de la vieja *Bessie,* algo vagamente antropomorfo envuelto en un edredón. Aun cuando no hubiesen visto nada, no podía estar segura de que los Roydman no inventasen una historia para causarle problemas. No la soportaban…

Los policías tal vez volverían y la próxima vez su huésped podría no estar tan callado.

Recordó sus ojos vagando sin rumbo cuando el fuego de la barbacoa había estado a punto de descontrolarse. La recordaba lamiéndose los labios, caminando arriba y abajo; veía las manos cerrándose y abriéndose, echando de vez en cuando un vistazo a la habitación en la que él yacía perdido en su bruma. Y también de vez en cuando emitiría un «Dios mío» en las habitaciones vacías.

Había capturado un exótico pájaro con plumas hermosas, un pájaro exótico de África.

¿Y qué harían si lo descubrían?

Sentarla de nuevo en el banquillo de los acusados, por supuesto. Sentarla en

el banquillo de Denver, y esta vez quizá no saliese libre del asunto.

Retiró el brazo de los ojos. Volvió a mirar las extrañas formas que bailaban en el techo. No necesitaba cubrir su rostro para ver el resto. Puede que ella se aferrase a él durante un día o una semana más. Una llamada telefónica de seguimiento o una visita podían decidirla a librarse de su *rara avis.* Pero al final, lo haría… como los perros salvajes entierran a sus víctimas al verse perseguidos.

Le daría cinco cápsulas en vez de dos, lo ahogaría con la almohada o simplemente le dispararía. Seguro que guardaba un rifle en alguna parte. Casi todos los que viven en la alta montaña poseen uno. Y así solucionaría el problema.

No, con el arma no. Resultaría problemático, podía dejar evidencia.

Aquello no había ocurrido todavía porque no habían encontrado su coche. Aunque lo estuvieran buscando en Nueva York o en Los Ángeles, nadie lo haría en Sidewinder, Colorado.

Pero en la primavera…

El latido de sus piernas era más insistente. La próxima vez que sonase el reloj, ella vendría, y casi tenía miedo de que pudiese leer sus pensamientos como la premisa desnuda de una historia demasiado truculenta para ser escrita. Los ojos se desviaron a la izquierda. Había un calendario en la pared, mostrando el mes de febrero, con un niño bajando por una colina en un trineo; pero si sus cálculos eran correctos, ya estaban en marzo. Annie Wilkes había olvidado volver la página.

¿Cuánto faltaba para que la nieve derretida revelase el Camaro con la matrícula de Nueva York y su registro en la guantera proclamando que el dueño era Paul Sheldon? ¿Cuánto tiempo habría de pasar para que el guardia la visitase o para que ella leyese el hallazgo en los periódicos? ¿Cuánto tardaría en llegar la primavera?

¿Seis semanas? ¿Cinco?

«Eso es lo que puede quedarme de vida», pensó Paul, y empezó a temblar. Sus piernas habían despertado del todo y no pudo dormirse hasta que ella le administró otra dosis de medicina.

23

A la noche siguiente, le trajo la Royal. Era un modelo de oficina perteneciente a una era en la que las máquinas eléctricas, los televisores en color y los teléfonos digitales eran ciencia ficción. Era negra y severa como un par de zapatos con botones delanteros. Tenía paneles de cristal a los lados, mostrando sus palancas, muelles, tuercas y varillas. La palanca de retroceso era de acero y sobresalía a un lado como el pulgar de un autoestopista. El carro estaba lleno de polvo, la goma dura, rayada y picada. En el centro, las letras ROYAL aparecían en un semicírculo. Gruñendo, la puso a los pies de la cama, entre sus piernas, después de sostenerla en el aire durante unos segundos para que él la inspeccionase.

Se quedó mirándola.

¿Sonreía?

¡Cielos, parecía que la máquina estaba sonriendo!

De todos modos, presagiaba problemas. La cinta era de dos colores, rojo y negro, y estaba gastada. Había olvidado que existían esas cintas. Su visión no le produjo ninguna nostalgia agradable.

—Bueno —dijo ella, sonriendo con ansiedad—, ¿qué le parece?

—Es muy bonita —le respondió enseguida—, una auténtica antigüedad.

La expresión de Annie se ensombreció.

—No la compré como una antigüedad. La compré de segunda mano. ¡Sí, señor!, una buena pieza de segunda mano.

Él cambió el tono de la conversación de inmediato.

—¡Eh, no se puede hablar de antigüedad tratándose de máquinas de escribir! Una buena máquina de escribir es eterna. Estas viejas joyas de oficina son auténticos tanques.

Le hubiese dado unas palmaditas de haber podido alcanzarla. En realidad, de haber podido alcanzarla, la habría besado.

—La conseguí en Novedades Usadas. ¿No le parece un nombre estúpido? Pero Nancy Dartmonger, la dueña de la tienda, es una estúpida.

Annie frunció el ceño, pero se dio cuenta de que no iba contra él. Estaba descubriendo que el instinto de supervivencia creaba unos atajos sorprendentes hacia la empatia. Por un momento, creyó sintonizar con sus estados de ánimo,

sus ciclos. La escuchaba como si fuese un reloj estropeado.

—Pero además de estúpida, es mala. ¡Dartmonger! Su nombre debería ser *Whoremonger*.{3} Se ha divorciado dos veces y ahora vive con un tabernero. Por eso, cuando usted dijo que era una antigüedad…

—Lo entiendo —dijo Paul.

Ella calló unos instantes y luego murmuró como en confesión:

—Le falta la ene.

—¿Ah, sí?

—Sí, mire.

Levantó la máquina para que él pudiese ver el semicírculo de letras y entre ellas la palanca que faltaba, como una mella en una dentadura vieja, pero completa.

—Ya veo.

Volvió a ponerla en su sitio. La cama se movió un poco. Paul calculó que la máquina debía de pesar unos veinte kilos. Procedía de una época en la que no existían aleaciones ni plásticos, ni anticipos de seis cifras por un libro ni ediciones cinematográficas concretas, ni *USA Today,* ni *Entertainment Tonight,* ni celebridades haciendo anuncios publicitarios de tarjetas de crédito o de vodka.

La Royal le sonrió prometiéndole problemas.

—Ella quería cuarenta y cinco dólares, pero me rebajó cinco por la letra que le falta —explicó con una sonrisa socarrona que decía: «No soy ninguna tonta.»

Paul le sonrió a su vez. La marea estaba alta. Eso hacía que le resultase fácil sonreír y mentir.

—¿Se la rebajó? ¿No será que usted regateó?

Annie se irguió un poco.

—Bueno, le dije que la ene es una letra importante —admitió.

—¡Pues hizo muy bien, qué diablos!

Había hecho un nuevo descubrimiento. Comprender a un psicótico es fácil cuando se le sigue la corriente.

Annie sonrió con astucia como invitándole a compartir un secreto delicioso.

—Le dije que era una de las letras del apellido de mi escritor favorito.

—¡Qué casualidad! Son dos letras del nombre de mi enfermera favorita.

La sonrisa resplandeció en su cara. Increíblemente, sus sólidas mejillas se sonrojaron. Paul pensó que era como un horno construido en el interior de la

boca de uno de esos ídolos en los relatos de Rider Haggard.

—Adulador… —sonrió alelada.

—No, se equivoca por completo.

—Bueno —pareció alejarse mentalmente por un momento. Se sentía complacida, un poco turbada, trataba de organizar sus pensamientos.

Hasta cierto punto, Paul podría haber disfrutado del modo en que se estaban desarrollando las cosas; salvo por el peso de la máquina, tan sólida como la mujer e igualmente averiada. Parecía sonreír prometiéndole problemas con el diente que le faltaba.

—La silla de ruedas me salió mucho más cara —dijo ella entonces—. Los aparatos de ortopedia se han esfumado desde que yo… —Se detuvo, arqueó las cejas, se aclaró la garganta y volvió a mirarle, sonriendo—. Bueno, ya es hora de que empiece a sentarse y… la verdad, no lamento el precio que me costó. Usted no puede escribir acostado, ¿verdad?

—No…

—Tengo una tabla…, la corté a la medida, y papel… Espere un momento.

Salió corriendo de la habitación como una niña dejando a Paul y a la máquina para que se observasen mutuamente. La sonrisa del hombre desapareció en cuanto la mujer le dio la espalda. La de la Royal no había cambiado. Más tarde pensó que ya entonces sabía muy bien de qué se trataba todo aquello y cómo iba a sonar la máquina de escribir a través de su sonrisa, al igual que el viejo personaje de las viñetas llamado Ducky Dadles.

Annie volvió con un paquete de Corrasable Bond envuelto en papel cebolla y una tabla de un metro de ancho por uno y medio de largo.

—¡Mire!

Apoyó la tabla en los brazos de la silla de ruedas que estaba al lado de la cama como el solemne esqueleto de un visitante. Paul intuyó enseguida al fantasma de sí mismo sentado tras la tabla, como aprisionado en un cepo.

Colocó la máquina sobre la tabla, de cara al fantasma, y el paquete de Corrasable Bond, el papel que él más odiaba en el mundo por la forma en que se borraban las letras cuando las hojas se rozaban entre sí. Acababa de crear una especie de estudio para inválido.

—¿Qué le parece?

—Muy bien —dijo soltando la mayor mentira de su vida con absoluta

naturalidad, y entonces formuló una pregunta cuya respuesta conocía perfectamente—: ¿Qué cree que voy a escribir ahí?

—Pero, Paul —respondió, volviéndose para mirarle con los ojos bailando en su cara sonrojada—, yo no lo creo. ¡Yo lo sé! Usted va a utilizar esta máquina para escribir una nueva novela. ¡Su mejor novela! *¡El retorno de Misery!*

24

El retorno de Misery. No sintió nada en absoluto. Supuso que un hombre que acabase de perder una mano con una sierra eléctrica debía de sentir exactamente lo mismo mientras miraba con estúpida sorpresa la muñeca ensangrentada.

—Sí. —La cara de la mujer resplandeció como un faro y sus poderosas manos se parapetaron a la altura de sus pechos—. ¡Será un libro sólo para mí! ¡Mi premio por devolverle a la vida! ¡La única copia del último libro de Misery! ¡Tendré algo que ninguna persona en el mundo podrá poseer, por más que lo desee! ¡Imagínese!

—Annie, Misery está muerta.

Aunque pareciera increíble, ya estaba pensando: «Puedo hacerla volver.» El pensamiento le llenó de cansancio y repugnancia, pero no de sorpresa. Después de todo, un hombre que puede beber el agua de un cubo de fregar debe ser capaz de escribir lo que le manden.

—No, no lo está —replicó Annie, embelesada—. Cuando yo estaba… cuando yo estaba enfadada con usted, sabía que ella no se hallaba verdaderamente muerta. Sabía que usted no podía matarla realmente. Porque usted es bueno.

—¿Lo soy? —preguntó.

Miró a la máquina, que pareció sonreír susurrándole:

«Vamos a ver cómo eres de bueno, amiguito.»

—¡Sí!

—Annie, no sé si podré sentarme en esa silla de ruedas. La última vez…

—La última vez le dolió, ya lo sé. Y la próxima también le dolerá. Puede que hasta un poco más. Pero llegará un momento, y no tardará mucho aunque usted no lo crea, en que le dolerá un poco menos. Y luego cada vez menos…

—Annie, ¿puede decirme una cosa?

—Por supuesto, querido.

—Si le escribo esta historia…

—¡Novela! Una novela bonita y larga como las otras, tal vez más larga.

Cerró los ojos un momento y volvió a abrirlos.

—Está bien, si escribo esa novela, ¿me dejará marchar cuando la termine?

Por un momento, un atisbo de inquietud apareció en sus ojos y luego lo observó con atención.

—Habla como si estuviera prisionero, Paul.

Él siguió mirándola sin contestar.

—Creo que, para cuando haya terminado, estará harto de ver gente por aquí —le dijo—. ¿Es eso lo que quiere escuchar, Paul?

—Así es. Era eso lo que quería escuchar.

—Francamente, sabía que los escritores tienen su propio ego muy desarrollado, pero ignoraba que eso significaba también ingratitud.

Él no respondió y al cabo de un rato, ella desvió la mirada, impaciente y un poco turbada.

Al final, Paul rompió el silencio:

—Necesitaré todos los libros de Misery, si los tiene, porque no tengo ninguna concordancia.

—Claro que los tengo. —Y luego—: ¿Qué es una concordancia?

—Es una carpeta de hojas sueltas donde guardo todos los datos de Misery, personajes, lugares…, todo eso, pero con índices interrelacionados de distintos modos. El tiempo, datos históricos…

Vio que ella apenas le escuchaba. Era la segunda vez que no demostraba el mínimo interés por un truco profesional que hubiese hechizado a una clase de futuros escritores. La razón, pensó, era la simplicidad en sí misma. Annie Wilkes era la perfecta espectadora, una mujer que adoraba las historias sin que le

importara el mecanismo de su construcción. Era la encarnación de aquel arquetipo Victoriano: el Lector Constante. No quería saber nada de sus concordancias y de sus índices porque Misery y los personajes que la rodeaban eran, para ella, perfectamente reales. Los índices no le decían nada. Si él hubiese hablado de un censo en el villorrio de Little Dunthorpe, habría mostrado la misma indiferencia.

—Me aseguraré de que tenga sus libros. Están un poco usados, pero es señal de que un libro ha sido leído y amado, ¿no es así?

—Sí —contestó sin necesidad de mentir otra vez—. Así es.

—Aprenderé a encuadernar —dijo arrobada—. Voy a encuadernar *El retorno de Misery* yo misma. Exceptuando la Biblia de mi madre, será el único libro auténtico que posea.

—Eso está bien —apuntó con indiferencia al tiempo que empezaba a sentir el estómago un poco revuelto.

—Ahora me marcho para que pueda ponerse el gorro de pensar. Esto es emocionante, ¿no le parece?

—Sí, Annie, seguro que sí.

—Volveré dentro de media hora con una pechuga de pollo y puré de patatas con guisantes. También traeré un poco de gelatina, ya que se ha portado como un niño bueno. Me aseguraré de que tenga puntualmente sus calmantes. Incluso puede tomar una cápsula más por la noche, si la necesita. Quiero estar segura de que duerme bien, porque tiene que trabajar por la mañana. Se recuperará más deprisa cuando esté trabajando; apuesto lo que quiera.

Se acercó a la puerta, se detuvo un momento y luego, grotescamente, le lanzó un beso. La puerta se cerró tras ella. Él no quería mirar la máquina de escribir y durante un rato logró resistirse; pero al final, sus ojos rodaron impotentes hacia el artefacto. Estaba en la cómoda, sonriendo. Mirarla era como contemplar un instrumento de tortura momentáneamente inactivo.

«Creo que, para cuando haya terminado, estará harto de ver gente por aquí», había dicho.

«¡Ay, Annie! Nos has mentido a los dos —pensó—. Ambos lo sabemos. Lo vi en tus ojos.»

El panorama que ahora se abría ante los suyos era extremadamente desagradable: seis semanas de vida que pasaría sufriendo con sus huesos rotos y

renovando sus relaciones con Misery Chastain y Carmichael, seguidas de una rápida reclusión en el patio trasero.

Tal vez ella echaría sus restos a la marrana *Misery.* Aunque repugnante y truculento aquello no dejaría de ser, en cierto modo, justo.

«¡Maldita sea, no lo hagas! —pensó—. Enfurécela. Es como una botella ambulante de nitroglicerina. Agítala un poquito. Hazla explotar. Será mejor que quedarse aquí sufriendo.»

Trató de contemplar las letras del texto, pero muy pronto se encontró mirando otra vez la máquina. Estaba encima de la cómoda, mellada, insinuante y densa; llena de palabras que él no quería escribir:

«No puedes hacerlo, ¿verdad, viejo amigo? Quieres seguir viviendo aunque te duela. Si eso significa sacar a Misery otra vez a escena para que siga sus estúpidas aventuras, lo harás, o al menos lo intentarás. Pero antes tendrás que vértelas conmigo, y creo que no me gusta tu cara.»

—Estamos en paz —repuso Paul.

Trató de desviar la mirada hacia la nieve que se veía caer a través de la ventana, pero muy pronto sus ojos volvieron, sin darse cuenta, a la máquina con una fascinación ávida y preocupada.

25

Sentarse en la silla no supuso tanto dolor como temía. Mucho mejor. Sabía por experiencia que luego le dolería mucho.

Annie había puesto la bandeja con la comida en la cómoda, acercando luego la silla de ruedas a la cama. Le ayudó a sentarse y sintió un relámpago de dolor en la pelvis, pero pasó enseguida. Ella se inclinó. Apoyó el hombro en su cuello y escuchó por un instante el latido de su pulso. Torció la cara en un gesto de

repugnancia. Luego pasó el brazo derecho alrededor del cuello y el izquierdo en torno a las caderas.

—Trate de no moverse de las rodillas para abajo mientras haga esto.

Lo deslizó hacia la silla con la misma facilidad que si introdujese un libro en el hueco de una estantería. Sí, era fuerte. Aunque él hubiese estado en buena forma, el resultado de un combate con Annie habría sido dudoso. Pero en su actual estado, sería como si Wally Cox pelease con *Boom Boom* Mancini.

Le puso la tabla delante.

—¿Ve lo bien que encaja? —dijo, volviendo a la cómoda para buscar la comida.

—¿Annie?

—Sí.

—¿Podría poner la máquina de cara a la pared?

Ella frunció el ceño.

—¿Se puede saber por qué quiere que haga una cosa así?

«Porque no quiero que pase toda la noche sonriéndome», estuvo a punto de decir. Pero en vez de esto respondió:

—Es una vieja superstición. Siempre pongo la máquina de cara a la pared antes de empezar a escribir. —Hizo una pausa y agregó—: Lo hago todas las noches mientras escribo una novela.

—Es como lo de no pasar por debajo de una escalera —comentó ella—. Yo, si puedo, lo evito. —Volvió la máquina de forma que ya sólo sonreía a la pared — ¿Está mejor así?

—Mucho mejor.

—Qué bonita es —exclamó mientras empezaba a darle la comida.

26

Soñó con Annie Wilkes en la corte de un califa fabuloso, conjurando trasgos y genios de las botellas y volando en una alfombra mágica. Cuando ésta pasó junto a él, vio que estaba tejida en verde y blanco, formando una matrícula de Colorado. Su cabello flotaba tras ella, sus ojos eran tan duros y brillantes como los de un capitán navegando entre grandes bloques de hielo.

«Había una vez —decía Annie—, hace mucho tiempo, en los días en que el abuelo de mi abuelo era un niño… Ésta es la historia de cómo un niño pobre… La escuché de un hombre que… Había una vez… Había una vez…»

27

Annie lo despertó agitándolo mientras el sol radiante de la mañana entraba sesgado por la ventana. Había dejado de nevar.

—¡Despierte, dormilón! Le traigo yogur y un hermoso huevo duro. Ya va siendo hora de que empiece a trabajar.

Vio el entusiasmo de su cara y experimentó una sensación nueva y extraña:

esperanza. Había soñado que Annie Wilkes era Sherezade, con su sólido cuerpo envuelto en ropas transparentes, sus enormes pies metidos en babuchas rosas con la punta retorcida, mientras volaba en su alfombra mágica y pronunciaba las frases mágicas que abren la puerta de todos los cuentos. Pero no era Annie la que encarnaba a Sherezade, por supuesto, sino él mismo. Y si él describía algo que fuese verdaderamente bueno, si conseguía mantenerla en vilo hasta el desenlace, de forma que no pudiese matarlo por más que el instinto animal le impulsase a lo contrario…¿No era posible que aún tuviera una esperanza?

Vio que ella había girado la máquina de escribir antes de despertarle. La Royal le sonreía con su mella, susurrando que esperar era correcto y luchar noble, y que al final sólo contaría el destino.

28

Lo llevó en la silla hasta la ventana. Por primera vez en mucho tiempo, el sol cayó sobre su piel pálida y llagada, y le pareció que murmuraba de placer y agradecimiento. Los cristales tenían un borde de escarcha y al tocarlos, sintió un escalofrío. Era una sensación refrescante y nostálgica, semejante a la carta de un viejo amigo.

Por primera vez desde hacía semanas, que le parecieron años, podía contemplar un panorama distinto al de su habitación con sus realidades inmutables: empapelado azul, fotografía del Arco de Triunfo, el larguísimo mes de febrero simbolizado con un niño corriendo cuesta abajo en un trineo. Supuso que su mente volvería a la cara de ese niño cada vez que enero se convirtiese en febrero, aunque viviera para ver ese cambio cincuenta veces. Contempló el nuevo mundo que le ofrecía la ventana con la misma ansiedad con que había visto su primera película siendo un niño: *Bambi.*

El horizonte estaba cerca, siempre lo estaba en las Rocosas, donde sus inclinadas superficies de tierra impedían una visión más amplia del mundo. El cielo lucía un perfecto color azul sin nubes. Una alfombra verde de bosque subía por el flanco de la montaña más cercana. Entre el comienzo del bosque y la casa, habría unas tres mil hectáreas de campo abierto y la nieve que lo cubría era de un blanco inmaculado y radiante. Era imposible distinguir si bajo la nieve había tierra de labranza o prado abierto. Sólo un edificio interrumpía la vista de aquella zona: un establo rojo muy limpio. Cuando ella le hablaba del ganado o cuando la había oído pasar ante su ventana, con la respiración deformando la línea impasible de su rostro, había imaginado el establo como una especie de barraca que podía ilustrar un libro de fantasmas para niños, con el tejado torcido a punto de hundirse, con las ventanas rotas y polvorientas tapadas con trozos de cartón y las puertas desvencijadas y medio derruidas. Esa estructura limpia y cuidada, de un rojo oscuro con bordes de color crema, parecía el garaje para varios coches de un opulento hacendado rural. Frente al establo había un jeep Cherokee de unos cinco años, pero muy bien conservado. A un lado, un arado Fischer en un soporte de madera. Para adosar el arado al jeep, ella sólo tenía que conducirlo suavemente hasta el soporte, de modo que sus ganchos encajasen en las argollas y cerrarlas con el seguro desde el coche. Era el vehículo perfecto para una mujer que vivía sola y que no podía llamar a un vecino para que la ayudara, a excepción de los malditos Roydman, por supuesto; y seguro que Annie no aceptaría unas chuletas de cerdo aunque se estuviese muriendo de hambre. El camino de entrada estaba cuidadosamente arado, demostrando que utilizaba su maquinaria. Pero no se veía la carretera, la casa interfería la visión.

—Veo que está admirando mi establo, Paul.

Se volvió a mirarla, sorprendido. El movimiento rápido e imprevisto despertó el dolor en lo que quedaba de sus tibias y en el extraño bulto que había sustituido su rodilla derecha. Se retorció en su jaula de huesos y luego volvió a dormirse ligeramente.

Ella llevaba una bandeja de comida. Comida ligera, de hospital, pero sus tripas gruñeron en cuanto la vio.

—Sí —le dijo—, es muy bonito.

Annie puso la tabla sobre los brazos de la silla de ruedas y la bandeja encima de la tabla. Se acercó una silla y se sentó a su lado, mirándole mientras comía.

—¡Vamos, vamos! «Es bonito, si bonito se conserva», decía mi madre. Lo mantengo así porque, si no lo hiciera, los vecinos me criticarían. Todos están contra mí y siempre andan buscando la manera de desacreditarme. Por eso lo mantengo impecable. Es muy importante guardar las apariencias. En realidad, el establo no me da demasiado trabajo si no dejo que las cosas se acumulen. Lo más jodi— do es evitar que la nieve hunda el tejado.

«"Lo más jodido" —pensó—, recuérdalo en tus memorias cuando te refieras al léxico de Annie Wilkes, si es que vives para escribir tus Memorias. No olvides lo de pajarraco, hijo de puta…»

—Hace dos años, Billy Haversham instaló cintas térmicas en el techo. Se aprieta un botón, las cintas se calientan y la nieve se derrite. Este invierno ya no las tendré que usar muchas veces. ¿Ve cómo la nieve se derrite sola?

El tenedor que Annie sostenía para darle la comida se detuvo antes de llegar a su boca mientras él miraba el establo. Había una hilera de carámbanos en el alero. Las puntas goteaban deprisa. Cada una de ellas brillaba al caer en el estrecho canal que corría en la base del establo.

—¡Todavía no son las nueve y ya estamos a trece grados! —continuaba Annie alegremente mientras Paul imaginaba el parachoques de su Camaro sobresaliendo de la nieve y brillando al sol—. Claro que todavía nos quedan dos o tres chubascos y probablemente otra tormenta; pero la primavera se acerca, Paul. Mi madre siempre decía que la esperanza de la primavera es como la esperanza del cielo.

Volvió a dejar el tenedor en el plato.

—¿No quiere el último bocado? ¿Ha terminado ya?

—Sí, ya he terminado —respondió y, en su mente, los Roydman venían por la carretera desde Sidewinder y una flecha brillante de luz sorprendía la cara de la señora Roydman haciéndola parpadear… «¿Qué es eso de allá abajo, Ham…? No me digas que estoy loca, hay algo allí abajo. El reflejo casi me ha deslumbrado. Da marcha atrás, quiero echar otro vistazo», decía.

—Entonces, me llevaré la bandeja y usted podrá empezar —dijo, obsequiándole con la más cálida sonrisa—. La verdad, no puedo expresar lo entusiasmada que estoy.

Se fue, dejándole sentado en la silla mirando el agua que caía de los carámbanos que colgaban en el alero del establo.

29

—Quisiera otra clase de papel, si puede conseguirlo —dijo Paul cuando ella volvió para poner la máquina de escribir y el papel en la tabla.

—¿Otra clase de papel…? —le preguntó golpeando el paquete de Corrasable Bond envuelto en celofán—. Pero si es el más caro de todos. Lo pregunté cuando fui a la papelería.

—¿No le dijo nunca su madre que lo más caro no siempre es lo mejor?

El rostro de Annie se ensombreció. De pronto, parecía indignada y Paul supuso que el siguiente paso sería la furia.

—Pues no, no me lo dijo. Lo que sí me dijo, señor sabihondo, es que cuando se compra barato se consigue baratija.

Él había llegado a descubrir que el clima interior de Annie era como la primavera en el Medio Oeste. La mujer estaba llena de tormentas esperando desatarse y si él hubiese sido un granjero observando un cielo como la cara que Annie tenía en esos momentos, iría de inmediato a recoger a la familia para meterla en un refugio. Su cara había empalidecido y respiraba a un ritmo irregular, como un animal olfateando el fuego. Sus manos habían empezado a abrirse y a cerrarse con violencia, como agarrando y soltando el aire.

Su miedo y su vulnerabilidad le gritaron que tratase de aplacarla mientras aún estaba a tiempo, si es que aún lo estaba, como una tribu en las historias de Rider Haggard aplacaría a la diosa cuya cólera habían excitado haciendo sacrificios a su imagen.

Pero otra parte de sí mismo, más calculadora y menos acobardada, la recordaba que no podría desempeñar el papel de Sherezade si se aterrorizaba e intentaba tranquilizarla cada vez que ella estallaba. Sólo conseguiría que explotara con más frecuencia. «Si no tuvieses algo que ella desea ardientemente —razonaba esa parte— te habría llevado al hospital de inmediato o te hubiese matado para protegerse de los Roydman. Porque, para Annie, el mundo está lleno de Roydman acechando tras todos los arbustos. Si no controlas a esta zorra ahora mismo, Paulie, tal vez nunca puedas hacerlo.»

Ella respiraba cada vez más rápido. También se aceleraba el movimiento de sus manos y Paul se dio cuenta de que en un instante habría perdido por completo la oportunidad de controlarla.

Haciendo acopio del poco valor que le quedaba y tratando desesperadamente de lograr el tono justo de firmeza e irritación, dijo:

—Será mejor que se controle. Con enfurecerse no va a cambiar las cosas.

Ella se quedó perpleja, como si la hubiese abofeteado, y lo miró dolida.

—Annie —le dijo pacientemente—, esto no conduce a ninguna parte.

—Es un truco. No quiere escribir mi libro y por eso está inventando excusas para no empezar. Sabía que lo haría. Estaba segura. Pero no le servirá de nada. No…

—Eso es una tontería. ¿Yo he dicho que no quería a empezar?

—No, no; pero…

—Claro que voy a hacerlo y si me deja que le muestre una cosa, verá cuál es el problema. Deme esa lata, Webster, por favor.

—¿Cómo?

—La lata con plumas y lápices —le respondió—. En los periódicos les llaman latas Webster{4} por Daniel Webster.

Acababa de inventar otra mentira, pero consiguió el efecto deseado. Ella pareció más confundida que nunca, perdida en un mundo especializado del que no tenía ni el más remoto conocimiento. La confusión había disipado su cólera. Ni siquiera sabía si tenía derecho a estar furiosa.

Le trajo la lata con las plumas y los lápices, la puso de golpe encima de la mesa y él pensó: «¡Coño! No puede ser. Misery ha ganado. Eso tampoco es cierto. Sherezade se ha impuesto.»

—¿Y bien? —preguntó enfurruñada.

—Observe.

Abrió el paquete de Corrasable y sacó una hoja. Cogió un lápiz afilado y trazó una línea. Luego cogió una pluma y trazó otra línea paralela. Entonces deslizó el dedo pulgar en la superficie del papel. Ambas rayas se emborronaron al instante, la de lápiz un poco más que la otra.

—¿Lo ve?

—¿El qué?

—Ocurre lo mismo con la cinta de la máquina. Quizá no se borra tanto como la marca del lápiz, pero más que el trazo de la pluma.

—¿Va usted a frotar cada página con los dedos?

—El simple roce de las páginas basta para que se borre la tinta en unas

semanas o en unos días —le dijo—. Y cuando se trabaja con un manuscrito, es inevitable. Siempre se está mirando atrás para buscar un nombre o una fecha. Dios mío, Annie, una de las primeras cosas que uno aprende en este negocio es que los editores detestan leer manuscritos presentados en Corrasable Bond tanto como detestan los escritos a mano.

—No diga eso, lo odio.

La miró, sinceramente perplejo.

—¿Qué no diga qué?

—Usted pervierte el talento que Dios le dio llamándolo negocio. Lo odio…

—Lo siento.

—Debería sentirlo —dijo con una expresión pétrea—. También podría llamarle prostitución.

«No, Annie —pensó, enfurecido—. Esto no es prostitución. *Automóviles veloces* intentaba precisamente lo contrario. Matar a la maldita perra de Misery. Yo me dirigía hacia la Costa Oeste para celebrar mi liberación de un estado de prostitución denigrante. Lo que hiciste fue sacarme del coche y volver a meterme en un burdel. Dos dólares por un servicio normal. Por cuatro dólares hago lo que sea. De vez en cuando hay un brillo en sus ojos que delata que una parte oculta de ti misma también lo sabe. Un jurado te absolvió por demencia; pero yo no, Annie, yo no.»

—Buena idea —admitió—. Y ahora, volviendo al asunto del papel…

—Traeré su jodido papelito —le interrumpió, resentida—. Dígame exactamente qué es lo que tengo que comprar.

—Mientras entienda que estoy de su parte…

—No me haga reír. Nadie ha estado de mi parte desde que murió mi madre hace veinte años.

—Puede creer lo que le parezca —argumentó Paul—. Si es usted tan insegura que no puede aceptar que le estoy agradecido por haberme salvado la vida, es cosa suya.

La observaba atentamente y volvió a ver en sus ojos un brillo de incertidumbre, un deseo de creer. Bien, muy bien… La miró con toda la sinceridad que pudo fingir mientras se imaginaba otra vez clavándole un trozo de vidrio en la garganta y dejando manar hasta la última gota de la sangre que alimentaba aquel cerebro demente.

—Por lo menos deberá creer que estoy de parte del libro. Usted ha dicho que lo encuadernaría. Supongo que se refería al manuscrito, a las páginas mecanografiadas.

—Claro que sí, por supuesto.

«Sí, claro que sí, porque si llevara el manuscrito a un impresor, podría provocar preguntas. —Se dijo en silencio—. Puede ser ingenua en cuanto al mundo de los libros y de las publicaciones, pero no tanto. Paul Sheldon ha desaparecido y el impresor podría recordar haber recibido un manuscrito del tamaño de un libro relacionado con el personaje más famoso de Paul Sheldon, por las mismas fechas de su desaparición, ¿no? Y seguramente recordaría las instrucciones, tan insólitas, que cualquier impresor las recordaría: Una sola copia impresa de un manuscrito tan voluminoso como una novela. ¡Sólo una!

»¿Qué cómo era la mujer? —diría el impresor a la policía—. Pues, era muy corpulenta. Parecía uno de esos ídolos de piedra de los cuentos de Rider Haggard. Un momento… Tengo su nombre y su dirección en los archivos. Déjeme revisar las copias de las facturas…»

—No hay nada malo en ello —le dijo—. Un manuscrito encuadernado puede ser muy bonito, como una buena edición de folios. Pero un libro debe durar mucho tiempo, Annie, y si escribo éste en Corrasable, dentro de diez años no tendrá más que páginas emborronadas, a menos que lo deje siempre en una estantería.

Pero ella no haría eso, claro que no. Ella lo cogería todos los días, tal vez cada dos horas, para alimentar su morbo.

Su cara había cobrado un extraño aspecto granítico. Esa terca expresión le resultó sospechosa, parecía jactarse de su dureza. Le ponía nervioso. Podía calcular su furor; aunque había algo en esa expresión que era tan opaco como infantil.

—No tiene que insistir; no se preocupe, le conseguiré su papel. ¿Cuál quiere?

—En esa papelería a la que usted va…

—El Parche de Papel.

—Sí, El Parche de Papel… Les dice que quiere dos resmas, una resma es un paquete de quinientas hojas.

—Ya lo sé, Paul. No soy tan ignorante.

—Ya sé que no lo es —dijo poniéndose cada vez más nervioso. El dolor

había empezado a recorrer sus piernas de arriba abajo desde la pelvis. Por otro lado, llevaba casi una hora sentado.

«Tranquilízate, por Dios —pensó—. No pierdas todo lo que has ganado. Por cierto, ¿has ganado algo, o no son más que ilusiones?»

—Pida dos resmas de papel blanco de fibra larga. Hammer Bond y Triad Modern son buenas marcas. Dos resmas de ese papel le costarán menos que este paquete de Corrasable y bastarán para hacer todo el trabajo, corrección incluida.

—Iré ahora mismo —dijo, levantándose de repente.

La miró alarmado comprendiendo que tenía la intención de abandonarlo de nuevo sin el medicamento, y además sentado. Era una postura dolorosa y cuando ella regresara, por mucha prisa que se diera, el dolor sería monstruoso.

—No es necesario que vaya ahora —se apresuró a decir—. El Corrasable sirve para empezar; después de todo, tendré que pasarlo a limpio.

—Sólo un tonto empezaría un buen trabajo con una herramienta defectuosa.

Cogió el paquete de Corrasable Bond, hizo una bola con la página que él había utilizado, la tiró a la papelera y se volvió hacia Paul. La expresión pétrea cubría su cara como una máscara. Sus ojos brillaban como monedas pulidas.

—Ahora voy a la ciudad —decidió—. Ya sé que quiere empezar cuanto antes, puesto que *está de mi parte.* —Sus últimas palabras sonaron con un intenso sarcasmo, y a Paul le pareció que con más odio hacia sí misma del que ella podía sospechar—. Así que no perderé el tiempo en volver a acostarlo.

Sonrió estirando los labios y esbozando una grotesca mueca de marioneta; luego se acercó con sus zapatos silenciosos de enfermera. Mesó su cabello con los dedos y él se echó atrás, sin poder evitarlo, lo cual intensificó aquella sonrisa cruel.

—Sospecho que tendremos que retrasar el comienzo de *El regreso de Misery* uno, dos o tal vez tres días. Sí, puede que pasen tres días antes de que pueda volver a sentarse, puesto que sentirá un gran dolor. ¡Qué lástima! Tenía champán en el congelador; tendré que quitarlo.

—Annie, de verdad, puedo empezar si usted…

—No, Paul. —Fue hasta la puerta y se volvió; sólo sus ojos, esas monedas pulidas, parecían estar vivos bajo el anaquel de su entrecejo—. Quiero que piense en una cosa: tal vez crea que puede engañarme, ya sé que parezco estúpida y lenta, pero no soy ni una cosa ni la otra, Paul.

De repente su rostro se descompuso. La obstinación pétrea se vino abajo y apareció la cara de una criatura furiosa y loca. El escritor pensó por un momento que la intensidad de su terror podría matarle. ¿Había creído conseguir algo? ¿Se podía desempeñar el papel de Sherezade con un carcelero demente?

Se acercó a él, con las piernas pesadas, las rodillas flexionadas, los codos subiendo y bajando como pistones en el aire estancado de la habitación. El cabello se enredaba en torno a su cara a medida que se libraba de las horquillas que lo mantenían recogido. Su paso ya no era silencioso, sino que parecía la marcha de Goliat asolando el Valle de los Huesos. El cuadro del Arco de Triunfo vibró como asustado en la pared.

—¡Iiiiiiiaaaaaaa! —gritó, y lanzó el puño cerrado contra el bulto deforme que era la rodilla izquierda de Paul Sheldon.

El dolor se extendió y le cubrió con una blanca y radiante mortaja. Echó atrás la cabeza y chilló, con las venas del cuello y de la frente a punto de estallar.

La mujer arrancó la máquina de escribir de la tabla, levantándola como si fuera una caja de cartón vacía, y la tiró sobre la repisa de la chimenea.

—Así que quédese ahí sentado —dijo esbozando una extraña mueca— y piense en quién manda aquí y en todo el daño que puedo hacerle si se porta mal o si intenta engañarme. Quédese ahí y grite si quiere, porque nadie podrá oírle. Nadie pasa por aquí, porque todos saben que Annie Wilkes está loca, están enterados de lo que hizo, aunque la declarasen inocente.

Fue hacia la puerta, se volvió y él chilló de nuevo, esperando un ataque como el anterior. Su reacción la hizo sonreír todavía más.

—Y le diré una cosa —añadió suavemente—. Creen que me salí con la mía, y tienen razón. Piense en eso, Paul,

mientras estoy en la ciudad buscando su jodido papelito.

Se fue dando un portazo con fuerza suficiente para hacer temblar la casa. Luego se escuchó el ruido de la llave.

Él se recostó temblando, aunque trataba de no hacerlo porque aumentaba su dolor. Pero las lágrimas corrían por sus mejillas sin poder evitarlo. Una y otra vez la veía volar a través de la habitación, una y otra vez la veía lanzar el puño sobre los restos de su rodilla, con la fuerza de un borracho furioso que diera martillazos sobre una barra de roble. Se sentía desolado por aquella horrible marea blanquiazul de dolor.

—Por favor, Dios —gimió mientras el Cherokee arrancaba con un rugido—. Por favor, Dios mío, sácame de esto, o mátame.

El ruido del motor se perdió carretera abajo. Dios no hizo ninguna de las cosas que le había suplicado, y él siguió con sus lágrimas y su dolor completamente despierto y chillando.

30

Más tarde pensó que el mundo, en su constante perversidad, quizá interpretaría sus actos siguientes como heroicos. Él no desmentiría nada. Pero lo que hizo no fue, en realidad, más que un último intento vacilante por aferrarse a la supervivencia.

Le pareció escuchar de forma vaga la voz de un locutor entusiasmado, Howard Cosell, Warner Wolfe o tal vez el loco de Johny Most, describiendo la escena como si su esfuerzo por llegar a la provisión de drogas antes de que el dolor lo matase, fuese una especie de evento deportivo, tal vez una emisión en pruebas del *Monday Night Football.* ¿Cómo podría llamarse a un deporte semejante? *¿La carrera por la droga ?*

«¡No puedo creer las agallas que este chico está demostrando! —El locutor deportivo que Paul Sheldon escuchaba en su cabeza estaba enardecido—. Creo que ninguno de los espectadores que se hallan en el estadio Annie Wilkes o presencian este acontecimiento en sus casas creía que el chico tuviese la más ligera oportunidad de mover esa silla de ruedas después del golpe que sufrió. Pero creo que… ¡Sí, sí, se está moviendo, veamos la repetición!»

El sudor cubría su frente y amenazaba con extenderse a sus ojos. Su lengua lamió una combinación salada de sudor y lágrimas. No podía dejar de temblar. El dolor era insoportable. «Se llega a un punto en que hasta la discusión del

dolor se vuelve redundante. Nadie sabe que pueda existir un dolor como éste. Es como estar poseído por demonios», pensó desesperado.

Sólo el pensamiento de las pastillas Novril que ella guardaba en alguna parte de la casa, le hacía moverse. No le importaba que la puerta de la habitación estuviera cerrada, ni la posibilidad de que la droga no estuviese en el lavabo de esa planta, sino escondida en otro sitio, ni el riesgo de que ella volviese, le encontrase y se enfureciese de nuevo… Nada de eso tenía importancia, pues sólo eran sombras tras el dolor. Iría resolviendo cada problema a medida que se presentase, o moriría. Eso era todo, así de sencillo.

Al moverse, el cinturón de fuego situado bajo su cintura y en sus piernas se hundió todavía más, apretándole como un cepo provisto de púas ardientes. Pero la silla, muy lentamente, empezó a moverse.

Había conseguido avanzar casi un metro y medio cuando comprendió que, si no podía hacerla girar, sólo conseguiría pasar la puerta de largo y acabar en el otro extremo de la habitación.

Asió la rueda derecha, temblando.

«Piensa en las cápsulas, en el alivio que te proporcionarán», se repetía a sí mismo.

Se apoyó con todas sus fuerzas en la rueda. La goma chirrió en el suelo de madera como ratones gritando. Se apoyó en aquellos músculos que habían sido fuertes y ahora se hallaban fláccidos y temblorosos como gelatina. Pero la silla giró poco a poco.

Agarró las dos ruedas y consiguió avanzar otro metro y medio antes de parar para enderezarla. Cuando terminó, se desmayó.

Unos cinco minutos más tarde, volvió a la realidad al escuchar en su mente la voz difusa e incitante de aquel locutor deportivo.

«¡Está tratando de moverse otra vez! ¡Esto es increíble! ¡Hay que ver las agallas que tiene este chico!»

Su mente sólo era consciente del dolor, que dirigía sus esfuerzos. Vio que la puerta estaba cerca y rodó hacia ella. Estiró los brazos hacia el suelo; pero quedaron a unos siete centímetros de las dos o tres horquillas que habían caído de la cabeza de aquella loca durante su ataque. Se mordió los labios sin reparar en el sudor que corría por su cara, oscureciendo la chaqueta del pijama.

«No creo que pueda coger esa horquilla, amigos. Ha sido un esfuerzo

fantástico, pero me temo que aquí acaba todo», vaticinó el locutor.

Tal vez estaba en lo cierto.

Se inclinó a la derecha de la silla, al principio para ignorar el dolor de ese lado de su cuerpo, un dolor que parecía ejercer una creciente presión, como si le arrancasen algo. Luego empezó a gritar. Como ella había dicho, nadie le oiría.

La punta de sus dedos planeaba a dos centímetros y medio del suelo intentando coger la horquilla. Su cadera derecha amenazaba con arrojar un chorro infecto de asquerosa gelatina de hueso.

«Dios mío, ayúdame», gritó en silencio.

Trató de agacharse un poco más, a pesar del dolor. Sus dedos rozaron la horquilla, pero sólo consiguió moverla medio centímetro. Apoyó la espalda en la silla escorado todavía a la derecha y dio alaridos a causa del dolor que martirizaba la parte inferior de sus piernas. Los párpados se le cerraban. Tenía la boca abierta. La lengua colgaba entre sus dientes como la palanca de un toldo. Pequeñas gotas de saliva salpicaban el suelo.

Apresó la horquilla entre sus dedos, la torció, casi la perdió y finalmente consiguió asirla en la mano cerrada.

Una nueva oleada de dolor surgió al tratar de incorporarse. Cuando lo consiguió no pudo hacer otra cosa que jadear durante un rato con la cabeza apoyada en el rígido respaldo de la silla. Ya tenía la horquilla en la tabla. Durante unos minutos, tuvo la certeza de que vomitaría, pero se le pasó.

«¿Qué estás haciendo? —le recriminó su mente al cabo de un rato—. ¿Esperas a que se te pase el dolor? Es inútil. Ella siempre cita a su madre; pero la tuya también tenía su repertorio de refranes, ¿no es cierto?»

Sí, lo tenía.

Ahí sentado, con la cabeza echada hacia atrás, recordó uno en voz alta pronunciándolo como si fuese un conjuro: —Puede que existan las hadas y los genios, mas Dios sólo ayuda a quienes se ayudan a sí mismos.

«Sí, señor. Así que deja de esperar, Paulie. El único genio que va a aparecer por aquí es ese peso pesado de todos los tiempos, Annie Wilkes», insistió su conciencia.

Volvió a mover la silla muy despacio, en dirección a la puerta. Ella la había cerrado, pero quizá podría abrirla. Tony Bonasaro, convertido ahora en negras escamas de ceniza, había sido un ladrón de coches. Paul investigó sobre la

mecánica del robo de automóviles con un rudo ex policía llamado Tom Twyford, quien le había enseñado a conectar los cables y a utilizar la tira de metal fina y flexible que los ladrones llaman «Slim Jim» para forzar la puerta del coche. También le explicó cómo se inutilizaba una alarma.

Dos años atrás, un día de primavera en Nueva York, Tom había dicho: «Supongamos que no quieres robar un coche porque ya lo has hecho, pero estás muy mal de gasolina. Cuentas con una manguera y te encuentras con que el vehículo tiene el tapón de la gasolina cerrado con llave. ¿Es eso un problema? No, si sabes lo que estás haciendo, porque la mayoría de esas cerraduras son de juguete, de Mickey Mouse, vamos. Todo lo que necesitas para abrirla es una horquilla…»

Tardó cinco interminables minutos en avanzar y colocar la silla de ruedas exactamente donde quería, con la rueda izquierda casi tocando la puerta.

La cerradura era antigua, le recordaba los dibujos de John Tenniel para *Alicia en el País de las Maravillas.* Se deslizó un poco hacia abajo en la silla, con un solo gruñido de dolor, y miró a través del ojo de la cerradura. Vio un pasillo corto que conducía a lo que debía de ser la sala, con una oscura alfombra roja, un diván antiguo tapizado en el mismo material y una lámpara con borlas colgando de la pantalla.

A la izquierda, en mitad del pasillo, había una puerta abierta de par en par. El pulso se le aceleró. Aquello era seguramente el lavabo de la planta baja. Había oído muchas veces el sonido del agua allí dentro, incluyendo la que había llenado el cubo del que con tanto entusiasmo bebió. ¿Y acaso no venía ella de allí cuando traía la medicina?

Creía que sí.

Agarró la horquilla. Se le escurrió de los dedos y fue a parar al borde de la tabla.

—¡No! —gruñó, atrapando la horquilla con la mano en el momento en que iba a caer. La apretó en su puño y luego volvió a desmayarse. Le pareció que esta vez estuvo más tiempo inconsciente. El dolor, exceptuando la agonía de su rodilla derecha, parecía haber remitido un poco. La horquilla estaba ahora en la tabla. Movió varias veces los dedos de su mano derecha antes de cogerla.

«Ahora —pensó sin doblarla mientras la sostenía—, no temblarás. Aférrate a este pensamiento. No temblarás.»

Se inclinó hacia adelante con la horquilla y la metió en la cerradura escuchando en su mente cómo el locutor deportivo… —ahí estaba de nuevo su vivida imaginación— describía la acción.

El sudor cubría su cara como una máscara.

«El rodete de la cerradura barata es como una mecedora —decía Tom Twyford, balanceando su mano para demostrarlo—. ¿Quieres volcar una mecedora? Es lo más fácil del mundo, ¿no es cierto? La agarras por las patas y empujas… No tiene ningún secreto. Y eso es todo lo que tienes que hacer con una cerradura como ésta. Desliza el rodete hacia arriba y entonces abre la tapa de la gasolina rápidamente antes de que se vuelva a cerrar.»

Tocó el rodete, un par de veces, pero la horquilla resbaló en ambas ocasiones y volvió a cerrarse cuando apenas había empezado a moverlo. La horquilla comenzaba a doblarse. Pensó que se rompería al cabo de dos o tres intentos.

—Por favor, Dios —dijo volviendo a meterla—. Por favor… Sólo te pido que concedas a este muchacho una pequeña oportunidad, sólo eso.

«Amigos, Sheldon se ha portado hoy como un héroe, pero éste tiene que ser su último intento. Los espectadores guardan silencio.»

Cerró los ojos. La voz del locutor se desvaneció mientras escuchaba ansioso cómo la horquilla trasteaba en la cerradura. ¡Ahora! ¡Algo ofrecía resistencia! ¡El rodete! Pudo imaginarlo como la pata de una mecedora presionando para mantenerla en su sitio, manteniéndolo a *él* en su sitio.

«Es de Mickey Mouse, Paul. Tú conserva la calma», recordó.

Era difícil conservar la calma con aquel dolor.

Agarró el pomo de la puerta con la mano izquierda y empezó a presionar suavemente la horquilla.

Imaginó que la mecedora empezaba a moverse en su alcoba polvorienta, imaginó que la maldita cerradura empezaba a ceder. No hacía falta que cediese del todo, claro que no. Siguiendo la metáfora de Tom Twyford, no hacía falta volcar la mecedora. En el mismo instante en que pasase del marco de la puerta, un empujón…

La horquilla empezaba a torcerse y a resbalar en sus manos. Desesperado, empujó hacia arriba con todas sus fuerzas, hizo girar el pomo y empujó la puerta. La horquilla se partió en dos con un chasquido, una parte quedó dentro de la cerradura. Se quedó quieto considerando su fracaso, hasta darse cuenta de que la

puerta se abría con la lengüeta de la cerradura sobresaliendo como un dedo de acero.

—Jesús —susurró—, gracias.

«¡Vamos a la moviola!», gritó Warner Wolf, exultante en su imaginación mientras los miles de espectadores del estadio Annie Wilkes, sin mencionar los incontables espectadores que contemplaban el evento desde sus casas, rompieron en atronadores gritos de entusiasmo.

—Ahora no, Warner —masculló en voz alta.

E inició la larga y agotadora tarea de echar atrás la silla y enderezarla para que pudiese salir por la puerta.

31

Vivió un momento horrible, espantoso, cuando le pareció que la silla de ruedas no pasaba por la puerta. Sólo era unos cinco centímetros más ancha que el hueco; pero eso significaba que no pasaría. «Ella la trajo plegada —le recordó una voz lúgubre en su mente—, por eso pensaste al principio que era un carrito de supermercado.»

Al final, pudo escurrirse poniéndose frente a la puerta y agarrándose a las jambas. Los ejes de las ruedas chirriaron al rozar la madera, pero pudo pasar.

Una vez fuera, volvió a perder el conocimiento.

32

La voz de Annie Wilkes le sacó de la bruma. Abrió los ojos y vio que le apuntaba con un arma de fuego. Sus ojos relampagueaban de furia. La saliva brillaba en los dientes.

—Si tan ansioso está de recuperar su libertad, Paul —le dijo—, me alegrará ayudarle.

Echó hacia atrás los dos percutores.

33

Saltó esperando el disparo; pero ella no estaba allí, por supuesto. Su mente había reconocido la evidencia del sueño.

«No es un sueño —pensó—, es un aviso. Esa loca puede volver en cualquier momento.»

La luz que salía por la puerta abierta del cuarto de baño había cambiado, se había vuelto más brillante. Deseó que el reloj sonara y le indicara cuánto tiempo quedaba, pero permanecía obstinadamente silencioso.

«La otra vez estuvo fuera cincuenta horas —recordó—. Y qué. Ahora puede estar ochenta. O puede que oigas llegar el Cherokee dentro de cinco segundos. Por si no lo sabes, amigo, el Departamento de Meteorología puede transmitir avisos de tormentas, pero cuando se trata de predecir con exactitud dónde y cuándo van a atacar, no tiene ni puñetera idea.»

—Es cierto —dijo, e hizo rodar la silla hacia el cuarto de baño.

Al asomarse, vio una habitación austera con suelo de baldosas hexagonales. Una bañera, oxidada alrededor del sumidero, se alzaba sobre unas patas curvas. A su lado había un armario para guardar toallas y ropa de cama. Al frente, un lavabo. Sobre éste, un botiquín.

El cubo estaba dentro de la bañera; pudo ver el borde de plástico.

El pasillo tenía la suficiente anchura para poder girar poniéndose de frente a la puerta; pero sus brazos temblaban de agotamiento. Había sido un niño enfermizo y, por ello, de adulto intentaba cuidarse lo mejor posible; pero sus músculos eran ahora los de un inválido y el niño enfermizo había vuelto como si todo el tiempo empleado en hacer gimnasia, en correr y en mover la máquina

Nautilus hubiese sido sólo un sueño.

Al menos, esa puerta era más ancha; no demasiado, pero lo suficiente para que el paso no resultase tan escalofriante como el anterior. Saltó sobre el umbral y las duras ruedas de la silla rodaron suavemente por las baldosas. Olió algo agrio que asoció instintivamente con hospitales. Tal vez era «Lysol». Como había sospechado, no había inodoro. El único inodoro de la casa debía de estar en el piso de arriba, porque cada vez que utilizaba el orinal ella subía las escaleras. Allí sólo había una bañera, el lavabo y el armario con las puertas abiertas.

Echó un breve vistazo a las toallas azules y toallitas para la cara, que ya conocía de los baños de esponja que ella le había dado. Luego volvió su atención hacia el botiquín.

Estaba fuera de su alcance.

Por más esfuerzo que hiciese, se hallaba a más de veinte centímetros de sus dedos. Era evidente. No obstante, lo intentó, incapaz de creer que el Destino, Dios o lo que fuese pudiera ser tan cruel. Parecía un *out-fielder*{5} intentando alcanzar desesperadamente una pelota de *homerun*{6} sin posibilidad alguna de lograrlo.

Gimió herido y contrariado; bajó la mano y se dejó caer hacia atrás, jadeando. La bruma gris bajó. Se resistió a sumergirse en ella y empezó a mirar alrededor en busca de algo que le permitiese abrir el botiquín. Vio un mocho O — Cedar rígidamente apoyado en un rincón con un palo azul muy largo.

«¿Vas a utilizar eso? —se preguntó—. ¿De verdad? Bueno, supongo que podrás abrir la puerta del botiquín y tirar un montón de cosas. Pero las botellas se romperán y aunque no haya botellas, lo que sería una gran casualidad, porque todo el mundo tiene al menos una botella de Lis— terine, de Scope o de algo así en su botiquín, no hallarás la forma de volver a poner en su sitio lo que tires. Cuando ella regrese y vea el desorden, ¿qué sucederá?»

—Le diré que fue Misery —bromeó—. Le contaré que pasó por aquí en busca de un tónico que le permitiese regresar del mundo de los muertos.

Entonces rompió a llorar, pero incluso a través de las lágrimas, sus ojos inspeccionaban la habitación buscando algo, cualquier cosa, inspiración, oportunidad, una puñetera oport…

Estaba mirando de nuevo el armario de la ropa cuando su respiración

acelerada se detuvo de repente. Se le dilataron los ojos.

Su primer vistazo se había centrado en los estantes llenos de sábanas, fundas, toallas y toallitas. Miró al suelo y descubrió un montón de cajas de cartón. Unas tenían la marca UPJOHN. Otras, la marca LILLY O CAM PHARMACEUTICALS.

Hizo girar la silla bruscamente ignorando el dolor.

«Por favor, Dios mío —imploró—, no permitas que sea su provisión de champú, sus tampones o las fotografías de su querida y santa madre.»

Manoseó las cajas, sacó una y la abrió. No era champú, no eran muestras de Avon, sino un revoltijo de drogas, la mayoría en cajitas rotuladas como muestras. En el fondo, algunas pildoras y cápsulas de diferentes colores estaban sueltas. Reconoció algunas, como Motrim y Lopressor, el medicamento para la hipertensión que su padre había tomado durante los últimos tres años de su vida. Otras no las había visto nunca.

—Novril —murmuró, revolviendo desesperadamente los medicamentos mientras el sudor empapaba su cara y las piernas le latían— Novril, ¿dónde está el jodido Novril?

No había Novril. Cerró la caja y volvió a ponerla en el armario tratando de dejarla en el mismo sitio en que la había encontrado. Eso bastaría, el lugar parecía un maldito basurero.

Se inclinó hacia el lado izquierdo y cogió otra caja. La abrió y apenas pudo creer en lo que veía. Darvon, Darvocet, Darvon Compound, Morphose y Morphose Complex, Librium, Valium y Novril. Docenas y docenas de cajas de muestra. Preciosas y queridas, valiosas, necesarias cajitas. Abrió una y vio las cápsulas que ella le daba cada seis horas encerradas en sus ampollitas de plástico.

«CON RECETA MÉDICA» advertía la caja.

—¡Dios bendito, el médico ha llegado! —sollozó.

Arrancó el celofán con los dientes y masticó tres de las cápsulas sin notar apenas el lacerante sabor amargo. Se detuvo, miró con fijeza las otras cinco que quedaban dentro de la hoja mutilada de celofán y tragó otra.

Miró alrededor rápidamente con la barbilla enterrada en el pecho, los ojos recelosos y asustados. Aunque sabía que era demasiado pronto para notar alivio, empezó a sentirlo. Por lo visto, era más importante conseguir las cápsulas que

ingerirlas. Era como si se le hubiese otorgado el control sobre las lunas y las mareas o como si él mismo se lo hubiese tomado por su cuenta. Era un pensamiento enorme, imponente…, pero también aterrador, con un trasfondo de culpa y de blasfemia.

Si ella regresaba en aquel momento…

—Bueno, está bien: ya sé lo que quieres decir.

Miró dentro de la caja para calcular cuántas cajitas de muestra podría coger sin que ella notase que un ratón llamado Paul Sheldon había estado royendo sus provisiones.

Aquello le hizo reír con un sonido estridente de alivio y se dio cuenta de que el medicamento no sólo estaba haciendo efecto en las piernas.

«Muévete, idiota —pensó mareado—. No hay tiempo para disfrutar de esto…»

Cogió cinco cajitas, un total de treinta cápsulas. Tuvo que reprimirse para no apropiarse de más. Removió el resto de las cajas y botellas deseando que el conjunto no pareciese ni más ni menos caótico que cuando había echado el primer vistazo. Cerró las tapas y volvió a poner el depósito en el armario.

Estaba llegando un coche…

Se irguió con los ojos desorbitados. Sus manos cayeron sobre los brazos de la silla y los apretaron con la fuerza del pánico. Si era Annie, estaba acabado, aquello sería el final. Jamás podría maniobrar esa cosa enorme y reticente para llegar a tiempo a la habitación. Tal vez podría golpearle en la cabeza con el mocho antes de que ella le retorciese el pescuezo como a un pollo.

Se quedó quieto con las cajitas de muestra de Novril sobre el regazo y sus piernas rotas sobresaliendo rígidas frente a él. Esperó a que el coche pasase de largo o girase para entrar en la casa.

El ruido fue aumentando durante un rato interminable y luego empezó a decrecer.

«Bueno, ¿necesitas otra clase de advertencia, muchacho?»

Por supuesto que no. Echó un vistazo a las cajas. Le pareció que estaban más o menos como antes, aunque las había mirado a través de la bruma del dolor y no podía estar muy seguro; pero sabía que las cajas amontonadas podían no estar dispuestas al azar como parecía. Annie tenía la percepción elevada del neurótico profundo y podía haber memorizado cuidadosamente la posición de cada una de

las cajas. Tal vez le bastaba con echar un vistazo para darse cuenta enseguida de lo que había ocurrido. Esa idea no le inspiró temor, sino resignación. Él necesitaba el medicamento, y de alguna manera se las había apañado para escapar de su habitación y conseguirlo. Si aquello traía consecuencias «desagradables», al menos podría enfrentarse a ello con la convicción de que no había hecho más que lo que tenía que hacer. Sin embargo, esa resignación era, con toda seguridad, un síntoma de lo peor. Lo había convertido en un animal atormentado por el dolor sin ninguna opción moral.

Dio marcha atrás lentamente con la silla de ruedas a través del cuarto de baño, mirando de vez en cuando para cerciorarse de que no erraba el camino. Un momento antes, ese movimiento le habría hecho gritar de dolor; pero ahora estaba desapareciendo bajo una hermosa insensibilidad.

Avanzó por el pasillo y se detuvo golpeado por un horrible pensamiento… Si el suelo del baño estaba mojado, incluso un poco sucio…

Observó el suelo y por un momento la idea de que debía de haber dejado huellas en aquellas baldosas blancas hexagonales se hizo tan obsesiva que llegó a verlas. Meneó la cabeza y volvió a mirar. No había huellas. Pero la puerta estaba más abierta. Echó la silla ligeramente a la derecha para poder acercarse y asir el pomo, y la dejó medio cerrada. Echó un último vistazo y luego la entornó un poco más.

Cuando se disponía a volver a su habitación se dio cuenta de que estaba frente a la sala, el lugar donde la mayoría de las personas tenían el teléfono y…

La luz estalló en su mente como un destello en un campo de niebla.

«—Policía de Sidewinder, habla el oficial Humbuggy, dígame.

»—Escuche, oficial Humbuggy. Escuche con mucha atención y no me interrumpa porque no sé cuánto tiempo me queda. Mi nombre es Paul Sheldon. Le llamo desde la casa de Annie Wilkes. Estoy prisionero aquí desde hace unas dos semanas, tal vez un mes. Yo…

»¡Annie Wilkes!

»—¡Dese prisa! Traiga una ambulancia. Y, por Dios, venga antes de que ella regrese.»

—Antes de que ella regrese —gimió—. Todo está arreglado.

«¿Qué te hace pensar que tiene teléfono? —se cuestionó—. ¿La has oído llamar? ¿A quién llamaría? ¿A sus buenos amigos los Roydman…?

»Que no tenga con quien conversar, no significa que sea incapaz de comprender que existe la posibilidad de un accidente. Podría caer por las escaleras, romperse un brazo o una pierna…, o bien incendiarse el establo.

»¿Cuántas veces has oído sonar ese supuesto teléfono? ¿Crees que tiene que sonar al menos una vez al día? Además, has estado inconsciente la mayor parte del tiempo.»

Sí, ya lo sabía, pero la posibilidad de que hubiera un teléfono, la imaginada sensación del auricular entre sus dedos, el sonido del dial al marcar, era una seducción demasiado fuerte para resistirla.

Puso la silla de frente a la sala y rodó hacia el interior.

Olía a humedad, a encierro, a oscuro cansancio. A pesar de que las cortinas que cubrían las ventanas no estaban echadas permitiendo una hermosa vista de las montañas, la habitación se hallaba demasiado oscura. Porque sus colores eran muy oscuros, pensó. El granate predominaba como si alguien hubiese derramado una gran cantidad de sangre.

Encima del mantel había la fotografía de una mujer de apariencia severa, ojos minúsculos enterrados en una cara gruesa y labios pintados de rosa, apretados. La fotografía, encerrada en un marco rococó bañado en oro, tenía el tamaño de la del presidente en el vestíbulo de una oficina de Correos de una gran ciudad. Paul no necesitaba que un telegrama le comunicase que aquélla era la santa madre de Annie.

Se adentró en la habitación. El lado izquierdo de la silla chocó con una mesita llena de figurillas de cerámica que se movieron y un pingüino sentado en un bloque de hielo cayó hacia un lado.

Estiró el brazo y lo agarró sin pensar. El gesto fue casi instintivo y luego vino la reacción. Apretó el pingüino tratando de controlar el temblor. «Lo cogiste sin esfuerzo —pensó—, además, hay una alfombra en el suelo, probablemente no se hubiera roto. Pero ¿y si te equivocas? —gritó su mente—. ¿Y si se hubiera roto? Tienes que volver a la habitación antes de que dejes indicios o huellas…»

No. Todavía no, por mucho miedo que tuviese. Porque aquello le había costado demasiado. Si había una posible recompensa, tenía que conseguirla.

Miró alrededor, y vio una habitación abarrotada de muebles pesados y austeros. A pesar de las ventanas en arco y la preciosa vista de las Rocosas, el principal motivo de atención era la fotografía de esa mujer carnosa aprisionada

en aquel marco horrible y llamativo, con sus curvas, sus volutas y sus inmóviles colgajos dorados.

En el extremo del sofá en el que ella se sentaría a mirar la televisión, había un teléfono.

Suavemente, sin atreverse casi a respirar, puso el pingüino de cerámica en la mesita (¡AHORA MI HISTORIA YA HA SIDO CONTADA!, decía la leyenda escrita en el bloque de hielo) y atravesó la habitación hacia el teléfono.

Frente al sofá había una mesa de centro. La rodeó. Encima había un ramo de flores secas en un horrendo vaso verde. Todo aquello parecía inestable, fácil de volcarse si él lo rozaba. Prestó oídos a lo que sucedía fuera de la casa. No se aproximaba ningún coche. Sólo se oía el silbido del viento. Cogió el teléfono y lo descolgó.

Una extraña sensación de fracaso ocupó su mente antes de llevar el auricular al oído y no escuchar nada. Volvió a colgar lentamente recordando una vieja canción de Roger Miller que de pronto parecía tener un sentido absurdo: «Ni teléfono, ni piscina, ni animales…, no tengo cigarrillos.»

Siguió con la mirada el cable telefónico y vio el pequeño módulo cuadrado en el zócalo. La clavija estaba conectada; todo parecía en orden.

«Es muy importante guardar las apariencias», había dicho ella.

Cerró los ojos e imaginó cómo Annie quitaba la clavija, metía pegamento en el agujero del módulo y volvía a enchufarla en la palidez mortal del pegamento, donde se endurecería y se congelaría para siempre. La compañía de teléfono no sabría que algo andaba mal a menos que alguien intentase llamarla y comunicase que la extensión no funcionaba. Pero nadie llamaba a Annie, ¿verdad? Ella recibiría con regularidad sus facturas y las pagaría enseguida; el teléfono era sólo un elemento decorativo, parte de su interminable batalla «por guardar las apariencias», como el acicalado establo con su reciente pintura roja, sus ribetes color crema y las cintas aislantes para derretir el hielo. ¿Habría «castrado» el teléfono por si acaso a él se le ocurría llevar a cabo una expedición como aquella? ¿Habría previsto la posibilidad de que pudiera salir de su habitación? Lo dudaba. El teléfono seguramente la había puesto nerviosa mucho antes de que él llegase. Despierta en la cama, mirando al techo de su habitación y escuchando el aullido del viento, imaginaría cuántas personas estarían pensando en ella con disgusto o con franca malevolencia, los Roydman de todo el mundo,

gente a la que en cualquier momento se le podría ocurrir llamarla y gritar: «¡Tú lo hiciste, Annie! ¡Te llevaron a Denver y todos sabemos que lo hiciste! ¡Nadie que sea inocente comparece en Denver!» Ella habría pedido y obtenido un número privado, por supuesto. Cualquier persona procesada y absuelta de un crimen de importancia lo hubiese hecho. Y si el caso se había juzgado en Denver, tenía que ser importante. Pero un neurótico profundo como Annie Wilkes no tendría bastante con saber que su número no aparecía en la guía. Cualquiera podría conseguirlo si quisiera y todos se habían confabulado contra ella. Tal vez los jueces que tuvieron la osadía de juzgarla estarían felizmente dispuestos a facilitar el número a quienquiera que les preguntase. Y la gente preguntaría, seguro, porque ella veía el mundo como un lugar oscuro lleno de masas humanas que se agitaban en un oleaje malevolente rodeando un pequeño escenario iluminado por un solo foco brillante: ella. Así que mejor sería erradicar el teléfono, silenciarlo, como lo silenciaría a él si averiguaba que había conseguido llegar tan lejos.

El pánico estalló como un grito en su mente, advirtiéndole que tenía que salir de allí y regresar a la habitación, esconder las cápsulas en alguna parte para que ella no notase absolutamente nada cuando llegase; y esta vez estuvo de acuerdo con la voz. Retrocedió con sumo cuidado y en cuanto llegó a un lugar de la habitación razonablemente despejado, empezó la laboriosa tarea de girar la silla tratando de no tirar la mesita de centro.

Casi había terminado la maniobra cuando oyó un coche que se acercaba y *supo*, sencillamente supo, que era ella.

34

Casi se desmayó en el viaje más terrorífico que jamás había emprendido,

afrontando un terror lleno de un pro—

fundo y cobarde sentimiento de culpa. Recordó de repente el único episodio de su vida que guardaba una remota semejanza con aquella situación por su desesperada condición emotiva. Tenía doce años. Ocurrió durante unas vacaciones de verano. Su padre estaba trabajando y su madre había ido con la vecina, la señora Kasbrak, a pasar el día en Boston. Él tenía un paquete de cigarrillos y había encendido uno. Fumaba con entusiasmo sintiéndose a la vez enfermo y feliz, como imaginaba que debían de sentirse los ladrones cuando asaltaban un banco. A mitad del cigarrillo, con la habitación llena de humo, oyó que su madre abría la puerta. «Paulie, soy yo, olvidé mi cartera», dijo. Había empezado a dar manotazos desesperados en el aire, sabiendo que no serviría de nada, seguro de que le habían descubierto y convencido de que le castigarían.

Aquello le costaría más que una paliza.

Recordó el sueño que había tenido durante uno de sus desmayos: Annie manipuló los percutores de una pistola diciendo: «Si tanto quiere su libertad, Paul, me alegrará concedérsela.»

El ruido del motor fue decayendo a medida que el coche que se acercaba reducía la velocidad. Sí, era ella.

Puso las manos que apenas sentía en las ruedas y rodó hacia el pasillo echando un último vistazo al pingüino de cerámica sobre su bloque de hielo. ¿Estaba en el mismo sitio que antes? No podía saberlo. Tendría que esperar.

Avanzó por el pasillo hasta la puerta de la habitación cada vez más deprisa. Esperaba pasar a la primera, pero no calculó bien. Lo cierto es que la más leve desviación bastaba para hacerle tropezar. La silla chocó contra el lado derecho de la puerta y rebotó un poco hacia atrás.

«¿Hiciste saltar la pintura? —inquirió su mente—. ¡Maldita sea! ¿Hiciste saltar la pintura? ¿Dejaste alguna marca?»

La cobertura no se había desconchado. Había una pequeña abolladura, pero ninguna astilla. Dio gracias al cielo. Retrocedió y arrancó frenéticamente tratando de conducir la silla a través de la estrecha abertura de la puerta.

El motor del coche se oyó más fuerte al acercarse, a pesar de que estaba reduciendo la velocidad. Incluso podía oír el crujido de sus ruedas en la nieve.

«Calma, todo se consigue con calma…»

Empujó hacia adelante y la silla quedó sólidamente atascada en las jambas.

Volvió a empujar con fuerza sabiendo que no serviría de nada, estaba atrapado en la entrada como un corcho en una botella de vino sin poder echar ni hacia adelante ni hacia atrás.

Dio un tirón final. Los músculos de sus brazos temblaban como las cuerdas de un violín. La silla de ruedas pasó con el mismo sonido tenue y chirriante.

El Cherokee entró en el camino de la casa.

«Traerá paquetes —farfulló su mente—, el papel de escribir y tal vez otras cosas; subirá cuidadosamente por el hielo. Ya estás dentro, ha pasado lo peor. Todavía tienes tiempo.»

Avanzó un poco más y giró en un torpe semicírculo. Mientras colocaba la silla paralela a la puerta de la habitación, oyó que se apagaba el motor del Cherokee.

Se inclinó hacia adelante, agarró el pomo de la puerta y trató de tirar para cerrarla. La lengüeta de la cerradura aún sobresalía como una rígida lengua de acero y topó contra el bastidor. La empujó con la yema del dedo pulgar. Empezó a moverse y luego se detuvo. Se paró en seco, negándose a permitir que la puerta se cerrara.

Por un momento, la miró fijamente, pensando en el viejo proverbio de la Armada: «Todo lo que puede ir mal, irá mal.»

Soltó la lengüeta, que volvió a salir otra vez por completo. La empujó de nuevo hacia dentro y notó el mismo obstáculo.

Percibió un extraño ruido en las entrañas de la cerradura y comprendió… Era la parte de la horquilla que había quedado dentro al romperse. Estaba allí e impedía que la lengüeta pudiese retroceder por completo.

Oyó cómo se abría la puerta del Cherokee, el gruñido de Annie al salir, el crujido de las bolsas de papel al recoger los paquetes.

—Vamos —susurró.

Empezó a manipular la lengüeta suavemente. Parecía ceder un milímetro y luego se detenía. Podía oír allá dentro el ruido de la maldita horquilla.

—Vamos, vamos…, vamos…

Volvió a llorar sin darse cuenta y el sudor y las lágrimas se mezclaron en sus mejillas. Aún sufría un fuerte dolor a pesar de toda la droga que había ingerido. Sabía que tendría que pagar un precio muy alto por todo aquello.

«No tan alto como el que ella te impondrá si no logras cerrar esta maldita

puerta, Paulie», sentenció su conciencia.

Oyó los pasos crujientes y cautelosos que subían por el camino, el crujido de las bolsas y el tintineo de las llaves mientras las sacaba del bolso.

—Vamos, vamos…, vamos…

Finalmente hubo un sonido apagado dentro de la cerradura y el saliente de metal se deslizó medio centímetro en el interior de la puerta. No bastaba para despejar la jamba… pero casi.

—Por favor, un poco más.

Mientras luchaba con la cerradura escuchó cómo ella abría la puerta de la cocina. Entonces, semejando una odiosa repetición del día en que su madre lo había sorprendido fumando, Annie gritó alegremente:

—Paul, soy yo. Tengo su papel.

«¡Atrapado! ¡Estoy atrapado! Por favor, Dios mío, no dejes que me haga daño…», imploró.

Su dedo pulgar apretó convulsivamente la pieza metálica y sonó un chasquido apagado cuando la horquilla se rompió. La lengüeta entró del todo. Oyó en la cocina el ruido de una cremallera mientras ella se abría el anorak.

Cerró la puerta de la habitación. El picaporte emitió otro chasquido.

¿Lo habría oído? ¡Tenía que haberlo oído, tenía que haberlo oído!

Sonó tan fuerte como el pistoletazo de salida de una carrera.

Trató de acercar la silla hacia la ventana. Aún estaba enderezándola cuando percibió sus pasos por el pasillo.

—¡Le traigo su papel, Paul! ¿Está despierto?

«No, no llegaré a tiempo…, ella oirá…»

Dio un tirón final y la silla se colocó en su lugar habitual bajo la ventana, justo en el momento en que la llave entraba en la cerradura.

«No podrá abrir —pensó— La horquilla… Sospechará…»

Pero el trozo de metal debía de haber caído en el fondo de la caja, porque la llave funcionó perfectamente. Sentado en la silla, con los ojos entrecerrados, esperaba con desesperación ocupar el lugar donde ella le había dejado, o al menos estar lo bastante cerca para que no lo notara. Confió en que interpretase su cara empapada de sudor y su cuerpo tembloroso como reacciones debidas a la ausencia del medicamento; y sobre todo, deseó no haber dejado ningún rastro…

Al abrirse la puerta y mirar hacia abajo, se dio cuenta de que, en su

angustiosa concentración por eliminar cualquier posible rastro, había ignorado una estampida de búfalos: las cajas de Novril estaban sobre sus piernas.

35

Llevaba dos paquetes de papel, uno en cada mano, y sonreía.

—Esto es lo que usted quería, ¿no? Traid Modern. Aquí hay dos resmas y tengo dos más en la cocina, por si acaso. Así que ya ve…

Se interrumpió arqueando las cejas y mirándole fijamente.

—Está empapado… Tiene un aspecto muy raro. —Hizo una pausa—. ¿Qué ha estado haciendo?

Y aunque aquello hizo que la vocecilla aterrorizada de su conciencia disminuida volviese a chillar que le habían atrapado, que era mejor darse por vencido, confesar y someterse a su misericordia, consiguió responder a su mirada recelosa con una fatiga irónica.

—Me parece que usted sabe qué es lo que he estado haciendo —le respondió —. He estado sufriendo.

Ella sacó un pañuelo de papel del bolsillo de la falda y le secó la frente. El pañuelo quedó empapado. Sonrió con aquel horrible y falso maternalismo.

—¿Ha sufrido mucho?

—Sí, sí; he sufrido mucho. Ahora, por favor…

—Ya le advertí lo que podría pasarle si me enfurecía. Vivir y aprender, ¿es eso lo que dice el refrán? Bueno, pues si usted vive lo suficiente, supongo que aprenderá.

—¿Podría darme las pastillas ahora?

—Enseguida —dijo sin apartar los ojos de su cara sudorosa con su palidez salpicada de manchas rojas—. Pero antes quiero asegurarme de que no

necesitará nada más…, nada que la estúpida de Annie Wilkes haya olvidado por no saber cómo el Señor Sabihondo escribe sus libros. Quiero estar segura de que no me pedirá que vuelva a la ciudad para comprar una grabadora, un par de zapatillas especiales, o algo así. Porque, si quiere que vaya, voy. Sus deseos son órdenes. Ni siquiera me detendré para darle las pastillas. Saltaré de inmediato en la vieja *Bessie* y saldré disparada. ¿Qué me dice, Señor Sabihondo? ¿Tiene todo lo que necesita?

—Sí, lo tengo todo —respondió—. Annie, por favor…

—¿Y volverá a enfurecerme?

—No, no volveré a enfurecerla.

—Porque cuando me enfurezco, no soy la misma. —Dejó ir la mirada hacia el regazo donde él cubría con las manos las cajas de Novril. Estuvo mirando un buen rato.

—Paul —le preguntó suavemente—. Paul, ¿por qué tiene las manos de esa forma?

Él empezó a llorar. Lloraba por el sentimiento de culpa y aquello era lo que resultaba más odioso: además de todo lo que esa mujer monstruosa le había hecho, lograba que se sintiera culpable. Por eso lloraba de remordimiento, aunque también de simple cansancio infantil.

La miró con las lágrimas recorriendo sus mejillas y se jugó la última carta que le quedaba.

—Quiero las cápsulas —le dijo—, y quiero el orinal. He aguantado todo lo que he podido, Annie, pero ya no puedo más y no quiero volver a ensuciarme.

Ella esbozó una sonrisa radiante y le apartó el cabello de la frente.

—Pobrecito mío. Annie le ha hecho sufrir mucho, ¿no es cierto? Demasiado. Qué mala es esa vieja de Annie. Se lo traeré enseguida.

36

No se habría atrevido a poner las cápsulas bajo la alfombra aunque hubiese tenido tiempo para hacerlo antes de que ella volviese. A pesar de que las cajas eran pequeñas, los bultos resultarían demasiado evidentes. Cuando la oyó entrar en el cuarto de baño, las cogió, movió los brazos dolorosamente hacia atrás y las metió en la parte trasera de los calzoncillos. En el contorno de sus caderas sobresalieron agudas esquinas de cartón.

Annie volvió con el orinal, un anticuado artefacto de latón que absurdamente parecía un secador de cabello. En una mano llevaba dos cápsulas de Novril y un vaso de agua.

«Dos cápsulas, además de las que tomaste hace media hora, pueden mandarte al infierno —pensó, y una segunda voz replicó de inmediato—: ¡Magnífico!»

Cogió las pastillas y las tragó con agua.

Ella le tendió el orinal.

—¿Necesita ayuda?

—Puedo hacerlo solo.

Annie se volvió consideradamente mientras él metía el pene en el tubo frío y orinaba. Por casualidad, al cabo de un momento vio que miraba y sonreía.

—¿Terminó? —preguntó unos segundos más tarde.

—Sí.

Realmente tenía ganas de orinar. Con tanta agitación no había tenido tiempo de pensar en ello.

Le retiró el orinal y lo depositó en el suelo con cuidado.

—Ahora, vamos otra vez a la cama —le dijo—. ¡Debe de estar extenuado…, y supongo que sus piernas estarán cantando ópera!

Asintió con la cabeza, aunque la verdad era que no sentía nada. Las últimas cápsulas junto con las que él mismo se había suministrado le estaban llevando a la inconsciencia a una velocidad alarmante, y empezaba a ver la habitación a través de capas de gasa gris. Se aferró a un solo pensamiento. Ella iba a levantarlo para meterlo en la cama y, cuando lo hiciese, tendría que estar ciega para no darse cuenta de que la parte trasera de sus calzoncillos estaba llena de cajitas.

Lo llevó a un lado de la cama.

—Un minuto más, Paul, y podrá echarse una siestecita.

—Annie, ¿podría esperar cinco minutos? —atinó a decir.

Lo miró entrecerrando los ojos.

—Creí que le dolía mucho.

—Y me duele —respondió—. Me duele… demasiado. Sobre todo la rodilla, donde usted… Ya sabe…, cuando perdió los estribos. Todavía no estoy en condiciones de que me levante. ¿Podría esperar cinco minutos a que… a que…?

Sabía lo que quería decir; pero no lograba hacerlo.

Las palabras se perdían en la nube gris. La miró impotente sabiendo que, después de todo, sería descubierto.

—¿A que le haga efecto la medicina? —le preguntó.

Él asintió, agradecido.

—Desde luego. Guardaré algunas cosas y volveré enseguida.

En cuanto salió de la habitación, metió las cajas bajo el colchón una por una. La bruma de su consciencia se hacía cada vez más espesa, pasando del gris al negro.

«Escóndelas lo mejor posible —pensó, aturdido—. Asegúrate de que, si cambia las sábanas, no las tire. Mételas muy adentro, como… como…»

Introdujo la última bajo el colchón, se echó hacia atrás y se quedó mirando el techo, donde las letras bailaban ebrias.

Pensó: «África… Tengo que meditar… Estoy metido en un problema tan gordo… Huellas. ¿Dejé huellas? ¿Dejé…?»

Paul Sheldon cayó en la inconsciencia. Cuando despertó, habían pasado catorce horas y en el exterior volvía a nevar.

II
Misery

Escribir no lleva a la miseria, nace de la miseria.

MONTAIGNE

1

EL RETORNO DE MISERY
Paul Sheldon

Para Annie Wilkes

CAPÍTULO 1

Aunque Ian Carmichel no se habría mudado de Little Dunthorpe por todas las joyas de la Coroa, tenía que admitir que cuando en Cornwall llovía, lo hacía más fuerte que en cualquier otra parte de Inglaterra.

En el vestíbulo había un trozo de toalla vieja colgada de un gancho, y después de desprenderse de su abrigo empapado y de quitarse las botas, lo utilizó para secarse el cabello rubio oscuro.

A lo lejos, desde la sala, le llegaban los compases ondulantes de Chopin y se detuvo a escuchar, sosteniendo aún en la mano izquierda el pedazo de toalla.

La humedad que corría por sus mejillas ya no era agua de lluvia, sino lágrimas.

Recordó a Geoffrey diciendo: *«No* debes llorar delante de ella, viejo, eso es algo que *no* has de hacer jamás.»

Geoffrey tenía razón, por supuesto. El querido Geoffrey casi nunca se equivocaba, pero a veces, cuando estaba solo, volvía a su mente la reciente fuga de Misery de Grim Reaper y le resultaba casi imposible contener las lágrimas. La amaba tanto… Sin ella, moriría. Sin Misery, no habría vida dentro de él. La

comadrona declaró que el parto había sido largo y difícil, aunque no más que el de tantas otras jóvenes que ella había asistido.

Sólo se había alarmado pasada la medianoche, una hora después de que Geoffrey, a pesar de la amenaza de tormenta, corriera en busca del médico. Entonces había empezado la hemorragia.

—Querido Geoffrey —dijo, esta vez en voz alta, al entrar en la cocina enorme y pasmosamente caldeada de estilo West Country.{7}

—¿Decía algo, señorito? —preguntó, saliendo de la despensa la irritable pero adorable Ramage, la vieja ama de llaves de los Carmichaels. Como siempre, llevaba la cofia torcida y olía a tabaco, un vicio que al cabo de muchísimos años ella seguía creyendo secreto.

—Hablaba conmigo mismo —explicó Ian.

—Su abrigo está tan empapado que cualquiera diría que casi se ahoga entre los cobertizos y la casa.

—Pues sí, casi me ahogo —admitió Ian y pensó: «Si Geoffrey hubiese llegado con el médico diez mintutos más tarde, creo que ella habría muerto.» Trataba conscientemente de no alentar ese pensamiento, pues era inútil y espantoso; pero la vida sin Misery le parecía tan horrible que a veces se deslizaba por él y le sorprendía.

Él grito saludable de un niño interrumpió sus tristes meditaciones. Era su hijo, despierto y más que a punto para recibir su merienda. Oyó débilmente los sonidos de Annie Wilkes, la capacitada enfermera de Tomás, que tranquilizaba al niño y le cambiaba el pañal.

—Tiene buen aspecto el pequeñajo —observó la señora Ramage.

Ian tuvo un momento para pensar otra vez, con incomparable asombro, que era padre. Entonces su mujer le habló desde la puerta.

—Hola, cariño.

Levantó los ojos hacia su Misery, su amada. Estaba ligeramente apoyada en la jamba, con su cabello castaño de misteriosos reflejos rojizos cayendo sobre sus hombros en magnífica profusión. Aún estaba muy pálida; pero Ian pudo ver en sus mejillas los primeros indicios de que recobraba el color.

Sus ojos eran oscuros y profundos y el brillo de las lámparas de la cocina relucía en ellos como preciosos

diamantes diminutos sobre el oscuro terciopelo de un joyero.

—Mi amor —exclamó, y corrió hacia ella como aquel día en Liverpool en que parecía que los piratas la habían raptado, como había jurado el loco Jack Wickersham.

La señora Ramage recordó de pronto que no había terminado su trabajo en la sala y los dejó solos. Se alejó con una sonrisa en los labios. También ella tenía momentos en los que se preguntaba qué hubiera sido la vida si Geoffrey y el doctor hubiesen llegado una hora más tarde en aquella noche oscura y tormentosa, dos meses atrás, o si no hubiese salido bien la transfusión experimental en que su joven amo había cedido su sangre con tanta valentía a las agotadas venas de Misery.

«¡Horror! —se dijo apresuradamente por el pasillo—. Hay pensamientos que son insoportables», le había dicho Ian; pero ambos habían descubierto que es más fácil dar buenos consejos que recibirlos.

En la cocina, Ian abrazó a Misery y sintió cómo su alma vivía, moría y volvía a renacer en el dulce perfume de su cálida piel.

Tocó el bulto de su pecho y sintió el latido firme y regular de su corazón.

—Si hubieses muerto, yo habría muerto contigo —le susurró.

Ella le rodeó con sus brazos apretando el pecho contra su mano.

—Calla, vida mía —susurró Misery—, y no seas tonto. Estoy aquí contigo. Y

ahora bésame. Creo que voy a morir de deseo.

Apretó los labios contra los de ella y hundió sus manos en la gloria de sus cabellos castaños… Por unos momentos, no hubo nadie más en el mundo.

2

Annie dejó las tres páginas del manuscrito en la mesita de noche y él esperó

su opinión. Sentía curiosidad, pero no estaba verdaderamente nervioso. Le había sorprendido la facilidad con que había vuelto a introducirse en el mundo de Misery. Era un mundo trasnochado y melodramático, pero eso no alteraba el hecho de que el retorno no había sido ni remotamente tan desagradable como había temido, sino que, por el contrario, había sido algo reconfortante, como calzarse un par de zapatillas viejas. Por eso se quedó honestamente perplejo cuando ella le dijo:

—No está bien.

—¿No… no le gusta?

Casi no podía creerlo. ¿Cómo era posible que le hubiesen gustado las otras novelas de Misery y ésta no? Era tan grotesca que casi resultaba una caricatura, como la maternal señora Ramage apestando a tabaco o Ian y Misery haciéndose arrumacos como un par de colegiales recién salidos del baile de los viernes…

Ahora era ella la que parecía sorprendida.

—¿Gustarme? Claro que me gusta. Es hermoso. Cuando Ian la tomó en sus brazos, lloré; no pude evitarlo. —Sus ojos todavía estaban un poco enrojecidos —. Y eso de poner mi nombre a la enfermera de Thomas…, ha sido un detalle muy bonito.

«También astuto —pensó—, o al menos eso espero. Además, estúpida, el nombre del niño iba a ser Sean, por si te interesa. Lo cambié para no tener que escribir a mano tantas puñeteras enes.»

—Entonces, me temo que no comprendo…

—No, no lo entiende. No he dicho que no me gustara, dije que no estaba bien. Hay algo que no encaja. Tendrá que cambiarlo.

¿Se le había ocurrido pensar alguna vez que ella era la perfecta espectadora? «Muy bien, muchacho —se recriminó—. Mereces un reconocimiento, Paul, cuando cometes un error, metes la pata hasta el cuello.» La Lectora Constante se había convertido en el editor inmisericorde.

Sin darse cuenta, fingió la expresión de sincera concentración que usaba para escuchar a los editores. Pensó que era como preguntar: «¿Puedo ayudarle en algo, señora?» Y así era, porque la mayoría de los editores se parecían a las mujeres que entran en un taller de reparación y le dicen al mecánico que arregle un ruido muy extraño en el motor, que hace *rum, rum*, y que, por favor, lo tenga listo dentro de una hora. Una expresión de sincera concentración era adecuada

porque los halagaba y cuando los editores se sentían halagados a veces renunciaban a algunas de sus ideas más disparatadas.

—¿Por qué dice que hay algo que no encaja?

—Bueno, Geoffrey salió a buscar al médico —le respondió—. Eso es correcto. Ocurrió en el capítulo treinta y ocho de *El hijo de Misery.* Pero el médico no llegó, como usted bien sabe, porque el caballo de Geoffrey tropezó con la barrera del peaje del asqueroso señor Cranthorpe al tratar de saltarla. Espero que ese pajarraco reciba su merecido en *El retorno de Misery,* Paul, de verdad. Geoffrey se fracturó el hombro y algunas costillas y estuvo ahí tirado casi toda la noche bajo la lluvia, hasta que el hijo del pastor pasó por allí y lo encontró. El médico no llegó a casa, ¿comprende?

—Sí. —De repente se vio incapaz de apartar los ojos del rostro de la mujer.

Había pensado que ella pretendía asumir el papel de editor o tal vez el de colaborador, tratando de insinuarle lo que tenía que escribir y cómo. Pero no era eso. Ella esperaba, por ejemplo, que el señor Cranthorpe recibiese su merecido, aunque no lo exigía. Ella veía que el curso creativo de la novela estaba fuera de sus manos, a pesar del control evidente que ejercía sobre él. Pero algunas cosas no se podían hacer de ninguna manera. La creatividad o la falta de creatividad nada podía hacer para modificarlas. Intentarlo era tan absurdo como emitir un decreto revocando la ley de la gravedad o tratar de jugar al tenis de mesa con un ladrillo. Ella era verdaderamente la Lectora Constante, pero eso no significaba Idiota Constante.

No le permitía que matase a Misery, pero tampoco admitiría que la devolviese a la vida mediante una argucia.

«Pero si la maté de verdad —pensó fatigado—, ¿qué voy a hacer?»

—Cuando era niña —dijo ella—, ponían seriales en los cines. Un episodio cada semana. *El Vengador Enmascarado* y *Flash Gordon,* y hasta uno de Frank Buck, el hombre que fue a África a cazar animales salvajes y que podía dominar a tigres y leones con sólo mirarlos. ¿Se acuerda de esos seriales?

—Los recuerdo, pero usted no puede ser tan mayor, Annie. Debe de haberlos visto en la televisión o se los habrá contado un hermano o una hermana mayor.

Por un instante, la solidez de su carne se vio alterada por unos hoyuelos que aparecieron en la comisura de los labios.

—Vamos, no sea adulador. Es verdad que tenía un hermano mayor y

solíamos ir al cine los sábados por la tarde. Eso era en Bakersfield, California, donde me crié. Y aunque me gustaba el noticiario, los dibujos animados y la película, lo que esperaba con ansiedad era el episodio del serial. Durante la semana, si la clase estaba aburrida o si tenía que cuidar de los cuatro chicos de la señora Krenmitz, pensaba en él. Odiaba a aquellos niños, ¿sabe?

Annie se sumergió en un silencio melancólico con los ojos fijos en la pared. Se había desconectado de la realidad. Era la primera vez en varios días que le ocurría y él se preguntó inquieto si eso significaba que se estaba deslizando hacia la parte depresiva de su ciclo. Si era así, tendría que asegurar sus escotillas de emergencia.

Por fin, regresó con su expresión de sorpresa habitual, como si esperara que el mundo hubiera desaparecido.

—Mi favorito era Rocket Man. Al final del capítulo seis, *Muerte en el cielo,* aparecía inconsciente mientras su avión se precipitaba en picado. Y al final del capítulo nueve, *Destino ardiente,* permanecía atado a una silla en un almacén que estaba ardiendo. A veces salía en un coche, sin frenos, otras se enfrentaba con gas venenoso, electricidad…

Annie hablaba de esas cosas con una ternura extraña por su autenticidad.

—Les llamaba *cliff-hangers*{8} —se atrevió a decir.

Ella frunció el ceño.

—Ya lo sé, Señor Sabihondo. Joder, a veces pienso que me considera terriblemente estúpida.

—No, Annie, de veras.

Agitó una mano con impaciencia y él comprendió que era mejor no interrumpirla.

—Resultaba divertido tratar de imaginar cómo se las arreglaría Rocket Man para salir de aquellos aprietos. Unas veces lo conseguía y otras no. En realidad no me importaba, siempre que los guionistas jugaran limpio.

Lo miró fijamente para asegurarse de que captaba el mensaje. Paul pensó que era imposible no hacerlo.

—Como cuando apareció inconsciente en el avión. Despertó y había un paracaídas debajo de su asiento. Se lo puso y saltó. Aquello fue limpio.

«Miles de profesores de literatura inglesa no estarían de acuerdo con usted, querida —pensó Paul—. Usted está hablando de una cosa que se llama *deus ex*

machina, el dios desde la máquina que se utilizó por primera vez en los anfiteatros griegos. Cuando el dramaturgo metía a su héroe en un aprieto imposible, bajaba una silla cubierta de flores. El héroe se sentaba en ella y lo subían, sacándolo del peligro. Hasta el más estúpido jovenzuelo podía captar el simbolismo, el héroe había sido salvado por Dios. Pero el *deus ex machina*, también conocido en la jerga técnica como «el truco del paracaídas debajo del asiento», pasó de moda alrededor del año 1700. Exceptuando, por supuesto, mediocridades como el serial de Rocket Man o los libros de Nancy Drew. Creo que usted no se ha enterado de la noticia, Annie.»

Durante uno de esos momentos terribles que nunca olvidaría, Paul creyó que iba a sufrir un ataque de risa. Considerando el ánimo con que ella se había levantado esa mañana, su reacción le acarrearía, con toda seguridad, un desagradable y doloroso castigo. Rápidamente, se tapó la boca con una mano para evitar sonreír e improvisó un acceso de tos.

Ella le palmeó la espalda con fuerza suficiente para hacerle daño.

—¿Se siente mejor?

—Sí, gracias.

—¿Puedo continuar, Paul, o está planeando estornudar? ¿Le traigo el orinal? ¿Tiene ganas de vomitar?

—No, Annie, por favor, continúe. Lo que está contando es fascinante.

Le miró un poco más calmada, pero no mucho.

—Cuando él encontraba el paracaídas bajo el asiento, era algo limpio. Tal vez no demasiado realista, pero limpio, sincero.

Pensó en aquello sorprendido. Nunca dejaba de asombrarle la capacidad interpretativa que ella mostraba en algunas ocasiones. Y decidió que tenía razón. Limpio y realista podrían ser sinónimos en el mejor de los mundos, pero éste no lo era.

—Pero escoja otro episodio —le dijo—, y descubrirá lo que está mal en lo que escribió ayer, Paul, así que escúcheme con atención.

—Soy todo oídos.

Le lanzó una mirada penetrante para saber si le estaba tomando el pelo; pero su cara estaba seria y pálida como la de un estudiante aplicado. Había controlado la risa al darse cuenta de que Annie tal vez sabía del *deus ex machina* todo menos el nombre.

—Está bien —le dijo—. Era uno de los capítulos del coche sin frenos. Los malos pusieron a Rocket Man, aunque ellos no sabían quién era porque usaba su identidad secreta, en un coche que no tenía frenos y luego soldaron las puertas y echaron a rodar el automóvil por una carretera de montaña llena de curvas. Aquel día yo estaba en el borde de la butaca, se lo aseguro.

Estaba sentada en el borde de la cama, y Paul en el otro extremo de la habitación, en su silla de ruedas. Habían pasado cinco días desde su expedición al cuarto de baño y a la sala y se había recuperado de aquella experiencia más aprisa de lo que se hubiese atrevido a vaticinar. El simple hecho de no haber sido atrapado era un estimulante maravilloso.

Ella dirigió una mirada al calendario en el que el niño sonriente bajaba una montaña con su trineo a través de un mes de febrero interminable.

—Así que allí estaba el pobre de Rocket Man, atrapado en aquel coche sin su equipo de lanzamiento, sin tener siquiera su casco especial con cristales reflectantes, tratando de maniobrar, de parar el coche y de abrir la puerta… Puedo asegurarle que estaba más ocupado que un empapelador manco.

Sí, Paul comprendió de pronto de forma instintiva, cómo se podía exprimir una escena tan absurdamente melodramática para crear el suspense. El decorado, pasando a toda velocidad en un ángulo de inclinación alarmante; plano del pedal del freno que se hunde sin resistencia cuando el pie del hombre (lo imaginó calzado con un zapato de punta redonda, la moda de los cuarenta) lo pisa con fuerza; plano fugaz del hombro que golpea la puerta; el trazo irregular de la soldadura donde la puerta ha sido sellada. En conjunto, una secuencia estúpida, por supuesto, nada literaria, pero podía hacerse algo con aquello. Podía acelerarse el pulso del espectador. No era un Chivas Regal, era el equivalente fraccionario de un aguardiente infernal.

—Luego se veía que la carretera terminaba en un precipicio —le dijo— y todo el mundo sabía que si Rocket Man no conseguía salir del coche, era hombre muerto. ¡Joder! Y allá iba el coche con Rocket Man tratando de frenar o de abrir la puerta y entonces… fue a parar al precipicio. Voló por el espacio y luego cayó. Chocó contra el acantilado, estalló en llamas y se precipitó al mar. Entonces apareció en la pantalla un mensaje final que decía: «LA PRÓXIMA SEMANA, EL CAPÍTULO 11. EL DRAGÓN QUE VUELA.»

Estaba sentada en el borde de la cama con las manos apretadas; su pecho se

movía agitadamente por la respiración.

—Bueno —dijo sin mirarle con los ojos clavados en la pared—, después de eso, casi no vi la película. La semana siguiente no hice más que pensar en Rocket Man. ¿Cómo podía haberse librado de aquello? No era capaz de imaginarlo. El sábado ya estaba en el cine a las doce, aunque no abrían la taquilla hasta la una y cuarto y la película empezaba a las dos. Pero Paul, lo que ocurrió… usted nunca lo adivinaría.

Paul permaneció en silencio aunque sí que podía adivinarlo. Comprendía por qué a ella podía gustarle lo que había escrito, a pesar de saber que no estaba bien, y además decirlo, no con la poco fiable sofisticación literaria de un editor, sino con la certeza llana e incuestionable del lector constante. Comprendió y se sorprendió al descubrir que sentía vergüenza. Ella tenía razón. Había hecho trampa.

—Cada nuevo episodio empezaba siempre con el final del anterior. Así, apareció Rocket Man bajando por la colina, despeñándose por el precipicio; golpeando la puerta en un loco intento de abrirla. Pero antes de que el coche se estrellase, la portezuela se abrió de golpe y él salió despedido hacia la carretera. El coche cayó por el precipicio y todos los chicos empezaron a dar vítores porque Rocket Man se había salvado, pero yo no daba vítores, Paul, yo estaba furiosa. Empecé a gritar: «¡Eso no es lo que pasó la semana pasada! ¡Eso no es lo que pasó la semana pasada!»

Annie se levantó de un salto y empezó a caminar rápidamente arriba y abajo, con la cabeza gacha, el cabello ensortijado cayendo sobre su cara, golpeándose la palma de la mano con el puño y con los ojos brillantes…

—Mi hermano trató de detenerme y me tapó la boca con su mano para que callase. Se la mordí y seguí gritando: «¡Eso no es lo que pasó la semana pasada! ¿Sois tan estúpidos que no podéis recordarlo? ¿Estáis amnésicos?» Y mi hermano exclamó: «Estás loca, Annie.» Pero yo sabía que no lo estaba. Luego vino el encargado del cine y dijo que, si no me callaba, tendría que marcharme, y yo le respondí: «Claro que me marcho, porque todo esto es mentira, eso no es lo que pasó la semana pasada.»

Miró a Paul y él intuyó el homicidio en sus ojos.

—La semana anterior no salió despedido. El jodido coche cayó por el precipicio con Rocket Man. ¿Lo entiende?

—Sí —repuso Paul.

—¿Lo entiende?

Se lanzó de repente sobre él con aquella ferocidad brutal. Paul estaba seguro de que tenía la intención de hacerle daño otra vez, ya que no podía castigar al sucio guionista que de modo tan fraudulento había sacado a Rocket Man del Hudson antes de caer por el precipicio. Pero no se movió. En la ventana al pasado que ella acababa de abrir ante sus ojos, podía ver las semillas de su desequilibrio actual, y aquello le asombraba. La injusticia que ella padecía era, a pesar de su infantilismo, incuestionablemente real.

No lo golpeó. Lo agarró por las solapas de la bata y lo echó hacia delante, hasta que sus caras casi se tocaron.

—¿Lo entiende?

—Sí, Annie, sí.

Volvió a lanzarle aquella mirada negra y furiosa, y debió de ver la verdad en sus ojos, porque un momento después lo dejaba caer en la silla casi con desprecio.

Hizo una mueca, a causa del dolor espeso y demoledor. Pero al cabo de un instante, empezó a calmarse.

—Entonces, ya sabe lo que está mal —le dijo.

—Supongo que sí.

«Pero que Dios me fulmine si encuentro el modo de arreglarlo», pensó.

Y aquella otra voz de sí mismo regresó en el acto. «No sé si Dios te va a fulminar o si piensa salvarte, Paulie, lo único que sé es que si no consigues resucitar a Misery de una forma que a ella le resulte creíble, te matará.»

—Entonces, hágalo —le dijo secamente, y se marchó.

3

Paul miró la máquina de escribir. Estaba allí. ¡Enes! Nunca se había dado cuenta de la cantidad de enes que intervienen en cualquier línea mecanografiada.

«Creí que eras bueno», le susurró la máquina.

Su mente le había adjudicado una voz burlona y áspera, la voz de un pistolero adolescente en una película del Oeste, un chico decidido a labrarse rápidamente una reputación en Deadwood.

«No eres tan bueno —prosiguió—. Joder, ni siquiera eres capaz de complacer a una ex enfermera obesa y demente. A lo mejor también te rompiste en el accidente el hueso de escribir…, y no se está curando.»

Se reclinó en la silla y cerró los ojos. Si pudiese responsabilizar al dolor del rechazo de lo que había escrito, le resultaría más soportable; pero lo cierto era que el dolor había empezado a remitir.

Las cápsulas robadas estaban escondidas entre el colchón y el somier. Aún no había tomado ninguna. Le bastaba con saber que las tenía en su poder, eran una forma de seguro contra Annie. Si a ella se le metía en la cabeza dar la vuelta al colchón, las encontraría; pero era un riesgo que estaba dispuesto a correr.

Desde la disputa a causa del papel de escribir, no había vuelto a surgir entre ellos ningún problema. Le llevaba la medicina con regularidad. Llegó a preguntarse si ella sabía que estaba enganchado.

«Vamos, Paul, estás exagerando un poco, ¿no?», se dijo.

No, no exageraba. Hacía unas tres noches que había sacado una de las cajas de muestra mientras ella estaba en el piso de arriba y leyó todo lo que ponía en la etiqueta, aunque suponía que ya sabía cuanto necesitaba sólo con conocer el ingrediente principal del Novril: la codeína.

«El hecho es que te estás curando, Paul —pensó— Bajo tus rodillas, las piernas parecen los palos que dibuja un niño de cuatro años; pero te estás curando. Incluso podrías pasar con aspirina o con Empirin. No eres tú el que necesita Novril, si no tu vicio.»

Tendría que moderar la ingestión, tendría que saltarse algunas cápsulas. De lo contrario, ella lo tendría atado a una cadena —además de sentado en una silla de ruedas— hecha de cápsulas de Novril.

«Está bien —reflexionó—, dejaré de tomar una de las dos cápsulas que me da. La esconderé debajo de la lengua cuando me trague la otra y luego la meteré bajo el colchón con el resto cuando ella se lleve el vaso. Pero ahora no. Todavía

no estoy preparado. Empezaré mañana.»

Escuchó en su mente la voz de la Reina Roja sermoneando a Alicia: «Aquí abajo adecentamos nuestra obra ayer y planeamos adecentarla mañana, pero nunca la adecentamos hoy.»

«Eres un tipo realmente gracioso», dijo la máquina de escribir con la voz de joven pistolero duro que le había otorgado.

—Nosotros los pajarracos nunca conseguimos ser chistosos, pero jamás dejamos de intentarlo —murmuró.

«Bueno, será mejor que empieces a pensar en toda esa droga que estás consumiendo, Paul. Más vale que te lo plantees muy seriamente», sugirió la máquina.

De pronto decidió que iba a suprimir parte de la medicina en cuanto lograse escribir un capítulo que le gustara a Annie, un capítulo en el que no encontrase trampas, que fuera «limpio»,

Parte de él, aquella que escuchaba con desagrado hasta las mejores y más justas sugerencias de los editores, protestó diciéndole que la mujer estaba loca, que no había forma de saber lo que aceptaría o rechazaría. Cualquier cosa que intentase sólo conseguiría un disparo de mierda.

Pero otra parte, una parte mucho más sensible, no estaba de acuerdo. Él sabría reconocer lo realmente válido en cuanto lo encontrase. Y eso haría que aquella basura que le había dado a Annie la noche anterior, una basura que le había costado tres días de trabajo e innumerables comienzos fallidos, pareciese una mierda de perro al lado de una moneda de plata. ¿No sabía acaso que eso estaba mal? No solía trabajar con tanta dificultad ni llenar la papelera con notas desordenadas o con páginas que terminaban con líneas como «Misery se volvió hacia él con los ojos radiantes y murmurando palabras mágicas.» «Imbécil de mierda, esto no vale nada», se recriminó una y otra vez.

Lo había achacado al dolor y al hecho de encontrarse en una situación en la que estaba escribiendo para salvar la vida. Aquellas ideas no eran más que engaños plausibles, como la convicción de que había salido mal porque estaba jugando sucio y lo sabía.

«Bueno, ella adivinó tus intenciones, ¿verdad? —le dijo la máquina de escribir con su voz desagradable e insolente—. ¿Qué vas a hacer ahora?»

No lo sabía, pero suponía que tendría que hacer algo, y rápido. No le

importaba el mal humor que ella había mostrado aquella mañana. Suponía que podía considerarse afortunado porque no le hubiese vuelto a romper las piernas con un bate de béisbol, o le hubiese hecho la manicura con ácido sulfúrico o algo parecido para indicarle su desagrado por la forma en que había empezado su libro. Esas repuestas críticas eran siempre posibles teniendo en cuenta la visión única del mundo que Annie tenía. Si salía de esto con vida, tal vez enviaría unas líneas a Cristopher Hale, crítico literario del *New York Times.* La nota pondría: «Cada vez que me llamaba el editor para decirme que usted pensaba reseñar uno de mis libros, las rodillas me temblaban. Me dedicó algunas buenas, Chris, viejo amigo; pero también me torpedeó más de una vez, como bien sabe. De todos modos, sólo quiero decirle que siga adelante. He descubierto una nueva modalidad crítica, amigo mío. Podríamos llamarla la escuela de pensamiento Barbacoa de Colorado y Cubo de Fregar. Hace que las cosas que ustedes escriben parezcan tan temibles como una vuelta en el tiovivo de Central Park.»

«Eso es muy divertido, Paul. Imaginar cartitas de amor a los críticos sirve para provocar risitas, pero deberías empezar a poner manos a la obra, ¿no te parece?», le recordó una vez más la máquina.

Sí. Desde luego que sí.

Allí estaba la máquina de escribir, sonriendo con afectación.

—Te odio —le dijo Paul, molesto, y se puso a mirar por la ventana.

4

La tormenta de nieve que comenzó al día siguiente de la expedición de Paul al cuarto de baño, había durado dos días. Se amontonó casi medio metro de nieve y cuando el sol volvió a asomarse entre las nubes, el Cherokee de Annie era sólo un vago montículo en el camino de entrada.

Ahora, sin embargo, el sol salía otra vez y el cielo brillaba de nuevo. Ese sol desprendía calor, además de brillo. Podía sentirlo en la cara y en las manos. Los carámbanos del establo volvían a gotear. Pensó en su coche bajo la nieve y entonces cogió una hoja de papel y la metió en la Royal. Escribió las palabras «El retorno de Misery» en el ángulo superior izquierdo. Hizo correr el carro y pasó cuatro o cinco espacios, lo centró y escribió: «Capítulo I.» Pulsó las teclas con más fuerza de la necesaria para que ella pudiese escuchar que al menos estaba escribiendo algo.

Ante él se extendía una página en blanco, como un montón de nieve en el que podría caer y morir ahogado en el hielo. Empezó a pensar en ideas sueltas: «África… Siempre que juegues limpio. El pájaro de África… Había un paracaídas debajo de su asiento… Ahora tengo que aclarar…»

Se estaba adormeciendo y sabía que no debía hacerlo. Si ella entraba y lo encontraba durmiendo, se pondría furiosa. A pesar de ello, se abandonó al sueño. Sin embargo, de una manera extraña, estaba pensando, meditando, buscando…

«¿Buscando qué, Paulie?»

Era evidente. El avión caía en picado. Él estaba buscando el paracaídas bajo el asiento. «¿Está bien así? ¿Es lo suficientemente limpio?»

Sí, lo era. Cuando encontró el paracaídas bajo el asiento, era limpio. Tal vez no demasiado realista, pero limpio.

Durante un par de veranos su madre lo había enviado al Centro Comunal de Malden. Allí practicaban un juego… Se sentaba en un círculo y el juego era como los episodios de Annie y él siempre ganaba… ¿Cómo se llamaba ese juego?

Podía ver a quince o veinte chiquillos sentados en círculo en un rincón sombreado del patio, todos con camisetas del Centro Comunal de Malden y escuchando con atención al celador, que les explicaba cómo jugar. «¿Puedes? Sí, ese era el nombre del juego; en realidad venía a ser como los *cliff-hangers* del Republic. El maldito juego se llamaba "Puedes". Paulie, ése es el nombre del juego que estás jugando ahora. ¿No es así?»

Sí, suponía que sí.

En «¿Puedes?», el monitor empezaba una historia sobre un tipo llamado Careless Corrigan. Careless estaba perdido en una selva virgen de Sudamérica. De repente miraba alrededor y veía que estaba rodeado de leones por todas

partes. Luego empezaban a acercarse. Eran las cinco de la tarde, pero eso no suponía ningún problema para aquellos gatitos. «Esa mierda de "cena de las ocho" no es más que una gilipollez para los leones de Sudamérica», se dijo.

El monitor tenía un cronómetro de plata y la mente adormecida de Paul Sheldon lo vio con radiante claridad a pesar de que hacía más de treinta años que lo había tenido en sus manos. Podía ver la fina lámina de cobre con la pequeña aguja que registraba décimas de segundo en la parte de abajo; podía ver la marca impresa en letras minúsculas: «Annex.»

El monitor miraba alrededor del círculo y escogía a uno de los chicos. «Daniel —decía—, "¿puedes?"» En el momento en que la palabra salía de sus labios, el consejero apretaba el cronómetro poniéndolo en marcha.

Daniel tenía diez segundos para seguir con la historia. Si no empezaba a hablar durante esos diez segundos, tenía que dejar el círculo. Pero si conseguía librar a Careless de los leones, el monitor volvía a mirar al círculo y hacía la segunda pregunta del juego, la que precisamente hacía que su situación actual volviese a su mente con claridad.

Esa pregunta era: «¿Lo consiguió?»

Las reglas de aquella parte del juego coincidían con las de Annie. No era necesario el realismo, si no la honestidad. Daniel podía decir, por ejemplo: «Afortunadamente, Careless tenía un Winchester y muchas municiones, así que disparó contra tres leones y los demás huyeron.» En un caso así, Daniel lo había conseguido. Cogía el cronómetro y seguía con la historia interrumpiéndola con Careless atrapado hasta la cintura en las arenas movedizas o algo así, y entonces le preguntaba a otro si podía, y apretaba el botón del cronómetro.

Pero diez segundos antes era poco tiempo, resultaba fácil liarse y… hacer trampa. El chico siguiente podía decir algo como: «Justo en ese momento un pájaro muy grande, un buitre de los Andes, creo, bajó volando. Careless se agarró a su cuello e hizo que lo sacara de la arena movediza.»

Cuando el monitor preguntaba «¿Lo consiguió?», había que levantar la mano si se creía que sí o dejarla quieta si se creía que había fallado. En el caso del buitre andino, lo más seguro era que al chico le invitasen a dejar el círculo.

«¿Puedes tú, Paul? —se preguntó en sueños—. Sí. Es así como sobrevino. Es así como he llegado a mantener casas en Nueva York y en Los Angeles y más hierro rodante del que hay en algunos parques de coches usados. Porque puedo y

no es algo por lo que tenga que disculparme, maldición. Hay montones de tipos que escriben mejor prosa que yo y que entienden mejor lo que es la gente y el supuesto significado de la Humanidad, demonios, ya lo sé. Pero cuando el monitor pregunta ¿lo consiguió? sólo levantarían la mano unos pocos. En cambio, por mí se levantan muchas manos, o por Misery…, pues al final creo que los dos somos iguales. ¿Lo conseguí? Sí. Apuesta lo que sea. Hay en este mundo un millón de cosas que no sé hacer. No puedo batear una pelota, ni siquiera en la secundaria. No puedo arreglar un grifo que gotea. No puedo patinar ni dar un acorde en la guitarra que no suene a mierda. Dos veces he intentado el matrimonio y en ninguna lo conseguí. Pero si quiere alguien que lo saque del círculo, que lo asuste, que lo seduzca con una historia, que le haga llorar o sonreír, eso sí que puedo. Puedo traerlo y llevarlo hasta que grite basta. Soy capaz de hacerlo. Claro que sí.»

La insolente voz del joven pistolero mecánico susurró en medio del sueño, que cada vez se hacía más profundo:

«Lo que tenemos aquí, amigos, es una mezcla importante de grandilocuencia y espacio en blanco.»

«¿Puedes? ¡Claro que puedo!»

«¿Lo consiguió?», inquirió la máquina convertida en monitor.

«No. Hizo trampas. En *El hijo de Misery,* el doctor no fue a la casa. Tal vez todos ustedes olvidaron lo que pasó la semana pasada. Pero un ídolo de piedra nunca olvida. Paul, debe salir del círculo. Perdónenme, por favor. Ahora tengo que aclarar. Ahora tengo que…»

5

—Aclarar… —murmuró, deslizándose hacia la derecha. El movimiento

retorció la pierna izquierda y el rayo de dolor en su rodilla aplastada bastó para despertarle. Apenas habían pasado cinco minutos. Oía a Annie en la cocina lavando los platos. Generalmente cantaba mientras realizaba sus tareas. Pero hoy no lo hacía; sólo se oía el ruido de los platos y el murmullo ocasional del agua con que los aclaraba. Era una mala señal. «Parte meteorológico de urgencia para los residentes del Condado de Sheldon. Aviso de tormenta que durará hasta las cinco de la tarde; repito, aviso de tormenta», creyó escuchar.

Pero ya era hora de dejarse de juegos y ponerse a trabajar. Ella quería que Misery regresara de entre los muertos; pero tenía que ser limpio, no necesariamente realista, sólo limpio. Si conseguía hacerlo esa mañana, tal vez podría evitar la depresión que se avecinaba en la mujer antes de que empezara.

Miró por la ventana, apoyando la barbilla en la palma de la mano. Estaba completamente despierto, pensando rápida e intensamente, aunque sin percatarse de ello. Las dos o tres capas superiores de su conciencia, esa parte de su mente que se ocupaba de asuntos como la última vez que se había lavado la cabeza o si Annie vendría o no a tiempo con su siguiente dosis de droga, parecía haberse ausentado por completo de la escena, como si se hubiese alejado sigilosamente en busca de un trozo de salchichón, de centeno o de algo semejante. Recibía mensajes sensoriales; pero no hacía nada con ellos, no veía lo que estaba viendo, ni escuchaba lo que estaba oyendo.

Otra parte de él intentaba rabiosamente evocar ideas, las rechazaba, las combinaba, rehusaba las combinaciones… Sentía lo que estaba ocurriendo, pero no tenía contacto directo con ello, ni lo deseaba. Allá abajo, en los talleres de su cerebro estaba todo muy sucio.

Comprendió que en realidad estaba buscando una idea, lo cual no significaba necesariamente encontrarla.

Tener una idea era un modo más humilde de decir: «Estoy en la mitad de *Automóviles veloces,* Tony había matado al teniente Gray cuando intentó ponerle las esposas en un cine de Times Square. Paul quería que Tony quedase impune tras el asesinato, al menos por un tiempo, porque no podía haber tercer capítulo si Tony estaba a la sombra. A pesar de ello, Tony no podía dejar a Gray sentado en el cine con el mango de una navaja sobresaliendo de su axila izquierda, porque al menos tres personas sabían que Gray había ido a buscar a Tony.»

El problema era cómo disponer del cuerpo, y Paul no hallaba el modo de

resolverlo. Estaba atascado en el juego. «Careless acaba de matar a ese tío en un cine de Times Square y ahora tiene que meter el cuerpo en su coche sin que nadie le diga: "Eh, señor, ¿está ese hombre tan muerto como parece, o sólo ha sufrido un ligero ataque?" Si logra meter el cuerpo de Gray en el coche, puede llevarlo a Queens y tirarlo en un edificio abandonado que conoce. Paulie, ¿puedes?»

No tenía un tiempo límite de diez segundos, por supuesto, no tenía un contrato por el libro y no tenía que preocuparse, por lo tanto, de fechas de entrega. Sin embargo, siempre había una fecha límite, un tiempo más allá del cual había que dejar el círculo, y la mayoría de los escritores lo sabían. Si un libro quedaba atascado demasiado tiempo, empezaba a degenerar, a romperse en pedazos, todos los pequeños trucos e ilusiones quedaban al descubierto.

Había ido a dar un paseo sin pensar en nada, lo mismo que ahora. Había caminado más de cuatro kilómetros antes de que alguien enviase una luz desde el taller de su ingenio:

«¡Por fin llega la inspiración! ¡Mi musa ha hablado!»

La idea de *Automóviles veloces* había surgido un día en la ciudad de Nueva York. Había salido sin otra cosa en la mente que comprar un vídeo para su casa de la Calle 83.

Al pasar frente a un aparcamiento vio a un empleado tratando de abrir un coche con un punzón. Eso fue todo. No sabía si aquello era lícito o no y tres o cuatro manzanas más allá dejó de importarle. El empleado se convertiría en Tony Bonasaro. De él lo sabía todo menos el nombre, que luego sacó de la guía telefónica. La mitad de la historia residía en su mente y las restantes piezas iban encajando rápidamente en su sitio. Se sentía excitado, feliz, casi borracho. La musa había llegado como un cheque inesperado en el correo. Había salido a comprar un vídeo y había conseguido en cambio algo mucho mejor. Había tenido una idea.

Ese otro proceso, tratar de tener una idea no era en modo alguno tan elevado ni exaltante, pero sí era igual de misterioso e… igual de necesario. Porque cuando uno escribía una novela, casi siempre se atascaba en alguna parte y no tenía sentido esforzarse por continuar hasta que surgiese una idea.

Cuando necesitaba una idea, su procedimiento habitual era ponerse el abrigo y salir a dar un paseo. Si no la necesitaba, se llevaba un libro. Reconocía que el

paseo constituía en sí mismo un buen ejercicio, pero era aburrido. El libro se hacía imprescindible si no tenía a nadie con quien hablar mientras caminaba. Pero si lo que necesitaba era por encima de todo una idea, el tedio podría tener en una novela empezaba el mismo efecto que la quimioterapia en un paciente de cáncer.

«Imagina que provocas un fuego en el cine», se dijo.

Eso parecía. No tenía sensación alguna de vértigo ni verdadero sentimiento de inspiración. Se sentía como un carpintero mirando un trozo de madera que podía servir para su trabajo.

«Puedo provocar un fuego en la butaca de al lado —siguió pensando—. ¿Qué tal? Las malditas butacas de esos cines siempre están desgarradas.» Habría humo, mucho humo. Podía tratar de quedarse todo el tiempo posible y arrastrar luego a Gray con él. Podía hacer pasar a Gray por una víctima del fuego intoxicada con el humo.

Aquello tenía sentido. No era genial, aún quedaban detalles por desarrollar, pero tenía sentido. Había tenido una idea. El trabajo podía continuar.

Nunca había necesitado una idea para empezar un libro, pero instintivamente comprendía que podía hacerse.

Estaba sentado en la silla, silencioso, con la barbilla apoyada en la mano mirando al establo. Si hubiese podido caminar, ya estaría fuera. Estaba casi adormecido, esperando que ocurriese algo, sin darse cuenta de nada, excepto de que estaban ocurriendo ciertas cosas en su mente: edificios enteros de fantasía se estaban erigiendo, juzgando, condenando y demoliendo en un abrir y cerrar de ojos. Pasaron diez minutos, quince. Ella estaba pasando la aspiradora en la sala. Pero aún no cantaba, porque la oía. Eso era otra cosa, un sonido inconexo que se introducía en su cabeza y volvía a salir como el agua corriendo a través de una tubería.

Al fin, los chicos de allá abajo le lanzaron una luz, como hacían siempre tarde o temprano. Las pobres neuronas de allá abajo nunca paraban de reventarse las pelotas y él no les envidiaba lo más mínimo.

Paul empezaba a tener una idea. Su conciencia regresó. «Ha llegado el médico», pensó. Y adoptó la idea como quien coge una carta de la ranura de la puerta destinada a la correspondencia (o, en este caso, del suelo). Empezó a examinarla. Casi la rechazó. Escuchó un tenue gruñido desde el taller de allá

abajo. La reconsideró y decidió que la mitad podía aprovecharse.

Vio una segunda luz, más radiante que la primera.

Paul empezó a tabalear con los dedos en el marco de la ventana.

Alrededor de las once, empezó a escribir a máquina. Al principio iba muy despacio, tecleos esporádicos seguidos de pausas, algunas hasta de quince segundos. Era como un archipiélago visto desde el aire, una cadena de colinas bajas, separadas por grandes extensiones azules.

Poco a poco, los espacios de silencio empezaron a acortarse y se produjeron ocasionales estallidos de tecleo. En la máquina eléctrica de Paul hubiesen sonado a morse, pero el ruido de la Royal era más espeso, activamente desagradable.

Por unos momentos, no escuchó la voz de Ducky Daddles de la máquina. Al llegar al final de la primera página, se estaba animando. Cuando terminó la segunda, iba a toda marcha.

Al cabo de un rato, Annie apagó la aspiradora y se quedó mirándolo desde la puerta. Paul ignoraba que estuviese allí.

Ni siquiera sabía que estaba él. Al fin había escapado. Se encontraba en el patio de la iglesia de Little Dunthorpe respirando el aire húmedo de la noche, oliendo a musgo, a tierra y a niebla. Oyó el reloj de la torre del templo presbiteriano dando las dos y lo metió en la historia sin perder ni una campanada. Cuando era muy bueno, podía ver a través del papel, y ahora podía.

Annie lo observó durante largo rato y después se largó. Sus andares eran pesados, pero Paul no se enteró.

Trabajó hasta las tres de la tarde y a las ocho le pidió que le ayudase a volver a la silla. Escribió otras tres horas, aunque a las diez de la noche el dolor había empezado a agudizarse. Annie entró a las once. Él le pidió otro cuarto de hora.

—No, Paul, ya es suficiente. Está pálido como la sal.

Lo metió en la cama y, al cabo de tres minutos, se sumió en el sueño. Durmió toda la noche por primera vez desde que había salido de la bruma gris y también por primera vez no tuvo sueños extraños.

Había estado soñando despierto.

6

EL RETORNO DE MISERY
Por Paul Sheldon

Para Annie Wilkes

CAPÍTULO 1

Por un momento, Geoffrey no supo con seguridad quién era el viejo que estaba en la puerta, y no sólo porque la campana le hubiese despertado de un adormecimiento cada vez más profundo. Lo más irritante de vivir en un pueblo, pensó, era que no había tanta gente como para que alguien resultase un perfecto extraño; sin embargo, había la suficiente como para no reconocer de inmediato a algunos de los aldeanos. A veces, sólo había que seguir la pista de los rasgos familiares, los cuales no excluían, por supuesto, la insólita aunque nunca imposible coincidencia de los bastardos.

Por lo general esos momentos podían controlarse, a pesar de que uno se sintiese próximo a la senilidad mientras trataba de mantener una conversación cualquiera con una persona cuyo nombre sabía, pero no recordaba. Las situaciones llegaban a alcanzar dimensiones cósmicas del apuro cuando dos de esas caras familiares llegaban al mismo tiempo y uno sentía la obligación de hacer las presentaciones.

—Espero no molestarle, señor —dijo el visitante, al tiempo que retorcía en sus manos con inquietud una gorra de tela; bajo la luz de una lámpara que

Geoffrey alzaba en su mano, su cara aparecía arrugada, amarilla y con una expresión terrible de preocupación, que hasta podía ser miedo—. Es sólo que no quería ir a la casa del doctor Bookings, ni quería molestar a su señoría. Al menos hasta que hubiese hablado con usted, señor. Ya sabe a qué me refiero…

Geoffrey no lo sabía, pero intuyó de repente quién era ese visitante tardío. La mención del doctor Bookings, el ministro anglicano, lo había logrado. Tres días antes, el doctor Bookings había llevado a cabo las últimas plegarias por Misery en el patio de la iglesia, tras la rectoría. Y ese hombre había estado allí, aunque ocupando una posición donde pasar inadvertido.

Era uno de los sacristanes, y se llamaba Colter.

El visitante habló con renuencia.

—Son los ruidos, señor. Los ruidos en el patio de la iglesia. Su señoría no puede descansar tranquilo, señor y temo que…

Geoffrey sintió como si le hubieran dado un puñetazo en la boca del estómago. Respiró hondo y un dolor caliente azotó el costado donde las costillas le habían sido firmemente vendadas por el doctor Shinebone, cuyo diagnóstico pesimista sostenía que sufriría una pulmonía después de haber estado toda la noche bajo la lluvia helada en aquella acequia. No obstante, habían pasado tres días y no se había producido ningún acceso de tos ni de fiebre. Él sabía que no se produciría. Dios no perdonaba tan fácilmente a los culpables. Creía que Dios le permitiría vivir para perpetuar por largo tiempo la memoria de su pobre amada perdida.

—¿Está usted bien, señor? —preguntó Colter—. Me enteré de que la otra noche se dio usted un buen trompazo. —Hizo una pausa—. Me refiero a la noche en que ella murió.

—Estoy bien —repuso Geoffrey lentamente—, Colter, esos ruidos… sabe que son producto de su imaginación, ¿no?

Colter pareció sobresaltarse.

—¿Imaginación? —preguntó—. ¡Señor! ¿Va a decirme que no cree en Jesucristo ni en la vida eterna? ¿No vio Duncan Fromsley al viejo Patterson dos días después de su funeral brillando como un fuego fatuo?

«Probablemente —pensó Geoffrey—, el fuego fatuo salió de la última botella del viejo Fromsley.»

—¿Y no ha visto la mitad de esta ciudad —continuó— a ese viejo monje

papista que camina por las almenas de Ridgehead Manor? Hasta enviaron a un par de señoras de la maldita Sociedad Psíquica de Londres para investigarlo.

Geoffrey sabía de qué señoras estaba hablando Colter, un par de brujas histéricas que quizá sufrían los ciclos depresivos del climaterio, ambas tan estúpidas como un puzzle infantil de los de Dibújalo y di su nombre.

—Los fantasmas son tan reales como usted y como yo, señor —decía Colter muy serio—. *No* me importa su existencia, pero esos ruidos son tan fantasmales que ni siquiera me gusta acercarme al patio de la iglesia, y tengo que cavar una tumba mañana para el pequeño de los , Roydma. He de hacerlo, se lo aseguro.

Geoffrey rezó pidiendo paciencia. El deseo de increpar a aquel pobre sepulturero era casi insuperable. Estaba durmiendo tranquilamente frente al fuego, con un libro en el regazo, cuando llegó Colter y lo despertó… Cada vez estaba más despierto y con cada segundo que pasaba sentía cómo hurgaba en él más profundamente ese dolor sordo, la conciencia de que su amada se había ido. Llevaba tres días en la tumba… Pronto pasaría una semana…, un mes…, un año…, diez… «El dolor —pensó—, se asemeja a una roca en la orilla de la playa. Mientras se está dormido, es como si hubiese subido la marea y hay algún alivio.» Pero al despertar, la marea empezaba a bajar y pronto la roca volvía a hacerse visible, plagada de percebes incrustados, y estaría allí para siempre o hasta que Dios decidiese barrerla con las olas.

Y ese estúpido se atrevía a hablar de fantasmas.

El rostro del hombre parecía tan desencajado que Geoffrey se dominó.

—La señorita Misery, señoría, era muy querida —dijo Geoffrey con toda calma.

—Sí, señor, sí lo era —concedió Colter con fervor.

Cambió la custodia de su gorra a la mano izquierda y con la derecha sacó del bolsillo un enorme pañuelo rojo. Se sonó con fuerza mientras sus ojos se llenaban de lágrimas.

—Todos sufrimos su muerte.

Las manos de Geoffrey rozaron su camisa y frotaron con inquietud la pesada venda que llevaba debajo.

—Sí señor, lo sufrimos, lo sufrimos. —Las palabras de Colter surgían envueltas en su pañuelo, pero Geoffrey podía verle los ojos; estaba llorando sinceramente y el último residuo de ira egoísta se disolvió en la compasión—.

Era muy buena, señor, una gran dama, y es horrible ver cómo se lo ha tomado su señoría.

—Sí, era estupenda —dijo Geoffrey suavemente, y notó consternado que sus lágrimas estaban también muy cerca, como los nubarrones que amenazaban las últimas tardes del verano—. Algunas veces, Colter, cuando alguien especialmente bueno fallece, alguien muy querido para nosotros, nos cuesta mucho aceptarlo. Así que imaginamos que no se ha marchado. ¿Me entiende?

—Sí, señor —dijo, Colter ansioso—. ¡Pero esos ruidos, señor, si los oyera!

En tono paciente, Geoffrey preguntó:

—¿Qué clase de ruidos?

Creyó que Colter describiría los sonidos propios del viento en los árboles, amplificados por su imaginación; o tal vez un tejón bajando al arroyo de Little Dunthorpe que se deslizaba tras el patio de la iglesia. Así que apenas estaba preparado cuando Colter murmuró aterrado:

—Sonidos de arañazos, señor, suena como si ella aún estuviese viva allá abajo tratando de abrirse camino con las uñas hasta la tierra de los vivos, eso parece.

CAPÍTULO 2

Quince minutos más tarde, de nuevo solo, Geoffrey se acercó al aparador del comedor. Se tambaleaba de un lado a otro como un hombre que estuviese cruzando la cubierta de un barco en medio de una tempestad. Creía realmente que la fiebre que el doctor Shinebone le había vaticinado casi con alegría, había sobrevenido; pero no era la fiebre lo que había teñido de rojo sus mejillas para luego volver a su mortecina palidez de la cera; no era la fiebre lo que hacía temblar sus manos hasta el punto de dejar caer la jarra de coñac al sacarla del armario.

Si había una posibilidad, por remota que fuese, de que la monstruosa idea que Colter le había sugerido fuese cierta, no podía perder tiempo. Pero presentía que, sin un trago, caería desmayado.

En aquel momento, Geoffrey Alliburton hizo algo que nunca antes había hecho y que jamás haría después.

Luego se echó atrás y murmuró:

—Ya veremos qué significa esto, por todos los cielos. Y si me lanzo a esta misión demente sólo para descubrir al final que no hay nada más que la imaginación de un viejo sepulturero, colgaré las orejas de Colter en la cadena de mi reloj, por mucho que haya querido a Misery.

CAPÍTULO 3

Subió al carro y avanzó bajo un cielo misterioso que aún no había oscurecido y en el que una luna en cuarto creciente asomaba y desaparecía entre los cúmulos de nubes que recorrían el cielo. Antes

de salir, se puso la primera prenda que encontró a mano en el armario de la planta baja y que resultó ser un batín marrón, cuyos faldones volaban tras él mientras fustigaba a *Mary,* la vieja yegua que no estaba acostumbrada a la velocidad que él exigía. A Geoffrey tampoco le gustaba el dolor lacerante de su hombro y de su costado, pero no podía evitarlo.

«¡Ruido de arañazos, señor! —recordó—. Suena como si ella estuviese viva allá abajo tratando de abrirse camino con las uñas hasta la tierra de los vivos.»

Esto no hubiese bastado para aterrorizarlo; pero recordó haber llegado a Calthorpe Manor al día siguiente de la muerte de Misery. Ian y él se habían mirado y Ian había tratado de sonreír, a pesar de que sus ojos brillaban con las lágrimas que no había derramado.

—Sería más fácil —había dicho Ian— si ella hubiese parecido… más muerta. Ya sé que eso podría…

—Tonterías —había dicho Geoffrey tratando de sonreír—, el hombre de pompas fúnebres puso en práctica todas sus artes.

—¡Pompas fúnebres! —exclamó Ian, y Geoffrey entendió por primera vez que su amigo estaba al borde de la locura—. ¡No llamé a ningún director de pompas fúnebres ni permitiré que venga nadie a pintar a mi amada como si fuera una muñeca!

—¡Ian! Querido amigo, verdaderamente no deberías… —Geoffrey le había tocado el hombro en un gesto amistoso y, de algún modo eso se había convertido en un abrazo. Los dos hombres se abrazaron como niños, cansados mientras en otro lugar, el hijo de Misery, un niño que ahora tenía casi un día de edad y que aún carecía de nombre, despertó y empezó a llorar. La señora Ramage, cuyo

bondadoso corazón estaba destrozado, empezó a cantar una nana con voz rota y llena de lágrimas.

En aquel momento, profundamente preocupado por la cordura de Ian, apenas había dado importancia a lo que había dicho si no a cómo lo había dicho.

Pero ahora, mientras fustigaba a *Mary* hacia Little Dunthorpe, a pesar de que el dolor se hacía cada vez más intenso, las palabras volvían a obsesionarle a la luz del relato de Colter: «Si hubiese parecido más muerta…»

Y eso no era todo. Aquella tarde mientras las gentes de la aldea subían hasta Calthorpe Hill para presentar sus respetos al señor que estaba de duelo, Shinebone regresó. Parecía cansado y algo enfermo, lo que no era sorprendente en un hombre que decía haber estrechado la mano a Lord Wellington, el mismísimo par, cuando él (Shinebone, o Wellington) era un niño. Geoffrey pensaba que la historia de Lord Wellington era probablemente una exageración; pero el viejo Shinny, como él y Ian le llamaban de niños, había atendido a Geoffrey durante todas sus enfermedades infantiles y ya entonces le parecía un hombre viejo. Pero el ojo infantil tiende a ver como anciano a cualquiera que sobrepase los veinticinco años, y creía que Shinny debía rondar los setenta y cinco.

Era viejo, las últimas veinticuatro horas habían sido frenéticas y terribles… ¿Y no podía un hombre viejo y cansado cometer un error, aunque fuera terrible e innombrable?

Era este pensamiento, más que ningún otro, el que le había hecho salir en esa noche fría y ventosa bajo una Luna que aparecía y desaparecía entre las nubes.

¿Podía alguien cometer un error así? Una parte de él, pusilánime y cobarde que prefería el riesgo de perder a Misery para siempre antes que enfrentarse a los inevitables resultados de algo semejante, lo negaba. Pero cuando Shinny llegó…

Geoffrey estaba sentado junto a Ian; y según los dos, habían rescatado a Misery de las mazmorras del palacio de Leroux, el loco bizco francés escapando en una carreta de heno. En un momento crítico, Misery había distraído a uno de los guardas sacando de la carreta una hermosa pierna desnuda y moviéndola delicadamente. Geoffrey trataba de evocar sus propios recuerdos de la aventura, totalmente a merced de un dolor que ahora maldecía porque para él, y suponía que también para Ian, era como si Shinny no estuviese allí.

¿No había parecido extrañamente distante y preocupado? ¿Era sólo

cansancio o había algo más, alguna sospecha…?

«No, seguramente no», protestaba su mente con inquietud. El carruaje volaba por Calthorpe Hill. La casa solariega estaba a oscuras; pero… aún había una luz en la casita de la señora Ramage.

—¡Arre, Mary! —gritó fustigándola con el látigo y haciendo una mueca de dolor—. Un poco más y podrás descansar.

«¡Seguramente no será lo que piensas!», se dijo a sí mismo.

Pero Shinny le había examinado las costillas rotas y el hombro dislocado de un modo completamente superficial y apenas le había dirigido la palabra a Ian, sin tener en cuenta su profundo dolor y sus gritos incoherentes. No, después de una visita que ahora parecía haberse limitado estrictamente al tiempo que exigía el más mínimo respeto a los convencionalismos sociales, Shinny había preguntado en voz baja: «¿Está…?»

—Sí, en la sala —había respondido Ian.

—Mi pobre amor descansa en la sala. Dele un beso de mi parte, Shinny, dígale que pronto me encontraré con ella. —Ian había prorrumpido otra vez en lágrimas y después de murmurar unas palabras de condolencia que apenas se escucharon, Shinny pasó al salón. Ahora tenía la impresión de que el viejo huesudo estuvo allí demasiado tiempo… Pero al salir, parecía contento, no había duda de eso. Aquella explosión de alegría estaba fuera de lugar en una habitación de dolor y lágrimas, en la que la señora Ramage ya había colgado las negras cortinas fúnebres.

Geoffrey había seguido al viejo doctor hasta la cocina, habiéndole allí con cierta renuencia. Le dijo que Ian parecía bastante enfermo y que esperaba que le recetase algo para dormir.

Shinny, sin embargo, se mostraba muy distraído.

—No se parece en nada a lo de la señorita Evelyn —declaró Hyde—. Me he asegurado.

Y se había vuelto a su calesa sin responder siquiera a la petición de Geoffrey, quien volvió a entrar olvidando enseguida el extraño comentario del médico, achacando su conducta a la vejez, al cansancio y al dolor que, a su modo, sufría. Sus pensamientos habían vuelto otra vez a Ian y había decidido que sin la receta del médico, tendría que echar whisky en su garganta hasta que el pobre perdiese el conocimiento.

Olvidar… rechazar.

Ése parecía el proceso de su mente para seguir viviendo. Hasta el momento…

«No se parece en nada a lo de la señorita Evelyn-Hyde. Me he asegurado.»

¿De qué se había asegurado?

Geoffrey no lo sabía, pero tenía la intención de averiguarlo aun a costa de su cordura. Y sabía que el precio podía resultar muy elevado.

CAPÍTULO 4

Aunque ya pasaban dos horas de su horario habitual, la señora Ramage aún no se había acostado cuando Geoffrey

empezó a golpear la puerta de su pequeña casa. Desde la muerte de Misery, posponía cada vez más la hora de meterse en la cama. Ya que no podía evitar las vueltas y sacudidas del insomnio, retrasaba al menos su comienzo.

A pesar de que era la más sensata y práctica de las mujeres, la súbita explosión de los golpes en su puerta le arrancó un grito y se quemó con la leche caliente que en ese momento vertía en un tazón. Últimamente tenía los nervios a flor de piel y se hallaba siempre a punto de gritar. Esa sensación no era dolor, aunque el dolor la abrumaba, sino un sentimiento extraño y tormentoso que no recordaba haber tenido nunca. Algunas veces le parecía que ciertos pensamientos, que era mejor no identificar, giraban en torno suyo, apenas un poco más allá del alcance de su mente cansada e invadida de amarga tristeza.

—¿Quién llama a las diez? —gritó a la puerta—. Sea quien sea, no le agradezco la quemadura que me he hecho por su culpa.

—¡Soy Geoffrey, señora Ramage! ¡Geoffrey Alliburton! ¡Abra la puerta, por el amor de Dios!

La anciana se quedó perpleja, y ya iba a abrir cuando recordó que estaba en camisón y con el gorro de dormir. Nunca había oído a Geoffrey chillar de aquella manera; y si alguien se lo hubiese contado, no lo habría creído. Si había una persona en Inglaterra con un corazón valiente como su amado Milord, era Geoffrey. Sin embargo, su voz temblaba como la de una mujer a punto de un ataque de histeria.

—Un momento, señor Geoffrey, estoy a medio vestir.

—¡Al demonio! —gritó Geoffrey—. ¡No me importa que esté en cueros, señora Ramage! ¡Abra esta puerta! ¡Ábrala en nombre de Dios!

Esperó sólo un segundo. Fue a la puerta y la desatrancó. La apariencia de Geoffrey la aterrorizó y en alguna parte de su mente volvió a escuchar un confuso trueno de negros pensamientos.

Estaba en el umbral, inclinado en una extraña postura, como si la espina dorsal se le hubiese deformado tras largos años de buhonero, con la mano derecha apretada entre el brazo y el costado izquierdo. Tenia el cabello enmarañado. Los ojos oscuros ardían en su rostro pálido. Su indumentaria era sorprendente para un hombre tan cuidadoso que algunos lo tenían por dandy. Llevaba un viejo batín con el cinturón sesgado, una camisa blanca con el cuello abierto y un burdo pantalón de estameña que se hubiera encontrado mejor en las piernas de un jardinero ambulante que en las del hombre más rico de Little Dunthorpe. En los pies llevaba un par de zapatillas viejas.

La vieja ama de llaves, que tampoco iba vestida para un baile en la corte con su largo camisón blanco y su gorro de dormir de almizclera con las cintas sin atar, se quedó mirándolo con creciente preocupación. Geoffrey había vuelto a lastimarse las costillas que se había fracturado tres noches atrás al salir en busca del médico, pero no era sólo el dolor lo que hacía brillar sus ojos sobre la palidez de su cara. Era un terror a duras penas controlado.

—¡Señor Geoffrey! ¿Qué…?

—*No* me hagas preguntas —la interrumpió con brusquedad—. Todavía no… Primero responda a lo que voy a preguntarle yo.

—¿Qué quiere preguntarme? —Estaba realmente asustada, y las manos apretadas sobre el pecho.

—¿Significa algo para usted el nombre de la señora Evelyn-Hyde?

De repente supo la razón de aquella terrible sensación tormentosa que la sacudía desde la noche del sábado. Ese pensamiento horrendo, ya debía de haber cruzado su mente siendo rechazado, puesto que ahora no necesitaba explicación alguna. El nombre de la infortunada Charlotte Evelyn-Hyde de Storping-on-Firkill, el pueblo al oeste de Little Dunthorpe, bastó para arrancar un grito de sus entrañas.

—¡Por todos los santos! ¡Por Dios sagrado! ¿La han enterrado viva? ¿Han enterrado viva a mi adorada Misery?

Y antes de que Geoffrey pudiese contestar, la señora Ramage hizo algo que hasta aquella noche no había hecho y que jamás volvería a hacer después: se desmayó.

CAPÍTULO 5

Geoffrey no tenía tiempo de buscar las sales. Además dudaba que un duro soldado como la señora Ramage tuviese sales en la casa. Pero debajo del fregadero encontró un trozo de tela que olía ligeramente a amoníaco. No sólo lo pasó por delante de la nariz, sino que lo apretó brevemente contra la parte inferior de la cara de la mujer. La posibilidad que Colter había suscitado, por remota que fuese, era demasiado horrible para detenerse por nada.

Ella se estremeció, gritó y abrió los ojos. Por un momento, quedó perpleja y aturdida, incapaz de comprender. Luego se sentó.

—*No* —le dijo—; no, señor Geoffrey, no es eso lo que usted quería decir, dígame que no es cierto…

—*No sé* si es cierto o no —le respondió—; pero tenemos que cerciorarnos ahora mismo. Inmediatamente, señora Ramage, y no puedo cavar yo solo, si es que hay que cavar…

Ella le miraba con ojos horrorizados, las manos tan apretadas sobre la boca que tenía las uñas blancas.

—¿Puede ayudarme si necesito ayuda? *No* puedo contar con nadie más.

—Milord —dijo atontada—, mil… pero Ian…

—*No* debe saber nada de esto hasta que nosotros sepamos más —dijo—. Si Dios es bueno, no tendrá necesidad de enterarse de nada.

No quería expresar en voz alta la esperanza que anidaba en su mente, una esperanza que parecía casi tan monstruosa como sus temores. Si Dios era muy bueno, Ian se enteraría de lo ocurrido esa noche cuando su mujer y único amor le fuese devuelta tras regresar de entre los muertos de una forma casi tan milagrosa como la de Lázaro.

—Esto es horrible, horrible… —se lamentó la mujer con voz desmayada y temblorosa. Agarrándose a la mesa, consiguió ponerse de pie. Se tambaleaba y sobre su cara caían mechones de cabello entre los lazos de su gorro.

—¿Se encuentra bien? —le preguntó con delicadeza—. Si no es así, lo haré

yo solo.

Ella aspiró, se estremeció y luego lanzó una exhalación. Dejó de balancearse y se dirigió a la despensa.

—Hay un par de palas en el cobertizo, allá fuera —informó— y también un pico. Échelos en su coche. Aquí en la despensa tengo media botella de ginebra. Ha estado intacta desde la muerte de Bill, hace cinco años, en Lammasnight. Tomaré un poco y le acompañaré, señor Geoffrey.

—Es una mujer valiente, señora Ramage. Dese prisa.

—Sí; no se preocupe por mí —le animó. Agarró la botella de ginebra con una mano que ya apenas temblaba. No tenía ni una mota de polvo. Ni siquiera la despensa se libraba de su incansable trapo limpiador. Pero la etiqueta que decía CLOUGH POOR BOOZIERS estaba amarilla—. Dese prisa usted también —le aconsejó.

Siempre había aborrecido el alcohol y su estómago quería devolver la ginebra con su desagradable olor a enebro y su gusto aceitoso. Pero la obligó a quedarse dentro. Esa noche la necesitaría.

CAPÍTULO 6

Bajo las nubes que aún corrían de este a oeste, sombras oscuras bajo un cielo negro, y una Luna que ahora se dirigía hacia el horizonte, el carruaje iba a toda prisa hacia el patio de la iglesia. Conducía la señora Ramage golpeando el látigo sobre el lomo de *Mary,* que, si hubiera podido hablar, les habría dicho que no era correcto lo que hacían, pues a esas horas ella debía estar durmiendo en su cálido establo.

Las palas y el pico rebotaban en la parte de atrás y la mujer pensó que asustarían a cualquiera que los viera.

Debían de parecer un par de personajes de Dickens…, o tal vez un hombre resucitado en un coche conducido por un fantasma. Porque ella iba vestida de blanco… ni siquiera se había detenido a ponerse la bata. El camisón se agitaba alrededor de sus tobillos rollizos surcados de varices y las ataduras de su gorro flotaban desordenadamente tras ella.

Allí estaba la iglesia… Hizo girar a *Mary* por el camino que corría junto a ella, estremeciéndose ante el espectral sonido del viento, que jugaba en los

aleros. Tuvo un momento para preguntarse por qué un lugar sagrado como una iglesia sería tan aterrador por la noche, y entonces comprendió que no era la iglesia… Sino la misión que les llevaba allí.

Su primer pensamiento al recobrar la consciencia, había sido que Milord debía ayudarles… ¿No había estado él en todas las circunstancias sin flaquear en ningún momento? De inmediato comprendió lo insensato de aquella idea. Este asunto no ponía en juego la valentía de Milord, sino su cordura.

No había necesidad que se lo dijese Geoffrey, le había bastado con recordar a Evelyn-Hyde.

Recordó que ni el señor Geoffrey ni Milord estaban en Little Dunthorpe en primavera, cuando aquello había ocurrido, casi seis meses atrás.

Misery se encontraba en el verano rosa de su embarazo. Atrás quedaban los malestares matutinos, aunque el crecimiento final de su vientre, con su carga de molestias, aún estaba por venir.

Por eso había enviado alegremente a los hombres a que pasaran una semana cazando gallos lira, jugando a las cartas, al fútbol y sólo Dios sabía a qué otras tonterías masculinas, en Caks Halla, Doncaster. Milord no estaba muy decidido, pero Misery le aseguró que se sentía estupendamente y le obligó a salir casi a—empujones. La señora Ramage no *tenía* la menor duda de que a Misery *no* le pasaría nada malo. Cuando Milord o el señor Geoffrey iban a Doncaster, sí que temía que algunos de ellos volviese en la parte trasera de un carro con los pies por delante.

Oaks Hall era el patrimonio de Albert Fossington, un compañero de colegio de Geoffrey y de Ian. El ama de llaves creía que Bertie Fossington estaba loco y no se equivocaba. Unos tres años atrás se había comido su caballo favorito de polo que, al romperse dos piernas, había tenido que ser sacrificado. «Fue un gesto de afecto —dijo—. Lo aprendí de los negritos de Ciudad Cabo Griquas. Unos tipos estupendos. Se ponen palos y cosas en las narices. Algunos podrían llevar en el labio inferior los diez volúmenes de las Cartas Reales de navegación, ja, ja. Me enseñaron que el hombre debe comer aquello que ama. Algo poético aunque, en cierto modo horrible, ¿no?»

A pesar de un comportamiento tan extraño, el señor Geoffrey y Milord había conservado un gran afecto por Bertie. «Me pregunto si eso significa que tendrá que comérselo cuando se muera», se planteó una vez la señora Ramage después

de una visita de Bertie durante la cual había intentado jugar al croquet con uno de los gatos de la casa, dejándole la cabeza bastante quebrantada. Ellos pasaron diez días en Oaks Hall, aquella primavera.

Un par de días después de su partida, había encontrado muerta a Charlotte Evelyn-Hyde, de Storping-on-Firkill, en el jardín trasero de su casa, Cove O'Birches. Cerca de una de sus manos había un ramo de flores recién cortadas. El médico del pueblo era un hombre llamado Billford, muy competente, según todos decían. Sin embargo, había llamado al viejo doctor Shinebone a consulta. Billford diagnosticó un infarto de miocardio a pesar de que la chica era muy joven, sólo tenía dieciocho años y parecía disfrutar de perfecta salud. Estaba confundido. Había algo en aquel asunto que no iba bien. El viejo Shinny también se hallaba confundido; pero al final, había aprobado el diagnóstico. Casi todo el pueblo estuvo de acuerdo.

El corazón de la chica estaba cansado, eso era todo. Aquello parecía un poco insólito, pero todos podían recordar casos similares ocurridos en alguna ocasión. Quizá fue esa concurrencia universal la que salvó la práctica profesional, si no su cabeza, después del horrible desenlace. Aunque todos estaban de acuerdo en que la muerte de la chica era sorprendente, a nadie se le había ocurrido que podría estar viva.

Unos días después de la inhumación, una anciana llamada Soames, a quien la señora Ramage conocía superficialmente, había observado un objeto de color blanco en la tierra del cementerio de la iglesia congregacional al entrar a poner flores en la tumba de su marido.

Era demasiado grande para ser un pétalo de flor y pensó que tal vez sería un pájaro muerto.

Al acercarse, notó que aquello no estaba simplemente tirado en la tierra, sino que salía de ella. Se acercó vacilante y vio una mano que surgía entre los terrones de una tumba reciente, con los dedos paralizados en un horrible gesto de súplica. Huesos manchados de sangre asomaban por todos los dedos, menos en el pulgar.

La señora Soames salió gritando del cementerio, corrió hasta la calle principal de Storming, una carretera de unos dos kilómetros, y contó la noticia al barbero, que era también el jefe de la policía local. Luego se desmayó. Esa misma tarde cayó en la cama y no volvió a levantarse hasta que pasó un mes.

Aadie del pueblo la culpó por ello.

El cuerpo de la infortunada Evelyn-Hyde fue exhumado, por supuesto, y mientras Geoffrey Alliburton se detenía delante del patio de la iglesia anglicana de Little Dunthorpe, el ama de llaves se descubrió deseando fervientemente no haber oído las historias sobre la exhumación. Habían sido horribles.

El doctor Billford, afectado hasta el borde de la locura, diagnosticó catalepsia. La pobre mujer había caído en una especie de trance semejante a la muerte, muy parecido a los que se inducen voluntariamente los faquires antes de que los entierren vivos o de que los traspasen con agujas. Había permanecido en ese trance unas cuarenta horas, tal vez sesenta. Suficiente tiempo, de todos modos, para despertar, encontrándose no en el jardín de su casa donde había estado cogiendo flores sino enterrada viva, dentro de un ataúd.

Aquella chica había luchado encarnizadamente por su vida y a la vieja sirvienta le parecía, mientras seguía a Geoffrey entre la fina niebla que convertía las lápidas en islas, que aquello que por su nobleza debía redimir el suceso, lo hacía parecer aún más horrible.

La chica estaba comprometida, en su mano izquierda, la que había quedado helada sobre la tierra, llevaba su anillo de compromiso, con el que había desgarrado el forro de raso del ataúd y lo había utilizado durante muchas horas para romper la tapa de madera. Al final, con el aire a punto de agotarse, había usado el anillo con la mano izquierda para cortar y la mano derecha para cavar. No fue suficiente. Estaba completamente morada y desde allí sus ojos bordeados de sangre miraban muy abiertos con una expresión de horror infinito.

El reloj empezó a dar las doce desde la torre de la iglesia, la hora en que se abría la puerta entre la vida y la muerte permitiendo que pasaran los espíritus en ambas direcciones, según le había contado su madre. Se quedó quieta. Era lo único que podía hacer para no gritar y echar a correr presa de un terror que iría aumentando con cada paso que diese. Sabía muy bien que si empezaba a correr, seguiría corriendo hasta caer inconsciente.

«¡Mujer estúpida y medrosa! —se riñó a sí misma y luego corrigió—: ¡Estúpida, medrosa y egoísta! ¡Es en Milord en quien deberías pensar ahora y no en tus propios temores! Milord, y si existe una remota posibilidad de que milady…»

No, era una locura imaginar algo así. Había pasado demasiado tiempo,

demasiado tiempo…

Geoffrey la condujo hasta la tumba de Misery y los dos se quedaron mirándola como hipnotizados. LADY CALTHORNPE, decía la lápida, además de las fechas del nacimiento y de la muerte. La única inscripción rezaba: MUCHOS LA AMARON.

Miró a Geoffrey como saliendo de un profundo aturdimiento.

—*No* ha traído las herramientas —le dijo.

—*No,* aún no —respondió él. Y luego se tumbó en el suelo y pegó la oreja a la tierra, en la que ya empezaban a aparecer los primeros brotes tiernos de hierba nueva entre el césped que había sido colocado en su lugar de una manera algo descuidada.

Por un momento, la única expresión que pudo apreciar en él a la luz de la lámpara que llevaba, era la misma que tenía desde que le había abierto la puerta de su casa… una expresión de miedo angustioso. Pero luego empezó a surgir otra, una nueva expresión de terror absoluto mezclada con una esperanza casi demente.

Geoffrey miró a la mujer con los ojos muy abiertos.

—Creo que está viva —susurró sin fuerzas—. ¡Oh, señora Ramage!

De pronto se volvió hacia abajo y gritó a la tierra. En otras circunstancias hubiese parecido cómico.

—¡Misery! ¡Misery! ¡Misery! ¡Estamos aquí! ¡Ya lo sabemos! ¡Resiste! ¡Resiste, amor mío!

Un instante después, ya estaba en pie y corriendo hacia el carruaje donde tenía las herramientas para cavar. Sus zapatillas excitaban la plácida niebla del suelo.

Las rodillas de la anciana cedieron, y la mujer se dobló hacia adelante a punto de desmayarse otra vez. Apoyó la cabeza en el suelo con la oreja derecha contra la tierra…, había visto niños en una postura semejante sobre las vías escuchando el sonido de los trenes.

Y entonces oyó sonidos tenues de una lucha dolorosa bajo la tierra. *No* se trataba de un animal cavando su madriguera, sino dedos arañando inútilmente la madera.

Aspiró una gran bocanada de aire para que su corazón volviese a latir.

—¡Allá vamos, Milady! ¡Dé gracias a Dios y pida al buen Jesús que

lleguemos a tiempo! ¡Allá vamos! —chilló.

Empezó a arrancar hierba con los dedos temblorosos y aunque Geoffrey no tardó nada en regresar, ella ya había abierto un agujero de unos veinte centímetros.

7

Llevaba unas nueve páginas del séptimo capítulo. Geoffrey y la señora Ramage habían sacado a Misery de la tumba en el último momento para encontrarse con que la mujer no tenía idea de quiénes eran ni de quién era ella misma.

Annie entró en la habitación. Esta vez Paul la oyó y dejó de escribir, lamentando que le hubiese sacado del sueño.

Ella llevaba los primeros seis capítulos a un lado de la falda. Había tardado menos de veinte minutos en leer aquella primera tentativa. Hacía una hora que se había llevado aquellas veinte páginas. La miró con detenimiento, observando con cierto interés que Annie Wilkes estaba un poco pálida.

—Bueno —le preguntó—, ¿es limpio?

—Sí —dijo un tanto ausente como si fuera una conclusión predeterminada, y Paul supuso que así era—. Es limpio y bueno. Emociona. Pero también es un poco espeluznante. No se parece a los otros libros de Misery. La pobre mujer se destrozó los dedos arañando… —Meneó la cabeza y repitió—: No es como los demás libros de Misery.

«El hombre que escribió esas páginas estaba de un ánimo espeluznante, querida», pensó Paul.

—¿Quiere que continúe?

—¡Le mataré si no lo hace! —contestó sonriendo.

Paul no le devolvió la sonrisa. Ese comentario, que en otra época hubiese catalogado como absolutamente banal, ahora adquiría otro significado.

Sin embargo, en la actitud de la mujer que se hallaba de pie junto a la puerta, había algo que le fascinaba. Era como si ella tuviese miedo de acercarse, como si creyese que algo dentro de él podía quemarla. No había sido el asunto del entierro prematuro lo que la asustaba, y él era lo bastante inteligente para saberlo. No, era la diferencia entre su primer intento y éste. El primero tenía la vitalidad de una redacción de un niño de octavo curso titulada «Cómo pasé mis vacaciones». Ésta era diferente. El horno estaba encendido. No es que estuviera especialmente bien escrito, el argumento era caliente; pero los personajes eran tan estereotipados y predecibles como siempre. No obstante, había sido capaz de generar fuerza. Ahora se desprendía calor de entre las líneas.

Pensó, jocoso: «Ella sintió ese calor. Creo que tiene miedo a acercarse por si la quemo.»

—Bueno —dijo suavemente—, no tendrá que matarme, Annie. Yo quiero seguir. Así que, ¿por qué no hacerlo ahora mismo?

—Está bien —aceptó.

Se acercó para dejar las páginas, las puso en la tabla y se alejó rápidamente.

—¿Le gustaría leerlo a medida que lo vaya escribiendo? —le preguntó.

Annie sonrió.

—¡Sí! ¡Será casi como los episodios de mi infancia!

—Bueno, no puedo prometerle que todos los capítulos terminen con un *cliff-hanger* — le dijo—. No se trata de eso.

—Para mí, sí —repuso con fervor—. Yo querré saber lo que pasará en el capítulo dieciocho, aunque el diecisiete termine con Misery, Ian y Geoffrey sentados en unas mecedoras leyendo la prensa. ¡Ya estoy loca por saber lo que va a suceder ahora! No me lo diga —agregó con aspereza, como si Paul se hubiese ofrecido a hacerlo.

—Bueno, generalmente no muestro mi trabajo hasta que está terminado —dijo esbozando una sonrisa—; pero ya que ésta es una situación especial, me gustaría que leyera capítulo por capítulo. —«Y así empezaron las mil y una noches de Paul Sheldon», pensó—. Pero quiero saber si usted está dispuesta a hacerme un pequeño favor.

—¿Cuál?

—Escríbame las malditas enes.

—Será un honor. Ahora le dejaré solo.

Volvió a la puerta. Vaciló un momento y regresó. De pronto, con una timidez profunda y casi dolorosa, ofreció la única sugerencia que jamás le haría.

—Tal vez fue una abeja.

Él ya había dirigido la mirada al papel; quería llevar a Misery a la casa de la señora Ramage antes de suspender el trabajo. Volvió a levantar los ojos para mirarla con impaciencia muy bien disimulada.

—¿Cómo dice?

—Una abeja —insistió, y él vio que el rubor subía por su cuello hasta las mejillas y, poco después, hasta sus orejas— Una persona de cada doce es alérgica al veneno de abeja. Vi muchos casos de ésos… antes de retirarme del trabajo como enfermera diplomada. La alergia puede manifestarse de muchas maneras diferentes. A veces la picadura puede producir un estado comatoso que es similar a lo que la gente llama… catalepsia.

Ahora estaba tan roja que casi pasaba al morado.

Paul consideró brevemente la idea y la arrojó a la papelera. Una abeja podía haber sido la causa del entierro prematuro de la infortunada Evelyn-Hyde. Incluso tenía sentido, puesto que había ocurrido en plena primavera y además en el jardín. Pero él ya había decidido que la credibilidad dependía de que ambos entierros prematuros estuviesen relacionados de algún modo, y Misery había fallecido en su habitación. El hecho de que, hacia finales de otoño no solía haber abejas, no representaba el verdadero problema. El problema era que la reacción catalépti— ca era una rareza. Pensó que el lector constante no se tragaría que dos mujeres de pueblos vecinos, sin ninguna relación entre sí, fuesen enterradas vivas en el lapso de seis meses por picaduras de abejas.

Pero no podía decir eso a Annie, y no sólo porque se enfurecería. No podía decírselo, porque le haría mucho daño y a pesar de todo el dolor que ella le había causado, descubrió que era incapaz de devolvérselo de aquella manera. Él sabía lo que eso significaba.

Repitió el eufemismo típico de los talleres de escritores…

—Tiene posibilidades. Lo tendré en cuenta, Annie; pero ya tengo algunas ideas en mente. Puede que la suya no encaje.

—Eso ya lo sé, el escritor es usted, no yo. Olvide la sugerencia, lo siento…

—No sea tan…

Pero ya se había marchado con su pesadez a cuestas, aunque casi corriendo, por el pasillo hacia la sala. Se quedó mirando al vacío. Sus ojos bajaron y entonces se abrieron desmesuradamente.

A ambos lados del marco de la puerta, a unos veinte centímetros del suelo, había unas marcas negras. Comprendió enseguida que las habían causado las ruedas de la silla al forzar la entrada. Hasta ahora, Annie no las había visto. Llevaban allí casi una semana y eso era un pequeño milagro. Pero pronto, mañana, tal vez esa misma tarde, ella entraría con la aspiradora y las descubriría. Sin duda acabaría por descubrirlas.

Paul escribió muy poco durante el resto del día.

El agujero en el papel había desaparecido.

8

A la mañana siguiente, Paul estaba sentado en la cama apoyado en almohadas tomando una taza de café y observando las marcas de la puerta con el ojo culpable de un asesino que acaba de ver una prenda manchada de sangre que olvidó eliminar. De repente, Annie entró corriendo en la habitación con los ojos desorbitados. En una mano llevaba un trapo. En la otra, ¡increíble!, un par de esposas.

—¿Qué…?

Fue lo único que tuvo tiempo de decir. Annie le cogió con una fuerza colosal y lo levantó hasta ponerlo erguido. El dolor más agudo que había sufrido en muchos días rugió en sus piernas y le hizo gritar. La taza de café voló de sus manos y se estrelló en el suelo. «Aquí siempre está rompiendo cosas —pensó, y luego—: Habrá visto las marcas, por supuesto. Tal vez hace tiempo.» Era la

única explicación que podía encontrar a aquel comportamiento extraño. Sin duda había visto las marcas y éste era el comienzo de un nuevo y espectacular castigo.

—Cállese, estúpido —susurró.

Sintió las manos atadas a la espalda. Oyó cerrarse las esposas y a continuación un coche que se aproximaba por el camino de la casa.

Abrió la boca con la intención de hablar o de gritar; pero ella le metió el trapo antes de que pudiese proferir sonido alguno. Tenía un gusto horrible, tal vez a Pledge, a Endust o algo así.

—No haga el más mínimo ruido —le dijo inclinándose hacia él, cogiendo la cabeza entre sus manos y haciéndole cosquillas en la cara con el cabello—. Se lo advierto, Paul. Si ése es quien creo, se trata de un viejo. Si oye algo, o si jo oigo algo y creo que él lo ha oído, lo mataré; luego le mataré a usted y después me suicidaré.

Se levantó. Los ojos salían de sus órbitas. Tenía sudor en la cara y yema de huevo reseca en los labios. Parecía muy capaz de cometer un asesinato.

—Recuérdelo, Paul.

Asintió con la cabeza, pero ella no lo vio. Un Chevy Bel Air viejo, pero bien conservado, se detuvo detrás del Cherokee. Paul oyó que una puerta se abría en alguna parte de la sala y que luego se cerraba de golpe. Tuvo la corazonada de que pertenecía al armario donde Annie guardaba su ropa de abrigo para salir.

El hombre que descendía del coche era viejo y estaba tan bien conservado como su vehículo, un personaje típico de Colorado. Aparentaba unos sesenta y cinco años, aunque podía tener ochenta y ser el miembro más antiguo de una sociedad de abogados o el patriarca semijubilado de una empresa constructora. No obstante, lo más probable era que se tratase de un ranchero o corredor de fincas. Quizá era uno de esos republicanos tan incapaces de poner una pegatina en su coche como de calzar unos zapatos italianos dorados. También podía ser una especie de funcionario municipal y estar allí por algún asunto del Ayuntamiento, porque sólo por asuntos del Ayuntamiento podían encontrarse un hombre como ése y una mujer aislada como Annie Wilkes.

Paul la vio bajar a toda prisa por el camino con la intención, no de encontrarse con él, sino de interceptarlo. Algo muy similar a su primera fantasía se había hecho realidad. No se trataba de un policía, pero sí de alguien con autoridad. En efecto, la Autoridad había llegado, y esta irrupción no podía hacer

otra cosa que acortar su propia vida.

«¿Por qué no lo invitas a entrar, Annie? —pensó, tratando de no ahogarse con el trapo polvoriento—. ¿Por qué no le dejas que contemple tu pájaro africano?»

Ella no invitaría a entrar al señor Empresario de las Rocosas, como no llevaría a Paul Sheldon al aeropuerto Stapleton International para devolverlo a Nueva York con un billete de primera clase.

Antes de que llegara, Annie ya estaba hablando. El aliento salía a borbotones de su boca creando formas semejantes a las que aparecen en las viñetas de los cómics, pero sin texto dentro. El hombre extendió una mano elegantemente cubierta con un guante negro de piel. Ella la miró un instante con desprecio y empezó a agitar un dedo ante su cara. Acabó de ponerse el anorak y dejó de agitar el dedo el tiempo suficiente para cerrar la cremallera.

El visitante sacó un papel del bolsillo de su chaqueta y lo extendió casi excusándose. Aunque Paul no tenía manera de saber qué era, estaba seguro de que Annie le adjudicaría un adjetivo. Tal vez jodido, tal vez…

Le señaló el camino mientras hablaban. Salieron de su campo de visión. Podía apreciar sus sombras en la nieve como siluetas de papel, pero eso era todo. Comprendió vagamente que ella lo hacía adrede. Si él no podía verlos, no cabría la posibilidad de que el señor Rancho Grande pudiese mirar hacia la ventana de la habitación de huéspedes y lo descubriese.

Las sombras permanecieron en la nieve del camino de Annie Wilkes unos cinco minutos. En cierto momento, Paul escuchó la voz de Annie en un grito furioso e intimidatorio. Fueron unos cinco minutos larguísimos para él. Le dolían los hombros. Descubrió que no podía moverse para aliviar el dolor. Además de esposarle, ella le había atado las manos a la cabecera de la cama.

Pero lo peor era el trapo en la boca. El olor de limpia— muebles era insoportable y sentía unas náuseas cada vez más intensas. Se concentró con todas sus fuerzas tratando de controlarlas. No quería ahogarse en su propio vómito mientras Annie discutía con un viejo funcionario municipal que se cortaba el cabello todas las semanas y que probablemente llevaba chanclos sobre sus negros zapatos Oxford durante todo el invierno.

Cuando volvió a verlos, tenía la frente cubierta de sudor. Era Annie quien ahora sostenía el papel. Iba detrás del hombre agitándolo en su espalda. Él señor

Rancho Grande no se volvió a mirarla. Su cara seguía cuidadosamente inexpresiva. Sólo sus labios, tan apretados que casi desaparecían, transmitían alguna emoción interior, ira o tal vez disgusto.

«Cree que está loca —pensó Paul—. Usted y todos sus compinches, que probablemente controlan todo el estadio de tercera que es esta ciudad, tal vez jugaron una partida para ver a quién le tocaba esta mierda. A nadie le gusta llevar malas noticias a los locos. Pero señor Rancho Grande, si supiera lo loca que está, no creo que se atreviera a darle la espalda como lo hace.»

Se metió en el Bel Air. Cerró la portezuela. Ella estaba de pie al lado del coche agitando su dedo frente a la ventana cerrada y otra vez podía escuchar levemente su voz.

—¡Se cree muy, muy listo!

El Bel Air empezó a dar marcha atrás lentamente por el camino. Annie mostraba los dientes y el señor Rancho Grande evitaba mirarla.

—¡Se cree muy importante! —exclamó aún más fuerte.

De pronto dio un puntapié al parachoques delantero del coche y saltaron pegotes de nieve incrustados en las ruedas. El viejo, que había estado mirando atrás para dirigir el coche por el camino, volvió a mirar hacia adelante, sorprendido de la neutralidad que había logrado mantener durante la visita.

—¡Pues le voy a decir una cosa, maldito pajarraco! ¡Los perros cagan encima de los señores importantes! ¿Qué le parece eso?

Le pareciera lo que le pareciera, el señor Rancho Grande no estaba dispuesto a proporcionarle la satisfacción de verlo. La expresión neutral volvió a caer sobre su rostro como la visera de una armadura. Salió del campo visual de Paul.

Ella se quedó allí un momento, con las manos en las caderas, y luego volvió a entrar en la casa con paso airado. Paul oyó cómo abría la puerta y luego la cerraba con gran estrépito.

«Bueno, se ha ido —pensó. El miedo empezó a florecer en su vientre—. El señor Rancho Grande se ha ido, pero yo estoy aquí. Oh, sí, yo estoy aquí, maldita sea…»

9

En esta ocasión ella no descargó su ira sobre él.

Entró en la habitación con el anorak todavía puesto, pero desabrochando. Empezó a pasear airadamente, sin mirar siquiera a su cautivo. Aún llevaba el papel en la mano y de cuando en cuando lo agitaba ante su nariz como una especie de autocastigo.

—¡Un aumento del diez por ciento en los impuestos, dice! ¡Por atrasos, dice! ¡Derecho de retención! ¡Abogados! ¡Pago trimestral, dice! ¡Vencido! ¡Una mierda! ¡Caca tuti puti!

El gruñó en el trapo; la mujer no se volvió. Era como si estuviese sola en la habitación. Caminó de arriba abajo, cada vez más acelerada, cortando el aire con su macizo cuerpo. Paul creyó que iba a hacer trizas el papel; pero al parecer, no se atrevía a tanto.

—¡Quinientos seis dólares! —gritó, blandiendo el papel ante la nariz del inválido, y arrancó distraída el trapo que le estaba ahogando y lo tiró al suelo; él inclinó la cabeza a un lado, jadeando; sentía como si tuviese los brazos dislocados—. ¡Quinientos seis dólares con setenta centavos!

¡Ellos saben que no quiero ver a nadie por aquí! ¡Se lo advertí!, ¿no? ¡Y mire! ¡Mire!

Paul tuvo arcadas y soltó un eructo desesperado.

—Si vomita, me parece que tendrá que quedarse ahí. Tengo otros asuntos que atender. Dijo algo de un derecho de retención sobre mi casa. ¿Qué es eso?

—Las esposas —gruñó.

—Sí, sí —repuso, impaciente—. A veces se comporta como un niño.

Sacó la llave del bolsillo de la falda y tiró de él hacia la izquierda, apretándole la nariz contra las sábanas. Gritó, pero ella no hizo caso. Se produjo un ruido hermético y sus manos se vieron otra vez libres. Se sentó jadeando y se dejó caer en las almohadas, tratando de poner las piernas rectas hacia adelante. En sus delgadas muñecas había surcos pálidos que empezaron a llenarse de rojo.

Annie guardó las esposas en el bolsillo con total naturalidad como si los objetos propios de la policía pudiesen encontrarse en las casas más decentes junto a los Kleenex y los ceniceros.

—¿Qué es un derecho de retención? —preguntó otra vez—. ¿Quiere decir

que mi casa es suya? ¿Es eso lo que quiere decir?

—No —le respondió—, significa que usted…

Se aclaró la garganta y volvió a sentir el gusto del trapo. El pecho le dio una sacudida al exhalar el aire aspirado. Ella no se dio por enterada; sólo le miraba con impaciencia, esperando a que pudiese hablar. Lo consiguió al cabo de un rato.

—Sólo significa que no puede venderla.

—¿Sólo? ¿Sólo? Usted tiene una idea muy peculiar de lo que quiere decir *sólo.* Pero supongo que los problemas de una pobre viuda como yo no son muy importantes para un rico Señor Sabihondo como usted.

—Al contrario, considero sus problemas como si fuesen míos, Annie. Sólo quiero decir que un derecho de retención no es mucho comparado con lo que podrían hacer si se atrasara seriamente en los pagos.

—¡Atrasada! Eso significa morosa, ¿no?

—Sí, morosa, que siempre paga tarde o que no paga.

—¿Quién cree que soy? ¿Un vagabundo irlandés de las chabolas? —Vio el sutil brillo de sus dientes cuando levantó el labio superior—. Yo pago mis deudas. Sólo que, esta vez, simplemente…

«Lo olvidó, ¿no es cierto? —pensó Paul—, como olvida cambiar la maldita página de febrero. Es mucho más grave olvidarse del pago trimestral de los impuestos de la propiedad que de pasar una página del calendario, y está molesta porque es la primera vez que olvida algo tan importante. El hecho es que cada vez está peor, ¿no es cierto, Annie? Un poco peor cada día. Los psicóticos pueden arreglárselas en el mundo, y a veces consiguen quedar impunes después de haberse manchado las manos de mierda como usted bien sabe. Pero hay una línea divisoria entre la psicosis tolerable y la que no lo es. Usted se está acercando a esa línea cada día más… y una parte de usted lo sabe.»

—Bueno, no he tenido tiempo de ocuparme de eso —repuso—. Con usted aquí, he estado más ocupada que un empapelador manco.

Se le ocurrió una idea, una idea muy buena con la que podría obtener su confianza.

—Ya lo sé —dijo con serena sinceridad—. Le debo la vida y no he hecho otra cosa que causarle molestias. Tengo unos cuatrocientos dólares en la cartera. Quiero que los utilice para pagar sus atrasos.

—¡Oh, Paul! —exclamó, mirándole confundida y complacida a la vez—. No puedo aceptar su dinero.

—No es mío —dijo esbozando una cálida sonrisa que parecía decir: «Te quiero, nena.»

Sin embargo, pensó: «Lo que quiero, Annie, es que practiques uno de tus numeritos de vacío mental cuando yo tenga acceso a uno de tus cuchillos y esté seguro de poder moverme para utilizarlo. Te hallarás friéndote en el infierno diez segundos antes de enterarte de que estás muerta.»

—Es suyo —continuó—. Llámelo un depósito, si quiere. —Hizo una pausa y luego corrió un riesgo calculado—. Si cree que ignoro que estaría muerto de no haber sido por usted, es que está loca.

—Paul, no sé…

—Se lo digo en serio. —Permitió que su sonrisa se deshiciese en una expresión de sincero arrepentimiento, o eso esperaba—. Usted hizo algo más que salvar mi vida. Salvó dos vidas porque, sin usted, Misery aún estaría en la tumba.

Ella le miraba con los ojos brillantes, el papel olvidado en su mano.

—Además, me mostró el error de mi camino y me condujo otra vez a la buena senda. Sólo por eso, le debo mucho más que cuatrocientos dólares y si no coge ese dinero, hará que me sienta muy mal.

—Bueno, yo… está bien… Gracias.

—Soy yo quien tendría que darle las gracias. ¿Puedo ver ese papel?

Se lo dio sin ningún reparo. Era una notificación de pago de impuestos atrasados. La revisó rápidamente y se la devolvió.

—¿Tiene dinero en el banco?

Ella desvió la mirada.

—Tengo algo guardado, pero no en el banco. No creo en los bancos.

—Ese papel dice que sólo le pueden poner una retención si no ha pagado después del 25 de marzo. ¿Qué día es hoy?

Miró el calendario y frunció el ceño.

—¡Dios mío, eso está mal!

Arrancó la hoja y el niño del trineo desapareció, causando a Paul un dolor absurdo. Marzo era un arroyo de agua clara corriendo atropelladamente entre bancos de nieve.

Escrutó el calendario con una mirada miope y luego dijo:

—¡Es hoy!

—Claro, por eso vino ese tipo. —«No me refería a que habían puesto una retención sobre tu casa, Annie —se dijo Paul—. Te estaba diciendo que tendrás que hacerlo si no das señales de vida antes de que cierren las oficinas municipales esta noche. En realidad, el hombre estaba tratando de hacerte un favor—. Pero si paga esos quinientos seis dólares…

—… y diecisiete centavos —agregó, furiosa—. No se olvide de los jodidos diecisiete centavos.

—Está bien, y diecisiete centavos. Si los paga antes de que cierren las oficinas esta tarde, no habrá retención. Si la gente del pueblo realmente alberga contra usted los sentimientos que usted dice, Annie…

—¡Me odian, Paul, están todos contra mí!

—Entonces, uno de los medios que tienen para tratar de desahuciarla son los impuestos. Es bastante raro que amenacen a una persona con la retención en cuanto deja de pagar un trimestre del impuesto sobre la propiedad. Aquí hay gato encerrado. Si deja de pagar dos trimestres, podrían tratar de quitarle la casa, subastarla. Es absurdo, pero creo que técnicamente estarían en su derecho.

Ella rió con un sonido áspero, casi un ladrido.

—¡Que lo intenten! Le meteré un tiro en las tripas a alguno de ellos. No olvide lo que le digo. Sí, señor. ¡Vaya si lo haré!

—Al final, ellos se lo meterían a usted —dijo Paul suavemente—. Pero ésa no es la cuestión.

—¿Cuál es, entonces, la cuestión?

—Annie, quizá hay gente en Sidewinter que no ha pagado los impuestos desde hace dos o tres años. Nadie les quita la casa ni les subastan los muebles en el Ayuntamiento. Lo peor que les puede pasar es que les corten el suministro de agua. Los Roydman, por ejemplo… —La miró con perspicacia—. ¿Cree que todos pagan los impuestos a tiempo?

—¿Esa basura? —exclamó—. ¡Ja!

—Creo que van por usted, Annie. —Realmente, lo creía.

—¡Jamás me iré de aquí! ¡Me quedaré aunque sólo sea para fastidiarles! ¡Me quedaré y les escupiré a la cara!

—¿Puede conseguir ciento seis billetes para completar los cuatrocientos

dólares de mi cartera?

—Sí. —Empezaba a parecer aliviada.

—Muy bien —le dijo—. Entonces, le sugiero que pague esa mierda de factura hoy mismo.

«Y mientras estás fuera, veré lo que puedo hacer con esas malditas marcas de la puerta —planeó Paul—. Y cuando lo haya arreglado, intentaré hacer algo para sacar el culo de este maldito lugar, Annie. Ya me estoy cansando un poco de tu hospitalidad.»

Consiguió sonreír.

—Creo que debe de haber unos diecisiete centavos en la mesita de noche —dijo.

10

Annie Wilkes tenía sus propias normas. A su manera, era muy escrupulosa. Le había obligado a beber agua de un cubo, había retenido su medicina hasta verlo en la agonía; le había hecho quemar la única copia de su última novela, lo había esposado y le había metido en la boca un trapo que apestaba a limpiamuebles; pero no era capaz de coger el dinero de su cartera. Así que se la trajo; era una vieja Lord Buxton gastada que tenía desde los tiempos de la universidad, y se la puso en las manos.

Con los documentos de identificación no había tenido escrúpulos. No le preguntó dónde estaban. Le pareció más prudente no hacerlo.

Sin embargo, no faltaba ni un solo penique de su dinero, casi todo en billetes de cincuenta, nuevos y crujientes. Con una claridad sorprendente y siniestra al mismo tiempo, se vio llegando en el Camaro a la ventanilla del autobanco del Boulder Bank el día antes de terminar *Automóviles veloces* y entregando el talón

al portador de cuatrocientos cincuenta dólares. Le pareció probable que ya en aquel momento los chicos del taller de su subconsciente estuviesen planeando vacaciones. El hombre que había hecho todo aquello era libre, se sentía bien y no había sido capaz de apreciar todas esas cosas estupendas. El hombre que había hecho todo aquello lanzó una mirada vivaz e interesada a la cajera, que era alta y rubia, y llevaba un vestido violeta que envolvía sus curvas como las manos de un amante. Ella le devolvió la mirada… ¿Qué pensaría, se preguntaba, del hombre en el que se había convertido, con veinte kilos de menos, diez años más viejo y las piernas reducidas a un par de horrores inútiles?

—¿Paul?

Levantó los ojos con el dinero en las manos. Ciento veinte dólares en total.

—¿Sí?

Ella le miraba con esa expresión de ternura y amor maternal, tan desconcertante por la oscuridad sólida y absoluta que ocultaba en su fondo.

—¿Está llorando, Paul?

Se limpió la mejilla con la mano libre y comprobó que estaba húmeda. Sonrió y le entregó el dinero.

—Un poco. Estaba pensando en lo bien que se ha portado conmigo. Supongo que mucha gente no lo comprendería…, pero yo sí.

Los ojos de Annie brillaron cuando se inclinó y le rozó suavemente los labios. Olió algo en su aliento, algo procedente de las cámaras oscuras y agrias de su interior, algo que olía a pescado muerto. Era mil veces peor que el olor y el gusto del trapo. Le devolvió el recuerdo de su respiración agria («¡Respire, maldición, respire!») cuando bajaba por su garganta como un viento sucio e infernal. El estómago se le contrajo, pero pudo sonreír.

—Le amo, querido —dijo.

—¿Podría ponerme en la silla antes de marcharse? Quiero escribir.

—Por supuesto.

11

Su ternura no llegó al punto de dejar abierta la puerta de la habitación; pero eso no suponía problema alguno. Ahora ya no estaba poseído por el dolor y por los síntomas de la abstinencia. Había recogido cuatro horquillas con la persistencia con que una ardilla recoge las nueces para el invierno y las había ocultado bajo el colchón con las cápsulas.

Cuando estuvo seguro de que ella se había marchado, de que no estaba dando vueltas por ahí para ver si lo atrapaba haciendo «cochicosas» (otro barbarismo para engrosar su creciente léxico), dirigió la silla de ruedas hacia la cama y cogió las horquillas, la caja de pañuelos Kleenex y la jarra de agua de la mesita de noche.

No resultó demasiado difícil mover la silla de ruedas con la tabla encima; había fortalecido bastante los brazos. A ella le sorprendería comprobar lo fuertes que estaban y esperaba sinceramente poder sorprenderla muy pronto. Sí, deseaba sorprenderla de verdad…

La razón principal era la Royal. Como máquina de escribir, era un desastre, pero como aparato de ejercicio resultaba estupenda. Había empezado a levantarla como una pesa cada vez que se encontraba solo en la habitación, aprisionado tras ella. Al principio, no pudo pasar de cinco o seis levantamientos de unos quince centímetros. Ahora podía hacer dieciocho o veinte sin descansar. No estaba mal, teniendo en cuenta que la maldita máquina pesaba unos veinte kilos.

Manipuló la cerradura con una de las horquillas, conservando dos recambios entre los dientes como una costurera marcando un dobladillo con alfileres.

Pensó que el trozo de horquilla que estaba dentro de la cerradura podría

echar a perder la cosa; pero no fue así. Acertó con el rodete y lo levantó arrastrando la lengüeta con él. Se detuvo un momento preguntándose si ella habría puesto un cerrojo al otro lado. Aunque había tratado de parecer más débil y enfermo de lo que estaba, las sospechas del paranoico penetran muy hondo y se extienden muy lejos. De pronto, la puerta se abrió.

Sintió la misma sensación nerviosa de culpabilidad, el apremio de actuar con suma rapidez. Se preparó para escuchar el motor de la vieja Bessie cuando volviera, aunque sólo hacia cuarenta y cinco minutos que se había marchado. Sacó un montón de pañuelos, los empapó en la jarra y se inclinó torpemente con la masa mojada en la mano. Apretando los dientes e ignorando el dolor, empezó a frotar la marca en el lado derecho de la puerta.

Para su consuelo, comenzó a desaparecer casi de inmediato. Las ruedas no habían llegado a rayar la pintura, como él había temido; sólo la habían rozado.

Retrocedió, giró la silla y volvió hacia adelante para poder limpiar la otra marca. Cuando hizo todo lo que podía, volvió a retroceder y miró la puerta tratando de verla a través de los ojos exquisitamente suspicaces de Annie. Las marcas seguían allí, pero muy débiles, casi imperceptibles. Pensó que no ocurriría nada.

—Rayos y centellas —dijo, se humedeció los labios y rió secamente—. ¡Es sensacional, señoras y señores!

Volvió a acercarse a la puerta y echó una mirada al pasillo; pero ahora que las marcas habían desaparecido, no sintió la necesidad de aventurarse más lejos ni de correr más riesgos, por el momento. Lo intentaría otro día. Cuando se presentara la ocasión oportuna, sabría distinguirla.

Cerró la puerta y el sonido le pareció muy fuerte.

«No debes llorar por ese pájaro exótico, Paulie, porque pasado un tiempo olvidó el olor de la selva a mediodía, los sonidos de los ñus en los charcos y el intenso olor ácido de los árboles ieka-ieka en el gran claro al norte de la Carretera Grande —advirtió una voz interior—. Al cabo de un tiempo, olvidó el color rojizo del sol muriendo tras el Kilimanjaro. Al cabo de un tiempo, sólo reconocía los ocasos fangosos y contaminados de Boston, eso era todo lo que recordaba y todo cuanto quería recordar. Tras mucho tiempo, ya no quería volver y si alguien lo devolviese a su continente y lo dejase en libertad, sólo sería capaz de encogerse en un rincón aterrorizado, dolorido, y desorientado hasta que algo

llegase y acabase con él.»

—África, menuda mierda —dijo con voz temblorosa.

Llorando, impulsó la silla hasta la papelera y enterró la pelota de pañuelos Kleenex bajo los papeles. Volvió a poner la silla en su lugar bajo la ventana y metió un papel en la Royal.

«Y por cierto, Paulie —prosiguió la voz—, ¿habrá asomado ya el parachoques de tu coche por la nieve? ¿Estará ya brillando al sol, esperando que alguien pase y lo vea mientras tú permaneces aquí sentado, desperdiciando lo que puede ser tu última oportunidad?»

Miró la hoja de papel en blanco y pensó:

«No seré capaz de escribir ahora. Eso lo estropeó.»

Pero en el fondo, nunca nada había logrado estropearlo. Podía estropearse, por supuesto; pero a pesar de la supuesta fragilidad del acto creativo, siempre había sido lo más fuerte, lo más perdurable. En su vida, nada había conseguido contaminar el pozo loco de sus sueños: ni la bebida, ni las drogas, ni el dolor. Escapó hacia ese pozo como un animal sediento que encuentra un charco al atardecer y bebió de él, lo que significa que encontró un agujero en el papel y se lanzó a su interior, agradecido. Cuando Annie regresó, a las cinco menos cuarto, había escrito casi cinco páginas.

12

Durante las tres semanas siguientes, Paul Sheldon se sintió rodeado de una extraña paz excitante. Tenía la boca siempre seca. Los sonidos le parecían demasiado fuertes. Unos días se sentía capaz de doblar cucharas sólo con mirarlas. Otros, tenía ganas de estallar en un llanto histérico.

Aparte de todo esto, al margen de la atmósfera y del picor profundo y

enloquecedor de las piernas, que cada día tenían mejor aspecto, el trabajo continuaba con una serenidad propia. El montón de papeles al lado derecho de la Royal crecía constantemente. Antes de esa extraña experiencia, su rendimiento óptimo había sido de cuatro páginas diarias. En *Automóviles veloces*, tres; muchos días sólo dos, sobre todo, antes de terminar. Pero durante este tenso período, que llegó a su fin con la tormenta del 15 de abril, Paul produjo una media de doce páginas diarias, siete por la mañana y cinco más por la tarde. Si alguien en su vida anterior, así pensaba en ella sin darse cuenta, le hubiese sugerido que podía trabajar a ese ritmo, se habría reído. Cuando empezó a caer la lluvia ese día, tenía ochocientas sesenta y siete páginas en borrador de *El retorno de Misery;* pero después de revisarlo, le pareció demasiado bueno para ser un borrador.

La razón, en parte, se debía a la vida estrictamente ordenada que estaba llevando. No había largas noches pululando de bar en bar, seguidas de largos días tomando café y zumo de naranja y engullendo tabletas de vitamina B, días en los que, si sus ojos topaban por casualidad con la máquina de escribir, volvía la cara estremeciéndose. Ya no despertaba junto a una impresionante rubia o una despampanante pelirroja «pescada» la noche anterior en cualquier parte, una chica que por lo general parecía una reina a medianoche y un trasgo a las diez de la mañana del día siguiente. Ya no había cigarrillos. Una vez los había pedido tímidamente, pero ella le había lanzado una mirada inquisitoria tan absoluta que se apresuró a decir que lo olvidara. Ahora era Míster Limpio. Ya no tenía vicios, exceptuando la codeína, por supuesto, «todavía no has hecho nada sobre el asunto, ¿no es cierto, Paul?». Ya no tenía distracciones. «Aquí estoy —pensó una vez—, el único drogadicto monástico del mundo.» Se levantaba a las siete. Ingería dos Novril con zumo de naranja. A las ocho llegaba el desayuno, servido a *monsieur* en la cama. Un solo huevo, pasado por agua o revuelto, tres veces por semana. Los otros cuatro días, cereales con mucha fibra. Luego a la silla de ruedas. De allí a la ventana, a encontrar el agujero en el papel, a caer en el siglo diecinueve, cuando los hombres eran hombres y las mujeres llevaban polisón. Después, la comida. A continuación, la siesta. Otra vez a levantarse. A veces hacía correcciones, otras, sólo leía. Annie tenía todo lo que Somerset Maugham había escrito; una vez se sorprendió pensando en si tendría la primera novela de John Fowles y decidió que era mejor no preguntárselo. Empezó a leer los

veintitantos volúmenes que componían su obra completa, fascinado por la astucia con que el hombre captaba los valores del relato. A través de los años, se había ido resignando al hecho de que ya no podía leer historias como cuando era niño. Al escribirlas él mismo se había condenado a su trabajo de disección. Pero Maugham primero lo sedujo y luego lo devolvió a la infancia, y eso era maravilloso. A las cinco, ella le servía una cena ligera y veían *M*A*S*H* y *WKRP en Cincinnati.* Cuando terminaban, Paul escribía. Luego impulsaba la silla lentamente hasta la cama. Podía ir más deprisa, pero era mejor que Annie no lo supiera. Ella le oía, entraba y le ayudaba a acostarse. Más medicina y… se acabó…, apagado como una luz. Al día siguiente, lo mismo. Y al otro…

Pero vivir con la rectitud de una flecha era sólo una parte de la razón que explicaba aquella fecundidad sorprendente. Annie era la otra y mucho más importante. Después de todo, había sido su vacilante sugerencia sobre la picadura de abeja lo que había dado forma al libro, causándole aquel apremio cuando creía que Misery había muerto para siempre.

De una cosa estuvo seguro desde el primer momento: *El retorno de Misery* no existía. Había centrado su atención sólo en encontrar la manera de sacar a aquella perra de su tumba sin hacer trampas, antes de que Annie decidiese «inspirarle» clavando un montón de cuchillos Gin— su en su cuello. Otros asuntos menos importantes, por ejemplo, el argumento del puñetero libro, tendrían que esperar.

Durante los dos días siguientes al viaje de Annie a la ciudad para pagar sus impuestos, Paul trató de olvidar que había desaprovechado lo que podía ser su oportunidad dorada de escapar, concentrándose en llevar a Misery a la casa de la señora Ramage. No podía llevarla a la de Geoffrey. Los sirvientes, en particular Tyler, el mayordomo entrometido, podrían verla y hablar. También tenía que establecer la amnesia total causada por el *shock* de haber sido enterrada viva. ¿Amnesia? Y una mierda. La chica apenas podía hablar, lo que no dejaba de ser un consuelo, considerando su parloteo habitual.

Y después, ¿qué? La perra había salido de su tumba. ¿Cómo seguía ahora la maldita historia? ¿Debían Geoffrey y la señora Ramage decirle a Ian que Misery aún vivía? Le parecía que no, pero no estaba seguro. Sabía muy bien que no estar seguro de las cosas, dudar de ellas, era un rincón del purgatorio reservado a los escritores que iban a toda marcha sin tener ni idea de a dónde se dirigían.

«Ian, no —pensó mirando al establo—. Ian, no; aún no. Primero, el médico. Ese imbécil con el nombre lleno de enes. Shinebone.»

Al pensar en el doctor se acordó del comentario de Annie sobre las picaduras de abeja. Volvía a su mente de vez en cuando. «Una persona de cada doce…»

No serviría. ¿Dos mujeres sin relación alguna en pueblos vecinos, ambas con la misma extraña alergia a las picaduras?

Tres días después del Gran Rescate Tributario de Annie Wilkes, Paul se estaba perdiendo en el sueño de la siesta cuando los chicos del taller de su subconsciente intervinieron echando el resto. Esta vez no fue una llama, fue la explosión de una bomba atómica.

Se sentó en la cama de un salto sin hacer caso de la descarga de dolor que recorrió sus piernas.

—¡Annie! —gritó—. ¡Annie, venga aquí!

La oyó trotar escaleras abajo saltando los escalones de dos en dos y correr luego por el pasillo. Cuando entró, tenía los ojos muy abiertos y llenos de miedo.

—Paul, ¿qué pasa? ¿Tiene calambres? ¿Tiene…?

—No —le dijo, porque lo que temblaba era su mente—.

No, Annie, siento haberla asustado, pero tiene que sentarme en la silla. ¡La gran follada! ¡Lo tengo!

La horrible palabra salió antes de que pudiese evitarlo, pero pareció no importar en absoluto. La mujer lo estaba mirando con respeto y asombro. Ante ella se encontraba la versión laica del fuego de Pentecostés ardiendo ante sus propios ojos.

—Desde luego, Paul.

Lo acomodó en la silla con la mayor rapidez que pudo. Lo llevó hasta la ventana y Paul meneó la cabeza con impaciencia.

—No tardaré mucho, pero es importante.

—¿Se trata del libro?

—*Es* el libro. Calle. Por favor, no diga nada.

Dejando de lado la máquina de escribir, nunca la utilizaba para tomar notas, cogió un bolígrafo y llenó rápidamente un papel con unos garabatos que probablemente nadie más que él podría descifrar:

«Había una relación entre ellas. Eran abejas y las afectó a las dos de la misma manera porque había una relación entre ellas. Misery es huérfana…¡y

adivina! ¡Evelyn— Hyde era la hermana de Misery! O tal vez su hermanastra. Eso quizá estaría mejor. ¿Quién es el primero en imaginárselo? ¿Shinny? No, Shinny es idiota. La señora R. Puede ir a ver a Charl, la mamá de E-H y…»

De pronto, le sobrevino una idea de una belleza tan intensa que levantó la vista y se quedó mirando al vacío con la boca abierta y los ojos de par en par.

—¿Paul? —dijo Annie, asustada.

—Ella lo *sabía* —murmuró Paul—. *Claro* que lo sabía. Al menos lo sospechaba. Pero…

Volvió otra vez a sus notas.

«Ella, la señora R., se da cuenta enseguida de que la señora E-H tiene que saber que M. tiene parentesco con su hi. El mismo cabello o algo así. Recuerda que la madre de E-H empieza a perfilarse como personaje imp. Tendrás que trabajarla. R. empieza a darse cuenta de que la señora E-H ¡ ¡TAL VEZ HASTA SABÍA QUE A MISERY LA HABÍAN ENTERRADO VIVA!! ¡¡MIERDA ENLATADA!! ¡ME ENCANTA! Supón que la vieja imaginaba que Misery era un residuo de sus días de fóllalos-y-déjalos y…»

Dejó la pluma, miró el papel, volvió a coger la pluma lentamente y garabateó unas cuantas líneas más.

«Tres puntos necesarios.

»1. ¿Cómo reacciona la señora E-H ante las sospechas de la señora R.? Tiene que sentir una rabia homicida, o estar cagándose de miedo. Prefiero el miedo, pero creo que A.W. preferiría el homicidio, así que *O.K.* hom…

»2. ¿Cómo meto a Ian aquí?

»3. ¿La amnesia de Misery?

»Ah, y aquí hay algo más. ¿Se entera Misery de que su mamita prefería vivir con la posibilidad de que hubiesen enterrado vivas a sus dos hijas antes que decir la verdad?

»¿Por qué no?»

—Ahora puede meterme en la cama, si quiere —dijo Paul—. Si le parece que estoy loco, lo siento. Sólo estaba emocionado.

—Está bien, Paul. —Aún parecía asombrada.

A partir de aquel momento el trabajo fue muy bien. Annie tenía razón, la historia era más espeluznante que los otros libros de Misery. El primer capítulo no había sido una casualidad, sino un presagio. Pero también tenía un argumento

más rico que cualquiera de las otras novelas, a excepción de la primera, y los personajes eran mucho más vitales. Las tres últimas eran poco más que simples historias de aventuras con una generosa cantidad de sexo en descripciones picantes para complacer a las lectoras. Empezaba a comprender que ese libro era una novela gótica y que, por lo tanto, dependía más del argumento que de la situación. Los retos eran constantes. Ya no se trataba sólo de «¿Puedes?» para empezar el libro. Por primera vez en muchos años, escuchaba aquella pregunta casi cada día y… estaba descubriendo *que podía*.

Luego llegaron las lluvias y las cosas cambiaron.

13

Del 8 al 14 de abril disfrutaron de una racha de buen tiempo sin interrupción. El sol brillaba en un cielo sin nubes y la temperatura subió a veces hasta los quince grados. Tras el pulcro establo de Annie, empezaron a aparecer parches marrones en el campo. Paul se sumergió en su trabajo y trató de no pensar en el coche. Ya tenían que haberlo descubierto. El trabajo no se resintió, pero su ánimo sí. Se sentía como si estuviese viviendo en una cámara de nubes respirando una atmósfera cargada de electricidad. Cada vez que el Camaro irrumpía en su mente, llamaba de inmediato a la Policía Cerebral y hacía que se llevaran el pensamiento esposado y con grilletes. El problema era que aquel incordio siempre se las apañaba para escapar y volvía una y otra vez.

Una noche soñó que el señor Rancho Grande regresaba a la casa de Annie y salía de su Chevrolet Bel Air con un trozo del parachoques del Camaro en una mano y el volante en la otra. «¿Es esto suyo?», le preguntaba a Annie en el sueño.

Paul había despertado en un estado de ánimo que distaba mucho de ser

alegre.

Por otro lado, Annie nunca había estado de mejor humor que durante aquella semana soleada de principios de la primavera. Limpiaba y preparaba platos de grandes pretensiones; aunque todo lo que guisaba tenía un gusto extrañamente industrial, como si después de muchos años de comer en cafeterías de hospitales se le hubiese atrofiado el talento culinario que pudo haber tenido alguna vez. Cada tarde, envolvía a Paul en una enorme manta azul, le encasquetaba una gorra de caza verde y lo transportaba al porche trasero.

En aquellas ocasiones, se llevaba una de las obras de Maugham; pero casi nunca la leía. La experiencia de estar al aire libre era tan intensa, que no le permitía concentrarse. Pasaba casi todo el tiempo oliendo el aire dulce y fresco, en lugar de aquel olor estancado de su habitación lleno de connotaciones morbosas, escuchando el goteo de los carámbanos y contemplando las sombras de las nubes rodando sobre la nieve que se iba derritiendo. Y eso era lo mejor, por supuesto.

Annie cantaba con su voz bien timbrada, aunque desentonando de un modo extraño. Reía como una chiquilla de los chistes de *M*A*S''H* y de *WKRP,* sobre todo de los que eran un poco subidos de tono —en el caso de *WKRP,* casi todos —. Se dedicaba a escribir las letras que faltaban, mientras Paul terminaba los capítulos noveno y décimo.

La mañana del 15 amaneció ventosa y nublada, y Annie cambió. Paul pensó que tal vez se debía al descenso del barómetro, pero era una explicación como cualquier otra.

No apareció con su medicina hasta las nueve de la mañana y a esa hora él la necesitaba de tal forma que había pensado en recurrir a sus reservas. No hubo desayuno, sólo las cápsulas. Cuando entró, Annie todavía llevaba su bata rosa acolchada. Con creciente recelo, notó que en sus brazos y en sus mejillas había unas marcas rojas. Vio también en su bata salpicaduras viscosas de comida y sólo llevaba puesta una zapatilla. Sus pasos sonaban irregularmente al acercarse. El cabello caía sobre su cara. Sus ojos tenían una expresión distraída.

—Tenga —le tiró las cápsulas.

También las manos estaban manchadas de una sustancia marrón y blanca, pegajosa. Paul no tenía la menor idea de lo que ocurría y no estaba seguro de querer saberlo. Las cápsulas rebotaron en su pecho y cayeron en las piernas. Ella

se volvió hacia la puerta.

—Annie…

Se detuvo, pero no se giró. De espaldas, parecía más grande, con los hombros embutiendo la bata rosa y el cabello como un casco maltrecho. Daba la impresión de ser una mujer de Piltdown atisbando desde su caverna.

—Annie, *¿se* encuentra bien?

—No —le respondió indiferente, y se volvió.

Se quedó mirándolo con la misma expresión estúpida mientras se pellizcaba el labio inferior con el dedo índice y pulgar de la mano derecha. Lo estiró y lo retorció apretándolo hacia adentro al mismo tiempo. La sangre manó de la encía y el labio y luego bajó por la barbilla. Volvió a girarse y se marchó sin decir una palabra, antes de que él pudiera convencerse de lo que había visto. Cerró la puerta… y echó la llave. Oyó sus torpes pisadas por el pasillo hasta la sala. Escuchó el crujido de su butaca favorita al sentarse. Nada más… Ni televisión, ni canturreos, ni rumor de cacharros. Nada, seguía sentada sintiéndose mal.

Entonces sonó un ruido. No se repitió, pero era perfectamente identificable: una bofetada. Y puesto que él estaba al otro lado de una puerta cerrada con llave, no había que ser Sherlock Holmes para deducir que se había abofeteado a sí misma. La imaginó estirarse el labio, hincar sus uñas cortas en la carne rosa y sensible.

De pronto recordó una nota sobre patología mental que había tomado para el primer libro de Misery, pues gran parte de la acción se desarrollaba en el hospital Bedlam, de Londres. La villana de la obra, enloquecida de celos, había metido allí a Misery: «Cuando una personalidad psicótica empieza a caer en un período depresivo —había escrito—, uno de los síntomas que exhibe es el autocastigo; se abofetea, se golpea, se pellizca, se quema con cigarrillos…»

De repente sintió mucho miedo.

14

Paul recordó un ensayo de Edmund Wilson en el que decía, con su habitual maldad, que el criterio de Wordsworth para escribir buena poesía, «una fuerte emoción evocada en un momento de serenidad», podía aplicarse a la mayoría de las obras de ficción dramática. Probablemente era cierto. Paul había conocido escritores que no podían producir tras un incidente tan nimio como una leve disputa conyugal, y a él mismo le resultaba imposible trabajar cuando estaba alterado. Pero a veces se producía una especie de efecto contrario y en esos momentos se había puesto a escribir, no porque tuviese que hacerlo, sino porque era una forma de escapar de los problemas. En esas ocasiones, solía estar fuera de su alcance remediar el motivo de su alteración.

Éste era uno de esos instantes. Cuando a las once de la mañana, Annie no había vuelto aún para sentarlo en la silla, decidió hacerlo él mismo. Excedía a sus fuerzas coger la máquina de la repisa, pero podía escribir a mano. Estaba seguro de que podía sentarse en la silla de ruedas y de que no convenía que Annie se enterase, pero necesitaba otra dosis y no podía escribir sentado en la cama.

Se acercó con dificultad al borde, se aseguró de que la silla tuviese puesto el freno, se apoyó en los brazos y empujó despacio hacia el asiento. La única parte dolorosa del proceso fue poner los pies en los soportes. Impulsó el artefacto hasta la ventana y cogió el manuscrito.

La llave crujió en la cerradura. Annie lo miró. Sus ojos encendidos eran como pozos oscuros. Su mejilla derecha palpitaba y por el aspecto que tenía, podía adivinarse el cardenal con que despertaría al día siguiente. Alrededor de la boca y en la barbilla, había una sustancia roja. Paul pensó por un momento que era sangre, pero luego vio que era mermelada de frambuesa. Ella lo contempló con fijeza. Él le devolvió la mirada. Durante un rato, ninguno de los dos habló. Fuera, las primeras gotas de lluvia chocaron contra la ventana.

—Si puede sentarse en la silla usted mismo, Paul —dijo al fin—, creo que también puede completar su manuscrito con esas jodidas enes.

Luego volvió a cerrar la puerta con llave. Paul siguió mirándola durante largo rato, como si esperase descubrir algo. Estaba demasiado perplejo para hacer otra cosa.

15

No volvió a verla hasta última hora de la tarde. Le fue imposible trabajar después de su visita. Hizo un par de intentos inútiles y se rindió. Se había estropeado el día. Atravesó la habitación. Mientras intentaba meterse en la cama resbaló y estuvo a punto de caer. La pierna izquierda aguantó su peso e impidió la caída, pero sintió un dolor insoportable, como si de repente le hubiesen metido veinte tornillos en el hueso. Gritó, asió la cabecera y consiguió auparse hasta la cama arrastrando la pierna palpitante.

«El grito hará que venga —pensó incoherente—. Querrá saber si Sheldon se ha convertido en Luciano Pavarotti o si sólo es que lo imita.»

Pero Annie no acudió y no había forma de soportar el horrible dolor de la pierna. Se tumbó torpemente boca abajo, metió un brazo bajo el colchón y sacó una de las cajas de Novril. Tragó dos pastillas y durmió un rato.

Cuando volvió en sí, al principio pensó que aún estaba soñando. Era demasiado irreal, como la noche en que Annie trajo la barbacoa. Estaba sentada al lado de la cama y había puesto en la mesita de noche un vaso lleno de cápsulas Novril. En la mano llevaba una ratonera. Era increíble, surrealista… Había una rata atrapada, una rata grande, con la piel jaspeada de gris y marrón. El cepo le había roto la espalda. Las patas traseras colgaban de los lados de la ratonera con sacudidas espasmódicas. Tenía gotas de sangre en el bigote.

No era un sueño. Era sólo otro día con Annie perdido en la casa de los horrores.

Su aliento olía a cadáver descomponiéndose entre comida putrefacta.

—¿Annie?

Se incorporó mientras sus ojos iban de la mujer a la rata. Fuera había caído una oscuridad extraña acompañada de lluvia, que golpeaba la ventana. Violentas ráfagas de viento sacudían la casa haciéndola crujir.

Si por la mañana su estado era crítico ahora, por la noche, parecía muchísimo peor. Comprendió que tenía ante él a la auténtica Annie, la real, desprovista de máscaras. La piel de su cara, que antes le había parecido tan pavorosamente sólida, colgaba ahora como una masa inerte. Sus ojos estaban vacíos. Se había vestido, pero tenía la falda del revés. Tenía más lamparones, más manchas de comida en la ropa. Cuando se movía, emanaba demasiados olores diferentes para

que él pudiese percibirlos. Una manga de su rebeca estaba empapada en una sustancia medio seca que olía a salsa de carne. Levantó la ratonera.

—Entran en el sótano cuando llueve. —La rata chilló débilmente y lanzó un mordisco al aire. Sus ojos negros, infinitamente más vivos que los de su captora, se revolvían—. Les pongo trampas. Tengo que hacerlo. Unto la madera con grasa de cerdo. Siempre cojo ocho o nueve. A veces encuentro otras…

Se interrumpió, perdiéndose en sí misma durante casi tres minutos sosteniendo la rata en el aire. Era sin duda una imagen perfecta y simbólica de la demencia. Paul la miró; luego dirigió la vista a la rata, que chillaba y luchaba, y comprendió que estaba equivocado cuando creyó que las cosas ya no podrían empeorar. «Falso, jodidamente falso», pensó.

Al fin, cuando empezaba a pensar que ella se había perdido para siempre en el mundo del olvido, bajó la ratonera y continuó como si no hubiese dejado de hablar.

—…ahogadas en los rincones. Pobres criaturas…

Dirigió la mirada hacia el roedor y dejó caer una lágrima sobre la piel jaspeada del despanzurrado animal.

—Pobres, pobres criaturas…

La agarró con su fuerte mano y levantó el muelle con la otra. La rata se revolvió torciendo la cabeza para tratar de morderle. Sus chillidos eran agudos y terribles. Paul apretó una mano contra su boca temblorosa.

—Cómo late su corazón. Cómo lucha por escapar. Igual que nosotros, Paul, igual… Creemos que sabemos mucho, pero en realidad no sabemos más que una rata en una trampa, una rata con la espalda rota que aún cree que quiere vivir.

La mano que sujetaba al roedor se convirtió en un puño. Sus ojos no perdían esa cualidad de máscara vacía y distante. Paul quería apartar los suyos, pero no podía.

Se le empezaron a hinchar los tendones del brazo. De la boca de la rata comenzó a manar sangre. Paul oyó cómo crujían los huesos. Sus dedos, gruesos como almohadillas, se hundieron en el cuerpo de su presa desapareciendo hasta la primera falange. La sangre salpicó el suelo. Los ojos apagados del bicho, saltaron. Tiró el cuerpo a un rincón y, con aire distraído, se limpió las manos en la sábana, dejando largas manchas rojas.

—Ahora descansa en paz. —Se encogió de hombros y rió—. Iré a buscar mi

arma, Paul, ¿quiere? Tal vez el otro mundo es mejor que éste, para las ratas y para las personas y no es que haya gran diferencia entre unas y otras.

—Hasta que termine, no —dijo, tratando de articular cada palabra cuidadosamente.

Era difícil, porque tenía la impresión de que le hubiesen puesto una inyección de novocaína en la boca. La había visto deprimida, pero nunca de aquella forma. Se preguntaba si era la primera vez que alcanzaba aquel estado, el propio de los depresivos antes de disparar contra los miembros de la familia y, por último, contra sí mismos. Era la desesperación psicótica de la mujer que viste a sus hijos con sus mejores ropas, los lleva a tomar helados y luego se dirige al puente más cercano, coge a uno en cada brazo y se tira con ellos al vacío. Los depresivos se suicidan. Los psicóticos, mecidos en la cuna venenosa de su propio ego, quieren hacer el favor a todos los que les rodean de llevárselos con ellos.

«Estoy más cerca de la muerte que nunca en mi vida —pensó—, porque lo dice en serio. La muy zorra lo dice en serio.»

—¿Misery? —preguntó como si fuese la primera vez que pronunciaba la palabra, pero sus ojos se habían encendido con un brillo fugaz.

»Misery… —Pensó desesperadamente en la forma de continuar, pues cualquier posible acercamiento parecía minado—. Estoy de acuerdo en que el mundo es un lugar de mierda la mayor parte del tiempo —dijo, y agregó estúpidamente—: Sobre todo, cuando llueve. —«¡Idiota!, déjate de cháchara», pensó— Quiero decir que, durante estas últimas semanas he sufrido mucho dolor y…

—¿Dolor? —Lo miró con un desprecio melancólico y oscuro—. Usted no sabe lo que es el dolor, no tiene la menor idea, Paul.

—No… supongo que no. Comparado con el suyo, no.

—Eso es.

—Pero quiero terminar este libro. Quiero saber cómo acaba todo. —Hizo una pausa—. Y me gustaría que usted resistiese también para verlo. ¿Para qué escribir un libro si no hay nadie que lo lea? ¿Me entiende?

Con el corazón palpitando en su pecho miró fijamente aquella terrible cara de piedra.

—Annie, ¿me entiende?

—Sí —suspiró—. Y yo quiero saber cómo sale. Es lo único en el mundo que aún deseo, supongo. —Lentamente, sin darse cuenta de lo que estaba haciendo, empezó a lamer la sangre de la rata que tenía en los dedos; Paul apretó los dientes y se dijo con toda firmeza que no vomitaría— Es como esperar el final de uno de aquellos seriales.

De repente miró alrededor. La sangre parecía carmín en sus labios.

—Déjeme la oportunidad otra vez, Paul. Puedo buscar mi arma. Puedo hacer que todo esto termine para los dos. Usted no es estúpido. Sabe que no puedo dejarle salir de aquí. Hace tiempo que lo sabe, ¿no es cierto?

«No dejes que tus ojos vacilen —se propuso—. Si ella te ve vacilar, te matará ahora mismo.»

—Sí, pero siempre hay un final. ¿No es cierto, Annie? Al final todos la diñamos.

Una fantasmal sonrisa apareció en la comisura de sus labios. Le tocó la cara levemente, con cierto afecto.

—Supongo que a veces piensa en la huida. También lo hace la rata, estoy segura. Pero no va a escapar, Paul. Tal vez podría, si éste fuese uno de sus relatos. Y no lo es. No puedo dejarle aquí… pero podría irme con usted.

De pronto, por un solo instante, pensó en responder: «Está bien, Annie, hágalo. Acabemos de una vez con todo esto.» Pero su necesidad y su deseo de vivir (aún le quedaba mucho de ambas cosas) se alzaron ahuyentando aquella debilidad momentánea. Eso era debilidad, debilidad y cobardía. Afortunada o desafortunadamente, él no podía ampararse en la excusa de una enfermedad mental.

—Gracias —le dijo—; pero quiero terminar lo que he empezado.

Ella suspiró y se levantó.

—Está bien. Sabía lo que iba a responder porque, como ve, le traje algunas cápsulas, aunque no recuerdo haberlo hecho. —Volvió a esbozar una sonrisa corta y demente que pareció salir de aquella cara inmóvil como por arte de un ventrílocuo—. Tengo que ausentarme durante un tiempo. Si no lo hago, no importará lo que queramos ni usted ni yo. Porque hago cosas… Tengo un lugar al que acudo cuando me siento así. Un lugar en las montañas. ¿Ha leído los cuentos del tío Remus, Paul?

Asintió.

—¿Recuerda que Brer Conejo le explicaba a Brer Zorra lo de su Casa de la Risa?

—Lo recuerdo.

—Así llamo yo a mi lugar en las montañas. Mi Lugar de la Risa. ¿Recuerda que le dije que venía de Sidewinder cuando lo encontré?

Asintió.

—Bueno, era una mentirilla. Mentí, porque entonces aún no le conocía bien. Realmente volvía de mi Lugar de la Risa. Tiene un letrero sobre la puerta que dice: Casa de la Risa de Annie. Algunas veces sí que me río cuando voy allá arriba. Pero lo que suelo hacer es gritar.

—¿Cuánto tiempo estará fuera, Annie?

Ella se alejaba hacia la puerta como flotando en un sueño.

—No puedo decirlo. Le he traído sus cápsulas. No le pasará nada. Tómese dos cada seis horas o seis cada cuatro horas. O todas a la vez.

«¿Y qué voy a comer? —estuvo a punto de preguntar, pero no lo hizo. No deseaba volver a llamar su atención en absoluto. Quería que se fuera. Estar allí con ella era como estar con el Ángel de la Muerte.

Se quedó tenso en la cama durante mucho rato escuchando sus movimientos, primero arriba, luego en la escalera, después en la cocina. Temía de veras que cambiase de opinión y entrara con un arma. Ni siquiera se relajó cuando oyó una puerta que se cerraba, una llave y sus pasos chapoteando en el exterior. El arma podía estar en el Cherokee.

El motor de la vieja *Bessie* zumbó y se encendió. Annie arrancó con furia. Un abanico de luces se aproximó iluminando una brillante cortina de lluvia. Las luces empezaron a ausentarse por el camino, bailaron alrededor, se fueron apagando y Annie ya no estaba. Esta vez no se dirigía colina abajo hacia Sidewinder, sino arriba, hacia la montaña.

—Se va a su Casa de la Risa —gruñó Paul, y también empezó a reír.

Ella tenía una; él ya estaba en la suya. La tromba salvaje de carcajadas terminó cuando sus ojos toparon con el cuerpo destrozado de la rata en el rincón.

Un pensamiento lo golpeó.

—¿Quién ha dicho que no ha dejado nada para comer? —preguntó en voz alta, y rió aún más fuerte.

Las carcajadas de Paul Sheldon sonaban en su Casa de la Risa como en la

celda acolchada de un loco.

16

Dos horas más tarde, Paul volvió a forzar la cerradura de la habitación y por segunda vez hizo pasar la silla de ruedas a través del estrecho hueco de la puerta. Esperaba que fuese la última. Tenía un par de mantas encima de las piernas. Todas las cápsulas que había podido coger estaban envueltas en pañuelos Kleenex y metidas en sus calzoncillos bajo el colchón. Tenía intención de salir de allí, si podía, con lluvia o sin ella. Era su única oportunidad, y esta vez pensaba aprovecharla. Sidewinder estaba colina abajo, la carretera se hallaría resbaladiza y todo estaba tan oscuro como el pozo de una mina; pero pensaba intentarlo de todos modos. No había llevado la vida de un héroe ni la de un santo, pero no tenía intención de morir como un pájaro en un zoológico.

Recordaba vagamente una noche que había pasado bebiendo whisky con un melancólico dramaturgo llamado Bernstein en el Lions Head del Village. Y si vivía para poder volver al Village, caería sobre lo que quedase de sus rodillas y besaría la acera sucia de la calle Christopher. En algún momento, la conversación se había desviado hacia los judíos de Alemania durante los inciertos cuatro o cinco años antes de que la Wehrmacht asolara Polonia. Paul recordaba haber dicho a Bernstein, que había perdido a una tía y a su abuelo en el Holocausto, que no podía comprender por qué los judíos de Alemania —¡maldita sea!, los de toda Europa, pero sobre todo los de Alemania— no se habían largado de allí mientras aún estaban a tiempo. En términos generales, no eran estúpidos y muchos tenían experiencia propia en persecuciones semejantes. Seguramente sabían lo que se avecinaba. Así pues, ¿por qué se quedaron?

La respuesta de Bernstein le había parecido frivola, cruel e incomprensible: «La mayoría tenía un piano. Los judíos tenemos debilidad por los pianos.

Cuando se tiene un piano es más difícil decidir mudarse.»

Ahora lo comprendía. Sí… Al principio fueron sus piernas rotas y su pelvis destrozada. Luego, el libro. De una manera disparatada, hasta lo estaba pasando bien con él. Sería fácil, incluso demasiado, echar toda la culpa a sus huesos rotos o a la droga cuando, de hecho, la mayor parte la tenía el libro. Eso, y el monótono transcurrir de los días con su patrón sencillo de convaleciente. Pero sobre todo, el estúpido libro, había sido su piano. ¿Qué haría ella cuando volviese de su Casa de la Risa y viera que él se había marchado? ¿Quemar el manuscrito?

—Me importa un comino —dijo, y casi era verdad. Si salía con vida, podría escribir otro libro, hasta reescribir el mismo, si quería. Pero un hombre muerto no podía escribir una novela como no podía comprar un piano nuevo.

Entró en la sala. Antes había estado ordenada, pero ahora había montones de platos sucios en todas las superficies disponibles. Le pareció que una muchedumbre había estado allí. Por lo visto, Annie no sólo se dedicaba a pellizcarse y abofetearse cuando estaba deprimida, también se complacía en beber sin molestarse luego en limpiar lo que había ensuciado. Recordó el aire que había entrado en su garganta mientras estaba inconsciente y sintió que el estómago se le contraía. La mayoría de las sobras eran de alimentos dulces. En muchos de los tazones y platos soperos se secaba el helado. Otros recipientes tenían migas de bizcocho y pasteles. Un montón de gelatina de lima cubierta con una capa agrietada de nata seca descansaba encima del televisor, al lado de una botella de dos litros de Pepsi y una salsera llena. La botella era tan grande como la nariz de un Titán II y tenía la superficie tan sucia que se había vuelto casi opaca. Adivinó que ella habría bebido directamente del gollete y que sus dedos estarían cubiertos de salsa de carne o de helado. No había oído ruido de cubiertos y no era de extrañar, porque allí no se veía ninguno. Fuentes, platos y cuencos, pero ni una cuchara o tenedor. En la alfombra y en el sofá, se estaban secando chorretes y salpicaduras, casi todas de helado.

«Eso fue lo que vi en su bata —pensó—. Lo que estaba comiendo. Y lo que olí en su aliento —pensó—.» Volvió a su mente la imagen de Annie como mujer de Piltdown. La vio allí sentada metiendo helado en su boca o tal vez puñados de salsa de pollo medio congelada, entre tragos de Pepsi, comiendo y bebiendo en un profundo aturdimiento depresivo.

El pingüino sentado en su bloque de hielo aún estaba en la mesita, pero ella había apartado a un rincón muchas de las otras piezas de cerámica, sus restos se hallaban en pequeños cascos y garfios puntiagudos.

Seguía viendo sus dedos hundiéndose en el cuerpo de la rata, las manchas rojas con la misma indiferencia con que debía de haber comido el helado, la gelatina y el brazo de gitano de chocolate relleno de mermelada. Esas imágenes eran horribles, pero constituían un incentivo estupendo para correr.

El ramo de flores secas de la mesita de centro estaba volcado. Bajo la mesa, apenas visible, había un plato con budín de crema y un libro muy grande. «El camino del recuerdo —decía—. Los viajes por el camino del recuerdo nunca son buenos cuando se está deprimido, Annie; pero supongo que a estas alturas de tu vida ya debes de saberlo.»

Atravesó la habitación. La cocina estaba delante. A la derecha, un pasillo, una escalera llevaba al segundo piso. Con un solo vistazo, descubrió que había manchas de helado en algunos de los enmoquetados escalones y en la barandilla. Paul se dirigió a la puerta de entrada. Pensó que, de encontrar un lugar por donde salir estando atado a su silla como estaba, sería la puerta de la cocina, la que Annie utilizaba cuando iba a dar de comer a los animales; la misma por la que salió galopando el día que el señor Rancho Grande apareció; pero debía probar aquella puerta primero. Podría llevarse una sorpresa.

No pasó nada extraño.

La escalera del porche era tan empinada como había temido; pero aunque hubiese habido una rampa para sillas de ruedas, una posibilidad que él jamás habría aceptado en un animado juego de «¿Puedes?», no habría podido utilizarla. La puerta tenía tres cerraduras. Podía habérselas apañado para abrir una de ellas. Las otras dos eran Kreig, las mejores cerraduras del mundo, según su amigo expolicía Tom Tyworfd. Y ¿dónde estaban las llaves? «Mmmm, déjame ver. ¿Tal vez camino de la Casa de la Risa de Annie? ¡Sí señor! ¡Dele al hombre un puro! ¡Y un soplete para que lo encienda!»

Retrocedió por el pasillo tratando de controlar el pánico, repitiéndose que, de todos modos, tampoco había esperado tanto de aquella puerta. Una vez en la sala, giró la silla y entró en la cocina. Era una habitación a la antigua, con el techo de hojalata y linóleo brillante en el suelo. La nevera era vieja, pero silenciosa. Tenía tres o cuatro pega— tinas en la puerta, no era raro que todas

tuvieran forma de dulces: una pastilla de chicle, una barra de chocolate Her—shey, un Tootsie Roll. Uno de los armarios estaba abierto y pudo ver los estantes pulcramente cubiertos con hule. Sobre el fregadero había grandes ventanas que dejarían entrar mucha luz hasta en días nublados. Podía haber sido una cocina alegre, pero no lo era. El cubo de la basura estaba desbordado y emitía el aroma cálido de los alimentos en descomposición. Aquello no era lo único que estaba mal ni el peor de los olores. Había otro insuperable, sobre todo en su mente, pero que no por ello dejaba de ser real. Era *perfume de Wilkes,* el olor psíquico de la obsesión.

Había varias puertas en la habitación, dos a la izquierda y otra frente a él, entre la nevera y la despensa.

Primero fue a las de la izquierda. Una correspondía al armario de la cocina; lo supo antes de ver los abrigos, los sombreros, las bufandas y las botas. El sonido breve de los goznes bastó para que lo imaginara. La otra era la que Annie utilizaba para salir. Y en ella, otras dos cerraduras Kreig. Roydman, fuera. Paul, dentro…

La imaginó riendo.

—¡Puta! —dio un puñetazo a la puerta.

Le dolió y apretó el borde de la mano contra su boca. Odiaba el ardor de las lágrimas, la visión borrosa que le producían cuando parpadeaba, pero no había modo de evitarlo. El pánico volvía a invadirle con fuerza preguntándole qué iba a hacer ahora, porque… ésa podía ser su última oportunidad.

«Lo primero que voy a hacer es revisar la situación —se dijo con severidad —. Si logras controlarte un rato más… ¿Crees que podrás hacerlo, gallina de mierda?»

Se limpió los ojos, con llorar no conseguiría nada, y miró por la ventana que ocupaba la mitad superior de la puerta. En realidad no era una ventana, sino dieciséis paneles. Podría romper cada uno de ellos, pero también tendría que romper los listones y eso, sin un serrucho, podía llevarle horas de trabajo. ¿Y luego qué? ¿Lanzarse al porche trasero de cabeza como un kamikaze? Una gran idea… Tal vez se rompería la espalda y eso haría que olvidase las piernas por un tiempo. Por otro lado, no tardaría mucho en morir de frío bajo aquel aguacero. Así acabaría con aquella podrida situación.

«No hay manera —pensó—. No hay ni una puñetera manera. Puede que

reviente, pero juro por Dios que no lo voy a hacer hasta que pueda demostrar a mi fan número uno lo encantado que estoy de haberla conocido. Y eso no es sólo una promesa, es un voto sagrado.»

La idea de la venganza consiguió calmar su pánico mucho más que todos los reproches. Algo más tranquilo, accionó el interruptor que estaba al lado de la puerta cerrada. Se encendió una luz fuera que le resultó muy útil, porque desde que había salido de su habitación había oscurecido. El camino de Annie estaba inundado y su patio era un cenagal rebosante de agua y de trozos de nieve derritiéndose. Poniendo su silla a la izquierda de la puerta pudo ver, por primera vez, la carretera; aún no le servía de nada. Vio dos carriles de brea entre bancos de nieve, una suelo reluciente como piel de foca cubierto de agua de lluvia y nieve derretida.

«Tal vez cerró las puertas para que los Roydman no entraran porque no tenía necesidad alguna de cerrarlas para que yo no saliera —reflexionó con cierto desespero— Si lo hiciese en esta silla de ruedas, en cinco segundos estaría atascado hasta los cojones. No vas a ninguna parte Paul. Ni esta noche ni en las próximas semanas. La liga de béisbol llevará un mes jugándose antes de que la tierra esté lo bastante firme para que puedas salir a la carretera en esta silla, a menos que quieras estrellarte contra una ventana y salir arrastrándote.»

No, no quería hacer eso. Era demasiado fácil imaginar sus huesos destrozados después de diez o quince minutos retorciéndose a través de charcos helados y nieve blanda, como un renacuajo moribundo. Y aun suponiendo que pudiese llegar a la carretera, ¿qué posibilidades tendría de parar un coche? Los dos únicos que había oído por allí, aparte de la vieja *Bessie*, habían sido el Bel Air de Rancho Grande y el coche que le había dado un susto de muerte pasando por la casa la primera vez que había salido de la habitación.

Apagó la luz y se dirigió a la otra puerta entre la nevera y la despensa. También tenía tres cerraduras y ni siquiera daba al exterior (al menos, no directamente). Había otro interruptor junto a esa puerta. Paul lo encendió y vio un alero que recorría toda la extensión de la casa. En un extremo, había una pila de madera y el tronco para cortarla, con un hacha clavada en medio. En el otro, una mesa de trabajo y herramientas colgando de garfios. Al lado de la infame barbacoa, se apilaban varias bolsas de carbón vegetal. A la izquierda del altar en el que él quemó su sacrificio, se veía otra puerta. La bombilla del exterior no era

muy brillante, pero sí lo suficiente para descubrir otra cerradura y otras dos Greig en aquella puerta.

«Los Roydman…, todo el mundo… contra mí», le recordó su querida Annie.

—No sé si los otros van a por ella —dijo a la cocina vacía—; pero yo desde luego sí.

Dando las puertas por imposibles, se acercó a la alacena. Antes de mirar la comida almacenada en los estantes, se fijó en las cerillas. Había dos cajas de sobres de cerillas y al menos dos docenas de Diamond Blue Tips cuidadosamente apiladas.

Por un momento, pensó en la posibilidad de incendiar aquel lugar, pero empezó a rechazarla como la idea más ridicula que se le había ocurrido hasta entonces y luego vio algo que le hizo reconsiderarla. Había otra puerta, y ésa no tenía cerraduras. La abrió y vio unas escaleras empinadas y desvencijadas inclinándose hasta el sótano. Un olor pérfido a humedad y a vegetales podridos subió de la oscuridad. Oyó silbidos apagados y la recordó diciendo: «Entran en el sótano cuando llueve. Les pongo trampas, tengo que hacerlo.»

Se apresuró a cerrar la puerta de golpe. Una gota de sudor bajó por su sien y corrió hasta el rabillo del ojo derecho, escociéndole. La eliminó con los nudillos. Al saber que la puerta debía de conducir al sótano y ver que no tenía cerraduras, la idea de incendiar el lugar le había parecido racional. Tal vez podría refugiarse allí. Pero las escaleras eran demasiado empinadas. Tenía demasiadas posibilidades de morir carbonizado si la casa en llamas se derrumbaba en el agujero del sótano antes de que los bomberos de Sidewin— der pudiesen llegar, y las ratas de allá abajo… El ruido de las ratas era sin duda lo peor.

«Cómo le late el corazón. Lucha para escapar. Como nosotros, Paul, como nosotros…»

—África —dijo, sin oír lo que decía.

Empezó a mirar las latas y las bolsas de comida de la alacena tratando de determinar qué podría llevarse sin que ella sospechase la próxima vez que estuviese allí. Una parte de él comprendió lo que significaba esa valoración: había renunciado a la idea de escapar.

«Sólo por el momento», protestó su mente confusa.

«No —respondió implacable otra voz más profunda—. Para siempre, Paul, para siempre.»

—Nunca me rendiré —susurró—. ¿Me oyes? Nunca.

«¿No? —murmuró con sarcasmo la voz del cínico— Bueno, ya veremos.»

Sí. Ya se vería.

17

Más que una alacena, aquello parecía el refugio atómico de un obseso. Pensó que toda aquella acumulación de alimentos ponía de relieve la situación real de Annie. Era una mujer sola que vivía aislada de las montañas, donde una persona debía prepararse para ciertos períodos de aislamiento. Tal vez sólo fuera un día; pero también podía ser un par de semanas desconectada del resto del mundo. Probablemente los «joninos» —otro barbarismo de An— nie—, Roydman tenían una alacena que sorprendería al propietario de una casa de cualquier otra parte del país, pero dudaba que los «joninos» Roydman o que cualquier otro habitante de aquellas latitudes tuviese algo aproximado a lo que él acababa de descubrir. Aquello no era una alacena, era un maldito supermercado. Incluso había cierto simbolismo. Las hileras de alimentos sugerían la tenebrosa línea fronteriza entre el Estado Soberano de la Realidad y la República Popular de la Paranoia. En su situación actual, sin embargo, esas sutilezas no parecían dignas de consideración. «¡A la mierda el simbolismo!», pensó. Había que ir por la comida.

Sí, pero con cuidado. No se trataba sólo de lo que ella pudiese echar en falta. No debía llevarse nada más de lo que razonablemente pudiese esconder, porque si llegaba de repente… ¿Y de qué otra manera iba a llegar? El teléfono estaba muerto y dudaba mucho de que Annie le enviase un telegrama o un mensajero con flores. Pero lo que ella pudiese echar de menos allí, o encontrar en su habitación, importaba muy poco. Después de todo, tenía que comer. También estaba «enganchado» a la comida.

Sardinas… Había muchas sardinas en aquellas latas rectangulares con la llave bajo la envoltura. Cogería algunas. Latas de paté… No tenía llave, pero podría abrir un par de ellas en la cocina y comérselas antes. Enterraría las latas vacías en el cubo lleno de basura. Había un paquete abierto de pasas Sun-Maid lleno de las pequeñas cajas que el letrero roto de la envoltura llamaba «mini-snacks». Paul agregó cuatro «mini-snacks» a la creciente pila de su regazo, y otras tantas cajitas individuales de Corn Flakes y de Wheaties. Notó que no había cajas individuales de cereales azucarados. Annie debía de habérselas tragado en su última juerga, si es que las tenía.

En una estantería más alta, halló un montón de Slim Jim{9} tan bien colocados como la leña en el cobertizo de Annie. Cogió cuatro, tratando de no alterar la estructura piramidal del depósito y devoró uno ávidamente, disfrutando del gusto salado de la grasa. Metió la envoltura en el calzoncillo para tirarla luego.

Empezaban a dolerle las piernas. Decidió que si no iba a escapar o a quemar la casa, debía volver a su habitación. Un anticlímax, pero las cosas podían ser peores: ¿Y si tomaba un par de cápsulas y escribía hasta que llegara el sueño? Entonces podría dormir. Dudaba que ella volviese esa noche. En vez de amainar, la tormenta estaba ganando fuerza. La idea de escribir con calma y de dormir, sabiendo que estaba completamente solo, que Annie no entraría en tromba con alguna de sus ideas paranoicas o una exigencia aún más demente, le atraía mucho, fuese o no un anticlímax.

Salió de la alacena deteniéndose a apagar la luz, recordándose que debía poner todo en su sitio mientras se retiraba. Si acababa con la comida antes de que ella regresara, podría volver a buscar más. «Como una rata hambrienta, ¿verdad, Paulie?», sugirió la parte depresiva de su conciencia.

Pero no debía olvidar lo cuidadoso que tenía que ser. Debía tener presente el hecho de que estaba arriesgando la vida cada vez que dejaba su habitación.

18

Mientras atravesaba la sala volvió a llamar su atención el álbum que estaba bajo la mesita de centro. *El camino del recuerdo.* Era tan grande como una obra de Shakespeare en folios y tan grueso como una Biblia familiar.

Poseído por la curiosidad, lo cogió y lo abrió.

En la primera página aparecía un recorte de periódico a una sola columna con el título «Boda Wilkes-Berryman». Había una fotografía de un joven muy delgado y una mujer de ojos oscuros con los labios apretados. Paul llevó su mirada de la fotografía del periódico al cuadro que estaba sobre la repisa. No cabía duda. La mujer identificada en la gacetilla como Crysilda Berryman («ése sí que es un nombre digno de una novela de Misery», pensó) era la madre de Annie. Escrito cuidadosamente con tinta negra bajo el recorte, decía: «*Journal*, de Bakersfield, 30 de mayo de 1938.»

En la segunda página había un anuncio de un nacimiento: «Paul Emery Wilkes, nacido en el Receiving Hospital de Bakersfield, el 12 de mayo de 1939. Padre, Cari Wilkes. Madre, Crysilda Wilkes.» El nombre del hermano de Annie le dio una pista. Debía de ser el que la acompañaba al cine. También se llamaba Paul.

La siguiente página anunciaba el nacimiento de Anne Marie Wilkes el 1 de abril de 1943, lo que significaba que Annie acababa de cumplir cuarenta y cuatro años. A Paul no se le escapó el hecho de que había nacido el día de April Fools{10}.

Fuera, el viento bramaba y la lluvia se estrellaba contra la casa.

Fascinado, momentáneamente libre del dolor, Paul volvió la página.

El siguiente recorte pertenecía a la primera plana del *Journal* de Bakersfield. En la fotografía había un bombero en una escalera sobre un fondo de llamas que salían de las ventanas de un edificio.

> CINCO MUERTOS EN EL INCENDIO DE UN EDIFICIO DE APARTAMENTOS. Cinco personas, cuatro de ellas miembros de una misma familia, murieron en las primeras horas del miércoles víctimas de un grave incendio en una casa de apartamentos de Bakersfield, en Watch Hill Avenue. Tres de los muertos eran niños: Paul Krenmitz, de ocho

años; Frederick Krenmitz, de seis, y Alison Krenmitz, de tres. La cuarta víctima fue el padre, Adrian Krenmitz, de cuarenta y uno. El señor Krenmitz rescató al niño superviviente de la familia, Laurence Krenmitz, de dieciocho meses. Según la esposa, Jessica Krenmitz, su marido puso en sus brazos al más pequeño de sus hijos diciendo: «Volveré con los demás dentro de un par de minutos. Reza por nosotros.» «Ya no volví a verlo nunca más», dijo la señora Krenmitz.

La quinta víctima, Irving Thalman, de cincuenta y ocho años, era un soltero que vivía en el ático del edificio. El apartamento del tercer piso estaba vacío a la hora del incendio. La familia de Cari Wilkes, que al principio se dio por desaparecida, abandonó el edificio el martes por la noche debido a una inundación en la cocina.

«Lloro por la señora Krenmitz y por la pérdida de sus seres queridos —declaró Crysilda Wilkes a un reportero del *Journal*—, pero doy gracias a Dios por haber librado a mi marido y a mis dos hijos.»

Michael O'Whunn, jefe de bomberos de Centralia, dijo que el fuego había empezado en el sótano del edificio. Cuando se le preguntó por la posibilidad de que fuese intencionado, respondió: «Es más fácil pensar que un vagabundo entró en el sótano, empezó a beber e inició el fuego accidentalmente con un cigarrillo. Probablemente huyó en vez de intentar apagarlo y cinco personas murieron. Espero que encontremos a ese gamberro.» Al preguntársele sobre las pistas, O'Whunn dijo: «La policía tiene varias pistas y las están siguiendo con toda celeridad, os lo puedo asegurar.»

Bajo el recorte, con la misma tinta negra y el mismo cuidado leyó: «28 de octubre de 1954.»

Paul levantó la vista. Estaba completamente inmóvil, pero su pulso latía rápidamente en el cuello. Sentía el estómago caliente y revuelto.

«Mocosos… —pensó—. Tres de los muertos eran niños, los cuatro mocosos de la señora Krenmitz en el piso de abajo.»

De pronto se dio cuenta de que Annie odiaba a esos mocosos.

«¡Ella era sólo una niña! ¡Ni siquiera estaba en la casa! »Tenía once años. Era lo bastante mayor e inteligente para llenar de queroseno una botella de licor

barato, encender luego una vela y echarla dentro. Tal vez ni siquiera pensó que daría resultado. Quizá creyó que el queroseno se evaporaría antes de que la vela se consumiese, o que saldrían vivos… Sólo quiso asustarlos para que se mudaran. Pero ella lo hizo, Paul, lo hizo y tú lo sabes», machacó su conciencia.

Sí, seguramente lo sabía. ¿Y quién iba a sospechar de Annie?

Volvió la página.

Aún había otro recorte del *Journal* de Bakersfield, fechado el 19 de julio de 1957. Mostraba una fotografía de Cari Wilkes un poco más viejo. Una cosa estaba clara: ya no envejecería más. El recorte era su necrológica:

CONTABLE DE BAKERSFIELD MUERE A CAUSA DE UNA EXTRAÑA CAÍDA.

Cari Wilkes, residente en Bakersfield de toda la vida, murió anoche poco después de ser ingresado en el Hernández General Hospital. Al parecer, cuando bajaba a contestar al teléfono, tropezó con un montón de ropa que habían dejado en las escaleras. El doctor Frank Canley comunicó que Wilkes había muerto de fracturas craneales múltiples y rotura del cuello. Tenía cuarenta y cuatro años.

Wilkes deja a su mujer, Crysilda; un hijo, Paul, de dieciocho, y una hija de catorce.

Cuando Paul pasó la página, pensó por un momento que Annie había pegado dos copias de la nota necrológica de su padre por haber sentido mucho su muerte o por accidente. La última posibilidad le pareció más verosímil. Pero se trataba de otro tipo de accidente distinto y la razón de su similitud era la simplicidad en sí misma: ninguno de los dos sucesos había sido verdaderamente accidental.

La cuidadosa caligrafía bajo ese recorte decía: «Los Ángeles, *Call*, 29 de enero de 1962.»

ESTUDIANTE DE USC MUERE EN EXTRAÑA CAÍDA.

Andrea Saint-James, estudiante de enfermería en USC, fue ingresada muerta, anoche, en el Mercy Hospital de Los Ángeles Norte, víctima de un extraño accidente.

La señorita Saint-James compartía un apartamento fuera del campus

universitario con otra estudiante de enfermería, Annie Wilkes, de Bakersfield. Poco antes de las once de la noche, esta última, mientras estudiaba oyó un breve grito seguido de «terribles golpes sordos». Corrió al rellano del tercer piso, donde vio a su amiga en el rellano del piso inferior «tumbada en una posición muy poco natural». La señorita Wilkes dijo que, al intentar ayudarle, también estuvo a punto de caer. «Teníamos un gato llamado *Peter Gunn* —dijo—; no lo habíamos visto durante los últimos días y pensamos que la perrera debía de habérselo llevado, porque siempre nos olvidábamos de comprarle una chapa. Estaba muerto en las escaleras. Ella tropezó con el gato. Cubrí a Andrea con mi jersey y llamé al hospital.»

La señorita Saint-James, natural de Los Ángeles, tenía veintiún años.

—¡Cielos!

Paul susurró aquella expresión una y otra vez. Su mano temblaba mientras pasaba la página. Allí había un recorte de *Call* que decía que el gato de las estudiantes de enfermería había sido envenenado.

«Peter Gunn. Gracioso nombre para un gato», pensó. El propietario de los apartamentos tenía ratas en el sótano. Las quejas de los vecinos habían dado lugar a una advertencia de los inspectores de edificios al año anterior. El dueño había causado un tumulto en la siguiente reunión del Consejo Municipal de tales dimensiones que había llegado a la prensa. Annie debía de saberlo. Amenazado con una fuerte multa por concejales a los que no gustaban los insultos, el propietario había sembrado el sótano de cebos envenenados. «El gato se come el veneno, languidece en el sótano durante dos días. Se arrastra hasta acercarse todo lo que puede a sus dueñas para expirar y… matar a una de ellas. Una ironía digna de Paul Harvey —pensó Paul Sheldon, y rió como un loco—. Apuesto a que también lo reseñó en su noticiero. Sí, limpio, muy limpio. Excepto que todos sabemos que Annie cogió un pedazo de carne envenenada del sótano y se la dio al gato. Y si el viejo *Peter Gunn* la rechazó probablemente se la metió en la garganta con un palo. Cuando estuvo muerto, lo dejó en las escaleras y esperó que el asunto diera resultado. Tal vez sabía que su compañera llegaría alterada, no me sorprendería en absoluto. Un gato muerto, un montón de ropa… El mismo *modus operandi,* como diría Tom Twyford. Pero ¿por qué, Annie? Estos recortes

aportan datos, pero no motivos. ¿Por qué?»

En un acto de autoconservación, parte de su mente se había transformado realmente en Annie durante las últimas semanas, y fue esa Annie la que habló con su voz seca y segura. Y aunque lo que decía era demencial, poseía también una perfecta coherencia:

«La maté porque ponía la radio muy alta por la noche. La maté porque había puesto al gato un nombre estúpido. La maté porque estaba harta de sorprenderla con su novio en el sofá mientras él tenía la mano metida debajo de su falda, como si buscara oro. La maté porque no jugaba limpio. Los detalles no tienen importancia, ¿no es cierto? La maté porque era una chica *jo— nina* y ésa era una razón suficiente.»

—Y tal vez porque era una Doña Sabihonda —murmuró Paul.

Echó hacia atrás la cabeza y soltó otra carcajada, aguda y aterrada.

Así que ése era el Camino del Recuerdo, ¿no? ¡Vaya, qué extraña variedad de flores venenosas crecía en la versión de Annie de ese viejo camino!

«¿A nadie se le ocurrió relacionar esas dos extrañas caídas? —se preguntó Paul— Primero su padre, luego su compañera de apartamento. Es increíble.»

Sí, era increíble. Los accidentes habían ocurrido con un intervalo de cinco años en dos ciudades diferentes. Lo habían recogido periódicos distintos en un Estado populoso donde la gente caía constantemente por las escaleras y se rompía el cuello.

Y ella era lista, muy lista.

Casi tanto como el mismo Satanás, aunque ahora empezaba a perder facultades. Su órbita, siempre elíptica, había comenzado a decaer. Ello se intuía en pequeños detalles, como olvidarse de pasar la página del calendario, pero también en cosas mayores, como olvidar el pago trimestral de sus impuestos. Lo más grave de todo sería que la descubriesen, por supuesto… Sólo que, para él, sería un triste consuelo que finalmente la atraparan por la muerte de Paul Sheldon.

Pasó la página y descubrió otro recorte del *Journal* de Bakersfield, el último titular decía: «WILKES SE GRADÚA EN LA ESCUELA DE ENFERMERÍA. Una chica de esta ciudad llega a su meta.» 17 de mayo de 1966. La fotografía mostraba a una Annie Wilkes joven y sorprendentemente bonita, llevando un uniforme de enfermera y una cofia y sonriendo a la cámara. Era una fotografía

de graduación, por supuesto. Se había graduado con honores. «Sólo tuvo que matar a una compañera de apartamento para conseguirlo», pensó Paul, y lanzó una carcajada aguda. El viento rugió junto a la casa como si le respondiese. El cuadro de «Mamá» vibró brevemente en la pared.

El siguiente recorte era de Manchester, New Hampshire, del *Union-Leader,* 2 de marzo de 1969. Se trataba de una simple nota necrológica que parecía no tener ninguna relación con Annie Wilkes. Ernest Gonyar, de setenta y nueve años, había muerto en el Saint Joseph's Hospital. No se mencionaba la causa exacta de su muerte; sólo se decía «tras una larga enfermedad». Dejaba a su mujer, doce hijos y lo que parecían unos cuatrocientos nietos y bisnietos. «No hay nada como el método del ritmo para producir descendientes de todos los tamaños —pensó Paul, y rió otra vez—. Ella lo mató. Eso es lo que le ocurrió al bueno del viejo Ernie. ¿Por qué, si no, iba a estar aquí su gacetilla mortuoria? ¿Por qué, por el amor de Dios, POR QUÉ? Aunque claro, con Annie Wilkes, ésa es una pregunta que no tiene una respuesta cuerda, como bien sabes.»

Otra página, otro óbito del *Union-Leader.* 19 de marzo de 1969. La señora se llamaba Hester *Queenie* Beauli— fant, de ochenta y cuatro años. En la fotografía parecía que hubiesen exhumado sus huesos de un tarro de los Hoyos de Alquitrán La Brea. Lo mismo que se había llevado a Ernie, se llevó a *Queenie, y* al igual que aquél, había expirado en el Saint Joe's. Exposición de dos a seis, el 20 de marzo en la funeraria Foster's Funeral Home. Inhumación en el cementerio Mary Cyr el 21 de marzo a las cuatro de la tarde.

«El Coro del Tabernáculo Mormón debía de haberle cantado especialmente "Annie, ¿por qué no pasas por aquí?"», pensó Paul, y volvió a burlarse de su ocurrencia.

En las páginas siguientes había otras tres notas del *Union-Leader.* Dos viejos habían muerto de esa eterna patología, «larga enfermedad». La tercera era una mujer de cuarenta y seis años llamada Paulette Simeaux. Paulette había muerto de la que siempre quedaba en segundo lugar, «enfermedad breve». A pesar de que la fotografía que acompañaba el óbito era muy borrosa, Paul vio que Paulette Simeaux hacía que *Quennie* Beaulifant pareciese Thumbelina. Pensó que su enfermedad debía de haber sido ciertamente corta. Quizá se trataba de una tronante coronaria seguida de un viaje a Saint Joe's, seguido de… ¿Seguido de qué?

No quería pensar en los detalles, pero las tres notas necrológicas identificaban a Saint Joseph's como el lugar de la muerte.

«¿Y si buscáramos en el registro de enfermeras en marzo del sesenta y nueve? ¿Encontraríamos el nombre de Wilkes?», se preguntó Paul.

Ese libro, maldita sea, ese libro era tan grande y pesado…

«Basta ya, por favor. No quiero seguir mirando. Ya tengo la idea. Dejaré el álbum donde lo encontré. Luego, volveré a mi habitación. Creo que, después de todo, ya no quiero escribir. Me parece que tomaré otra pastilla y me iré a la cama. Es mi seguro contra las pesadillas. Pero ya no puedo seguir por el *Camino del Recuerdo* de Annie, ¡por favor! ¡Estoy harto!», exclamó su conciencia exhausta.

Pero sus manos parecían estar dotadas de voluntad propia. Seguían pasando las hojas cada vez con mayor rapidez.

Aparecieron otras dos noticias breves de muertes en el *Union-Leader,* una a finales de septiembre de 1969 y otra a principios de octubre.

19 de marzo de 1970. Pertenecía al *Herald* de Harris— burg, Pensilvania, en la última página. «NUEVO PERSONAL EN EL RIVERVIEW HOSPITAL.» Aparecía la fotografía de un hombre con gafas y calvicie incipiente que a Paul le pareció capaz de comer chinches a escondidas. El artículo destacaba que, además del nuevo director de publicidad —el individuo medio calvo con gafas —, otras veinte personas se habían incorporado a la plantilla del Riverview Hospital: dos doctores, nueve enfermeras tituladas, personal de cocina, ordenanzas y un conserje.

Annie era una de las enfermeras diplomadas.

«En la página siguiente —supuso Paul—, encontraré la noticia de la muerte de un anciano que expiró en el Riverview Hospital en Harrisburg, Pensilvania.»

¡Exacto! Un viejo había muerto de la dolencia favorita de todos los tiempos, «larga enfermedad».

Tras él, otro anciano había muerto de la eterna dama de honor, «corta enfermedad», seguido de una criatura de tres años que había caído a un pozo, resultando herida con lesiones graves en la cabeza y que fue llevada a Riverview en estado de coma.

Perplejo, Paul siguió pasando páginas mientras el viento y la lluvia golpeaban la casa. El sistema era obvio. Ella conseguía un trabajo, mataba a

algunas personas, y se mudaba.

De repente, evocó la imagen de un sueño que su conciencia había olvidado y que, desde entonces, tenía un elemento délfico de *déjà vu.* Vio a Annie Wilkes con un delantal largo, tocada con una cofia, una Annie que parecía una enfermera del Bedlam Hospital de Londres. Llevaba un cesto en un brazo. Metía la mano, sacaba arena y la dejaba caer sobre los rostros ante los que iba pasando. No era la arena tranquilizadora del sueño, sino arena envenenada. Estaba matando a los enfermos. Cuando les tocaba la cara, palidecían y las rayas de sus monitores se volvían planas.

«Tal vez mató a los chicos Krenmitz porque eran mocosos…, y a su compañera de apartamento, y tal vez hasta a su propio padre, por cualquier razón… Pero ¿estos otros?»

Sin embargo, él lo sabía. La Annie que llevaba dentro lo sabía. Viejos y enfermos… Todos habían sido viejos y estaban enfermos, exceptuando a la señora Simeaux, que debía de haber sido un vegetal en el momento de ser ingresada, como el chico que había caído al pozo. Annie los había matado porque…

—Porque eran ratas atrapadas —murmuró.

«Pobres seres. Pobres seres», había dicho Annie compungida.

Ahí estaba la clave. En la mente de Annie, sólo en su mente, toda la gente del mundo estaba dividida en tres grupos: mocosos, pobres seres… y Annie.

Se había ido mudando constantemente hacia el Oeste. De Harrisburg a Pittsburgh, a Duluth, a Fargo. Y en 1978, a Denver. En cada caso, el patrón era el mismo: un artículo de bienvenida en el que el nombre de Annie se mencionaba entre otros. Se había perdido el artículo de Manchester porque probablemente, imaginaba Paul, ignoraba que los periódicos locales publicasen esas cosas. Tras causar dos o tres muertes sin importancia, volvía a empezar el ciclo.

Es decir, hasta Denver.

Al principio, parecía lo mismo. Allí estaba el artículo de bienvenida, esta vez recortado del periódico del Denver Receiving Hospital, con el nombre de Annie. La publicación de la casa estaba identificada con la pulcra caligrafía de Annie como *The Gurney.*

—Magnífico nombre para el diario de un hospital —dijo Paul en voz alta—. Parece mentira que a nadie se le ocurriera llamarle *El fiambre alegre.*

Soltó una risa aterrorizada. Dio la vuelta a la página y encontró el primer óbito recortado del *Rocky Mountain News*. Laura D. Rothberg. «Larga enfermedad.» 21 de septiembre de 1978. Denver Receiving Hospital.

Entonces el patrón se rompió por completo.

En vez de un funeral, la página siguiente daba cuenta de una boda. La fotografía mostraba a Annie, no con su uniforme, sino con un vestido blanco cubierto de encaje. A su lado, cogiéndole las manos, había un hombre llamado Ralph Dugan. Dugan era fisioterapeuta. «BODA DUGAN-WILKES», se titulaba el recorte. *Rocky Mountain News*, 2 de enero de 1979. Dugan no tenía nada en particular, excepto una cosa, se parecía al padre de Annie. Paul pensó que, si se le afeitaba el bigote, lo que probablemente ella le obligó a hacer tan pronto como terminó la luna de miel, el parecido sería extraordinario.

Pasó con el dedo pulgar el grueso de las páginas que faltaban del álbum de Annie y pensó que Ralph Dugan debía de haberse informado sobre Annie.

«Creo que lo más probable es que, en alguna parte de las páginas que faltan, encuentre un breve artículo sobre ti, Ralph —adivinó Paul—. Algunas personas se citan en Samarra. Creo que tú habrás tenido una con un montón de ropa o con un gato muerto en una escalera. Sí, un gato muerto con un nombre gracioso.»

Pero estaba equivocado. El siguiente recorte también era de bienvenida, de un periódico de Nederland, una ciudad pequeña al oeste de Boulder. «No muy lejos de aquí», pensó Paul. Por el momento, no pudo encontrar a Annie en el recorte breve y lleno de nombres, y entonces comprendió que estaba buscando un nombre equivocado. Estaba allí, pero se había convertido en parte de una sociedad sociosexual llamada señores Ralph Dugant{11}.

Paul levantó la cabeza de golpe. ¿Se acercaba un coche? No…, sólo era el viento. Retornó al libro de Annie.

Ralph Dugan había vuelto a ayudar a los cojos, a los mancos y a los ciegos en el Arapahoe County Hospital. Era de suponer que Annie se dedicaba otra vez al venerado trabajo de enfermera, prestando ayuda y consuelo a los heridos por el dolor.

«Ahora empieza la matanza —pensó—. La única cuestión importante es lo referente a Ralph: ¿Le toca al principio, en medio, o al final?»

Pero otra vez se equivocaba. En lugar de un óbito, la siguiente página mostraba la fotocopia de un papel de un corredor de fincas. En el ángulo

superior izquierdo del anuncio, había una fotografía de una casa. Paul la reconoció por el establo adosado. Después de todo, nunca la había visto desde fuera.

Debajo, con la caligrafía pulcra y firme de Annie se leía: «Paga y señal entregadas el 3 de marzo. Papeles firmados el 18 de marzo de 1979.»

¿Una casita de retiro? Lo dudaba. ¿Quizá de verano? No. Ellos no podía permitirse ese lujo. ¿Así pues?

«Bueno, tal vez sea sólo una fantasía, pero parece probar algo: quizá ama de verdad al viejo Ralph Dugan. A lo mejor ha pasado un año y ella aún no le atribuye olor a mierda. Algo ha cambiado de verdad: no han habido necrológicas desde… —Volvió atrás para mirar—. Desde Laura Rothberg, en septiembre de 1978. Dejó de matar cuando conoció a Ralph. Pero eso era entonces, y esto es ahora. La presión empieza a aumentar. Los interludios depresivos están volviendo. Ella ve a los viejos, a los desahuciados…, piensa en lo desgraciados que son y se dice: "este ambiente es el que me está deprimiendo; los kilómetros de pasillos enlosados, los olores, el chasquido de las suelas de crepé y los sonidos de la gente en su dolor. Si pudiera salir de aquí…"»

Así que Ralph y Annie, al parecer, se habían ido al campo.

Pasó la hoja y pestañeó.

Garabateado al final de la página, decía: «23 de agosto de 1980. ¡JÓDETE!»

El papel, a pesar de su grosor, se había roto en varias partes bajo la furia de la mano que llevaba la pluma.

Era la columna de DIVORCIOS CONCEDIDOS del periódico de Nederland, pero tuvo que dar la vuelta al libro para asegurarse de que Annie y Ralph estaban allí. Ella había pegado el recorte al revés.

Sí, allí estaban. Ralph y Anne Dugan. Causa: crueldad mental.

—Divorciados tras corta enfermedad —murmuró Paul, y volvió a levantar la vista pensando que se acercaba un coche.

«El viento —se dijo—, sólo es el viento…» En cualquier caso, era mejor regresar a la habitación. No sólo porque el dolor de sus piernas estaba aumentando, sino porque se estaba acercando a un estado de locura terminal.

Pero volvió a inclinarse sobre el libro. De un modo extraño, era demasiado bueno e interesante para dejarlo, como una novela tan desagradable que hay que terminarla.

El matrimonio de Annie se había disuelto de un modo mucho más legal de lo que él había esperado. Parecía justo decir que el divorcio había surgido verdaderamente tras una corta enfermedad. Un año y medio de felicidad conyugal no era una eternidad…

Habían comprado una casa en marzo y ése no es un paso que se da si uno piensa que su matrimonio se está desmoronando. ¿Qué ocurrió? Paul no lo sabía. Podía inventar una historia, pero no sería más que eso. Entonces, revisando otra vez el recorte, leyó algo sugestivo. «Angela Ford, divorciada de John Ford. Kirsten Frawley, de Stanley Frawley. Danna McLaren, de Lee McLaren. Y… Ralph Dugan de Anne Dugan.»

«Ahí está esa costumbre norteamericana, ¿no? Nadie habla mucho de ello, pero ahí está —reflexionó Paul, pensando en sí mismo—. Son los hombres quienes se declaran a la luz de la Luna y son las mujeres las que piden el divorcio. No siempre ocurre así; pero casi siempre.»

¿Y qué nos está diciendo este juego de palabras? Veamos, Angela está diciendo: «Levántate el pantalón, John.» Kirsten dice: «¡Busca otro plan, Stan!» Danna plantea: «¡La llave para mí, Lee!» Y Ralph, el único hombre que aparece antes de la última mujer en la lista, ¿ qué está diciendo? Creo que tal vez gritaba: «¡Déjenme salir de aquí!»

—Quizá vio al gato muerto en la escalera —dijo Paul.

Página siguiente. Otro artículo de recién llegados. Extraído del *Camera* de Boulder, Colorado. Había una fotografía de doce nuevos miembros del personal, de pie en el jardín del Boulder Hospital. Annie estaba en la segunda fila; su cara, un círculo blanco bajo la cofia con su raya negra. El estreno de un nuevo espectáculo. La fecha bajo el recorte era 9 de marzo de 1981. Había adoptado otra vez su apellido de soltera.

Boulder… Allí era donde Annie se había vuelto verdaderamente loca.

Pasó las páginas cada vez más aprisa, mientras su horror iba en aumento y dos pensamientos le asaltaban constantemente. «¿Por qué, en el nombre de Dios, no sospecharon antes? ¿Cómo, en el nombre de Dios, se les escurrió de las manos?»

10 de mayo de 1981, larga enfermedad. 14 de mayo de 1981, larga enfermedad. 23 de mayo, larga enfermedad. 9 de junio, corta enfermedad. 15 de junio. 16 de junio, larga…

«Corta… Larga… Corta… Larga… Larga… Corta…», exclamaba su mente.

Las páginas temblaban en sus dedos. Podía oler el pegamento seco.

—Cielos, ¿a cuántos mató?

Si era correcto adjudicar un asesinato a cada necrológica pegada en aquel libro, su marca se elevaba a más de treinta personas a finales de 1981…, sin despertar un solo rumor entre las autoridades. Claro que casi todas las víctimas eran viejos y el resto personas seriamente lesionadas; pero aun así…

En 1982, Annie, finalmente había cometido un error. El recorte del *Camera* del 14 de enero mostraba su cara vacía, pétrea, bajo un titular que decía: «NOMBRAMIENTO DE UNA NUEVA ENFERMERA JEFE PARA MATERNIDAD.» Hasta ahí, todo correcto.

Pero el 29 de enero habían empezado las muertes en la sala de recién nacidos.

Annie había confeccionado una crónica de toda la historia a su manera, meticulosa. Paul no tuvo ningún problema en seguirla.

«Si la gente que iba tras tu pellejo hubiese encontrado este libro, Annie, estarías en la cárcel o en algún manicomio hasta el fin de los tiempos», pensó.

Las primeras muertes de niños no habían despertado sospechas. Sobre uno de ellos se mencionaban graves defectos congénitos. Pero los bebés, aunque naciesen con problemas, no eran ancianos que morían de fallo renal, ni víctimas de accidentes que ingresaban vivas, a pesar de tener sólo media cabeza o el agujero de un volante en las tripas. Y luego había empezado a matar a los sanos junto con los defectuosos. Suponía que Annie, en su espiral psi— cótica, comenzó a verlos a todos como pobres seres.

A mediados de marzo de 1982 se produjeron cinco muertes de recién nacidos en el hospital de Boulder. Se había iniciado una investigación exhaustiva. El 24 de marzo, *Camera* llamaba al culpable «fórmula en mal estado» y citaba una «fuente de crédito del hospital». Paul se preguntó si esa fuente sería la propia Annie.

Otro niño murió en abril. Dos fallecieron en mayo.

La primera página del *Denver Post* del 1 de junio publicaba:

INTERROGADA LA ENFERMERA JEFE SOBRE LA MUERTE DE NIÑOS.

El portavoz de la oficina del sheriff *dice que «aún» no se han presentado cargos.*

por Michael Leith

> Annie Wilkes, de treinta y nueve años, enfermera jefe de la maternidad del hospital de Boulder, está siendo interrogada hoy sobre la muerte de ocho niños, acaecidas en el lapso de varios meses, todas ellas después de que la señorita Wilkes ocupase el cargo. Cuando se le preguntó a la portavoz de la oficina del *sheriff*, Tamara Kinsolving, si la señorita Wilkes estaba en prisión preventiva, respondió que no. Y al inquirir si la enfermera Wilkes había acudido a informar del caso por su propia voluntad, Kinsolving repuso: «Debo decir que no fue así. Las cosas están muy complicadas.» En cuanto a si se le habían formulado cargos por alguna de las muertes, Kinsolving respondió: «No. Todavía no.»

El resto del artículo repasaba la trayectoria de Annie. Ponía en evidencia sus múltiples traslados, pero no sugería en absoluto que en todos los hospitales en que había trabajado la gente tenía un modo extraño de morir…

—Annie arrestada. Dios mío, Annie arrestada —susurró. El ídolo todavía no había caído, pero se tambaleaba cada vez más.

La veía subiendo una escalera de piedra acompañada de una robusta mujer policía. Tenía la cara inexpresiva. Llevaba su uniforme de enfermera y sus zapatos blancos. Página siguiente: «WILKES EN LIBERTAD. NO ABRE LA BOCA EN EL INTERROGATORIO.»

Se había salido con la suya. De algún modo, lo había conseguido. Ya era hora de que desapareciese y volviese a aparecer en otra parte, Idaho, Utah, tal vez California. Pero en vez de eso, volvió a trabajar. Y en lugar de una columna anunciando su nuevo ingreso en algún hospital del Oeste, había un gran titular en la primera página del *Rocky Mountain News* del 2 de julio de 1982:

Continúa el horror: OTROS TRES NIÑOS MUERTOS EN EL HOSPITAL DE BOULDER

Dos días más tarde, las autoridades arrestaron a un ordenanza puertorriqueño, pero lo dejaron en libertad al cabo de nueve horas. El 19 de julio, tanto el *Post* de Denver como el *Rocky Mountain News* informaban del arresto de Annie. Había habido una audiencia preliminar a principios de agosto. El 9 de septiembre acudió a juicio por el asesinato de Christopher, una niña de tan sólo un día de vida. Tras ésta, había otros siete cargos por asesinato en primer grado. El artículo destacaba que algunas de las supuestas víctimas de Annie Wilkes habían vivido lo suficiente para ser bautizadas.

Entre las reseñas del juicio se encontraban algunas Cartas de los Lectores aparecidas en los periódicos de Denver y de Boulder. Paul comprendió que Annie había recortado sólo las más hostiles, las que reforzaban su amarga visión de la humanidad como *Homo brattus;* pero en cualquier caso, eran injuriosas. Parecía existir entre sus autores un consenso: la horca era una forma de muerte demasiado piadosa para Annie Wilkes. Un corresponsal la apodó la Dama Dragón, y el mote perduró hasta el final del juicio. Algunos parecían desear que se pinchara a la Dama Dragón hasta la muerte con tenedores candentes, y la mayoría indicaba su deseo de ejercer de verdugo.

Al lado de una de esas cartas, Annie había escrito, con una caligrafía temblorosa y algo patética completamente distinta a la de su mano habitualmente firme: «Los palos y las piedras pueden romper los huesos; pero las palabras no tienen tal poder.»

Era evidente que el mayor error de Annie había consistido en no detenerse cuando la gente por fin empezó a darse cuenta de que pasaba algo raro. Fue un error muy grave, pero desgraciadamente no bastó. El ídolo tan sólo se tambaleó, nada más. El caso de la fiscalía se basó enteramente en pruebas circunstanciales y en algunos aspectos eran tan inconsistentes que se desmoronaban. El fiscal del distrito se basaba en una marca en la cara y en la garganta de la niña Christopher que se ajustaba al tamaño de la mano de Annie y al anillo de amatista que ella llevaba en el dedo anular de la mano derecha. Contaba también con un patrón de entradas y salidas controladas que coincidían, aproximadamente, con las muertes de los niños. Pero Annie era, después de todo, la enfermera jefe de la maternidad, así que siempre estaba entrando y saliendo. La defensa pudo demostrar que Annie había entrado en la sala de recién nacidos en docenas de

ocasiones sin que ocurriera nada anormal lo que, para Paul, equivalía a demostrar que los meteoros nunca chocan con la Tierra presentando como prueba cinco días en los que ninguno cayó sobre el campo norte del granjero John. Sin embargo, comprendía el peso del argumento sobre el jurado.

El fiscal tejió su red lo mejor que pudo, pero la huella de la mano con la marca del anillo fue la evidencia más delatora que pudo presentar. El hecho de que el estado de Colorado hubiese decidido procesarla con tan escasas posibilidades de condena a partir de la evidencia existente, dejó a Paul con una hipótesis y una certeza. La hipótesis era que Annie había aportado datos durante su primer interrogatorio extremadamente sugerentes, tal vez hasta condenatorios. El defensor se las había arreglado para que la transcripción de ese interrogatorio no fuese aceptada en las actas del juicio. La certeza era que la decisión de Annie de testificar en las audiencias preliminares había sido imprudente. Su abogado no pudo conseguir que ese testimonio se desestimara en el juicio, a pesar de lo mucho que se había esforzado intentándolo. Aunque Annie nunca confesó nada durante los tres días de agosto que había pasado «en el banquillo en Denver», Paul pensó que, en realidad, ella lo había confesado todo:

«¿Que si me causaban tristeza? Claro que sí, teniendo en cuenta el mundo en que vivimos.

»No tengo nada de que avergonzarme. Nunca me avergüenzo. Lo que hago es definitivo, jamás me paro a pensar este tipo de cosas.

»¿Que si asistí a los funerales de alguno de ellos? Claro que no. Los funerales me parecen tétricos y depresivos. Tampoco creo que los bebés tengan alma.

»No, nunca lloré.

»¿Que si lo sentía? Supongo que eso es una pregunta filosófica, ¿no?

»Por supuesto que entiendo esa pregunta. Entiendo todas las preguntas que ustedes me hacen. Van todos por mí.»

Paul pensó que, si ella hubiese insistido en testificar en su juicio, el abogado probablemente la habría matado para hacerla callar.

El caso pasó al jurado el 13 de diciembre de 1982. Y allí había una fotografía sorprendente del *Rocky Mountain News*, una fotografía de Annie tranquilamente sentada en su celda, leyendo *La busca de Misery.* «¿MISERABLE{12}? —se preguntaba al pie de la fotografía—: LA DAMA DRAGÓN, NO. Annie lee, con

toda serenidad, mientras espera el veredicto.»

Y luego, el 16 de diciembre, titulares a toda plana, «LA DAMA DRAGÓN, INOCENTE.» En el artículo, un jurado que pedía no ser identificado, manifestaba: «Tenemos grandes dudas acerca de su inocencia, sí. Por desgracia, también teníamos dudas razonables sobre su culpabilidad. Esperamos que vuelvan a juzgarla por otro de los cargos. Tal vez el fiscal podría preparar una acusación mejor en algunos de ellos.»

«Todo el mundo estaba convencido de que lo había hecho ella —pensó Paul, convencido—, pero nadie pudo demostrarlo. Así que se les escurrió entre los dedos.»

El caso fue languideciendo en las siguientes tres o cuatro páginas. El fiscal de distrito aseguraba que Annie sería procesada por otro cargo de los que había contra ella. Tres semanas más tarde, negaba haberlo dicho. A principios de febrero de 1983 emitió un comunicado diciendo que, aunque los casos de infanticidio en el hospital de Boulder seguían abiertos, el caso contra Annie Wilkes quedaba cerrado.

«Se les escurrió entre los dedos —insistió Paul—. El marido no testificó para ninguna de las dos partes. Me pregunto por qué.»

Había más páginas en el libro, pero por el modo en que ajustaban, comprendió que casi había terminado la historia de Annie.

La página siguiente pertenecía al diario *Gazette*, de Siewinder, 19 de noviembre de 1984. Unos autoestopistas habían encontrado, en la sección oriental de la Reserva Grider Wildlife, los restos mutilados y parcialmente despedazados de un joven. El periódico de la semana siguiente lo identificaba como Andrew Pomeroy, de veintitrés años, natural de Cold Stream Harbor, Nueva York. Pomeroy se había marchado de Nueva York hacia Los Ángeles en septiembre del año anterior, haciendo autoestop. Sus padres supieron de él por última vez el 15 de octubre. Les había llamado desde Julesburg a cobro revertido. El cuerpo fue encontrado en el lecho seco de un arroyo. La policía suponía que Pomeroy había sido asesinado cerca de la autopista nueve y que la tormenta de primavera lo había arrastrado hacia la reserva Wildlife. La declaración del forense decía que las heridas habían sido producidas por hacha.

Paul se preguntó, no sólo por curiosidad, a qué distancia de allí estaría la reserva Wildlife.

Pasó la página y leyó el último recorte, al menos por el momento… De repente, contuvo la respiración. Era como si después de arrastrarse a través de la necrología casi insoportable de las páginas anteriores, se hubiese encontrado con su propia necrológica. Y aunque no lo era…

—Esto hará que las autoridades empiecen a investigar el caso —dijo con voz ronca y baja.

Era del *Newsweek.* La columna «Transitions». Entre el divorcio de una actriz de televisión y la muerte de un magnate del acero del Medio Oeste, se leía:

«DESAPARECIDO: Paul Sheldon, de cuarenta y dos años, novelista conocido principalmente por su serie de novelas románticas sobre la sexy, estúpida e incombustible Misery Chastain. La desaparición fue denunciada por su agente Bryce Bell. "Creo que está bien —dijo Bell—, pero me gustaría que se pusiera en contacto conmigo y me tranquilizase. Y a sus ex mujeres les gustaría que se pusiera en contacto con ellas y tranquilizase sus cuentas bancarias." Sheldon fue visto por última vez en Boulder, Colorado, donde había ido a terminar una novela.»

El recorte tenía dos semanas.

«Desaparecido, eso es todo —pensó abatido—. Sólo desaparecido. No estoy muerto. Desaparecer no es como estar muerto.»

Pero sí que lo era, y de repente necesitó su medicina, porque no sólo eran las piernas lo que le dolía. Con sumo cuidado, puso el libro en su sitio y se dirigió hacia la habitación de los huéspedes.

Fuera, el viento soplaba más fuerte que nunca, lanzando la lluvia fría contra la casa. Paul trató desesperadamente de controlarse para no romper a llorar.

19

Una hora más tarde, atiborrado de droga y adormeciéndose, escuchando el sonido del viento ahora más tranquilizador que amenazante, pensó: «No voy a escapar, es imposible. ¿Qué dijo Thomas Hardy en *Jude el Oscuro?* "Alguien podía haber calmado el terror del niño… Pero nadie llegó…, porque nadie llega." Así es. Tu barco no va a llegar, porque no hay botes para nadie. El Llanero Solitario está ocupado haciendo anuncios de cereales para el desayuno y Supermán rueda películas en Tinsel Town. Estás solo, Paulie, completamente solo. Pero quizá eso está bien, porque quizá ya sabes cuál es la respuesta después de todo,¿no?»

Sí, claro que lo sabía.

Si quería escapar de aquello, tendría que matarla.

«Sí, ésa es la respuesta, la única que hay —concluyó—. Así que vuelve a repetirse el viejo juego otra vez, Paulie… ¿Puedes?»

Respondió sin vacilación alguna:

—Sí puedo.

Sus ojos se cerraron y durmió profundamente.

20

La tormenta continuó durante el día siguiente. Por la noche, las nubes se fueron separando hasta dispersarse. Al mismo tiempo, la temperatura descendió de quince grados a cinco bajo cero. El mundo entero parecía haberse congelado. Sentado junto a la ventana de la habitación y mirando el paisaje helado de aquel segundo día en completa soledad, Paul oía a la puerca *Misery* chillando en el establo y a una de las vacas mugiendo.

Escuchaba con frecuencia a los animales. Formaban parte de los sonidos de fondo habituales, como el reloj de la sala; pero nunca había oído al cerdo chillar

así. La vaca también mugió, pero fue un sonido aciago, débilmente percibido en medio de una pesadilla. Ella se había ido dejándole sin pastillas. Paul se había criado en los suburbios de Boston y pasó la mayor parte de su vida en la ciudad de Nueva York, pero creía saber lo que significaban esos mugidos dolorosos. Una de las vacas necesitaba que la ordeñaran. La otra aparentemente no, tal vez porque los erráticos hábitos de Annie Wilkes la habían secado.

¿Y el cerdo? Estaba hambriento, eso era todo.

Hoy no tendrían ningún alivio. Dudaba que Annie pudiese regresar aunque quisiera. Aquella parte del mundo se había convertido en una pista de patinaje. Estaba un poco sorprendido de su compasión por los animales y de la profunda rabia que sentía contra Annie Wilkes por haberlos dejado, en su egoísmo arrogante, sufriendo en los corrales.

«Si tus animales pudiesen hablar, Annie —pensó—, te dirían quién es el verdadero pajarraco en todo esto.»

En cuanto a él, se sentía bastante cómodo. Comía de las latas, bebía agua de la jarra y tomaba su medicina regularmente y echaba una siesta cada tarde. El relato de Misery, de su amnesia y de su insospechada e infame hermana, se dirigía inevitablemente hacia África, escenario de la segunda mitad de la novela. Irónicamente, Annie le había obligado a escribir la que con toda seguridad era la mejor novela de Misery. Ian y Geoffrey estaban en Southampton equipando un barco llamado *Lorelei* para el viaje. Misery, que pasaba el tiempo sufriendo ataques de catalepsia en los momentos más inoportunos con riesgo de muerte instantánea si alguna vez la picaba otra abeja, moriría o sanaría en el continente negro. En Lawston, un pequeño asentamiento angloholandés en la punta norte de la Costa de Berbería, vivían los bourkas, los más peligrosos nativos de África. A los bourkas se les conocía también como el Pueblo de las Abejas. Pocos de los blancos que se habían atrevido a penetrar en su territorio habían regresado; pero aquellos que lo habían conseguido contaban historias fabulosas sobre la cara de una mujer que sobresalía a un lado de una alta y desmoronada meseta, una cara implacable con la boca abierta y un enorme rubí incrustado en su frente de piedra. Corría el rumor, extrañamente persistente, de que dentro de las cuevas que horadaban la piedra, por detrás de la frente enjoyada del ídolo, vivía una colonia de abejas gigantes que revoloteaban protectoras alrededor de su dueña. Una monstruosidad gelatinosa de veneno infinito y de infinita magia.

Por las mañanas se divertía pensando en esa agradable estupidez. Por las noches, se sentaba tranquilamente a escuchar los chillidos del cerdo mientras pensaba en la forma de matar a la Dama Dragón.

Descubrió que jugar a «¿Puedes?» en la realidad era muy diferente a hacerlo de niño sentado en un círculo con las piernas cruzadas —y también mucho más difícil que frente a una máquina de escribir—. Cuando sólo era un juego, aunque te pagaran por él, no dejaba de ser eso. Uno no podía concebir ideas increíbles y hacer que parecieran ciertas, como la conexión entre Misery Chastain y Charlotte Evelyn-Hyde, por ejemplo. Habían resultado ser hermanastras y Misery descubriría a su padre en África, viviendo en el Pueblo Abeja de los bourkas. Sin embargo, en la realidad, el arcano perdía su poder.

No es que Paul no lo intentase. Tenía todas esas drogas en el lavabo de la planta baja. Seguramente hallaría una forma de utilizarlas para acabar con ella, o al menos para dejarla indefensa durante el tiempo suficiente para eliminarla. El Novril serviría. Con una dosis adecuada, ni siquiera tendría que hacer nada, tan sólo esperar…

«Es una buena idea, Paul. Te diré lo que tienes que hacer. Coge un buen puñado de esas cápsulas y méteselas en una copa de helado. Pensará que son trozos de pistacho y se las tragará.»

No, eso no funcionaría. Y tampoco podía cometer una estupidez como abrir las cápsulas y mezclar su contenido con el helado. Lo había probado y el Novril era espantosamente amargo. Tenía un sabor que ella reconocería en el acto y entonces «… desgraciado de ti, Paulie. Desgraciado.»

En un relato hubiese sido una buena idea. Pero en la realidad no servía. Seguramente no se hubiese arriesgado aunque el polvo blanco que contenía las cápsulas hubiese sido completamente insípido. Carecía de garantías. Aquello no era un juego, se trataba de su vida.

Por su mente pasaron otras ideas; pero fueron rechazadas una a una. Pensó en colgar algo pesado (la máquina de escribir se le ocurrió de inmediato) encima de la puerta para que la matara o la dejara inconsciente cuando entrase; en colocar un cable en la escalera… Pero el problema era el mismo que en el caso del Novril en el helado: ninguno de los dos ofrecía suficiente seguridad. Se sentía incapaz de pensar en lo que podría pasarle si trataba de asesinarla y fallaba.

Mientras oscurecía, en aquella segunda noche, el chillido de *Misery* continuaba tan monótono como siempre. El cerdo gritaba como una puerta abierta movida por el viento y con las bisagras oxidadas. Sin embargo, la vaca dejó de mugir y Paul se preguntó con inquietud si la ubre del animal habría reventado. Por un momento, su imaginación («tan vivida») creó la imagen de una vaca muerta en un charco de leche y sangre. Se apresuró a apartar la visión y se dijo a sí mismo que las vacas no morían de esa forma. Pero a la voz de su conciencia le faltó convicción, ignoraba cómo morían las vacas. Por otro lado, su problema no era la vaca.

«Todas tus brillantes ideas se reducen a una cosa —pensó—: tú quieres matarla por control remoto. No te apetece manchar de sangre tus manos. Eres un tipo al que nada le gusta más que un buen filete, pero no aguantarías una hora en un matadero. Amigo, piénsalo bien. Tienes que enfrentarte a la realidad en este momento de tu vida. Nada elaborado. Nada de retorcimientos. ¿De acuerdo?»

De acuerdo.

Volvió a la cocina y empezó a abrir cajones hasta que encontró los cuchillos. Eligió uno de carnicero y volvió a su habitación, deteniéndose a limpiar las marcas de la puerta, cada vez más evidentes.

«No importa. Si se le escapan una vez, se le escaparán siempre», se dijo.

Puso el cuchillo en la mesita de noche, se metió en la cama y lo deslizó bajo el colchón. Cuando Annie volviese, le pediría un vaso de agua fresca y en el momento en que se inclinase para dárselo le clavaría el cuchillo en la garganta.

Nada elaborado…

Paul cerró los ojos y se durmió y cuando sigilosamente a las cuatro de la madrugada el Cherokee regresó por el camino con el motor y las luces apagados, no se despertó. Antes de sentir el pinchazo de una aguja hipodérmica en su brazo y despertar con la cara de Annie inclinada sobre la suya, no tenía la menor idea de que había regresado.

21

Al principio pensó que estaba soñando con su propio libro, que la oscuridad era la oscuridad onírica de las cuevas tras la gran cabeza de la diosa de los bourkas y el pinchazo, la picadura de una abeja.

—¿Paul?

Murmuró algo ininteligible y que sólo expresaba sus deseos de que Annie se largara.

—Paul.

Ésa no era la voz de un sueño, era la de Annie.

Sintió un atisbo punzante de pánico y se obligó a abrir los ojos. Sí, era ella, y por un momento el pánico se intensificó. Luego, se desvaneció como un fluido corriendo por un desagüe medio atascado.

—¿Qué demonios…?

Estaba totalmente desorientado. Ella seguía allí, en las sombras, como si nunca se hubiese marchado, vistiendo una de sus faldas y uno de sus jerseys desaliñados. Vio la aguja en su mano y comprendió que no había sido una picadura, sino una inyección. La diosa lo había atrapado. Pero ¿qué tenía ella…?

El pánico pugnó por volver, y otra vez se estrelló contra un circuito muerto. Todo lo que podía sentir era una especie de sorpresa académica. Eso y una curiosidad intelectual por saber de dónde había salido ella y por qué en aquel momento. Trató de alzar las manos y subieron un poco… sólo un poco. Sentía como si colgaran de ellas unos pesos invisibles. Cayeron otra vez sobre la sábana con un golpe sordo.

«No importa lo que me inyectó. Es como lo que escribes en la última página de un libro. Es el FIN.»

Aquel pensamiento no le dio ningún miedo. Sentía, por el contrario, una especie de sosegada euforia.

«Al menos lo hará de forma piadosa, de un modo…»

—Ah, ¿está aquí? —dijo Annie, y agregó con una sutileza pesada—: Le veo, Paul, sé que está aquí. Veo sus ojos azules. ¿Alguna vez le dije lo bonitos que son? Bueno, supongo que ya se lo habrán dicho otras mujeres… mucho más hermosas que yo y también más cariñosas.

«Volvió.. .Volvió arrastrándose en la noche y me mató. Eso es, con la aguja o con la picadura de abeja. No hay diferencia. Y adiós al cuchillo bajo el colchón. Ahora no soy más que otro número en la considerable cuenta de Annie. —Y mientras la euforia de la inyección empezaba a extenderse, pensó casi con humor —: O quizá otra muestra en su faja. ¡Menuda mierda de Sherezade soy!»

Pensó que el sueño regresaría al cabo de un momento…, un sueño mucho más definitivo. Pero no fue así. La vio guardar la jeringuilla en el bolsillo de su falda. Luego se sentó en la cama, pero no donde lo hacía siempre, sino a los pies, y por un momento sólo vio su espalda sólida, impenetrable, mientras se inclinaba como para revisar algo. Oyó un crujir de madera, luego un sonido metálico y después un rumor tembloroso que ya había escuchado antes. Al cabo de un momento, logró identificarlo. «Ella sabe que está cumpliendo con su deber, como tú sabes que estás cumpliendo con el tuyo. Está cogiendo las cerillas, Paul.»

Sí, cerillas Blue Diamond Tips. Ignoraba qué otra cosa podía hacer al pie de la cama, pero sabía que una de las cosas que había traído y puesto allí mientras él aún dormía, era una caja de cerillas Blue Diamond Tips.

Annie se giró y volvió a sonreír. Su depresión apocalíptica había desaparecido. Se apartó un mechón de cabello con un gesto infantil que, de un modo extraño, se ajustaba al brillo sucio y apagado del mechón.

«El brillo sucio y apagado, muchacho. No lo olvides —pensó—, no está nada mal… Estoy flipado, todo el pasado era el prólogo de esta mierda. ¡Coño! Estoy jodido, pero esta mierda es como flotar en una ola de un kilómetro de altura en un puñetero Rolls, esto…»

—¿Qué quiere primero, Paul? —le preguntó—. ¿Las buenas noticias o las malas?

—Primero las buenas. —Consiguió esbozar una sonrisa amplia y estúpida—.

Supongo que la mala noticia es que esto es el final, ¿no? Imagino que el libro no le ha parecido nada del otro mundo, ¿verdad? Qué le vamos a hacer…, lo intenté. Hasta estaba saliendo bien. Empezaba…, ya sabe…, a zambullirme en él.

Lo miró con reproche.

—Me encanta el libro, Paul. Ya se lo dije, y yo nunca miento. Me gusta tanto, que no quiero leer más hasta el final. Siento que tenga que ser usted quien escriba las enes, pero… sería como fisgonear.

Su mueca estúpida se amplió. Pensó que pronto le llegaría a la nuca, compondría el nudo de los enamorados y la tapa de su pobre y vieja cabeza saltaría aterrizando en el orinal que estaba al lado de la cama. En alguna parte profunda y oscura de su mente, a la que aún no había llegado la droga, se desataron timbres de alarma. A ella le encantaba el libro, lo que significaba que no tenía intención de matarle. Pasara lo que pasara, no tenía intención de matarle. Y a menos que el análisis de su personalidad estuviese totalmente equivocado, eso significaba que aún tenía algo para él.

La luz de la habitación ya no parecía turbia, sino maravillosamente pura, llena de su propio encanto gris. En esa luz podía imaginar grullas vislumbradas a través de una niebla de metal, descansando en silencio sobre una pata, junto a los lagos de las tierras altas. Podía imaginar los flecos de mica de las rocas sobresaliendo en los prados de las tierras altas, que brillaban como el cristal helado de una ventana. Y también elfos agitando sus cuerpos para ir a trabajar en fila bajo las hojas de hiedra temprana, empapadas de rocío. En esa luz…

«Vaya, estás realmente flotando», pensó Paul, y emitió una risita apagada.

Annie le devolvió la sonrisa.

—La buena noticia —le dijo— es que su coche ha desaparecido. He estado muy preocupada por su coche, Paul. Sabía que sería necesaria una tormenta como ésta para librarme de él y que tal vez ni siquiera eso lo conseguiría. El deshielo de primavera se encargó de ese sucio pajarraco de Pomeroy, pero un coche es mucho más pesado que un hombre, ¿no es cierto? Aunque ese hombre estuviera tan lleno de mierda como él lo estaba. Pero la tormenta y el deshielo combinados bastaron para que el truco funcionara. Su coche ha desaparecido. Ésa es la buena noticia.

—¿Qué?

Sonaron más timbres de alarma. Pomeroy… Conocía ese nombre, pero no sabía exactamente de qué.

Pero de pronto… ¡Pomeroy! El gran extinto Andrew Pomeroy, veintitrés años, de Cold Harbor, Nueva York, encontrado en la reserva de Grider Wildlife, dondequiera que eso estuviese.

—Vamos, Paul —dijo con aquella voz afectada que él conocía tan bien—, no hace falta que finja. Sé que sabe quién era Andy Pomeroy porque sé que ha leído mi libro. Esperaba que lo leyese, ¿sabe? Si no, ¿por qué tenía que dejarlo a la vista? Pero me aseguré. Yo me aseguro de todo. Los hilos estaban rotos.

—Los hilos… —dijo débilmente.

—Sí. Una vez leí acerca de cómo descubrir con seguridad si alguien ha estado fisgoneando en nuestros cajones. Se pega un hilo muy fino a través de cada uno y si al volver, lo hallamos roto… Bueno, significa que alguien ha estado fisgoneando. ¿Ve lo fácil que es?

La estaba escuchando, pero lo que realmente deseaba era perderse en la maravillosa cualidad de la luz.

Ella volvió a inclinarse para revisar lo que tenía al pie de la cama, y Paul oyó de nuevo un apagado crujido de madera contra un objeto metálico. Annie siguió apartándose el cabello de la cara con gesto ausente.

—Hice eso con mi libro, sólo que no utilicé hilos, ¿sabe?, sino pelos de mi propia cabeza. Los coloqué en el álbum en tres lugares diferentes y cuando llegué esta mañana muy temprano y entré a hurtadillas como un ratón para no despertarle, los tres cabellos estaban rotos, así que me enteré de que había estado ojeando mi libro.

Hizo una pausa y sonrió. Era una sonrisa favorecedora, hasta donde era posible, pero tenía un matiz desagradable que no podía precisar.

—No es que me sorprendiese —continuó—. Sabía que usted había salido de la habitación. Por cierto, ésa es en realidad la mala noticia. Lo he sabido desde hace mucho tiempo, Paul.

Al parecer, ella lo sabía. Casi desde el principio. Suponía que debería sentirse furioso y aterrado, pero sólo sentía una euforia flotante y soñadora y lo que ella estaba diciendo no parecía tan importante como la gloriosa cualidad de la luz, cada vez más intensa a medida que el día flotaba en el borde de la transformación.

—Pero —dijo con el aire de alguien que vuelve a sus asuntos—, estábamos hablando de su coche. Tengo ruedas para la nieve, Paul, y en mi refugio de las montañas guardo un juego de cadenas. Ayer por la tarde me sentí muchísimo mejor. Pasé casi todo el tiempo de rodillas, orando, y la respuesta llegó, como casi siempre, de forma muy sencilla. El Señor devuelve el ciento por uno de lo que se le ofrece en oración, Paul. Así que puse las cadenas y regresé. No resultó fácil, sabía que podía tener un accidente a pesar de los clavos. También de que un accidente leve es algo que no ocurre a menudo en esas carreteras de montaña llenas de curvas. Pero estaba tranquila porque me sentía segura en la voluntad del Señor.

—Eso es muy edificante. Annie —gruñó Paul.

Ella le lanzó una mirada que expresaba sorpresa momentánea y taimada sospecha… Luego, se relajó y sonrió.

—Tengo un regalo para usted, Paul —dijo suavemente, y antes de que él pudiese preguntar qué era (no estaba seguro de querer ningún regalo de Annie), continuó—: Las carreteras estaban terriblemente heladas. Estuve a punto de salirme en dos ocasiones. La segunda vez, la vieja Bessie se deslizó en un círculo y siguió bajando la montaña. —Rió alegremente— Después, quedé atascada en un banco de nieve alrededor de medianoche; pero un equipo de carreteras del Departamento de Obras Públicas de Eustice vino y me sacó.

—¡Hurra por el Departamento de Obras Públicas de Eustice! —exclamó Paul, con una voz torpe y confusa.

—Ése fue el último tramo difícil, exceptuando el último kilómetro de la carretera del Condado, por la que usted circulaba cuando tuvo el accidente. Habían echado un montón de arena. Paré donde usted derrapó y busqué su coche. Sabía lo que tenía que hacer si lo veía, porque habría preguntas y yo sería la primera a la que se las harían, por razones que creo que ya conoce.

«Soy mucho más listo que usted, Annie. Imaginé ese guión hace unas tres semanas», pensó Paul.

—Una de las razones por las que le traje aquí fue porque parecía algo más que una coincidencia… Era más bien la mano de la Providencia.

—¿A qué se refiere, Annie? —atinó a preguntar.

—Su coche se estrelló casi en el mismo lugar en el que me deshice de Pomeroy, el que decía que era realmente un artista.

Agitó la mano con desprecio, movió los pies y otra vez se produjo un sonido de madera contra metal cuando uno de ellos rozó algo que ella tenía en el suelo.

—Lo recogí en el camino de regreso de Estes Park. Había ido allí a ver una exposición de cerámica. Me gustan las figuritas de cerámica.

—Ya me di cuenta —dijo Paul.

Su voz parecía venir de muy lejos: «¡Capitán Kirk! Nos llega una voz por el subetérico —pensó, y rió débilmente. Ésa parte profunda de sí mismo, la que la droga no podía alcanzar, trató de alertarle para que cerrase la boca, para que simplemente la cerrase; pero ¿qué importaba?

Ella lo sabía— Por supuesto que lo sabe. La diosa abeja de los bourkas lo sabe todo.»

—Me gustaba sobre todo el pingüino sobre el bloque de hielo.

—Gracias, Paul, es gracioso, ¿no es cierto? Pomeroy estaba haciendo autostop. Llevaba una mochila a la espalda. Dijo que era un artista, aunque luego descubrí que no era más que un hippy drogadicto y un pajarraco maloliente que había estado lavando platos en un restaurante de Estes Park durante los últimos meses. Cuando le dije que tenía una casa en Sidewinder, comentó que era una auténtica coincidencia, pues él se dirigía allí. Me contó que le habían hecho un encargo para una revista de Nueva York. Se dirigía al viejo hotel para realizar un dibujo de las ruinas. Sus dibujos acompañarían un artículo que estaban preparando. Era un viejo y famoso hotel llamado Overlook. Se quemó hace diez años. El vigilante lo quemó. Estaba loco, ¿sabe? Todo el mundo lo decía en el pueblo. Pero no importa, ya está muerto. Dejé que Pomeroy se quedase aquí conmigo. Éramos amantes.

Lo miró con los ojos ardiendo en su sólida aunque pastosa cara blanca, y Paul pensó: «Si Andrew Pomeroy podía conseguir que se le levantara contigo, Annie, debía de estar tan loco como el vigilante que incendió el hotel.»

—Entonces descubrí que en realidad no tenía ningún encargo de dibujos. Los estaba haciendo por cuenta propia con la esperanza de venderlos. Ni siquiera estaba seguro de que la revista estuviese haciendo un artículo sobre el Overlook. Lo descubrí bastante pronto. Luego fisgoneé en su cuaderno de apuntes. Tenía derecho a hacerlo. Después de todo, él estaba comiendo mi comida y durmiendo en mi cama. Sólo había hecho ocho o nueve dibujos en todo el cuaderno, y eran horribles.

Arrugó la cara y por un momento tuvo la misma apariencia que cuando imitó al cerdo.

—¡Yo los habría hecho mejor! Él llegó mientras yo estaba mirándolos y se enfadó. Me acusó de estar espiándole. Le dije que yo no llamaba espiar a mirar cosas en mi propia casa. Le dije que, si él era un artista, yo era Madame Curie. Empezó a reír. Se rió de mí. Así que yo…, yo…

—Lo mató —concluyó Paul. Su voz parecía vieja y apagada.

Ella, inquieta, sonrió a la pared.

—Bueno, supongo que fue algo así. No me acuerdo muy bien, sólo de cuando estaba muerto. Eso sí lo recuerdo. Me acuerdo de que le di un baño…

La miró y sintió un horror enfermizo. Vio la imagen: el cuerpo desnudo de Pomeroy flotando en la bañera como un trozo de masa cruda, con la cabeza reclinada en la porcelana y los ojos abiertos mirando al techo.

—Tuve que hacerlo —dijo, apretando los labios—. Usted tal vez ignora lo que puede hacer la policía con un solo hilo o algo de suciedad entre las uñas, hasta con polvo en el cabello de un cadáver. ¡Usted no lo sabe; pero yo he trabajado en hospitales toda mi vida y sí que lo sé! ¡Yo entiendo de medicina legal!

Se estaba metiendo en un «frenesí Annie Wilkes», y él sabía que tendría que decir algo para apaciguarla, al menos temporalmente, pero su boca parecía dormida e inútil.

—¡Van por mí! ¡Todos ellos! ¿Cree que me habrían escuchado si hubiese intentado decirles cómo ocurrió? ¿Lo cree? ¿Lo cree? ¡No! ¡Probablemente dirían algún disparate como que intenté propasarme con él, que se rió de mí, y que por eso lo maté! Sí, seguro que dirían algo así.

«¿Y sabes una cosa, Annie? ¿Sabes una cosa? Creo que eso se acercaría a la verdad», quiso gritar Paul.

—Los malditos buitres de por aquí dirían cualquier cosa para meterme en problemas y manchar mi nombre.

Hizo una pausa respirando hondo, aunque sin jadear, mirándole fijamente, como invitándole a que osara contradecirla.

Luego pareció recuperar el control y siguió con la voz más calmada:

—Lavé…, bueno, lo que quedaba de él… y sus ropas.

Sabía lo que tenía que hacer. Estaba nevando. La primera nevada importante

del año, y decían que tendríamos treinta centímetros de nieve a la mañana siguiente. Puse sus ropas en una bolsa de plástico, envolví su cuerpo en sábanas que llevé a la lavandería automática de la carretera nueve cuando oscureció. Me detuve a medio kilómetro del lugar en que acabó su coche. Caminé internándome en el bosque y allí lo tiré todo. Quizá crea que lo escondí, pero no fue así. Sabía que la nieve lo cubriría y pensé que, si lo dejaba en el lecho de un arroyo, el torrente se lo llevaría al derretirse en primavera… Y eso fue lo que pasó, aunque no suponía que iba a llegar tan lejos. ¡Imagínese! ¡Encontraron su cuerpo al cabo de un año, y a casi quince kilómetros de distancia! Supongo que hubiese sido mejor que no llegara tan lejos, porque siempre hay autostopistas y ornitólogos en la reserva Grider. Los bosques de por aquí no están tan concurridos.

Sonrió.

—Y allí es donde está su coche, Paul, en alguna parte entre la carretera nueve y la reserva Grider Wildlife, en el bosque. Es imposible verlo desde la carretera. Tengo un foco muy potente en la vieja *Bessie.* Miré, pero no vi más que árboles. Creo que iré a pie cuando el agua baje un poco para echar otro vistazo, aunque estoy casi segura de que no hay ningún peligro. Algún cazador encontrará su coche dentro de dos años, de cinco o de siete, oxidado y con ardillas instaladas en los asientos. Para entonces, usted habrá terminado mi libro y estará de regreso en Nueva York, Los Ángeles o donde quiera que decida ir, y yo seguiré aquí viviendo tranquilamente. A lo mejor nos escribimos de vez en cuando.

Le dedicó una sonrisa triste, como una mujer que contempla un hermoso castillo en las nubes. Luego la sonrisa desapareció y continuó su relato:

—Así que volví y tuve tiempo de pensar. Tenía que hacerlo porque su coche había desaparecido y eso significaba que usted podría quedarse, que realmente podría terminar el libro. No siempre estuve segura de ello, ¿sabe?

Aunque nunca se lo dije para no inquietarle. En parte, sabía que usted no podría escribir tan bien si lo hacía. Pero le aseguro que eso parece mucho más frío de lo que en realidad sentía, querido. Y es que…, bueno, yo empecé por amar sólo la parte de usted que crea esas historias maravillosas porque era la única que conocía. No sabía nada acerca del resto y pensé que podía ser poco atra— yente. No soy una tonta. He leído cosas acerca de escritores famosos y sé que muchas veces son muy desagradables. Ese Scott Fitzgerald, por ejemplo, y

Ernest Hemingway y ese palurdo de Mississippi, Faulkner o como se llamara… Esos tipos pueden haber ganado el Pulitzer y cosas así, pero no eran más que *joninos* borrachos. Y otros muchos que, cuando no estaban escribiendo historias maravillosas, pasaban el tiempo bebiendo, puteando, drogándose y Dios sabe qué otras cosas. Pero usted no es así y al cabo de un tiempo empecé a conocer el resto de Paul Sheldon y espero que no le importe, pero he llegado a amarlo también.

—Gracias, Annie —dijo desde la cumbre de su brillante nube dorada, y pensó: «Pero me parece que te has equivocado, ¿sabes? Quiero decir que las circunstancias que sirven al hombre de tentación están aquí severamente recortadas. Es difícil ir de copas cuando uno tiene un par de piernas rotas, Annie. En cuanto a las drogas, tengo a la diosa abeja de los bourkas que me las proporciona.»

—Pero ¿querría usted quedarse? —continuó—. Ésa era la pregunta que me hacía a mí misma y por más que quisiera poner vendas ante mis ojos, ya sabía la respuesta, la sabía aun antes de ver las marcas en la puerta.

Señaló y Paul pensó: «Apuesto a que ella lo sabía casi desde el principio. ¿Una venda? Tú no, Annie, jamás. Era yo el que ponía vendas por los dos.»

—¿Recuerda la primera vez que me marché, después de que tuviéramos aquella estúpida pelea por el papel?

—Sí, Annie.

—Aquel día salió por primera vez, ¿es cierto?

—Sí. —No tenía sentido negarlo.

—Claro. Buscaba sus cápsulas. Debí suponer que haría cualquier cosa por conseguir esas cápsulas, pero cuando me enfurezco… Bueno, ya sabe…

Rió nerviosa. Paul no la acompañó, ni siquiera sonrió. El recuerdo de aquel interludio interminable de dolor con la voz espectral del locutor narrando cada jugada, era demasiado fuerte y horrible.

«Sí, ya sé cómo te pones, maldita bruja». Se dijo en silencio.

—Al principio no estaba muy segura. Descubrí que algunas de las figuritas de la sala habían sido movidas, pero pensé que tal vez lo había hecho yo misma. A veces soy muy distraída. Es cierto que contemplé la posibilidad de que hubiera salido de la habitación, pero luego pensé: «No, eso es imposible. Está muy lastimado; además, yo cerré la puerta.» Hasta me aseguré de que aún tenía la

llave en el bolsillo de la falda. Entonces recordé que usted estaba en la silla. Así que tal vez… Una de las cosas que una aprende cuando ha sido enfermera diplomada durante diez años es que siempre es conveniente investigar las posibilidades. Así que eché un vistazo a las cosas que guardo en el cuarto de baño. Casi todo son muestras que traje a casa mientras trabajaba. ¡Debería ver las cosas que corren por los hospitales, Paul! Así que, de vez en cuando, cogía algo…, bueno, algunos extras, y no crea que era la única. Pero era lo bastante lista para no coger ninguna droga con base de morfina. Ésas las guardan bajo llave. Las cuentan, las registran, y si sospechan que una enfermera está… «picando», lo llaman, así, la vigilan hasta que se aseguran y entonces… ¡bang! —Golpeó la cama con fuerza—. ¡A la calle! Y la mayoría no vuelve a ponerse la cofia blanca en su vida. Yo era más lista. Mirar esas cajas era lo mismo que mirar las figuritas en la mesa de la sala. Pensé que alguien las había tocado y estaba casi segura de que una de las cajas había cambiado de posición; pero no tenía absoluta certeza. Podía haberlo hecho yo misma cuando estaba… preocupada. Dos días más tarde, cuando casi había decidido olvidar el asunto, vine a darle su medi— cina de la tarde. Usted aún dormía la siesta. Traté de girar el pomo de la puerta; pero estaba atascado, como si estuviese la llave echada. Luego giró y oí un ruido dentro de la cerradura. Y entonces usted empezó a moverse, así que le di sus cápsulas como si no sospechase nada. En eso soy muy buena, Paul. Luego le ayudé a sentarse en la silla para que pudiese escribir. Y al hacerlo, me sentí como san Pablo en el camino de Damasco. Se me abrieron los ojos. Vi que el color había vuelto a su cara y que estaba moviendo las piernas. Aún le dolían y sólo podía moverlas un poco, pero las estaba moviendo. Y sus brazos se encontraban también fortalecidos. Observé que casi había recuperado la salud. Entonces empecé a darme cuenta de que podía tener problemas con usted aun cuando nadie de fuera sospechase nada. Le miré y comprendí que tal vez yo no era la única que sabía guardar secretos. Esa noche cambié la medicina y le suministré algo más fuerte y cuando me aseguré de que no despertaría aunque alguien lanzase una granada en su cama, saqué la caja de herramientas del sótano y quité la cerradura de la puerta. Y mire lo que encontré…

Sacó algo pequeño y oscuro de un bolsillo de la falda. Se lo puso en la mano. Él se lo acercó a la cara y lo miró fijamente. Era un trozo de horquilla.

Paul empezó a reír. No podía evitarlo.

—¿Qué es lo que le hace tanta gracia, Paul?

—¡El día que fue a pagar los impuestos! Necesitaba abrir la puerta otra vez.

La silla, era demasiado ancha y había dejado marcas negras. Quería limpiarlas, si podía.

—Para que yo no las viera.

—Sí, pero ya las había visto, ¿verdad?

—¿Después de encontrar una de mis horquillas en la cerradura? —Sonrió—. Puede apostar lo que quiera a que sí.

Paul asintió con la cabeza y se rió aún más fuerte. Reía tanto que las lágrimas se le salían de los ojos. Todos sus esfuerzos, todas sus preocupaciones…, todo para nada. Parecía deliciosamente cómico.

—Me preocupaba que ese trozo de horquilla me metiera en un lio…, pero no ocurrió. Ni siquiera volví a oírlo. Y por una buena razón, ¿no es así? No sonaba porque usted lo había sacado. ¡Es usted, una engañabobos, Annie!

—Sí —le dijo, y sonrió ligeramente—, soy una engañabobos.

Movió los pies. De nuevo sonó, a los pies de la cama, el ruido de madera.

22

—¿Cuántas veces salió de la habitación, Paul?

«El cuchillo. Dios mío, el cuchillo», imploró en silencio.

—Dos. No, espere. Ayer volví a salir alrededor de las cinco de la tarde para llenar la jarra de agua.

Eso era cierto, pero había omitido la razón real de su viaje. Esa razón estaba escondida debajo de su colchón. «La princesa y el guisante —pensó—. Tres veces, contando el viaje por el agua.»

—Diga la verdad, Paul.

—Sólo tres veces, lo juro. Y nunca para escapar. Por Dios, estoy escribiendo un libro, ¿lo ha olvidado?

—No use el nombre de Dios en vano, Paul.

—Deje de usar el mío de esa forma y puede que no lo haga. La primera vez sentía un dolor infernal de las rodillas para abajo, y usted fue la responsable, Annie.

—Cállese, Paul.

—La segunda vez necesitaba comer algo y asegurarme de tener algunas reservas en caso de que usted estuviese fuera mucho tiempo. —Siguió, sin hacerle caso—. Luego, tuve sed. Eso es todo. No hay ninguna conspiración.

—Supongo que no trató de utilizar el teléfono ni miró las cerraduras, claro, porque usted es un niño muy bueno.

—Claro que traté de usar el teléfono, y también miré las cerraduras, pero no hubiese podido llegar muy lejos en el lodazal que nos rodea aunque sus puertas hubiesen estado abiertas de par en par.

La droga estaba haciendo efecto en oleadas cada vez más intensas y todo lo que deseaba era que ella callase y se fuera. Lo había drogado para obligarle a decir la verdad. Esta vez tendría que pagar las consecuencias, pero antes quería dormir.

—¿Cuántas veces salió?

—Ya se lo he dicho.

—¿Cuántas veces? —Su voz se elevó de tono—. Diga la verdad.

—¡Estoy diciendo la verdad! ¡Tres veces!

—¿Cuántas veces, maldición?

A pesar de la influencia de la droga, Paul empezó a sentir miedo.

«Si me hace algo, al menos no será muy doloroso… Y ella quiere que termine el libro…», recordó.

—Me está tomando el pelo.

Notó la brillantez de su piel, como una fina película de plástico firmemente extendida por una piedra. Parecía no tener poros.

—Annie, le juro…

—¡Vamos, los mentirosos también pueden jurar! ¡Les encanta jurar! Está bien, tómeme por tonta, si eso es lo que quiere. Está muy bien, pero que muy bien. Trate a una mujer que no es tonta como si lo fuese y siempre se le

adelantará. Verá, Paul, he puesto hilos y pelos de mi propia cabeza por toda la casa y he encontrado muchos de ellos rotos últimamente, o desaparecidos como por arte de magia. No sólo en el libro, sino en el pasillo y en los cajones de mi cómoda, en el piso de arriba, en el cobertizo… en todas partes.

«Annie, ¿cómo puedo haber salido al cobertizo, con todas esas cerraduras en la puerta de la cocina?», quiso preguntar, pero ella prosiguió su discurso.

—Ahora siga diciéndome que sólo salió dos veces, señor Sabihondo, y yo le diré quién es el tonto.

La miró fijamente, aturdido y horrorizado. No sabía qué responder. Todo aquello era tan paranoico, tan demente…

«Dios mío —pensó, olvidando el cobertizo ante esta nueva locura— ¿Arriba? ¿Dijo ARRIBA?»

—Annie, en el nombre de Dios, ¿cómo se le ocurre decir que he podido subir allí arriba?

—¿Quiere que se lo diga? —gritó—. ¡Pues se lo diré! Hace unos días entré aquí y usted se las había apañado solito para sentarse en la silla de ruedas. Si pudo hacer eso, pudo subir las escaleras. ¡Pudo haberse arrastrado!

—Sí, con las piernas rotas y la rodilla destrozada —comentó.

De nuevo apareció aquella mirada oscura y demente bajo la piedra.

Annie Wilkes se había ido. Tenía ante él a la diosa bourka de las abejas.

—No se pase de listo conmigo, Paul —le susurró.

—Bueno, Annie, al menos uno de los dos tiene que intentarlo y usted no está haciendo ningún esfuerzo. Si sólo tratase de comprender…

—¿Cuántas veces?

—Tres.

—La primera a buscar medicina.

—Sí. Cápsulas de Novril.

—Y la segunda a proveerse de comida.

—Eso es.

—La tercera vez fue a llenar la jarra.

—Sí, Annie. Estoy tan mareado…

—La llenó en el lavabo del pasillo.

—Sí.

—Una vez por medicina, otra por comida y otra por agua.

—Sí, ya se lo dije. —Trató de gritar, pero apenas emitió un gruñido.

Ella metió la mano en el bolsillo y sacó el cuchillo de carnicero. Su hoja afilada brillaba en la luz de la mañana. De repente se giró a la izquierda y lo lanzó a la pared con la gracia casual y mortífera de un artista de feria. Quedó clavado en el enyesado, temblando bajo el cuadro del Arco de Triunfo.

—Inspeccioné su colchón antes de ponerle la inyección preoperatoria. Esperaba encontrar cápsulas. Lo del cuchillo fue una sorpresa. Casi me corté. Pero usted no lo puso ahí, ¿verdad?

No contestó. Su mente daba vueltas como la noria de un parque de atracciones fuera de control. ¿Preoperatoria? ¿Fue eso lo que dijo? De repente tuvo la completa seguridad de que ella tenía la intención de sacar el cuchillo de la pared y castrarlo.

—No, usted no lo puso ahí. Usted salió una vez a buscar medicina, otra a buscar agua y otra a buscar comida. Este cuchillo debe de haber… debe de haber venido volando hasta aquí y ha aterrizado debajo de su colchón. Sí, eso es lo que debe de haber ocurrido —exclamó con una risa sar— cástica.

«¿Preoperatorio? ¡Dios mío! ¿Fue eso lo que dijo?», —se preguntó Paul, desesperado.

—¡Maldito sea! —gritó—, ¡maldito! ¿Cuántas veces?

—¡Está bien! ¡Está bien! Cogí el cuchillo cuando fui a buscar agua, lo confieso. Si cree que eso significa que salí muchas veces, escoja usted misma el número que le parezca. Si le parece que fueron cinco, pues cinco. Si supone que salí veinte, pues veinte, o cincuenta, o cien, así fue, lo admito. He salido todas las veces que usted quiera, Annie.

Por un instante, en medio de la furia y perplejidad causada por las drogas, había perdido de vista el concepto nebuloso y aterrador inherente a la expresión «inyección preoperatoria». Quería decirle muchas cosas, aunque sabía que una paranoica furiosa como Annie rechazaría lo más evidente. Había humedad… Seguramente por eso sus pelos e hilos se habían despegado, sin tener en cuenta las ratas que, con el sótano lleno de agua y ella fuera de casa, las había oído correr por las paredes. La casa estaba a su disposición, sin mencionar la porquería que Annie había dejado por allí. Las ratas eran, probablemente, los duendecillos que habían roto casi todos los hilos que había puesto. Pero ella descartaría esas ideas. En su mente, Paul Sheldon estaba preparado para correr la

maratón de Nueva York.

—Annie…, Annie, ¿qué quiso decir con eso de que me puso una inyección preoperatoria?

Pero Annie aún tenía la mente fija en el otro asunto.

—Creo que fueron siete —repuso con suavidad—, al menos siete veces.

—Si quiere que sean siete, adelante. Pero… ¿qué quiso decir con eso…?

—Veo que se empeña en seguir en sus trece —le dijo—. Supongo que los tipos como usted deben acostumbrarse tanto a mentir para ganarse la vida que ya no pueden dejar de hacerlo en la realidad. Pero es igual, Paul. Porque el principio no cambia si salió siete veces o setenta veces siete. El *principio* no cambia y tampoco la *respuesta*.

Se alejaba cada vez más, flotando… Cerró los ojos y oyó que ella le hablaba desde una gran distancia, como una voz sobrenatural desde una nube. «Diosa», pensó.

—¿Ha oído hablar de los primeros tiempos de las minas de diamantes de Kimberly, Paul?

—El libro lo escribí yo —dijo sin razón alguna, y rió.

(«¿Preoperatoria? ¿Inyección preoperatoria?», insistía su mente.)

—A veces los nativos robaban diamantes. Los envolvían en hojas y se los metían en el recto. Si lograban salir del Gran Agujero sin ser descubiertos, corrían. ¿Y sabe lo que les hacían los ingleses si los pescaban antes de que llegasen al Oranjerivier y se adentrasen en el país de los bóers?

—Los mataban, supongo —dijo con los ojos cerrados.

—Qué va. Eso hubiese sido como desechar un coche caro sólo porque se ha roto una bujía. Si los cogían, se aseguraban de que pudiesen continuar trabajando; pero también se aseguraban de que no volviesen a correr nunca más. La operación se llamaba «hacer cojos», Paul, y eso es lo que voy a hacer con usted. Por mi propia seguridad y… también por la suya. Créame, necesita que le protejan de sí mismo. Recuerde, sólo un poco de dolor y habré terminado. Trate de pensar en eso.

Un terror tan afilado como una ventisca llena de navajas voló a través de la droga y Paul abrió los ojos. Ella se había levantado y empezaba a bajar las sábanas, exponiendo sus piernas torcidas y sus pies desnudos.

—No —balbuceó Paul—. No… Annie… ¿Por qué no discutimos lo que

tiene en mente, sea lo que sea…? Por favor…

Se inclinó. Cuando volvió a erguirse tenía un hacha en una mano y en la otra un soplete de propano. El hacha era la misma que estaba clavada en el bloque de madera del cobertizo.

Su filo brillaba. En un lado del soplete se leía Bernz-O— matiC. Volvió a inclinarse y esta vez asió una botella oscura y una caja de cerillas. En la botella había una etiqueta; en la etiqueta, la palabra Betadine.

Nunca olvidaría esas cosas, esas palabras, esos nombres.

—¡Annie, no! —gritó—. ¡Annie, me quedaré aquí! ¡Ni siquiera saldré de la cama! ¡Por favor! ¡Oh, Dios, por favor, no lo haga!

—Saldrá bien —dijo, y su cara tenía la apariencia plana e inexpresiva de un gran vacío. Antes de que su mente se consumiese por completo en un incendio de pánico, comprendió que cuando aquello hubiese terminado ella apenas recordaría lo que había hecho, al igual que apenas recordaba haber matado a los niños, a los viejos, a los pacientes desahuciados y a Andrew Pomeroy. Después de todo, era la misma mujer que minutos atrás había dicho que llevaba diez años de enfermera, aunque se había graduado en 1966.

«Mató a Pomeroy con esa misma hacha. ¡Lo sé!», intuyó Paul.

Siguió chillando y suplicando pero sus palabras se habían convertido en un balbuceo inarticulado. Trató de girarse, de apartarse de ella, y sus piernas gritaron de dolor. Trató de moverlas hacia arriba para hacerlas menos vulnerables, para que no fuesen un blanco tan fácil.

—Sólo un minuto más, Paul —destapó el Betadine y echó una sustancia de color marrón rojizo en su tobillo izquierdo—. Sólo un minuto más y habrá pasado todo.

Puso el hacha plana. Los tendones de su poderosa muñeca derecha sobresalían.

Vio el guiño del anillo de amatista que ahora llevaba en el dedo meñique de esa mano y cómo echaba Betadine en la hoja del hacha.

Percibió un inconfundible olor a consultorio médico, lo que siempre significaba que a uno le iban a poner una inyección.

—Sólo un poco de dolor, Paul, no será mucho, se lo prometo —dijo, volviendo el hacha y rociando el otro lado de la hoja.

—Annie, Annie, por favor…, por favor… ¡No, por favor! ¡Annie, juro que

me portaré bien! ¡Lo juro por Dios! ¡Me portaré bien! ¡Por favor, deme una oportunidad para portarme bien! Annie, por favor, déjeme ser bueno…

—Sólo un poco de dolor y todo este desagradable asunto quedará atrás para siempre, Paul.

Tiró la botella abierta de Betadine por encima del hombro. Su cara era inexpresiva, decidida y sólida. Con la mano derecha, asió el mango del hacha justo debajo del acero y con la izquierda lo agarró más abajo.

Abrió las piernas como un leñador.

—¡Annie, por favor, por favor, no me haga daño…!

—No se preocupe —dijo con los ojos extraviados—. Soy una enfermera diplomada.

El hacha bajó silbando y se incrustó en la pierna izquierda de Paul Sheldon, encima del tobillo. El dolor estalló en su cuerpo como un rayo gigantesco. La sangre oscura salpicó la cara de Annie como pintura de guerra. Manchó la pared. Paul oyó la hoja chirriando en el hueso mientras ella la sacaba. Miró sin poder creerlo. La sábana se estaba tiñendo de rojo. Vio cómo se movían los dedos. Entonces observó que ella levantaba otra vez el hacha chorreante. Su cabello había escapado completamente de las horquillas y cubría parte de su cara vacía.

Trató de retirar la pierna a pesar del dolor y se dio cuenta de que la pierna se movía, pero el pie no. Todo lo que hacía era ensanchar el corte del hacha abriéndolo como una boca. Apenas tuvo tiempo de comprender que el pie seguía sujeto a su cuerpo sólo por la carne de su pantorrilla. Después la hoja volvió a caer directamente sobre la herida abriéndose paso a través de la pierna hasta enterrarse en el colchón. Los muelles saltaron.

Annie sacó el hacha y la tiró a un lado. Miró el muñón sangriento con expresión ausente y cogió la caja de cerillas. Encendió una. Luego cogió el soplete de propano que tenía escrito Bernz-O-matiC en un lado y abrió la válvula. El soplete siseó burlescamente. La sangre salía a borbotones. Annie acercó delicadamente la cerilla a la boca del Bernz-O-matiC. Se oyó un bufido y apareció una llama larga y amarilla. Annie la ajustó hasta conseguir una dura línea azul de fuego.

—No puedo suturar, querido, no hay tiempo. El torniquete no sirve. No hay punto de presión. Tengo que… cauterizar.

Se inclinó. Paul gritó y la llama se desparramó sobre el muñón vivo y

sangrante. Salió humo. Tenía un olor dulce. Él había ido con su primera mujer de luna de miel a Maui. Había un luau. Aquel olor le recordó al cerdo cuando lo sacaron del pozo en el que se había estado asando todo el día. El cochinillo estaba negro, doblándose, deshaciéndose.

El dolor gritaba. Él gritaba…

—Ya está, casi —dijo ella.

Giró la válvula y la sábana empezó a arder alrededor del muñón, que ya no sangraba, sino que quedó negro como la piel del cerdo al sacarlo del pozo del luau. Eileen había vuelto la cara, pero él había observado con fascinación cómo le arrancaban su crujiente envoltura con la misma facilidad con que uno se quita la camiseta después de un partido de fútbol.

—Ya está, casi…

Apagó el soplete. La pierna había perdido su pie y estaba rodeada de llamas. La mujer se inclinó y volvió a erguirse con su viejo amigo en las manos, el cubo amarillo. Lo volcó sobre las llamas.

Paul gritaba y gritaba. ¡El dolor! ¡La diosa! ¡El dolor…! ¡Oh, África! Ella miraba, lo observaba a él y contemplaba la sábana ensangrentada, que se iba oscureciendo. Al mismo tiempo, parecía sumida en una vaga consternación, como si escuchara en la radio la noticia de que un terremoto ha matado a miles de personas en Pakistán o en Turquía.

—Se pondrá bien, Paul —dijo, pero su voz, de pronto sonó asustada y sus ojos empezaron a vagar por la habitación, como cuando pareció perder el control al quemar el libro en la barbacoa; entonces se fijaron en algo, casi con alivio—. Sólo tengo que tirar la basura.

Cogió el pie. Los dedos aún se retorcían. Lo llevó a través de la habitación. Cuando llegó a la puerta, los dedos habían dejado de moverse. Él vio una cicatriz en el arco y recordó cómo se la había hecho: pisando un casco de botella cuando era pequeño. ¿Había sido en Revere Beach? Sí, creía. Recordó haber llorado y que su padre le decía que era sólo un corte sin importancia, que dejase de actuar como si le hubiesen cortado el pie. Annie se detuvo en la puerta y se volvió a mirar a Paul, que chillaba y se retorcía en la cama chamuscada y empapada de sangre con la cara pálida como un muerto.

—Ahora ya le he «hecho cojo» —afirmó—. No me culpe. La culpa es suya.

Se fue.

Paul también.

23

La bruma había vuelto. Paul se sumergió en ella sin importarle si sería para morir o para seguir inconsciente. Casi lo deseaba.

«No más dolor, por favor. No más recuerdos, no más dolor, no más horror, no más Annie Wilkes…», exclamaba su conciencia mutilada.

Se zambulló en la nube, se internó en ella, escuchando vagamente sus propios gritos y oliendo su propia carne asada.

Mientras las ideas se desvanecían, pensó: «¡Diosa! ¡Te mataré! ¡Diosa! ¡Te mataré! ¡Lo juro!» Luego ya no hubo nada más… Nada.

III
Paul

No puedo. Hace media hora que intento dor mir; pero no puedo. Escribir aquí es una especie de droga. Es lo único que espero. Esta tarde he leído lo que escribí y parecía vivido. Ya sé que lo parece porque mi imaginación agrega todos los fragmentos que otra persona no comprendería, quiero decir, es mi vanidad, pero parece una es pecie de magia… Lo cierto es que no puedo vivir en este presente. Me volvería loco si lo hiciese.

JOHN FOWLES
El coleccionista

1

CAPÍTULO 32

—¡Oh Dios sagrado! —gimió Ian, e hizo un movimiento convulsivo hacia adelante. Geoffrey cogió el brazo de su amigo. El constante sonido de los tambores latía en su cabeza como un delirio de muerte. Las abejas revoloteaban en torno a ellos, pero no se detenían. Sencillamente pasaban volando y se dirigían al claro como atraídas por un imán, pensó Geoffrey con repugnancia.

2

Paul cogió la máquina de escribir y la agitó. Al cabo de un rato, cayó una pequeña pieza de acero encima de la tabla que tenía sobre los brazos de la silla. La cogió y la miró.

Era la letra «t». La máquina de escribir acababa de escupir su «t».

«Tendré que quejarme a la dirección. No voy a pedir una nueva máquina de escribir, voy a exigirla, coño. Ella tiene dinero, sé que lo tiene. Quizá lo esconde

en tarros de mermelada, bajo el establo o tal vez en las paredes de su Casa de la Risa, pero ella tiene pasta y… ¡Dios mío, es la t, una de las letras que más se usan!», pensó.

No iba a pedir nada a Annie, por supuesto, y mucho menos a exigirlo. El hombre que había sufrido lo indecible, el hombre que no tenía nada a que aferrarse —ni siquiera esa mierda de libro—, ese hombre se lo habría pedido. Con dolor o sin él, ese hombre había tenido las agallas de enfrentarse a Annie Wilkes.

Él era ese tipo y tal vez debía sentirse avergonzado; pero ese hombre, ¡maldita sea!, había tenido dos grandes ventajas sobre él. Dos pies… y dos dedos pulgares.

Paul se quedó pensando durante un rato, volvió a leer la última línea rellenando las omisiones mentalmente y luego volvió a trabajar.

«Mejor así. Mejor no pedir nada. Mejor no provocar… Las abejas zumban tras su ventana.»

Era el primer día de verano.

3

—¡Suéldame! —gritó, y se volvió hacia Geoffrey cerrando la mano en un puño. Los ojos saltaban enloquecidos en su cara lívida y parecía no darse cuento en absoluto de quién le impedía llegar a su amada. Geoffrey comprendió con fría certeza que lo que había visto cuando Hezequiah corrió la cortina protectora de arbustos, había estado a punto de hacer que Ian perdiese el juicio. Aún se tambaleaba al borde de la locura y el más ligero empujón haría que se precipitase. Si eso ocurría se llevaría a Misery con él.

—Ian…

—¡Déjame en paz!

Ian tiró hacia atrás con furia y Hezequiah gimió asustado.

—*No,* amo, poner abejas locas. Ellas pican señora.

Ian parecía no escuchar. Se libró de Geoffrey con los ojos enloquecidos lanzando a su viejo amigo un puñetazo en la mejilla. Por la cabeza de Geoffrey volaron estrellas negras, pero aun así vio que Hezequiah empezaba a blandir el mortífero *gosha,* un saco lleno de arena que utilizaban los bourkas en la lucha cuerpo a cuerpo.

—*Alo* —murmuró—. Déjame a mí.

De mala gana, Hezequiah hizo que el *gosha* se desenredase hasta el final de su cuerda de cuero como un péndulo que va deteniéndose.

De pronto, un nuevo golpe sacudió la cabeza de Geoffrey, aplastando sus labios contra los dientes y haciéndole sentir en la boca el sabor agridulce y cálido de la sangre. Se produjo un sonido seco y largo mientras la camisa de Ian, descolorida y desgarrada por todas partes, empezaba a romperse bajo el puño de Geoffrey. De un momento a otro, lograría liberarse. Geoffrey se dio cuenta con estupor de que era la misma camisa que Ian llevaba puesta en el banquete del barón tres noches atrás… Por supuesto. *No* había tenido tiempo de cambiarse desde entonces, ni Ian, ni ninguno de ellos. Sólo hacía tres noches, pero daba la impresión que hubiese estado llevando esa camisa durante los últimos tres años, como a él

le parecía que habían pasado trescientos desde la fiesta. «Sólo hace tres noches», pensó otra vez con estúpida perplejidad, y Ian empezó a lanzar puñetazos.

—¡Suéltame, maldito! —Ian lanzó una y otra vez su puño ensangrentado contra la cara de Geoffrey, el amigo por el cual, en su sano juicio, hubiese dado la vida.

—¿Quieres demostrar tu amor por ella matándola? —preguntó Geoffrey suavemente—. Si eso es lo que quieres hacer, viejo amigo, entonces déjame inconsciente.

El puño de Ian vaciló. Algo parecido a la cordura volvió a su rostro enloquecido y aterrorizado.

—Tengo que salvarla —murmuró como en un sueño—. Siento haberte pegado, Geoffrey, de veras lo siento, querido amigo; pero tengo que… Tú la

ves… —Dirigió una rápida mirada como si pretendiera confirmar lo horrible de aquella visión y otra vez trató de correr hacia el claro del bosque donde Misery había sido atada a un poste con los brazos sobre la cabeza. Brillando en sus muñecas y sujetándola a la rama más baja del eucalipto, el único árbol en el claro, había un objeto que parecía haber captado la atención de los bourkas antes de arrojar al barón Heidzig en la boca del ídolo condenándolo a una muerte horrible. Misery había sido atada con las esposas de acero azul del barón.

Ahora fue Hezequiah quien agarró a Ian, pero los arbustos crujieron y Geoffrey miró al claro. De pronto, el oxígeno dejó de llegar a sus pulmones. Era como si tuviese que subir una colina rocosa con un cargamento de explosivos en mal estado y peligrosamente volátiles. «Una picadura —pensó—, una sola y todo habrá terminado para ella.»

—*No,* amo —decía Hezequiah en un tono de paciencia aterrorizada—. Es como dice otro amo… Si usted salir ahí, abejas despertar de su sueño. Y si abejas despertar, no importar ella muere de una picadura o de mucha picadura. Si abejas despertar de su sueño, todos morir, pero ella muere primero y peor.

Poco a poco, Ian se relajó entre su amigo y el hombre negro. Su cabeza se volvió con horrible desagrado, como si no quisiera mirar y sin embargo no pudiese evitarlo.

—¿Qué vamos a hacer? ¿Qué podemos hacer por mi pobre amada?

—*No* lo sé. —La frase llegó a los labios de Geoffrey que, en su estado de horrible inquietud, apenas pudo mordérselos para que no escapara. Se le ocurrió, y no por primera vez, que el hecho de que Ian tuviese a la mujer que él amaba con igual intensidad, aunque en secreto, le permitía abandonarse a una extraña especie de egoísmo y a una femenina histeria que él no podía permitirse. Después de todo, para el resto del mundo él no era más que el amigo de Misery.

«Sí, sólo su amigo», pensó con una ironía crispada y dolorosa, y entonces sus ojos se volvieron al claro. A su «amiga».

Misery no llevaba ni un trozo de tela; pero Geoffrey pensó que ni la más

pudorosa aldeana podría haberla acusado de indecencia. La hipotética puritana tal vez habría gritado huyendo espantada de la visión de Misery, pero sus gritos los habrían causado el te rror y la repugnancia, más que una profanación de la decencia. Misery no llevaba ni un pedazo de tela pero distaba mucho de hallarse desnuda.

Estaba vestida de abejas. Desde la punta de sus pies hasta su cabello rubio oscuro, estaba vestida de abejas. Parecía llevar una especie de hábito extraño, porque se movía y ondulaba por las curvas de sus pechos y de sus caderas aunque no soplaba ni la más leve brisa. De igual forma, su cara parecía encerrada en un toque de modestia casi mahometana. Sólo sus ojos, de un gris azulado, miraban a través de la máscara de abejas que se arrastraba lentamente por su cara.

Miles de abejas gigantes de África, las abejas más venenosas y peligrosas del mundo, se arrastraban de arriba abajo por los brazaletes del barón antes de juntarse en las manos de Misery.

Mientras Geoffrey miraba, iban llegando más abejas de todos los puntos cardinales. Sin embargo, le parecía claro, a pesar de su actual distracción, que la mayoría venía del Oeste desde donde amenazaba la gran cara de piedra de la diosa.

Los tambores sonaban con un ritmo constante, tan soporífero como el zumbido de las abejas. Pero Geoffrey sabía lo engañoso que era ese sopor. Había visto lo que le había ocurrido a la baronesa y daba gracias a Dios de que Ian se hubiese librado de presenciarlo… El sonido de ese murmullo adormecedor, aumentó de pronto hasta conve rti rse en un zumbido estridente, que al principio apagó y luego ahogó por completo los gritos de agonía de la mujer. Había sido una criatura frivola y estúpida, también peligrosa. Casi les había costado la vida cuando había liberado al guarda de stringfellow; pero estúpida o no, ningún ser humano merecía morir así.

En su mente, Geoffrey repitió la pregunta de Ian: «¿Qué vamos a hacer? ¿Qué podemos hacer por mi pobre amada?»

—Nada puede hacer ahora, amo; pero ella no en peligro. Mientras suenen tambores, abejas dormir. Y señora dormir también —dijo Hezequiah.

Ahora las abejas la cubrían como una manta gruesa y móvil. Sus ojos, abiertos pero sin ver, parecían retroceder en la cueva viviente de abejas que se arrastraban por su cuerpo.

—¿Y si los tambores se detienen? —preguntó Geoffrey en voz muy baja y casi sin fuerzas. Y en ese instante se detuvieron.

Por un mom o l d s

4

Paul miró la última línea sin poder creerlo. Levantó la Royal. Había seguido levantándola como una pesa cuando ella no estaba en la habitación, sólo Dios sabía por qué. La agitó otra vez. Las teclas sonaron y cayó otro trozo de metal sobre la tabla que le servía de escritorio.

Oía el ruido del tractor cortacésped de Annie. Estaba en la parte delantera de la casa arreglando el prado para que esos *joninos* Roydman no tuviesen nada que contar en la ciudad.

Volvió a poner la máquina de escribir en la tabla, inclinándola hacia arriba para recibir la nueva sorpresa. La observó bajo la fuerte luz que entraba por la ventana sin alterar su expresión de incredulidad.

Para aumentar la diversión, la Royal había expelido otra de las letras más utilizadas, la «e».

Paul miró el calendario. La fotografía mostraba un prado con flores en el mes de mayo; pero él llevaba un registro propio del tiempo anotado en un trozo de papel y de acuerdo con su almanaque casero era el 21 de junio.

«Deja correr los días perezosos, aturdidos, los días locos del verano», pensó con amargura, y tiró la tecla en la dirección mil veces recorrida de la papelera.

«Bueno, ¿y ahora qué hago?», se preguntó, pero ya sabía la respuesta, escribir a mano. Era la única solución.

Pero ahora no. Aunque unos segundos atrás corría como amenazado por un fuego, ansioso por hacer que Ian, Geoffrey y el gracioso Hezequiah cayesen en la emboscada de los bourkas y fuesen transportados a las cuevas, preparando un final emocionante, de pronto se sentía muy cansado. El agujero del papel se había cerrado con un golpe inexorable.

«Mañana —pensó—, mañana empezaría a escribir a mano. ¡A la mierda, quéjate a dirección!»

Pero no podía hacerlo. Annie estaba demasiado rara.

Escuchó el monótono gruñido del cortacésped, vio su sombra y como siempre que pensaba en los cambios de personalidad de Annie, su mente recuperó la imagen del hacha elevándose y luego cayendo; el espectáculo de su espantosa cara, impasible, mortal, salpicada con su sangre. Lo revivía con toda claridad. Cada palabra que ella había pronunciado, cada súplica que él había

proferido, el chirrido del hacha saliendo del hueso roto, la sangre en la pared… Todo tan claro como si estuviera ocurriendo en ese instante. Trató de bloquear ese recuerdo y llegó un segundo demasiado tarde.

Paul había entrevistado a muchas víctimas de accidentes de tráfico porque el giro crucial del argumento de *Automóviles veloces* se centraba en el accidente casi mortal de Tony Bonasaro en su desesperado esfuerzo por escapar de la policía, lo que conducía al epílogo, un interrogatorio contundente efectuado por el compañero del finado teniente Gray en el cuarto de hospital donde se hallaba Tony. Una y otra vez había escuchado lo mismo con diferentes palabras: «Recuerdo haber entrado en el coche y recuerdo haber despertado aquí. Todo lo demás está en blanco.»

¿Por qué no le ocurriría eso a él?

«Porque los escritores lo recuerdan todo, Paul, especialmente las heridas —reconoció abatido—. Desnuda a un escritor, señala sus cicatrices y te contará la historia de cada una de ellas, incluyendo las más pequeñas. De las grandes, se sacan novelas, no amnesia. Es bueno tener un poco de talento si quieres ser escritor, pero el único requisito auténtico es la habilidad para recordar la historia de cada cicatriz… El arte consiste en la persistencia de la memoria.»

¿Quién dijo eso? ¿Thomas Szasz? ¿William Faulkner? ¿Cyndi Lauper?

El último nombre trajo una asociación de ideas triste y dolorosa en las presentes circunstancias. El recuerdo de Cyndi Lauper hipando alegremente: «Las chicas sólo quieren divertirse.» Era tan claro que casi producía un efecto auditivo: «Oh, papá querido, aún eres el número uno; / pero las chicas quieren divertirse. / Oh, cuando el día de trabajo termina, / las chicas sólo quieren divertirse.»

De repente, necesitaba un pinchazo de *rock and roll* más de lo que había necesitado un cigarrillo en su vida. No tenía que ser Cyndi Lauper, cualquiera serviría. Cielos, hasta con Ted Nugent tendría bastante.

Recordó el hacha bajando y su tétrico silbido.

«No pienses en eso», se dijo.

Pero era estúpido. Pasaba el día repitiéndose lo mismo, sabiendo que aquel recuerdo estaba en su mente como un hueso en la garganta. ¿Iba a permitir que siguiera allí? ¿O iba a portarse como un hombre vomitando aquella porquería?

Entonces recordó algo más. Parecía que era el día de Peticiones de Éxitos

Dorados para Paul Sheldon. El primero corría a cargo de Oliver Reed haciendo de científico loco, pero suavemente persuasivo en la película de David Cronenberg, *La mosca*. Reed instaba a sus pacientes del Instituto de Psicoplasmática, un nombre que a Paul le había parecido deliciosamente gracioso: «¡Vívanlo, vívanlo hasta el fondo!»

Bueno, tal vez en ciertas ocasiones no era un mal consejo.

«Una vez lo viví. Aquello fue suficiente», pensó Paul.

Si pasar por las cosas una sola vez fuera suficiente, habría sido un simple vendedor de aspiradoras como su padre.

«Vívelo, entonces. Vívelo hasta el fondo, Paul. Empieza con Misery —le sugirió su conciencia—. No, no puedo… ¡Sí, jódete!»

Paul se echó hacia atrás, se tapó los ojos con una mano y, gustándole o no, empezó a vivirlo.

5

Empezó a vivirlo hasta el fondo. No había muerto, no se había dormido, pero después de que Annie le «hiciese cojo», el dolor se le alejó durante un rato. Sólo se había desvanecido sintiéndose desligado de su cuerpo, un globo de pensamiento puro escapándose del hilo.

Mierda, ¿para qué se tomaba la molestia? Ella lo había hecho y todo aquel tiempo había sido dolor y aburrimiento, con brotes ocasionales de trabajo en un libro estúpidamente melodramático para escapar de ambos. Todo eso parecía carecer de sentido.

«Sin embargo, lo tiene. Aquí hay un tema, Paul. Es el hilo que lo une todo. El hilo que confiere a cuanto sucede autenticidad. ¿No lo ves?»

Misery, por supuesto. Ése era el hilo que lo ataba todo; pero auténtico o

falso, era tan malditamente estúpido…

Como sustantivo común significaba dolor, generalmente largo y a menudo inútil.{13} Como nombre propio, correspondía a un personaje y un argumento que sin embargo terminaría muy pronto. Misery corría a través de los últimos cuatro o tal vez cinco meses de su vida; estaba harto de ella, aunque quizá no era tan estúpida y simple. Simplemente…

«Oh, no, Paul. Nada es simple en lo que concierne a Misery. Excepto que le debes la vida, porque al final te convertiste en Scherezade, ¿no?», pensó.

Otra vez trató de librarse de esos pensamientos, pero comprendió que era inútil. La persistencia de la memoria y de las heridas tenía la culpa. Entonces tuvo una idea inesperada que abrió una nueva avenida de pensamiento:

«Lo que siempre pasas por alto, por ser demasiado obvio, es que también eres Scherezade para ti mismo.»

Pestañeó bajando la mano y mirando fija y estúpidamente al verano que nunca había esperado llegar a ver. La sombra de Annie pasó y luego volvió a desaparecer.

¿Era eso cierto?

«¿Scherezade para mí mismo?», pensó otra vez. Si era así, entonces se estaba enfrentando a una idiotez colosal. Debía su supervivencia al hecho de que la mediocridad que Annie le había obligado a escribir no estaba terminada cuando ella le cortó el pie. Así pues, tenía que vivir hasta averiguar cómo iba a concluir el asunto.

«Estás absolutamente loco, muchacho.»

Pero ya no estaba seguro de nada. Con una excepción: toda su vida había dependido, y continuaba dependiendo, de Misery.

Dejó que su mente vagara.

«La nube —pensó—. Empieza con la nube.»

6

Esta vez la nube fue más oscura, más densa y, en cierto modo, más suave. Tenía la sensación no de flotar, sino de deslizarse. Unas veces le acudían pensamientos, otras, dolor… y, en ciertos momentos, escuchaba vagamente la voz de Annie el día en que quemó su manuscrito: «Tome esto, Paul… Tiene que hacerlo.»

¿Deslizar? No. Ese no era el verbo apropiado. El verbo apropiado era «hundir». Estaba hundiéndose. Recordaba una llamada telefónica a las tres de la madrugada. Eso había sido en la universidad. El cuidador del dormitorio del cuarto piso golpeó en su puerta diciéndole con voz soñolienta que bajase a contestar el puñetero teléfono. Era su madre. «Ven lo antes que puedas, Paulie —dijo—. Tu padre ha sufrido un ataque grave. Se está hundiendo.» Y él había ido todo lo rápido que había podido, forzando su vieja furgoneta Ford hasta ciento veinte, a pesar de la vibración que se producía al sobrepasar los ochenta. Pero al final no había servido de nada. Cuando llegó, su padre ya no se estaba hundiendo, sino que se hallaba hundido.

¿Cuán cerca había estado él mismo de morir la noche del hacha? No lo sabía; pero el hecho de que no hubiera sentido casi dolor durante la semana que siguió a la amputación, tal vez era una prueba de lo cerca que había estado. Eso y el pánico en la voz de Annie.

Había entrado en un semicoma, sin apenas respirar, a causa de los efectos secundarios de depresión respiratoria de la medicina, con las gotas de suero glucosado otra vez en sus brazos. Y de aquello lo había sacado el sonido de los tambores y el zumbido de las abejas.

Así era, tambores bourka, abejas bourka… sueños bourka.

La vida florecía lenta e inexorablemente en una tierra y en una tribu que nunca existieron más allá de los márgenes del papel en el que escribía.

Un sueño de la diosa, su cara amenazando en la espesura de la selva, meditabunda y desgastada. La diosa oscura, continente oscuro, una cabeza de piedra llena de abejas. Pero por encima de todo, destacaba una imagen que se hacía cada vez más nítida a medida que pasaba el tiempo, como si una diapositiva gigante se hubiese proyectado en la nube en la que él yacía. Era la imagen de un claro en el que se hallaba un viejo eucalipto. Colgando de la rama más baja de ese árbol, había un par de esposas de acero azul. Las abejas se arrastraban por ellas. Las esposas estaban vacías porque Misery había…

¿Escapado? ¿No era así como la historia debía terminar?

Ya no estaba tan seguro. ¿Era eso lo que significaban esas esposas vacías? ¿O se la habían llevado al ídolo? ¿La habían entregado a la abeja reina, a la Gran Mujer de los bourkas?

«También fuiste Scherezade para ti mismo —recordó—. ¿A quién estás contando esta historia, Paul? ¿A quién se la estás contando? ¿A Annie?»

Claro que no. No miraba al agujero del papel para ver a Annie ni para complacerla, miraba para escapar de ella.

El dolor había vuelto. Y el picor. La nube comenzó a iluminarse otra vez y a desvanecerse. Volvió a mirar la habitación como algo malo y a Annie como algo peor. Aun así, había decidido vivir. Una parte de él, tan adicta a los culebrones como Annie lo había sido de niña, había decidido que no podía morir hasta ver cómo terminaba aquello.

¿Había escapado con la ayuda de Ian Geoffrey?

¿O se la habían llevado a la cabeza de la diosa?

Era ridículo, pero esas preguntas estúpidas exigían una respuesta.

7

Al principio, ella no quiso que volviese a su trabajo. Pudo ver en sus ojos asustados el miedo que había pasado y que aún estaba pasando, lo cerca que había estado de morir. Le prodigaba unos cuidados extravagantes' cambiándole las vendas del muñón rezumante cada ocho horas. Al principio le había informado, con el aire de quien sabe que no va a recibir una medalla por su acción, que se los cambiaba cada cuatro horas, aplicándole baños de esponja y friegas de alcohol, como si intentase negar lo que había hecho. Le advertía del dolor que podría sentir. «Tendrá una recaída, Paul. No lo diría si no fuese cierto, créame. Al menos usted sabe lo que le espera. Yo me estoy muriendo por enterarme de lo que va a pasar.» Se enteró de que ella había leído todo lo que él había escrito, mientras se debatía entre la vida y la muerte…, más de trescientas páginas de manuscrito. Él no había completado con las letras que faltaban las últimas cuarenta páginas. Annie lo había hecho. Se las enseñó con una especie de orgullo inquietantemente retador. Sus enes eran pulcras como en un texto, contrastando violentamente con las suyas, una especie de garabatos contrahechos.

Annie nunca lo mencionó, pero él creía que aquello era otra demostración de su solicitud. «¿Cómo puede decir que he sido cruel con usted, Paul, cuando he completado todas esas páginas?» Un acto de reparación o tal vez un rito casi supersticioso: suficientes cambios de vendas, suficientes baños de esponja, suficientes letras y Paul viviría. «Mujer abeja de los bourkas hacer poderosa magia, bua— na, llenar toas esas letras y to ponerse bien otra vez», creyó escuchar.

Así era como había comenzado…, pero luego se había instalado el «tengo». Paul conocía todos los síntomas. Cuando ella le había dicho que se estaba muriendo por saber lo que iba a pasar, no bromeaba.

«Porque tú seguiste viviendo para averiguar lo que pasaría. ¿No es eso lo que estás diciendo?», se preguntó.

Por demente que fuese y hasta vergonzoso, por absurdo que pareciera, eso era lo que él creía.

El «tengo»…

Era algo que había generado en los libros de Misery casi a voluntad, pero

muy poco o nada en la corriente principal de su novelística. No sabía exactamente dónde encontrar el «tengo», pero siempre lo reconocía cuando se lograba. Hacía que la aguja del Geiger saltara hasta el final de la espera. Lo reconocía incluso sentado frente a la máquina de escribir aquejado de una ligera resaca, tomando tazas de café y masticando Rolaids cada dos horas, sabiendo que debía dejar los malditos cigarrillos, al menos durante la mañana, aunque era incapaz de llegar al punto decisivo, meses antes de terminar y a años luz de la publicación. Siempre que lo conseguía acababa sintiéndose ligeramente avergonzado, manipulador. Los días pasaban y el agujero en el papel era pequeño, la luz débil, las conversaciones del entorno estúpidas. Uno seguía empujando porque era todo lo que podía hacer. Según Confucio, si un hombre quiere cultivar un poco de maíz, antes debe remover una tonelada de estiércol. Y un día todo alcanzaba las dimensiones de la evidencia y la luz brillaba como un rayo de sol en una epopeya de Cecil B. de Mille. Entonces, Paul sabía que allí estaba el «tengo» vivito y coleando. Se manifestaba de distintas formas: «Creo que me quedaré trabajando otros quince o veinte minutos, cariño, *tengo* que ver cómo sale este capítulo.» Aunque el tipo que había dicho eso hubiera pasado todo el día trabajando y pensando en echar un polvo, y sabía que al terminar su trabajo encontraría a la mujer dormida.

«Ya sé que debería empezar a hacer la cena, él se enfadará si vuelvo a cocinar algo congelado; pero *tengo* que ver cómo termina esto.» Los caminos del «tengo» eran insoportables.

«Tengo que saber si ella vivirá —pensó Paul—. Tengo que enterarme de si él cogerá al canalla de mierda que mató a su padre. Tengo que averiguar si ella descubre que su mejor amiga está follando con su marido.»

El maldito verbo era obsceno como masturbarse en un bar asqueroso; magnífico como un buen polvo con la prostituta más talentosa del mundo. Sí, era genial y repugnante a la vez, y al final no importaba lo grosero o lo crudo que resultase, porque era simplemente como Jackson decía en aquel disco: «No pares hasta que te hartes.»

8

«También hacías de Scherezade para ti mismo.»

No era una idea que él fuese capaz de articular, ni siquiera de comprender, al menos en ese momento. Había sufrido demasiado dolor. Pero de todos modos lo sabía, ¿no era cierto?

«Tú, no —pensó—. Eran los chicos del taller. Ellos lo sabían.»

Sí, eso ostentaba el sello de la verdad.

El sonido del cortacésped era cada vez más fuerte. Annie entró por un momento en su campo visual. Le miró, vio que él la miraba y levantó una mano para saludarle. Paul alzó la suya, la que aún tenía el dedo pulgar. Ella volvió a salir de su vista. Estupendo…

Al final había podido convencerla de que el trabajo le ayudaría a salir adelante. Le perseguían la claridad de esas imágenes que le habían sacado de la nube. Pero hasta que fuesen escritas, serían sombras en el aire.

Y aunque ella no le creyó en aquel momento, le había permitido volver a su trabajo de todos modos. No porque él la hubiese convencido, sino porque «tenía» que hacerlo.

Al principio sólo había podido trabajar en cortos estallidos dolorosos; quince minutos, tal vez media hora, si la historia realmente lo exigía. Pero incluso esos estallidos breves eran una agonía. Un cambio de posición hacía que el muñón volviese a la vida, del mismo modo que un tizón casi apagado vuelve a levantar llamas cuando la brisa lo abanicaba. Pero eso no era lo peor. Lo peor ocurría una o dos horas después, cuando el muñón le volvía loco con un picor zumbante como un enjambre de adormecidas abejas.

Él tenía razón, no ella. Nunca acabó de recuperarse, tal vez era imposible en aquella situación; pero su salud mejoró y recuperó algunas fuerzas. Se daba cuenta de que se habían estrechado los horizontes de sus intereses, pero lo aceptaba como el precio de la supervivencia. De cualquier manera, era un auténtico milagro haber sobrevivido.

Sentado delante de aquella máquina que cada vez tenía más mellada, mirando retrospectivamente hacia un pasado que consistía más en su trabajo que en acontecimientos, Paul asintió con la cabeza. Sí, suponía que él había sido su propia Scherezade, del mismo modo que era la mujer de sus sueños cuando

lograba controlarse y se lanzaba al ritmo febril de las fantasías. No necesitaba que un psiquiatra le dijese que escribir tenía un componente au— toerótico. Utilizaba la máquina de escribir en lugar de utilizar cierta parte de su cuerpo, pero ambos actos dependían del ingenio, manos veloces y un serio compromiso con el arte de lo inverosímil.

Pero ¿no era también aquello una especie de coito, aunque en su variante más seca? Ella no lo interrumpía mientras estaba trabajando, aunque recogía su producción diaria en cuanto la terminaba, en principio para escribir las letras que faltaban, pero de hecho, y él ya lo había descubierto del mismo modo en que los hombres sexualmente agudos saben qué citas saldrán bien al final de la noche y cuáles no, para recibir su pinchazo. Para recibir su «tengo».

«Necesita mi trabajo. Es como uno de esos culebrones de su infancia. Sólo que en los últimos meses va al cine cada día en lugar de los sábados por la tarde, y quien le acompaña es su escritor particular en lugar de su hermano mayor», reflexionó Paul.

Sus períodos en la máquina de escribir se hicieron cada vez más largos a medida que el dolor retrocedía lentamente y volvía parte de su resistencia, pero en los últimos tiempos, no podía escribir lo bastante rápido como para satisfacer sus exigencias.

El «tengo» los había mantenido vivos a los dos, porque sin eso ella seguramente lo habría asesinado, suicidándose después mucho tiempo atrás. También había sido la causa de que perdiese el dedo pulgar. Era horrible, pero también gracioso: «Toma un poco de ironía, Paul, es bueno para tu sangre… Y piensa que pudo haber sido mucho peor.»

Podía haber sido su pene, por ejemplo.

«Y de eso no tengo más que uno», se dijo, y empezó a reír como loco en la habitación vacía frente a la odiosa Royal con su mueca mellada. Estuvo riendo hasta que le dolieron las tripas y el muñón. Rió hasta que le dolió la cabeza. En cierto momento, el llanto se convirtió en un sollozo seco y horrible que despertó el dolor en lo que quedaba de su pulgar izquierdo, y entonces pudo al fin parar de reír. Se preguntó de un modo vago si estaría cerca de perder el juicio.

Supuso que, de todos modos, no importaba.

9

Un día, poco antes de la dactilotomía, Annie había entrado con dos platos de helado de vainilla, un frasco de crema de chocolate Hershey's, una lata a presión de nata montada Redy-Whip y un tarro en el cual flotaban unas cerezas al marrasquino, rojas como la sangre del corazón y que semejaban especímenes biológicos.

—Se me ocurrió que podíamos comer unos helados, Paul —le dijo.

Su voz era falsamente alegre. A Paul no le gustó. Ni el tono de la voz ni la mirada inquieta de sus ojos. «Me estoy portando mal», insinuaba esa mirada. Le despertó la cautela y le hizo subir la guardia. Así la imaginaba en el momento de poner un montón de ropa en un escalón o un gato muerto en otro.

—Vaya, gracias, Annie —dijo, y la miró mientras echaba la crema y dos nubes de nata con la mano experimentada de una vieja adicta a los dulces.

—No tiene por qué darlas. Se lo merece. Ha trabajado muy duro.

Le dio su helado. El dulce le resultó empalagoso después de la tercera cucharada, pero continuó. Era más prudente. Una de las claves de la supervivencia en el panorámico Western Slope era entender que, «cuando Annie invita, más vale que llenes la tripita». Hubo un rato de silencio y ella dejó su cuchara. Con el dorso de la mano, se limpió de la barbilla una mezcla de cobertura de helado derretido, y dijo en un tono de voz agradable:

—Cuénteme el resto.

Paul dejó también la cuchara.

—¿Cómo dice?

¿Acaso no imaginaba que esto iba a ocurrir? Por supuesto. Si alguien hubiese enviado a Annie veinte cintas con nuevos episodios de Rocket Man, ¿se habría conformado con ver sólo uno a la semana o uno al día?

Miró su helado, que se derrumbaba con una cereza casi enterrada en nata y otra flotando en el chocolate. Recordó cómo había visto la sala con platos embadurnados de dulce por todas partes.

No, Annie no era el tipo de personas que podía esperar. Annie habría visto los quince episodios en una noche aunque le doliesen los ojos y acabase con dolor de cabeza.

Porque a Annie le encantaban las cosas dulces.

—No puedo hacer eso —le dijo.

Su cara se ensombreció al instante. Pero ¿había visto también en ella la sombra de un alivio?

—¿Por qué no?

«Porque usted no me respetaría a la mañana siguiente», pensó en decir, pero se aguantó, reprimió sus deseos con todas sus fuerzas.

—Porque soy un pésimo narrador —respondió.

Tragó el resto de su helado en cinco enormes cucharadas que habrían congelado dolorosamente la garganta de Paul; luego dejó el plato y lo miró furiosa, no como si él fuese el gran Paul Sheldon, sino como si fuese alguien que se había atrevido a criticar al gran Paul Sheldon.

—Si es un pésimo narrador, ¿cómo ha logrado escribir best-sellers y que millones de personas adoren sus libros?

—No he dicho que sea un pésimo «escritor» de historias. En realidad, creo que en eso soy bastante bueno, pero contándolas soy un desastre.

—Eso es sólo una *jonina* excusa.

Decididamente, su rostro se ensombrecía por momentos. Las manos se habían apretado en unos puños que relucían sobre la pesada tela de la falda. El huracán Annie estaba otra vez en la habitación. Las cosas habían cambiado. Él la temía tanto como siempre, pero de algún modo había disminuido el control que ella ejercía sobre él. Su vida ya no le parecía gran cosa, con «tengo» o sin «tengo». Sólo sentía miedo de que le hiciera daño.

—No es una excusa —respondió—. Son dos cosas diferentes, como naranjas y manzanas, Annie. La gente que cuenta historias, generalmente no puede escribirlas. Si cree realmente que quien escribe historias es capaz de decir algo que valga la pena, no he visto a un pobre novelista en el *Today Show.*

—Bueno, no quiero esperar —dijo enfurruñada— Preparé ese estupendo helado y lo menos que puede hacer es contarme algunas cosas. No tiene que ser toda la historia, claro; pero… ¿mató el barón a Calthorpe? —Sus ojos le brillaron—. Eso es algo que realmente quiero saber. Y si lo hizo, ¿cómo dispuso luego del cadáver? ¿Está descuartizado en ese baúl que su mujer no pierde de vista? He pensado mucho en eso, ¿sabe?

Paul meneó la cabeza, no para indicar que ella estaba equivocada, sino para indicar que no se lo diría.

Su cara se puso aún más negra. Su voz, sin embargo, era suave.

—Me está poniendo furiosa, muy furiosa. Lo sabe, Paul, ¿no es cierto?

—Claro que lo sé, pero no puedo evitarlo.

—Podría obligarle. Podría obligarle a evitarlo. Podría obligarle a decirlo. —Pero parecía tan frustrada como si supiese que era mentira—. Podría obligarle a decir algunas cosas, no a contarlo todo.

—Annie, ¿se acuerda de la historia que me contó del niño que, cuando la madre lo sorprende jugando con el limpiador bajo el fregadero y le obliga a dejarlo, dice: «Mamá, eres mala.» ¿Es eso lo que está diciendo ahora? Paul, eres malo.

—Si me enfurece, no puedo prometer que sea responsable de mis actos —le advirtió. Pero él pudo percibir que la crisis ya había pasado. Annie era vulnerable a conceptos como la disciplina y la conducta.

—Bueno, pues tendré que arriesgarme —contestó—, porque estoy actuando como esa madre. Me niego a contárselo no porque sea malo o quiera fastidiarla; se lo digo porque quiero que le guste la historia de verdad y si le doy lo que usted quiere, no le gustará y ya no querrá más.

«Y luego, ¿qué me ocurrirá a mí, Annie?», pensó, pero no lo dijo.

—Dígame al menos si el negro Hezequiah sabe dónde está el padre de Misery. Al menos, dígame eso.

—¿Quiere la novela o prefiere que llene un cuestionario?

—No se atreva a hablarme con ese tono sarcástico.

—Entonces, no finja que no entiende lo que estoy diciendo —exclamó Paul.

Ella se echó atrás, sorprendida e inquieta, perdiendo las sombras de la cara. Todo lo que quedó era esa extraña expresión de niña estúpida que se ha portado mal y espera un castigo.

—Usted quiere abrir en canal a la gallina de los huevos de oro —continuó Paul—. Eso es lo que quiere hacer. Pero cuando el granjero hizo eso, todo lo que encontró fue una gallina muerta y un montón de tripas inútiles.

—Está bien —admitió—, está bien, Paul. ¿Va a terminar su helado?

—No puedo comer más.

—Ya veo. Le he molestado. Lo siento. Espero que esté en lo cierto. No debí preguntar.

Había recuperado la calma. Paul esperaba que siguiese otro período de

depresión profunda o de furia, pero no ocurrió.

Habían vuelto, simplemente, a la vieja rutina. Él escribía y Annie lo leía cada día.

Y pasó tanto tiempo entre la discusión y la dactilomía, que Paul había perdido la conexión hasta ahora.

«Me quejé de la máquina de escribir», pensó, mirándola y oyendo el zumbido del cortacésped, que ahora sonaba más débil. Se dio cuenta de que no era así porque Annie se estuviese alejando. Quien se estaba alejando era él, se estaba adormeciendo. Últimamente le ocurría a menudo, se dormía como un viejo en una residencia de ancianos recordando el pasado.

«No mucho. Sólo me quejé una vez. Pero una vez fue suficiente. Más que suficiente. Fue… ¿cuándo?, ¿una semana después de aquellos asquerosos helados? Más o menos. Sólo una semana y una protesta por el sonido enloquecedor de aquella tecla muerta. Ni siquiera le sugerí que comprase otra máquina usada a Nancy Whoremonger o como se llame, una que tuviese las teclas completas. Sólo dije que los ruidos me estaban volviendo loco y de pronto, el dedo pulgar de Paul fue como el objeto de un mago: ahora lo ves, ahora no lo ves. Pero ella no lo hizo porque yo hubiese protestado por la máquina de escribir, sino porque le había dicho que no tuvo de aceptarlo. Eso le dolió. Fue un acto de furia producida por el descubrimiento. ¿El descubrimiento de qué? De que, después de todo, ella no tenía todas las cartas en la mano, de que yo tenía un cierto control pasivo sobre ella. Sí, el poder del "tengo". Bueno, al final he sido una Scherezade bastante aceptable.»

Era demencial, gracioso y muy cruel. Muchos pueden burlarse, pero sólo porque no logran comprender hasta qué punto penetra la influencia del arte, incluso de un tipo tan degenerado como lo es la ficción popular. Las amas de casa organizan su horario alrededor de los culebrones de la tarde. Si tienen que volver a su trabajo, consideran de la máxima prioridad comprar un vídeo para poder verlos por la noche. Cuando Arthur Conan Doyle mató a Sherlock Holmes en Reichenback Falls, toda la Inglaterra vic— toriana protestó y exigió que volviese. El tono de sus protestas había sido exactamente como el de Annie. No de aflicción, sino de escándalo. Doyle fue amonestado por su propia madre cuando le comunicó su intención de acabar con Holmes. A vuelta de correo recibió su respuesta indignada: «¿Matar al señor Holmes? ¡Tonterías! ¡Ni se te

ocurra!»

Por no hablar de su amigo Gary Ruddman, que trabajaba en la biblioteca pública de Boulder. Cuando Paul fue un día a visitarlo, encontró las persianas de Gary cerradas y un crespón negro en la puerta. Preocupado, Paul llamó con fuerza hasta que Gary contestó: «Vete —le había dicho—, estoy deprimido. Alguien ha muerto. Alguien importante para mí.» Cuando Paul le preguntó quién era, Gary respondió cansado: «Van der Valk.» Paul oyó cómo se alejaba de la puerta y, aunque volvió a llamar, Gary no regresó para abrir. Resultó que Van der Valk era un detective de ficción creado, y luego eliminado, por un escritor llamado Nicolas Freeling.

Paul estaba convencido de que la reacción de Gary había sido falsa, pretenciosamente afectada; en resumen, puro teatro. Siguió pensando así hasta 1983, cuando leyó *El mundo según Carp.* Cometió el error de leer poco antes de ir a la cama la escena en la que el hijo menor de Garp muere atravesado por una palanca de cambios. Tardó horas en dormirse. La escena seguía en su mente. La certeza de que sufrir por un personaje de ficción era absurdo hacía algo más que torturar su mente. Porque lo que estaba haciendo era sufrir, por supuesto. Reconocerlo no le había ayudado en absoluto, lo que le llevó a preguntarse si Gary Ruddman se había tomado más en serio a Van der Valk de lo que Paul había creído en aquellos momentos. Y eso trajo otro recuerdo a la superficie: había terminado de leer *El señor de las moscas* a los doce años, en un caluroso día de verano; luego, se dirigió a la nevera en busca de un vaso de limonada fría y entonces tuvo que cambiar de dirección y salir disparado hacia el cuarto de baño, donde se inclinó sobre el inodoro y vomitó.

Paul recordó de repente otros ejemplos de esa extraña manía. El modo en que la gente se agolpaba cada mes en los muelles de Baltimore cuando llegaba el paquete con la nueva entrega de *Little Dorrit* o de *Oliver Twist* de Dickens. Algunos llegaban a ahogarse, pero eso no sirvió para disuadir a los demás. Una anciana de ciento cinco años declaró que viviría hasta que Galsworthy terminase *La saga de los Forsyte.* Y murió una hora después de que le leyesen la página final del último volumen. A un joven montañero hospitalizado con un caso aparentemente fatal de hipotermia, sus amigos estuvieron leyéndole sin parar *El señor de los anillos* hasta que salió del coma. Había cientos de casos similares.

Suponía que cada escritor de best-sellers de ficción debía tener su propio

repertorio de ejemplos sobre el modo en que lectores incondicionales llegan a identificarse con las situaciones ficticias que el escritor crea… «Ejemplos del complejo de Scherezade», pensó Paul, medio soñando mientras el sonido de la podadera de Annie subía y bajaba a una gran distancia. Recordó haber recibido dos cartas sugiriendo que crease un parque sobre Misery al modo de Disney World o de Great Adventure. Una de esas cartas incluía un anteproyecto. Pero la ganadora de la cinta azul, al menos hasta que Annie Wilkes había entrado en su vida, era la señora Roman D. Sandpiper III, de Ink Beach, Florida, de nombre Virgina, y que había convertido una habitación del segundo piso de su casa en un «salón de Misery». En su carta incluía fotografías Polaroid de «la rueca de Misery», de su escritorio, con la nota a medio escribir al señor Farverey comunicándole que asistiría al recital del School Hall el 20 de noviembre de los corrientes. Lo curioso era que estaba escrita en lo que Paul consideraba una caligrafía curiosamente adecuada a su heroína, no era redonda y fluida como corresponde a una señora, sino bien formada y semifemenina. El sofá de Misery, el muestrario de Misery («deja que el amor te instruya; no intentes instruir al amor…») y muchas otras cosas. Los muebles, según explicaba, eran todos auténticos, no reproducciones, y aunque Paul no podía asegurarlo, le pareció que era verdad. De ser así, ese fragmento de ficción debía de haber costado a la señora Roman D. Sandpiper miles de dólares. Virginia se apresuró a asegurar que no estaba utilizando a su personaje para hacer dinero ni tenía intención alguna de actuar en ese sentido, pero sí quería que él viese las fotografías y le dijese si había algún error, ya que estaba segura de tener muchos. La señora Roman D. Sandpiper (Virginia) esperaba también su opinión. Aquellas fotografías le causaron una sensación extraña y misteriosamente intangible. Había sido como ver fotografías de su propia imaginación y supo que, desde aquel momento, cada vez que tratase de imaginar la combinación sala-estudio de Misery, las instantáneas Polaroid de la señora Roman D. Sandpiper (Virginia) saltarían de inmediato a su mente, oscureciendo la imaginación de su concreción, alegre pero unidimensional. ¿Decirle lo que estaba mal? Eso era una locura. Desde ese momento sería él quien se lo preguntaría a sí mismo. Le había contestado con una breve nota de admiración y felicitación, una nota que no hacía referencia alguna a ciertas preguntas que se le habían ocurrido acerca de la señora Roman D. Sandpiper (Virginia) —por ejemplo, cómo podía estar tan loca

— Había recibido otra carta con nuevas Polaroid. La primera constaba de dos páginas a mano y siete fotografías. La segunda misiva tenía diez páginas e iba acompañada de cuarenta fotografías. La carta era un manual exhaustivo y agotador en el que la señora Roman D. Sandpiper (Virginia) explicaba dónde había encontrado cada pieza, cuánto había pagado por ella y el proceso de restauración seguido en cada caso. Le informaba de que había encontrado a un hombre llamado Mc Kibbon que tenía un viejo rifle y le había pedido que disparara para hacer un agujero en la pared junto a la silla. Aun cuando admitía que no podía jurar la autenticidad histórica del arma, la señora Roman sabía que el calibre era correcto. Casi todas las fotografías mostraban detalles de cerca. Si no hubiese sido por las explicaciones escritas a mano por detrás, podían haber pasado por esas fotografías que ofrecen las revistas de pasatiempos con la pregunta: «¿Qué hay en esta foto?», en que la macrofotografía hace que un pisapapeles parezca un poste y la parte de arriba de una lata de cerveza, una escultura de Picasso. Paul no había contestado a esa carta, pero eso no había desalentado a la señora Roman D. Sandpiper (Virginia), que había escrito cinco cartas más, las primeras cuatro con más fotografías, antes de desaparacer en un silencio confuso y ligeramente ofendido.

Había firmado la última carta con un sencillo y escueto «señora Roman D. Sandpiper». La invitación, hecha entre paréntesis, para que la llamase Virginia, había sido retirada.

Los sentimientos de aquella mujer, por obsesivos que fuesen, no habían evolucionado hasta la fijación paranoide de Annie; pero Paul comprendió ahora que la fuente había sido la misma. El complejo de Sherezade, el poder profundo y elemental del «tengo».

Su derivar aumentó. Se quedó dormido.

10

Aquellos días se dormía como un viejo, de repente y a veces en momentos inoportunos, lo que significaba que sólo una película muy fina le separaba del mundo de la vigilia. No dejó de oír el cortacésped, pero su ruido se hizo cada vez más profundo, más grosero, como el sonido de un cuchillo eléctrico.

«Bueno, si tanto le molesta, tendré que darle algo en que pensar para que se olvide de esa letra que falta», escuchó en sueños. La oyó revolviendo en la cocina, tirando cosas, maldiciendo en su extraño lenguaje personal. Diez minutos más tarde entraba con una jeringuilla, la Betadine y un cuchillo eléctrico. Paul empezó a gritar en el acto. En cierto modo, reaccionaba como el perro de Pávlov. Cuando Pávlov hacía sonar una campana, el perro babeaba. Cuando Annie entraba en la habitación de huéspedes con una jeringuilla, una botella de Betadine y un objeto cortante afilado, Paul empezaba a chillar. Había conectado el cuchillo al lado de la silla de ruedas y habían seguido más súplicas y más gritos y más promesas de que se portaría bien. Cuando trató de escapar de la aguja, ella le dijo que se quedara quieto o tendría que soportar lo que iba a ocurrir sin el beneficio de una ligera anestesia. Cuando siguió intentando eludir el pinchazo, gimiendo y suplicando, Annie sugirió que si ése era el modo en que se sentía, tal vez lo que debía hacer era usar el cuchillo en su garganta y acabar de una vez…

Entonces él se quedó quieto y sintió el pinchazo en su dedo pulgar izquierdo, y luego la hoja del cuchillo. Cuando lo conectó a la hoja empezó a serrar de arriba abajo rápidamente, el Betadine saltó en un rocío de gotas marrones que ella no pareció notar y al final, por supuesto, otras muchas gotas rojas saltaron también en el aire. Porque cuando Annie tomaba la decisión de realizar un acto, lo llevaba a cabo sin dejarse ablandar por súplicas. Annie no vacilaba ante los gritos, tenía el valor de sus convicciones.

Mientras la zumbante y vibradora hoja se introducía en la tierna red de carne entre el dedo pulgar a punto de desaparecer y su dedo índice, Annie le aseguró que le amaba con su maternal y cínico tono de voz.

Y aquella noche…

«No estás soñando, Paul. Estás pensando en cosas en las que no te atreves a pensar cuando estás despierto. Así que despierta. Por el amor de Dios,

Despierta.»

No podía despertar.

Aquella mañana Annie le había cortado el dedo pulgar y por la noche entraba contenta en la habitación donde él estaba sentado envuelto en un estúpido aturdimiento. El dolor en su mano izquierda vendada era insoportable, aunque familiar, y ella llevaba una tarta y cantaba *Cumpleaños feliz* con su voz timbrada y desentonada. Aunque no era su cumpleaños había velas en toda la tarta y, en el centro, clavado en el pastel como una enorme vela, se hallaba su dedo pulgar con la uña ligeramente rota, porque a veces la mordía cuando no encontraba una palabra y ella dijo: «Si promete ser bueno, Paul, puede comer un trozo de tarta, pero podrá dejar la vela especial», así que prometió ser bueno porque no quería que le obligara a comer la vela especial, pero sobre todo porque Annie era estupenda… «Sí, Annie es una gran mujer —empezó a pensar—, gracias por los alimentos, incluyendo los que no tenemos que comer. Las chicas sólo quieren divertirse, pero no me obligue a comer mi pulgar… Es mejor ser honesto con la diosa Annie, porque ella sabe cuándo duermes, ella sabe cuándo estás despierto, ella sabe si has sido bueno o malo así que sé bueno… Es mejor que no llores, que no hagas el tonto, pero sobre todo no debes gritar, no debes gritar no debes gritar…»

No gritó.

Y al despertar, dio un salto que resultó doloroso para todo su cuerpo, apenas consciente de que sus labios estaban fuertemente apretados para no dejar salir el grito, a pesar de que la dactilotomía había ocurrido hacía más de un mes.

Estaba tan preocupado tratando de no gritar que, por un momento, ni siquiera vio lo que venía por el camino y cuando lo vio, creyó que se trataba de un espejismo.

Era un coche de la guardia del estado de Colorado.

11

A la amputación del dedo pulgar siguió un período oscuro en el que el logro más importante de Paul consistió en llevar la cuenta de los días. Aquello se había convertido en una manía patológica, haciéndole perder a veces mucho tiempo contando para asegurarse de que no había olvidado ninguna fecha.

«Estoy casi tan mal como ella —pensó una vez, y su mente le había respondido, cansada: ¿Y qué?»

Había seguido bastante bien con el libro después de la pérdida del pie, durante lo que Annie llamaba con tanto eufemismo su «período de convalecencia». En realidad, lo había hecho sorprendentemente bien para un hombre que en el pasado no podía escribir si no tenía cigarrillos, si le dolía la espalda o si tenía un ligero malestar de cabeza. Sería satisfactorio creer que se había portado heroicamente, pero sólo era una suposición para escapar del dolor, que había sido verdaderamente horrible. Cuando al fin empezó el proceso de curación, el picor inexplicable del pie que ya no estaba allí le pareció aún peor. Era la base del pie inexistente lo que más le perturbaba. Se despertaba una y otra vez en medio de la noche para rascarse la pierna con el dedo gordo del pie derecho.

Pero aun así, había continuado trabajando.

Fue después de la dactilotomía y de aquella extraña tarta de cumpleaños, como una horca sobrante de *Qué fue de Baby Jane*, cuando las bolas de papel descartado empezaron a proliferar de nuevo en la papelera. «Pierdes un pie, casi te mueres, y sigues trabajando. Pierdes un dedo y caes en una extraña y problemática situación. ¿No debería ser al revés?», se cuestionaba.

Bueno, había que contar con la fiebre, a causa de la cual había pasado una

semana en cama. Pero era algo intrascendente. La máxima temperatura alcanzada fue de treinta y ocho grados, y eso no parecía poner en peligro su capacidad. Quizá la fiebre hubiese sido causada por su estado general de abatimiento más que por una infección específica, y una triste fiebre no presentaba ningún problema para Annie. Entre otros recuerdos, tenía Keflex y Ampicilina. Ella le había dado el tratamiento y él había mejorado todo lo posible en aquellas circunstancias tan extrañas. Pero algo iba mal. Parecía haber perdido algún ingrediente vital y la mezcla se había vuelto, por ello, mucho menos potente. Trató de culpar a la maldita letra que faltaba, pero ya antes había tenido que luchar con aquello y ¿qué representaba la falta de una tecla comparada con la falta de un pie y con la pérdida de un dedo?

Fuese cual fuese la razón, algo había alterado el sueño, algo estaba recortando la circunferencia del agujero que él veía en el papel. Habría jurado que ese agujero había sido tan grande como la entrada del Lincoln Tunnel. Ahora, apenas tenía el tamaño de un orificio de carcoma en la madera, a través del cual un supervisor de aceras podría echar un vistazo a un edificio en construcción que le interesase. Había que acercarse y estirar el cuello para atisbar algo. Pero las cosas importantes ocurren con frecuencia fuera de nuestro campo visual, lo que no es sorprendente considerando lo estrecho del mismo.

Lo que había ocurrido después de la dactilotomía y del brote de fiebre era justificable en términos prácticos. El lenguaje del libro se había vuelto otra vez florido y exagerado. No llegaba a ser una autoparodia, aunque flotaba constante en esa dirección y él parecía incapaz de evitarlo. Los lapsos de continuidad habían empezado a proliferar con el sigilo de las ratas que criaban en los rincones de los sótanos: por espacio de treinta páginas, el barón se había convertido en el vizconde de *La busca de Misery* y había tenido que romperlas y volver atrás.

«No importa, Paul —se dijo una y otra vez en aquellos días anteriores a que la Royal escupiese primero la letra «t» y luego la «c»— esta maldita cosa está casi acabada.» Lo estaba. Trabajar en ella era una tortura y terminar la novela iba a suponer el fin de su vida. Que lo último empezase a parecerle ligeramente más atractivo que lo primero, denotaba cuál era el estado de su cuerpo, su mente y su espíritu. Y el libro seguía adelante a pesar de todo, aparentemente al margen de las circunstancias. Las gotas de continuidad eran molestas, pero secundarias.

Estaba teniendo más problemas con la ficción de los que nunca antes había tenido. El juego de «¿Puedes?» se había convertido en un ejercicio laborioso más que en una simple diversión. Sin embargo, la obra había seguido avanzando a pesar de todas las cosas horribles a las que Annie lo había sometido y podía bromear sobre el modo en que algo, sus agallas tal vez, se había ido con la sangre que había perdido. Pero aun así, era la mejor novela de Misery hasta el momento. El argumento no podía ser más melodramático, pero estaba bien construido y era, a su modesta manera, divertido. Si alguna vez fuese publicado en algo más que la severamente limitada edición de Annie Wilkes (primera edición: un ejemplar), estaba seguro de que se vendería como rosquillas. Sí, suponía que lograría terminarlo si la maldita máquina seguía tirando.

«Parecía ser tan dura y pesada —había pensado una vez, después de uno de sus compulsivos ejercicios de levantamiento. Sus brazos delgados temblaban, el muñón de su dedo le incordiaba febrilmente, tenía la frente cubierta con una delgada capa de sudor—. Tú eras el joven pistolero que iba a burlarse de la vieja mierda de sheriff, ¿no es cierto? Sólo que ya has vomitado una tecla y pudo ver cómo algunas otras (la "t", la "e", la "g", por ejemplo) empiezan a bailar… unas veces se inclinan hacia un lado, otras hacia otro; en ocasiones marcando muy alto, y en algunos casos un poco más abajo de la línea. Creo que la vieja cagarruta va a ganar, amigo mío. Parece que la vieja mierda se va a vaciar, hasta matarte y podría ser que la perra lo supiese. Puede que por eso me cortase el dedo pulgar. Como dice el viejo refrán, puede que esté loca, pero no es tonta.»

Había mirado a la máquina de escribir maldiciéndola.

«Sigue, sigue y rómpete. Terminaré de todos modos. Si ella quiere buscar una de repuesto, se lo agradeceré, pero si no lo hace, seguiré a mano —se propuso—. Lo que no haré será gritar. No gritaré. Yo… no…»

12

—¡No gritaré!

Estaba en la ventana, totalmente despierto, completamente consciente de que el coche de la guardia del estado que estaba en el camino de Annie era tan real como una vez lo había sido su pie izquierdo.

«¡Grita!, ¡maldición, grita!», pensó en silencio.

Quería hacerlo, pero su voluntad de dominarse era demasiado fuerte. Ni siquiera podía abrir la boca. Lo intentaba y veía las gotas marrones de Betadine en la hoja del cuchillo eléctrico. Volvía a intentarlo y sentía el chirrido del hacha contra el hueso y el suave silbido de la cerilla al prender el Bernz-O-matiC.

Quiso abrir la boca y no pudo.

Trató de levantar las manos y no lo consiguió.

Un horrible gemido pasó a través de sus labios cerrados y sus manos provocaban sonidos ligeros, fortuitos, tabaleando a los lados de la Royal, pero eso era todo cuanto podía hacer, todo el control que parecía quedarle sobre su destino. Nada de cuanto había ocurrido antes, exceptuando tal vez el instante en el que se había dado cuenta de que, a pesar de que su pierna se movía el pie estaba en el mismo lugar, fue tan terrible como el infierno de aquella inmovilidad. En tiempo real, no duró mucho, tal vez unos cinco segundos o quizá diez. Pero dentro de Paul Sheldon era como si hubiesen pasado años.

Allí, ante sus ojos, estaba la salvación. Todo lo que tenía que hacer era romper la ventana y el candado que la perra le había puesto en la lengua y gritar: «¡Ayúdeme, ayúdeme, sálveme de Annie! ¡Sálveme de la diosa!»

Al mismo tiempo, otra voz gritaba: «¡Seré bueno, Annie! ¡No gritaré! ¡Seré bueno, seré bueno por amor a la diosa! ¡Prometo no gritar, pero no me corte nada más, por favor!» ¿Lo sabía? ¿Había sabido antes de aquello hasta qué punto lo tenía acobardado y cuánto de su ser esencial, el hígado y las luces del espíritu, le había arrancado? Supo en todo momento que estaba aterrorizado, pero ¿era consciente de hasta qué punto su realidad subjetiva, tan fuerte que la había asumido sin cuestionársela, había sido borrada?

De lo que sí estaba seguro era de que le ocurriría algo mucho peor que la parálisis de la lengua —así como a su obra le iba a suceder algo mucho peor que la falta de una letra, que la fiebre, que los lapsos de continuidad e incluso que la

pérdida de sus agallas. La verdad de todo era tan simple en su horror, tan espantosamente simple… Estaba muriendo por etapas, aunque morir de aquella manera no era tan malo como había temido. También se estaba desvaneciendo y eso era lo espantoso, porque era estúpido.

«¡No grites!», siguió ordenando la voz del miedo cuando el guardia abrió la puerta de su coche y salió ajustándose su sombrero de Smokey Bear{14}. Era joven, no tendría más de veintidós o veintitrés años, llevaba gafas de sol, tan negras y de apariencia tan líquida que parecían masas de petróleo crudo. Se detuvo para alisar los pliegues del pantalón caqui de su uniforme. A quince metros de distancia, un hombre con los ojos azules saltando de una cara barbuda de viejo lo miró fijamente desde el otro lado de la ventana, gimiendo a través de sus labios sellados, golpeando con las manos inútiles una tabla y los brazos de una silla de ruedas.

«No grites —susurraba su conciencia—. Grita y habrá terminado todo.»

Pero otra parte de sí mismo, más valerosa o quizá desesperada, le decía:

«Paul, Cristo, ¿es que ya estás muerto? ¡Grita, mierda de gallina, chupatetas! ¡Chilla hasta que reviente tu jodida cabeza!»

Sus labios se abrieron con un sonido desgarrado. Llenó sus pulmones de aire y cerró los ojos. No tenía idea de si le iba a salir algo hasta que le salió.

—¡África! —gritó Paul.

Sus manos temblorosas volaron como pájaros asustados agarrándose a su cabeza como para evitar que le explotasen los sesos.

—¡África! ¡África! ¡Ayúdeme! ¡Ayúdeme! ¡África!

13

Abrió los ojos de golpe. El guardia miraba hacia la casa. Paul no pudo ver

sus ojos por las gafas, pero la inclinación de su cabeza expresaba sorpresa moderada. Se acercó un paso y luego se detuvo.

Paul miró la tabla. Al lado de la máquina de escribir había un cenicero de cerámica. Antaño hubiese estado lleno de colillas aplastadas. Ahora no tenía nada más peligroso para la salud que una goma de borrar y algunos sujetapapeles. Lo cogió y lo lanzó contra la ventana. El vidrió saltó en pedazos. Para él, fue el sonido más liberador que había oído en su vida. «Los muros se desmoronaron —pensó mareado, y gritó—: Aquí, ayúdeme, cuidado con la mujer, está loca.»

El guardia del estado se quedó mirándolo. Abrió la boca. Buscó en el bolsillo de su camisa y sacó algo que no podía ser otra cosa que una fotografía. La consultó y avanzó hasta el borde del camino. Entonces dijo las últimas tres palabras que Paul le oiría decir, las últimas palabras que persona alguna le oiría pronunciar. Después de ellas produciría una serie de sonidos inarticulados, pero ninguna palabra real.

—Mierda —exclamó el guardia—, es usted.

La atención de Paul había estado tan fijamente concentrada en él, que no vio a Annie hasta que era demasiado tarde. Cuando se fijó en ella, sintió el golpe de un horror supersticioso. Annie se había convertido en una diosa, una cosa que era medio mujer y medio cortacésped, un extraño centauro femenino. Se le había caído la gorra de béisbol. Tenía la cara torcida en un gruñido paralizado. En una mano, llevaba una cruz de madera que había marcado la tumba de la vaca, que finalmente había dejado de mugir.

La vaca *Bessie* había muerto de verdad y cuando la primavera ablandó la tierra, Paul vio desde su ventana, unas veces mudo de asombro y otras desbordado por ataques de risa, cómo ella cavaba la tumba y luego arrastraba al animal, que se había ablandado considerablemente, desde el establo. Lo hizo con una cadena sujeta al enganche del remolque del Cherokee, en cuyo extremo ató a *Bessie*. Paul hizo una apuesta mental consigo mismo a que la vaca se partía por la mitad antes de llegar a la tumba; la perdió. Annie consiguió meter a la vaca y luego empezó a rellenar el agujero, un trabajo que no logró terminar hasta bien entrada la noche.

Paul la había visto plantar la cruz y luego leer la Biblia en la tumba a la luz de una luna naciente de primavera.

Ahora llevaba la cruz como una lanza apuntando a la espalda del guardia.

—¡Detrás de usted! ¡Cuidado! —gritó Paul, sabiendo que era demasiado tarde.

—¡*Aggg!* —musitó el muchacho, y caminó lentamente hacia el pasto con la espalda arqueada y el vientre hacia fuera.

Su cara parecía la de un hombre con ataque de ciática o con un terrible acceso de flatulencia. La cruz colgaba de él mientras se acercaba a la ventana donde estaba Paul con su cara gris de inválido enmarcada por trozos de cristal roto. Estiró las manos hacia sus hombros, lentamente. Miró a Paul como si estuviera haciendo enormes esfuerzos por rascarse en una picor a la que no llegaba.

Annie bajó del cortacésped y se quedó perpleja, con los dedos apretados contra las puntas de sus pechos. Entonces arremetió hacia adelante y sacó la cruz de la espalda del policía.

Él se volvió hacia ella intentando coger su pistola y Annie le metió la punta de la cruz en la barriga.

El agente volvió a gemir y cayó sobre sus rodillas agarrándose el estómago. Mientras se inclinaba, Paul pudo ver en la camisa marrón de su uniforme el corte donde había aterrizado el primer golpe.

Annie volvió a sacar la cruz, cuya afilada punta se había partido dejando un muñón mellado y astillado, y volvió a incrustarla entre sus omoplatos. Parecía una mujer tratando de matar a un vampiro. Los primeros dos golpes tal vez no habían sido lo bastante letales; pero esta vez, el soporte de la cruz penetró unos dos centímetros en la espalda del policía arrodillado, dejándolo tendido.

—¡Toma! —gritó Annie, sacando de su espalda la cruz conmemorativa de *Bessie*—, ¿Te gusta esto, pajarraco hijo de puta?

—¡Annie, déjalo ya! —gritó Paul.

Ella levantó los ojos hacia él. En ese instante, brillaban como monedas entre sus greñas grasientas y apestosas. Sus labios se compusieron en la mueca alegre de un loco que, al menos por el momento, se ha librado de toda inhibición. Luego miró otra vez al guardia del estado.

—¡Toma! —gritó.

Y volvió a hundir la cruz en su espalda, en las. caderas, en un muslo, en el cuello y en el escroto. Lo apuñaló una docena de veces gritando «¡Toma!», cada

vez que le clavaba la estaca. Entonces, el palo vertical de la cruz se partió en dos.

—Ahí tienes —dijo en un tono amable y se alejó por donde había venido. Antes de pasar por delante de Paul, tiró a un lado la cruz como si ya no le interesase.

14

Paul puso las manos en las ruedas de la silla sin saber muy bien a dónde pensaba ir ni qué iba a hacer, si hacía algo, cuando ella llegase. ¿Debería ir a la cocina a coger un cuchillo? Pero ella echaría un vistazo a tiempo y se iría al cobertizo a buscar su escopeta.

No sabía lo que haría con el cuchillo, quizá cortarse las venas para evitar su venganza. Estaba harto de pagar la furia de Annie con pedazos de sí mismo.

De pronto, vio algo que lo dejó atónito. El guardia…

El guardia aún estaba vivo.

Levantó la cabeza. Las gafas se le habían caído. Pudo ver sus ojos. Y se dio cuenta de lo joven que era, de lo asustado y lastimado que estaba. La sangre corría a chorros por su cara. Consiguió apoyarse en las manos y ponerse de rodillas, cayó hacia adelante y volvió a levantarse dolorosamente. Empezó a arrastrarse hacia el coche. Logró llegar a la suave pendiente de césped entre la casa y el camino, y allí perdió el equilibrio y cayó de espaldas. Por un instante se quedó con las piernas levantadas, tan indefenso como una tortuga panza arriba. Se dejó caer a un lado y empezó al horrible esfuerzo de volver a ponerse de rodillas. Su uniforme, pantalón y camisa, estaba manchado de sangre. Las manchas pequeñas se extendían lentamente por la tela encontrándose con otras y haciéndose más grandes.

Llegó al camino.

De repente, el ruido del cortacésped se hizo más intenso.

—¡Cuidado! —gritó Paul—. ¡Cuidado, allá viene!

El policía volvió la cabeza. El miedo invadió su cara aturdida y volvió a buscar el arma. La sacó, grande y negra, con un tambor largo y culata de madera. Y entonces, Annie reapareció sentada en un trono conduciendo el cortacésped a toda marcha.

—¡Dispárale! —gritó Paul.

Pero en vez de disparar a Annie Wilkes con su viejo y sucio revólver Harry, se le cayó.

Alargó la mano para recogerlo. Annie giró bruscamente y pasó por encima de ella y del antebrazo. La sangre salió con un chorro sorprendente del expulsor de césped de la máquina. El agente uniformado gritó. Se produjo un agudo sonido metálico cuando la cuchilla de la cortadora golpeó la pistola. Annie giró por el prado lateral y su mirada se posó durante un segundo en Paul, que supo con certeza lo que esa mirada significaba. Primero el guardia, después él…

El muchacho estaba otra vez de costado. Cuando vio que la máquina volvía para echársele encima, rodó sobre sí mismo tratando de meterse debajo del coche, donde ella no pudiese alcanzarle.

Ni siquiera estuvo cerca de conseguirlo. Annie apretó al máximo el acelerador del cortacésped y pasó por encima de su cabeza.

Paul pudo captar la última mirada de unos horrorizados ojos castaños; vio jirones de la camisa marrón del uniforme colgando de un brazo alzado en un débil esfuerzo por protegerse y cuando los ojos desaparecierort, Paul volvió la cabeza.

El motor de la Lawnboy disminuyó de repente la velocidad y hubo una serie rápida de sonidos extrañamente líquidos.

Paul vomitó con los ojos cerrados.

15

Sólo los abrió cuando oyó la llave en la puerta de la cocina. La de su cuarto estaba abierta. Vio a Annie acercarse por el pasillo con sus viejas botas camperas, su pantalón vaquero con el llavero colgando de uno de los ojales del cinturón y su camiseta de hombre manchada de sangre. Quería decir: «Si me cortas algo más, Annie, moriré, no podré resistir otra amputación.» Pero las palabras no le salieron, sólo unos ruidos balbuceantes aterrorizados que le asquearon.

De todos modos, ella no le dio tiempo a hablar.

—Luego vendré a verle —dijo, y cerró la puerta.

Sonó una llave en la cerradura, una nueva Kreig que hubiese vencido al mismísimo Tom Twilford, pensó Paul, y luego volvió a oírla por el pasillo. El ruido de los tacones de sus botas fue disminuyendo misericordiosamente.

Volvió la cabeza y miró por la ventana. Sólo podía ver una parte del cuerpo del policía. Su cabeza aún estaba bajo el cortacésped que, a su vez, se hallaba oblicuo al coche. El cortacésped era un vehículo semejante a un tractor pequeño diseñado para cortar y limpiar prados más extensos de lo corriente. No había sido fabricado para mantener el equilibrio al pasar sobre piedras puntiagudas, troncos caídos o las cabezas de los agentes de Colorado. Si el vehículo no hubiese estado aparcado exactamente en aquel lugar, y si el policía no hubiese estado tan cerca de él antes de que Annie le golpeara, era casi seguro que el cortacésped hubiese volcado.

«Tiene la suerte del mismísimo diablo», pensó Paul con amargura, y observó cómo ella ponía el cortacésped en punto muerto y luego lo empujaba para sacar el cuerpo del policía con un fuerte empellón. El costado de la máquina chirrió contra el del coche y arrancó un poco de pintura.

Ahora que estaba muerto, ya podía mirar al guardia. Parecía una gran muñeca destrozada por una pandilla de niños malos. Sintió una inmensa compasión dolorosa por aquel joven, pero al mismo tiempo, experimentaba otra emoción. Tras meditar un poco, no se sorprendió al descubrir que era envidia. El guardia no volvería jamás a su casa junto a su mujer y sus hijos, si los tenía, pero por otro lado, había escapado de Annie Wilkes.

Ella le agarró una mano ensangrentada y lo arrastró por el camino hasta

meterlo en el establo. Cuando salió, dejó las puertas abiertas de par en par. Luego volvió al coche. Se movía con una calma exasperante. Lo puso en marcha y lo introdujo en el establo. Después apareció de nuevo y cerró las puertas casi por completo, dejando un pequeño hueco para entrar y salir.

Fue hasta el centro del camino y miró alrededor con las manos en las caderas. Volvió a ver su expresión de notable serenidad.

El cortacésped estaba lleno de sangre, sobre todo por debajo. El expulsor aún goteaba. Pequeños trozos del uniforme caqui estaban esparcidos por el camino y salpicando el césped recién cortado. Habían manchas y salpicaduras de sangre por todas partes. El arma del guardia, herida con una larga cicatriz de metal brillante en el tambor, yacía en tierra. Un trozo de papel blanco había quedado prendido en las espinas de un pequeño cacto que Annie había plantado en mayo. La cruz astillada de *Bessie* estaba en medio del camino como un comentario final sobre todo aquel asqueroso desastre.

Annie salió de su campo visual dirigiéndose otra vez a la cocina. Cuando entró, la oyó cantar.

—Vendrá sobre seis caballos blancos, cuando venga… ¡Vendrá sobre seis caballos blancos cuando venga! ¡Vendrá sobre seis caballos, seis caballos blancos…, vendrá sobre seis caballos blancos cuando venga!

Apareció ante sus ojos con una gran bolsa verde de basura y tres o cuatro más sobresaliendo de los bolsillos traseros del pantalón. Unas enormes manchas de sudor oscurecían su camiseta alrededor del cuello y de las axilas. Cuando se volvió, pudo apreciar otra mancha de sudor que subía por su espalda, con la vaga apariencia de un árbol.

«Son demasiadas bolsas para unos cuantos jirones de tela», pensó Paul; pero sabía que, antes de que terminase, tendría muchas cosas que meter en ellas.

Recogió los trozos de tela del uniforme y luego la cruz. La partió en dos pedazos y la echó en la bolsa de plástico. Y después hizo algo increíble: se santiguó. Recogió el arma, manipuló el tambor y sacó las municiones. Las guardó en el bolsillo y volvió a cerrar el tambor con un experto giro de muñeca, luego metió el arma en el cintu— rón del pantalón. Cogió el trozo de papel y lo miró pensativa. Fue a parar al otro bolsillo. Volvió al establo, arrojó dentro las bolsas y volvió a la casa.

Caminó por el prado lateral hasta el mamparo del sótano, que estaba justo

debajo de la ventana de Paul. Algo más le llamó la atención. Era el cenicero. Lo recogió y se lo dio cortésmente a través de la ventana rota.

—Tenga, Paul.

Él lo cogió, aturdido.

—Después recogeré los sujetapapeles —dijo, como si eso fuera algo en lo que él ya debía de haber pensado. Por un momento se le ocurrió golpearla en la cabeza con el pesado cenicero de cerámica, abrirle el cráneo para que saliera de allí la enfermedad que se hacía pasar por cerebro.

Entonces pensó en lo que podía ocurrirle si sólo resultaba lastimada y puso el cenicero donde había estado con la mano temblorosa y mutilada.

Ella lo miró.

—Yo no lo maté, ¿sabe?

—Annie…

—*Usted* lo mató. Si hubiese callado, yo le habría convencido para que siguiese su camino. Ahora estaría vivo y yo no tendría que limpiar toda esta porquería asquerosa.

—Sí —le replicó—, él hubiese seguido carretera abajo, ¿y yo qué, Annie?

Estaba sacando la manguera del mamparo y enrollándosela en un brazo.

—No sé lo que quiere decir.

—Sí que lo sabe. —En las profundidades del *shock* había alcanzado su propia serenidad—. Él llevaba mi fotografía. Ahora mismo la tiene en el bolsillo.

—No haga preguntas y no le diré mentiras.

Empezó a enroscar la manguera en un grifo situado al lado de la ventana.

—Un guardia del estado con mi fotografía significa que alguien encontró mi coche. Ambos sabíamos que eso ocurriría. Lo que me sorprende es que hayan tardado tanto. En una novela, es posible que un coche salga flotando de la historia. Supongo que podría hacer que los lectores lo aceptasen si tuviese que hacerlo; pero en la realidad, de ningún modo. Sin embargo, nosotros seguimos engañándonos ¿no es cierto, Annie? Usted, por el libro; yo, por mi vida, a pesar de lo desgraciada que se ha vuelto.

—No sé de lo que está hablando. —Se volvió hacia el grifo—. Todo lo que sé es que usted mató a ese pobre chico cuando lanzó el cenicero por la ventana. Está confundiendo lo que puede pasarle a usted con lo que ya le ha pasado a él.

Le sonrió. Había locura en aquella sonrisa, pero él vio además otra cosa que

verdaderamente le atemorizó. Vio maldad consciente, un demonio saltando tras sus ojos.

—Perra —le dijo.

—Perra loca, ¿no es cierto? —le preguntó, todavía sonriendo.

—Claro que sí, está loca —le respondió.

—Bueno, tendremos que hablar de ese asunto, ¿no le parece? Cuando tenga tiempo. Tendremos que hablar mucho de ese asunto. Sí, señor. Pero ahora estoy muy ocupada, como puede ver.

Desenredó la manguera y la conectó. Estuvo casi media hora limpiando el cortacésped y el prado lateral.

Cuando terminó cerró el grifo y fue enrollándose la manguera en el brazo. Aún era de día, pero su sombra se alargaba tras ella. Eran las seis de la tarde.

Desenroscó la manguera, abrió el mamparo y tiró dentro la serpiente verde de plástico. Cerró, echó el cerrojo y lanzó un vistazo al camino y al césped sobre el que parecía haber caído un pesado rocío.

Se dirigió otra vez al cortacésped, subió, lo puso en funcionamiento y empezó a retroceder. Paul sonrió. Ella tenía la suerte del demonio y cuando se encontraba presionada casi su inteligencia. Pero la palabra clave era «casi». Había cometido un error y se había salvado por suerte. Ahora volvía a fallar. Había limpiado la sangre del cortacésped, pero se había olvidado de las cuchillas. Tal vez se acordara más tarde, aunque a Paul le pareció improbable. Una vez pasado el momento inmediato, las cosas parecían evaporarse de su mente. Pensó que esa mente y el cortacésped tenían mucho en común. En apariencia, daban la impresión de funcionar correctamente, pero si se les daba la vuelta para observar su estructura, lo que se veía era una máquina de matar manchada de sangre con unas hojas muy afiladas.

Regresó a la puerta de la cocina y entró en la casa. Fue al piso de arriba y él la oyó trajinando por allí durante un rato. Luego volvió a bajar más despacio, arrastrando algo que parecía suave y pesado. Después de pensarlo, Paul impulsó la silla de ruedas hasta la puerta y puso la oreja en la madera.

Escuchó pisadas débiles que iban disminuyendo, ligeramente vacías, y ese sonido de algo arrastrado. Su mente se encendió enseguida con focos de pánico y el vello de sus brazos se erizó de terror.

—¡Cobertizo! ¡Ha ido al cobertizo a buscar el hacha! ¡Otra vez el hacha!

Pero sólo era un atavismo momentáneo y lo rechazó bruscamente. No había ido al cobertizo. Estaba bajando al sótano, donde llevaba algo arrastrando.

La oyó subir otra vez y volvió a la ventana. Mientras el sonido de sus pasos se acercaban a la puerta, mientras la llave se deslizaba en la cerradura, pensó: «Viene a matarme.» Y la única emoción que engendró ese pensamiento fue de cansado alivio.

16

La puerta se abrió y Annie se detuvo en el umbral mirándolo pensativa. Se había cambiado la camiseta por otra limpia. De un hombro le colgaba una bolsa caqui, demasiado grande para ser un bolso y demasiado pequeña para ser una mochila.

Cuando entró, él se sorprendió al verse capaz de decir con cierto grado de dignidad:

—Máteme de una vez, Annie, si eso es lo que piensa hacer, pero al menos tenga la decencia de hacerlo rápido. No siga despedazándome.

—No voy a matarle, Paul. —Hizo una pausa—. Al menos, mientras tenga un poco de suerte. *Debería* matarle, ya lo sé; pero estoy loca, ¿no es cierto? Y los locos no siempre hacen lo que más conviene a sus intereses.

Fue por detrás y lo empujó a través de la habitación, cruzó la puerta y siguió por el pasillo. Él oía la bolsa golpeando sólidamente su costado y recordó que nunca antes la había visto usar una bolsa así. Cuando iba a la ciudad, llevaba un bolso grande y pesado, el tipo de cartera que las solteronas regalan para la tómbola de la iglesia. Si llevaba pantalón utilizaba una billetera metida en el bolsillo de la cadera como un hombre.

El sol que entraba en la cocina era de un dorado brillante. Las sombras de las patas de la mesa atravesaban el linóleo en franjas horizontales como si fueran los barrotes de la ventana de una cárcel. Según el reloj que había sobre el fogón, eran las seis y cuarto, y aunque no había razón alguna para suponer que ella fuese más cuidadosa con sus relojes que con sus calendarios (el de la cocina había conseguido llegar hasta el mayo) aquella hora parecía la correcta. Oyó los primeros grillos de la noche afinando en el campo de Annie. «Escuché ese

mismo sonido siendo un niño pequeño e ileso», pensó, y por un momento estuvo a punto de llorar.

Lo empujó al interior de la alacena donde la puerta del sótano estaba abierta. Una enfermiza luz amarilla subía por las escaleras y moría en el suelo. Allí aún persistía el olor de la lluvia que lo había inundado a finales del invierno.

«Ahí abajo hay arañas —pensó—. Ratones. Ahí abajo hay ratas.»

—No, no, no… —dijo Paul—. No cuente conmigo.

Lo miró con una impaciencia ecuánime y él notó que, desde que había matado al guardia, parecía casi cuerda. Su cara tenía la expresión decidida, aunque ligeramente preocupada, de una mujer que está haciendo los preparativos para un gran banquete.

—Usted va a bajar ahí —le dijo—. La única cuestión es si va a hacerlo sobre mi espalda o dando tumbos como una cacerola. Le doy cinco segundos para decidirse.

—Sobre su espalda —respondió de inmediato.

—Muy inteligente. —Se volvió para que él pudiese poner los brazos alrededor de su cuello—. No haga ninguna tontería, Paul, como tratar de estrangularme. Fui a clases de karate en Harrisburg. Era muy buena. Lo lanzaría por delante. El suelo es de tierra, pero muy duro. Se rompería la espalda.

Lo levantó con facilidad. Sus piernas, ya desentablilladas, aunque torcidas y grotescas como pertenecientes a un circo de monstruosidades, colgaban inertes. La izquierda, con el bulto anormal donde antes había estado la rodilla, era algunos centímetros más corta que la derecha. Había descubierto que sobre ésta podía sostenerse unos minutos, pero el dolor que le producía no cesaba durante horas. La droga no parecía alcanzar aquella parte de su cuerpo, que era como un profundo sollozo físico.

Lo llevó a cuestas hasta abajo y lo introdujo en el olor espeso de piedra vieja, madera, inundación y vegetales podridos. Había tres bombillas desnudas. Viejas telarañas colgaban como hamacas podridas entre vigas al descubierto. Las paredes eran de piedra mal pulimentada. Parecían el dibujo en una roca hecho por un niño. Estaba fresco, pero no era un frescor agradable. Nunca había estado tan cerca de ella como entonces. Sólo volvería a estarlo en otra ocasión. No era una experiencia grata. Podía oler el sudor de sus últimos esfuerzos y aunque a él le gustaba el olor de la transpiración por asociarlo con el trabajo y el esfuerzo,

cosas que él respetaba, aquel olor escondía algo repulsivo, como viejas sábanas acartonadas por eyaculaciones resecas. Y bajo el olor a sudor, yacía el de suciedad vieja. Annie se había vuelto tan «descuidada» con su higiene como con sus calendarios. Atisbo un pegote de cera oscura en una oreja y se preguntó cómo demonios podía oír.

Ahí, junto a una de las paredes de piedra, estaba la fuente del ruido que había escuchado: un colchón, al lado del cual había puesto una bandeja con algunas latas y botellas. Ella se acercó al colchón, se volvió y se agachó.

—Baje, Paul.

Se soltó con cautela y se deslizó sobre el colchón. Luego, se quedó mirándola con cansancio mientras ella buscaba algo en la bolsa.

—No —dijo inmediatamente, cuando vio que la luz amarillenta y cansina brillaba en una aguja hipodérmica—. No, no.

17

—¡Vamos! —exclamó— Usted debe de pensar que Annie está hoy de un humor muy negro. Me gustaría que se relajara, Paul. —Puso la aguja en la bandeja—. Esto es *escalopomina*, una droga a base de morfina. Tiene suerte de que tenga morfina. Ya le conté con qué cuidado la vigilan en las farmacias de los hospitales. Se la dejo porque aquí hay mucha humedad y le pueden doler bastante las piernas hasta que regrese. Espere un momento. —Hizo un guiño que tenía implicaciones extrañamente inquietantes, era el guiño de un conspirador a otro—. Usted tira un *jonino* cenicero y yo acabo más ocupada que un empapelador manco. Enseguida vuelvo.

Volvió arriba y regresó al momento con los almohadones del sofá de la sala y las mantas de su cama. Le arregló los cojines para que pudiera apoyar la espalda

y sentarse sin demasiadas molestias. Pero él sintió el frío de las piedras atravesándolos, como si quisieran congelarle.

Había tres botellas de Pepsi en la bandeja desvencijada. Ella quitó la chapa de dos de ellas con el abridor que colgaba de su llavero y le ofreció una. Se llevó la suya a la boca y se tomó la mitad sin parar. Eructó tapándose la boca con la mano en un gesto de educación.

—Tenemos que hablar —propuso—. O mejor dicho, yo tengo que hablar y usted tiene que escucharme.

—Annie, cuando le dije que estaba loca…

—*Chissst.* Ni una palabra sobre eso. Puede que después hablemos del asunto. No es que quiera hacer cambiar de opinión a un señor como usted, que vive del pensamiento. Todo lo que hice fue sacarle de su coche destrozado antes de que se congelase, entablillar sus pobres piernas y darle medicina para aliviar su dolor; cuidarle y convencerle de que dejase el libro que había escrito y de que escribiese lo mejor que ha escrito en su vida. Si eso es estar loco, lléveme al manicomio.

«¡Ay, Annie, si alguien por fin lo hiciera!», pensó, y antes de poder controlarse espetó:

—¡También me cortó el pie de los cojones!

Annie lanzó la mano con la velocidad de un látigo y le abofeteó con un sonido seco.

—No diga esas palabrotas delante de mí —le amonestó—. He recibido una educación que usted no tuvo jamás. Tuvo suerte de que no le cortase la glándula masculina. Y eso que lo pensé, ¿sabe?

Él la miró. Tenía el estómago como el interior de una máquina de hacer hielo.

—Sé que lo pensó, Annie —dijo suavemente.

Ella abrió los ojos de par en par *y* por un instante pareció sorprendida y culpable; ahora era Annie la mala en vez de Anny la antipática.

—Escúcheme, escúcheme con atención, Paul. Estaremos a salvo si no viene nadie a preguntar por ese tío antes de que oscurezca. Será noche cerrada dentro de hora y media. Si viene alguien antes…

Metió la mano en su bolsa caqui y sacó la pistola del guardia. Las luces del sótano brillaron en el rayo zigzagueante que la cortadora de césped había abierto

en el tambor de la pistola.

—Si alguien se presenta antes, tengo esto preparado para él, luego para usted y después para mí.

18

Le explicó que, cuando hubiese oscurecido, llevaría el coche del guardia a su Casa de la Risa. Había un badén junto a la cabaña donde podría aparcarlo sin que nadie lo viese. Pensaba que el único riesgo de ser descubierta lo correría en la carretera nueve, pero era un riesgo mínimo. Sólo tenía que recorrer dos kilómetros. Una vez hubiese salido de la nieve, iría por las carreteras de las montañas. Todas estaban casi desiertas y algunas habían caído en desuso porque apacentar ganado por esas alturas se había convertido en una rareza. Algunas de aquellas carreteras estaban aún valladas. Ralph y ella habían conseguido las llaves cuando compraron la propiedad. Los dueños de las tierras entre la carretera y la cabaña se las habían dado sin tener que pedirlas. A eso le llamaban «la política del buen vecino», le dijo, confiriendo a una palabra agradable matices increíblemente retorcidos de sospecha, desprecio y amarga ironía. Así era Annie.

—Le llevaría conmigo sólo para no perderle de vista ahora que me ha demostrado que no puedo confiar en usted; pero no saldría bien. Podría llevarle en la parte trasera del coche del guardia, pero hacerle bajar sería imposible. Voy a tener que volver en la bicicleta de Ralph. Probablemente me caeré y me romperé el *jonino* cuello.

Se rió alegremente para demostrar lo gracioso que resultaría semejante desenlace. Paul no la imitó.

—Si eso ocurriera, Annie, ¿qué me pasaría a mí?

—No le pasaría nada, Paul —dijo en tono sereno—. ¡Joder, siempre se está preocupando sin motivo!

Se dirigió hacia una de las ventanas del sótano y permaneció allí un momento mirando, midiendo la puesta de sol. Paul la observaba pensativo. Si se caía de la bicicleta o si se salía de una de esas carreteras sin pavimentar que iban bordeando precipicios, no creía en modo alguno que a él no fuese a ocurrirle nada. Moriría como un perro allí abajo, y cuando al fin todo hubiese terminado, serviría de alimento a las ratas, que sin duda estaban ya observando a los «dos» bípedos que habían invadido sus dominios. Había una cerradura Kreig en la puerta de la alacena y un cerrojo en el mamparo casi tan grande como su puño. Las ventajas del sótano no pasaban de ser sucias hendiduras de unos cincuenta centímetros de alto por treinta y cinco de ancho, como si reflejasen la paranoia de Annie, pensó. ¿No expresan las casas después de un tiempo la personalidad de sus habitantes? No creía que hubiese podido salir por uno de aquellos huecos ni aun estando en su mejor forma y evidentemente no lo estaba. Tal vez podría romper una y gritar pidiendo socorro si alguien aparecía por allí antes de que muriese de hambre, pero eso no suponía un gran aliciente.

Las primeras oleadas de dolor se deslizaron por sus piernas como agua envenenada. Y la abstinencia… El cuerpo le pedía Novril a gritos. Pensó que se trataba del «tengo».

Annie volvió y cogió la tercera botella de Pepsi.

—Le traeré otras dos antes de marcharme —dijo—. Ahora necesito el azúcar. No le importa, ¿verdad?

—Claro que no. Mi Pepsi es su Pepsi.

Destapó la botella y bebió profundamente. Paul pensó: *«Cku-galug, chu-galug,* dan ganas de gritar yupiyú.» ¿Quién cantaba eso? Roger Miller, ¿no? ¡Qué cosas nos arroja la mente!

Aquello era ciertamente gracioso.

—Voy a meter a ese tío en su coche y a llevármelo a mi Lugar de la Risa. Llevaré también todas sus cosas. Meteré el coche en el cobertizo de allá arriba y lo enterraré en el bosque, a él y a sus… ya sabe…, sus fragmentos.

Paul no contestó. Recordaba a *Bessie* mugiendo, mugiendo hasta que no pudo mugir más porque estaba muerta, y otro de los grandes axiomas del Western Slope era precisamente ése: «Vaca muerta no muge.»

—Tengo una cadena en la entrada del camino. La voy a poner. Si viene la policía, puede levantar sospechas; sin embargo, prefiero que sospechen antes de que se acerquen a la casa y le oigan a usted organizando un *jonino* escándalo. Pensé en amordazarle, pero las mordazas son peligrosas, especialmente si uno está tomando drogas que afectan a la respiración. Tal vez podría vomitar, o tapársele la nariz por la humedad. Si se le obstruyera por completo y no pudiese respirar por la boca…

Apartó los ojos desconectada, silenciosa, igual que las piedras de las paredes, tan vacía como la primera botella de Pepsi que se había bebido. «Dan ganas de gritar yupiyú —pensó, y Annie, ¿había gritado hoy yupiyú?—. Puedes apostar el culo a que sí.» Annie había gritado hasta dejar todo el patio embarrado. Sonrió. Ella no dio muestra alguna de haberle escuchado.

De pronto, lentamente, empezó a volver en sí.

Le miró pestañeando.

—Voy a poner una nota en una de las tablas de la verja —dijo lentamente reorganizando sus pensamientos—. Hay una ciudad a unos diecisiete kilómetros de aquí. Se llama Steamboat Heaven{15}. ¿No es un nombre gracioso para una ciudad? Esta semana tienen lo que ellos llaman el mercado de pulgas más grande del mundo. Lo hacen cada verano. Siempre hay allí mucha gente vendiendo cerámica. Pondré en la nota que he ido a Steamboat Heaven a ver obras de cerámica y que me quedaré a pasar la noche. Si alguien pregunta después dónde estuve, para investigar en el registro, diré que no había cerámicas buenas y que decidí volver. Sólo que me cansé. Eso es lo que voy a decir. Diré que aparqué a un lado de la carretera para echar un sueñecito, porque tuve miedo de quedarme dormida al volante. Explicaré que sólo pensaba dar una cabezada, pero que estaba tan cansada, que dormí toda la noche.

Paul estaba atónito ante la sutileza de su astucia. De pronto comprendió que Annie estaba haciendo exactamente lo que él no podía hacer, estaba jugando a «¿Puedes?» «Tal vez —pensó—, por eso no escribe libros. No le hace falta.»

—Volveré en cuanto pueda, porque la policía vendrá —dijo, y la perspectiva no parecía perturbar su extraña serenidad en lo más mínimo, aunque Paul no podía admitir que ella no comprendiese, en alguna parte de su mente, lo cerca que estaba del final—. No creo que vengan esta noche, excepto quizá para echar un vistazo, pero vendrán en cuanto sepan con seguridad que el guardia ha

desaparecido. Revisarán su ruta buscándole y tratando de averiguar dónde se detuvo, ¿verdad, Paul?

—Sí.

—Tendré que estar aquí cuando lleguen. Si salgo con la bicicleta en cuanto amanezca, puede que me encuentre de regreso antes del mediodía. Lo más lógico es que llegue antes que ellos, porque si el guardia salió de Sidewinder, seguro que se detuvo en muchos lugares antes de llegar aquí.

Paul se preguntó si se le habría ocurrido la posibilidad de que los policías empezaran por el final de la ruta asignada al compañero en lugar de comenzar por el principio. Él no lo creía; era más natural seguir el recorrido hacia adelante que hacia atrás, pero cabía la posibilidad. Decidió que no era una buena idea sugerírselo, podía resultar perjudicial para su salud.

—Cuando se presenten aquí, usted ya estará de nuevo en su habitación más calentito que un gusano en una manta. No voy a atarle ni a amordazarle ni nada de eso, Paul. Hasta puede asomarse cuando yo salga a hablar con ellos, porque la próxima vez serán dos, creo. Al menos dos, ¿no le parece?

Sí que se lo parecía.

Ella asintió, satisfecha, con la cabeza.

—Pero yo puedo encargarme de dos si tengo que hacerlo. —Dio unas palmaditas en la bolsa—. Quiero que recuerde la pistola del chico mientras esté asomado, Paul. Quiero que recuerde que va a estar siempre aquí dentro mientras hable con esos policías cuando vengan mañana. La bolsa tendrá la cremallera abierta. Usted podrá verlos a ellos, pero si ellos lo ven a usted, Paul, sea por accidente o porque usted intente algo, como lo de hoy y si eso ocurre, sacaré la pistola de la bolsa y empezaré a disparar. Ya es responsable de la muerte de un muchacho, piense en ello.

—No me venga con esa mierda —le dijo, sabiendo que ella le castigaría por hablar mal.

No obstante, ella no hizo nada. Sólo le sonrió con aquella expresión serena y maternal.

—Usted lo sabe. No me engaño pensando que le importa, no me engaño en absoluto. Y sé que tampoco le importa que mueran otras dos personas si eso le sirve de algo. Pero no le servirá, Paul, porque si tengo que matar a dos, mataré a cuatro. A ellos y a nosotros. ¿Y sabe una cosa? Creo que todavía le importa su

propio pellejo.

—No demasiado —confesó Paul—. Le diré la verdad, Annie. Cada día que pasa siento mi pellejo como algo de lo que quiero librarme.

Ella rió.

—He oído eso muchas veces. Pero en cuanto ven que vas a tocarles la porquería de respiradores, entonces ya es otra historia. Sí. Entonces empiezan a gritar y a llorar y se convierten todos en unos verdaderos mocosos.

«Pero usted nunca permitió que tal cosa la disuadiese, ¿verdad, Annie?», pensó.

—De cualquier modo —prosiguió—, sólo quiero que sepa que lo pongo todo en sus manos. Si verdaderamente no le importa, grite hasta desgañitarse cuando vengan. Lo dejo a su elección.

Paul no replicó.

—Cuando vengan, estaré ahí en el camino y responderé que sí, que el policía del estado pasó por aquí. Les contaré que vino cuando yo me estaba arreglando para ir a Steamboat Heaven. Diré que me enseñó su fotografía y que yo no le había visto. Entonces uno de ellos me preguntará: «Eso fue el invierno pasado, señorita Wilkes, ¿cómo puede estar tan segura?» Y yo le contestaré: «Si Elvis Presley todavía estuviese vivo y usted lo hubiese visto el invierno pasado, ¿lo recordaría?» Y él dirá que sí, que probablemente sí, pero que qué tiene eso que ver con el precio del café en Borneo, y yo replicaré: «Paul Sheldon es mi escritor favorito y he visto su fotografía montones de veces.» Tendré que decir eso, Paul, ¿sabe por qué?

Lo sabía, claro que lo sabía. Su astucia continuaba impresionándole. Ya no debería hacerlo, pero no podía evitarlo. Recordó la fotografía en la que estaba Annie en la celda preventiva, la que le tomaron en aquel curioso intervalo entre el final del juicio y el regreso del jurado. Lo recordaba perfectamente: «¿Miserable la dama dragón? No. Annie lee tranquilamente mientras espera el veredicto.»

—Así que entonces —continuó— les diré que él apuntó en su libreta todo lo que le dije y me dio las gracias. Añadiré que le ofrecí una taza de café, aunque tenía prisa por ponerse en camino, y luego me preguntarán por qué. Les responderé que él probablemente sabía lo de mi problema anterior y que yo quería dejar bien claro que todo estaba en orden por aquí. Pero el chico rehusó,

manifestando que tenía que seguir su camino. Así que le ofrecí una Pepsi fría porque el día estaba muy caluroso y él aceptó.

Engulló la segunda Pepsi y puso la botella de plástico entre su cara y la de él. Su ojo, a través del plástico, se veía enorme y oscilante como el de un cíclope. El lado de su cabeza se transformó en un bulto ondulado e hidrocefálico.

—Tiraré esta botella en la cuneta a un kilómetro carretera arriba —le dijo—; pero antes pondré los dedos del policía encima, por supuesto.

Esbozó una sonrisa seca y desalmada.

—Huellas digitales —comentó—. Sabrán que pasó por mi casa, o creerán que lo saben, que es lo importante. ¿No es cierto, Paul?

Su asombro se hizo más profundo.

—Así que irán carretera arriba y no lo encontrarán; sencillamente, habrá desaparecido. Como esos *swanis* que tocan la flauta hasta que sale una cuerda de un cesto y luego trepan por ella y desaparecen. ¡Puf!

—¡Puf! —repitió Paul.

—No tardarán mucho en volver. Lo sé. Si no pueden encontrar su rastro, exceptuando la botella, decidirán pensar en mí un poco más. Después de todo, estoy loca, ¿no? Todos los periódicos lo dijeron. Loca como un cencerro. Pero al principio me creerán. Supongo que no querrán entrar en la casa y registrarla. Al principio, no. Buscarán en otros lugares y tratarán de pensar en otras cosas antes de volver. Tendremos un poco más de tiempo. Tal vez una semana.

Lo miró a los ojos.

—Va a tener que escribir más aprisa, Paul —dijo.

19

Cayó la noche y no llegó ningún policía. Annie no pasó todo el tiempo con él

esperando a que oscureciese. Quería arreglar la ventana de su habitación, y recoger los sujetapapeles y los vidrios rotos desparramados por el césped. Cuando al día siguiente llegase la policía buscando a su oveja perdida, no quería que encontraran nada fuera de lo normal.

«Sólo deja que miren debajo del cortacésped, nena. Sólo deja que miren ahí y verán algo bastante fuera de lo normal», imploró Paul.

Pero por más que intentaba visualizarlo, su vivida imaginación no lograba producir el guión apropiado.

—¿Se pregunta por qué le he dicho todo esto, Paul? —le planteó antes de subir a ver qué podía hacer con la ventana—. ¿Por qué le conté con todo lujo de detalles los planes que tengo para resolver este asunto?

—No —le respondió apagado.

—En parte, porque quiero que conozca exactamente cuáles son sus posibilidades y qué es lo que tiene que hacer para seguir viviendo. También deseo que sepa que acabaría con todo ahora mismo si no fuera por el libro. Todavía me importa ese libro. —Sonrió, era una sonrisa radiante y astuta—. Sí, sé que es la mejor historia de Misery y quiero saber cómo termina.

—Yo también, Annie.

Le miró sorprendida.

—Pero usted lo sabe, ¿no?

—Cuando empiezo un libro, siempre creo que sé cómo van a salir las cosas, pero no es así. En realidad, supongo que es lógico. Y no es para sorprenderse, si lo piensa bien. Escribir un libro es como disparar un ICBM…, sólo que viaja a través del tiempo en vez de hacerlo por el espacio, es el tiempo del libro que los personajes emplean en vivir la historia y el tiempo real que el novelista invierte escribiéndolo. Hacer que una novela termine exactamente del modo que uno pensó que terminaría al comenzarla, sería como lanzar un misil Titán para que recorriese la mitad del mundo disparando su carga a través de una cesta de baloncesto. Se entiende sobre el papel y hay gente que construye esas cosas y dice que le resultó tan fácil como freír un huevo. Pero todas las posibilidades están en contra.

—Sí —dijo Annie—, ya veo.

—Debo tener un sistema de navegación muy bueno en mi equipo, porque generalmente me acerco bastante y si se tienen suficientes explosivos en el

morro del misil, suele bastar. En este momento el libro tiene dos posibles finales. Uno es muy triste. El otro, aunque no es el típico final feliz de Hollywood, al menos conserva cierta esperanza en el futuro.

Annie se alarmó sobremanera.

—No estará pensando en volverla a matar, Paul.

Él sonrió un poco.

—¿Qué haría si la mato, Annie? ¿Matarme a mí? Eso no me asusta lo más mínimo. Puede que no sepa lo que va a ocurrirle a Misery, pero sé lo que va a pasarme a mí… y usted también lo sabe. Escribiré la palabra FIN, usted lo leerá y después escribirá lo mismo, ¿es cierto? Nuestro fin. Ése no tengo que imaginarlo. La verdad no es realmente más extraña que la ficción, digan lo que digan. La mayoría de las veces uno sabe exactamente cómo van a salir las cosas.

—Pero…

—Creo que sé cuál va a ser el final. Estoy casi seguro. Si sale así, le gustaría. Pero aun cuando salga de esa manera, ninguno de los dos conocerá los detalles reales hasta que lo escriba, ¿no cree?

—No, supongo que no.

—¿Recuerda lo que decían aquellos viejos anuncios de los autobuses Greyhound? «Llegar es sólo parte de la diversión.»

—De todos modos, está ya casi acabado.

—Sí —dijo Paul—, casi…

20

Antes de marcharse le llevó otra Pepsi, una caja de galletas Ritz, sardinas, queso y… el orinal.

—Si me trae el manuscrito y una libreta, puedo escribir a mano —le sugirió

—, así pasaré el rato.

Ella lo pensó y movió la cabeza como si lo lamentase.

—Me gustaría que lo hiciese, Paul. Pero esto supondría dejar encendida al menos una luz y no puedo correr el riesgo.

Pensó en lo que significaba quedarse solo en aquel sótano y sintió que el pánico volvía a erizar su piel. Pensó en las ratas escondidas en sus agujeros, que saldrían cuando el lugar estuviese a oscuras y que quizá olerían su impotencia.

—No me deje en la oscuridad, Annie. Por favor, no haga eso.

—Tengo que hacerlo. Si alguien viese una luz en el sótano, entraría para investigar con o sin cadena, con o sin nota. Si le diese una linterna, podría intentar hacer señales con ella. Si le dejase una vela, quizá trataría de quemar la casa. ¿Ve qué bien le conozco?

Apenas se atrevía a mencionar la ocasión en que había salido de la habitación, porque eso la enfurecía, pero el miedo a que le dejase solo en la oscuridad le obligó a hacerlo.

—Si hubiese querido quemar la casa, lo habría hecho hace mucho tiempo.

—Las cosas eran diferentes entonces —objetó con sequedad—. Siento que no le guste quedarse a oscuras. Lamento que tenga que quedarse. Pero es culpa suya, así que deje de portarse como un mocoso. Tengo que irme. Si necesita una inyección, póngasela en la pierna.

Se quedó mirándola.

—O en el culo, haga lo que quiera.

Empezó a subir la escalera.

—Entonces, cubra las ventanas —gritó—. ¡Póngales unas mantas o… o… píntelas de negro…! ¡Annie, las ratas, las ratas…! ¡Mierda!

Ella estaba en el tercer escalón. Se detuvo a mirarlo con sus ojos de moneda polvorienta.

—No tengo tiempo para hacer esas cosas —le dijo—, y, de todos modos, las ratas no le molestarán. Hasta puede que le reconozcan como a uno de su propia especie. A lo mejor lo adoptan.

Annie rió. Subió las escaleras riendo cada vez más fuerte. Hubo un chasquido y se apagaron las luces. Aún seguía riendo y él se dijo a sí mismo que no gritaría, que no suplicaría, que ya había superado aquello. Pero la humedad tenebrosa de las sombras y el golpe de la risa era demasiado, y pidió a gritos que

no le hiciera eso, que no lo dejase. Ella reía, y sonó otro chasquido cuando la puerta se cerró y la risa se oyó más apagada, aunque seguía allí; se oyó otra cerradura y otro cerrojo, y la risa se alejaba y ya estaba fuera. Cuando había puesto en marcha el coche, había conducido hasta la verja y había puesto la cadena en la entrada alejándose carretera arriba, él aún seguía oyendo su maldita carcajada.

21

El horno era un oscuro bulto en medio de la habitación. Parecía un pulpo. Pensó que si la noche hubiese estado serena, habría podido oír las campanadas del reloj de la sala, pero soplaba un fuerte viento de verano, como ocurría con frecuencia en aquellas noches, y sólo quedaba el tiempo extendiéndose hasta la eternidad. Cuando las bocanadas amainaban oía los grillos cantar fuera de la casa. Poco después, percibió los ruidos furtivos que tanto había temido, las rápidas carreras de las ratas.

Pero no eran las ratas lo que más temía. No. Era al guardia. A su imaginación, tan mortificantemente vivida, raras veces le daba por el terror; pero cuando así era, que Dios le ayudase, que le prestara toda su ayuda. En aquella oscuridad, no importaba en absoluto que lo que estaba pensando no tuviese ningún sentido. En las tinieblas, la racionalidad parecía estúpida y la lógica un sueño. Pensaba con la piel. Veía constantemente al guardia volviendo a la vida, o a algo parecido, en el establo. Lo veía sentarse cubierto y rodeado de paja, con la cara convertida en un sangriento amasijo por la cuchilla del cortacésped. Lo veía salir del establo arrastrándose y seguir por el camino hasta el mamparo con los jirones de su uniforme balanceándose y agitándose. Lo veía desvanecerse por arte de magia, pasar a través del mamparo y volver a materializarse en su cadáver dentro del sótano. Lo imaginaba arrastrándose por el suelo polvoriento y los ruidos que escuchaba no eran provocados por las ratas, sino por el guardia que se iba acercando, y sólo había un pensamiento en el cerebro muerto de aquel guardia del estado: «Tú me mataste. Tú abriste la boca y me mataste. Tú tiraste un cenicero y me mataste. *Jonino* hijo de puta, tú asesinaste mi vida.»

En una ocasión sintió los dedos muertos del guardia deslizarse por su mejilla

y gritó con todas sus fuerzas encogiendo las piernas, que también gritaron. Pasó la mano frenéticamente por la cara y lo que se sacudió no fue un dedo, sino una araña enorme.

El movimiento brusco acabó con la precaria tregua que había establecido con el dolor de sus piernas y con la necesidad de droga en sus nervios, pero también mitigó un poco su terror. La visión nocturna se estaba agudizando y podía ver mejor en la oscuridad. Intuyó el horno, restos de una pila de carbón, una mesa con un montón de latas y utensilios de cocina, y a su derecha… ¿qué era aquello que estaba cerca de los estantes? Aquella forma le resultaba familiar. Había algo maligno en ella. Se sostenía sobre tres patas. Su extremo superior era redondo. Parecía una de las máquinas de la muerte de Welles en *La guerra de los mundos*, sólo que en miniatura. Paul se quedó pensando en el asunto. Se adormeció; cuando despertó, miró otra vez y pensó: «Claro, debí darme cuenta desde el principio. Es una máquina de la muerte. Y si hay alguien sobre la Tierra que sea un marciano, es Annie Wilkes. Es su barbacoa. Es el crematorio en el que me hizo acabar con *Automóviles veloces.*»

Se movió un poco porque se le estaba durmiendo el trasero, y gimió. Sentía dolor en las piernas, sobre todo en los aplastados restos de su rodilla izquierda, y también en la pelvis. Eso significaba que le esperaba una mala noche porque durante los últimos dos meses la pelvis había estado muy tranquila.

Buscó la jeringuilla al tacto, la cogió y luego volvió a dejarla. «Una dosis muy suave», había dicho ella. Mejor dejarla para después.

Oyó un ligero ruido y miró rápidamente hacia un rincón, esperando ver al guardia arrastrándose hasta él con un ojo castaño sobresaliendo de su cara destrozada. «Si no hubiese sido por ti, ahora estaría en mi casa mirando la tele con la mano en la pierna de mi mujer», susurraría.

No era el guardia, sino una forma oscura, probablemente imaginaria, pero que bien podía ser una rata. Se obligó a relajarse. ¡Qué larga iba a ser aquella noche!

22

Durmió un rato y despertó inclinado a la izquierda con la cabeza colgando como la de un borracho en un callejón. Se enderezó y las piernas lo maldijeron. Usó el orinal y le dolió. Comprendió con preocupación que estaba empezando a sufrir una infección urinaria. Era tan vulnerable, tan jodidamente vulnerable a todo. Apartó el orinal y volvió a coger la jeringuilla.

Una ligera dosis de ecalopomine, dijo ella. Quizá le había puesto algo más fuerte, algo de lo que utilizó con tipos como Ernie Gonyar y *Queenie* Beaulifant.

Sonrió. ¿Sería eso verdaderamente malo? La respuesta era «¡Y una mierda, coño!» Sería bueno, muy bueno… Los pilotes desaparecerían por fin… Se acabaría la marea baja. Para siempre.

Pensando en eso encontró la vena en el muslo izquierdo y aunque no se había inyectado en su vida, lo hizo con eficiencia, casi con entusiasmo.

23

No se murió. Tampoco se durmió. El dolor se fue y él quedó flotando a la deriva sintiéndose casi desligado de su cuerpo, como un globo de pensamiento en el extremo de un hilo muy largo.

«También fuiste Scherezade para ti mismo», pensó, y miró a la barbacoa. Recordó los rayos de la muerte de los marcianos incendiando Londres. Se acordó también de una canción que cantaba un grupo llamado los Trampps. «Quémalo, baby, quémalo, quema al chupapollas…»

Algo relampagueó. Era una idea.

«Quema al chupapollas…», repetía su subconsciente.

Paul Sheldon se durmió.

24

Al despertar, el sótano estaba lleno de la luz cenicienta del amanecer. En la bandeja que Annie había dejado, había una rata enorme sentada, royendo el queso con el rabo delicadamente curvado alrededor del cuerpo.

Paul gritó, se incorporó de golpe y volvió a gritar cuando un dolor inmenso le recorrió las piernas. La rata huyó.

Ella también había dejado algunas cápsulas. Sabía que el Novril no le quitaría el dolor, pero era mejor que nada.

«Además, con dolor o sin él —se dijo—, es la hora de la dosis matutina, Paulie.»

Se tragó dos cápsulas con Pepsi y se reclinó sintiendo un pinchazo sordo en los ríñones. Algo se estaba tramando allí abajo, sin duda.

Miró a la barbacoa esperando que tuviese apariencia de barbacoa a la luz de la mañana, y nada más. Le sorprendió descubrir que aún le parecía una de las máquinas destructivas de Welles.

«Tenías una idea. ¿Cuál era?»

Volvió a recordar la canción de los Trampps.

«Quémalo, baby, quémalo, quema al chupapollas… ¿Y quién es ese chupapollas? Ni siquiera te dejó una vela. No podrías ni encender un pedo.»

Le llegó un mensaje de los chicos del taller: «No tienes que quemar nada ahora ni aquí.»

¿A qué coño se referían?

Entonces llegó de inmediato, como llegan las buenas ideas, suave, redonda y completamente persuasiva en su siniestra perfección: «Quema a la chupapollas.»

Miró a la barbacoa esperando que volviese el dolor por lo que había hecho, por lo que ella le había obligado a hacer. Volvió, pero era borroso y débil. El dolor de sus riño— nes era mucho peor. ¿Qué había dicho ella ayer? «Todo lo que hice fue… convencerle de que dejase el libro que había escrito y de que escribiese lo mejor que ha escrito en su vida.»

Era posible que la maldita zorra tuviera parte de razón. Tal vez había sobrevalorado excesivamente su *Automóviles veloces.*

«Eso es sólo tu mente tratando de curarse a sí misma —le susurró una parte de él—. Si alguna vez sales de esto, te convencerás del mismo modo de que el pie izquierdo no te hacía ninguna falta. ¡Qué coño, cinco uñas menos que cortar! Y hoy en día hacen maravillas con las prótesis. No, Paul, aquel era un libro estupendo y éste era un pie estupendo. No nos engañemos…»

Sin embargo una parte más profunda sospechaba que pensar de ese modo era lo que suponía verdaderamente un error.

«No te ofusques, Paul. Admite la maldita verdad. Te engañas a ti mismo. Un tipo que inventa historias está siempre engañando a todo el mundo, por lo que alguien así nunca puede engañarse a sí mismo. Es gracioso, pero también cierto. Si empiezas con esa mierda, más vale que cubras tu máquina y te pongas a estudiar para conseguir una licencia de agente de ventas, porque si no te vas a la mierda.»

Así pues, ¿qué era la verdad? La verdad era que el rechazo creciente a su trabajo por parte de la crítica como «escritor popular», lo que suponía según él, catalogarlo por debajo de un auténtico escribidor, le había hecho daño. No concordaba con la imagen que tenía de sí mismo como «escritor serio» que inventaba esos romances de mierda como subsidios para su (fanfarria de trompetas, por favor) ¡VERDADERO TRABAJO! ¿Había odiado a Misery? ¿La había odiado de verdad? Si era así, ¿por qué le había resultado tan fácil meterse de nuevo en su mundo? Se había sentido feliz, algo así como meterse en una bañera tibia con un buen libro en una mano y una lata de cerveza fría en la otra. Tal vez lo que detestaba era que la cara de Misery en las sobrecubiertas ensombrecía la suya en las fotografías de autor impidiendo a los críticos descubrir que estaban tratando con un joven Mailer o Cheever, que tenían ante ellos a un peso pesado. ¿No se había vuelto por eso su narrativa seria cada vez más tenebrosa, como una especie de grito? «¡Mírenme! ¡Miren lo bueno que es

esto! ¡Eh, chicos! ¡Esto tiene una perspectiva dinámica! ¡Esto tiene interludios de corrientes de conciencia! ¡Éste es mi verdadero trabajo, imbéciles! ¡No se atrevan a volverme la espalda! ¡No se atrevan, *joninos* canallas! ¡No se atrevan a darle la espalda a mi verdadero trabajo! No se atrevan, o les…»

¿Qué? ¿Qué haría? ¿Cortarles un pie? ¿Serrarles un dedo?

Le sobrevino un repentino ataque de temblores. Tenía que orinar. Cogió el orinal y finalmente lo logró, aunque le dolía más que antes. Gimió mientras evacuaba y siguió gimiendo durante un buen rato después de terminar.

Por fin, misericordiosamente, el Novril empezó a hacerle un poco de efecto y se adormeció.

Miró a la barbacoa con los párpados pesados.

«¿Cómo te sentirías si te hiciese quemar *El retorno de Misery?»*, susurró la voz interior. Mientras flotaba, se dio cuenta de que le dolería, sí, le dolería muchísimo; haría que el dolor que había sentido cuando *Automóviles veloces* voló en pavesas fuese como el de su infección renal comparado con el que había sentido cuando ella le había cortado el pie, ejerciendo la autoridad del editor para hacer recortes sobre su cuerpo.

También se dio cuenta de que ésa no era la verdadera cuestión. El problema se centraba en cómo se sentiría Annie.

Había una mesa cerca de la barbacoa con una media docena de jarros y latas.

Una de ellas era una lata de líquido para encender carbón.

«¿Y qué tal si fuese Annie la que gritase de dolor? —se preguntó—. ¿No sientes curiosidad por saber cómo se comportaría? ¿no sientes ninguna curiosidad? Dice el proverbio que la venganza es un plato que es mejor comer frío, pero cuando se les ocurrió, aún no se había inventado el Ronson-Fast-Lite.»

Paul pensó: «Quema a la chupapollas» y se durmió. Había una sonrisa en su cara pálida y desvanecida.

25

Annie llegó a las tres menos cuarto de aquella tarde. Su cabello, habitualmente grasiento, estaba aplastado alrededor de la cabeza con la forma del casco que había llevado. Estaba de un ánimo silencioso, que más que depresión parecía indicar cansancio y deseo de reflexionar. Cuando Paul le preguntó si todo había ido bien, asintió.

—Sí, me parece que sí. Tuve problemas para arrancar el coche. De no haber sido por eso, hace una hora que estaría aquí. Las bujías estaban sucias. Por cierto, ¿cómo están sus piernas, Paul? ¿Quiere que le ponga otra inyección antes de llevarlo arriba?

Al cabo de casi veinte horas en la humedad, sentía las piernas como si alguien las hubiera traspasado con clavos oxidados. Necesitaba una inyección desesperadamente, pero no allá abajo. No serviría para nada.

—Creo que estoy bien.

Ella le dio la espalda y se agachó.

—Bueno, agárrese. Pero recuerde lo que le advertí. Estoy muy cansada y no reaccionaría bien ante bromitas estúpidas.

—No tengo intención de bromear.

—Estupendo.

Lo levantó con un gruñido húmedo y él tuvo que morderse los labios para no lanzar un grito de agonía. Lo llevó a través de la habitación hacia la escalera, con la cabeza ligeramente ladeada, y él se dio cuenta de que estaba mirando la mesa llena de latas. La mirada fue corta, aparentemente casual, pero a Paul de pareció que duraba un tiempo muy largo y estaba seguro de que ella notaría la ausencia de la lata de fluido para encender carbón. La tenía metida en la parte de atrás de sus calzoncillos. Meses después de sus primeras depredaciones, había logrado reunir el valor suficiente para robar cualquier cosa, pero si las manos de Annie tocaban sus piernas mientras ascendían la escalera, agarrarían algo más que un trasero escuálido.

Ella desvió la mirada de la mesa sin ningún cambio de expresión y el alivio fue tan grande, que el ascenso hasta la alacena le resultó casi soportable. Aquella mujer era capaz de mantener cara de póquer cuando le parecía; no obstante, pensó que esa vez la había engañado o al menos eso esperaba.

26

—Creo que, después de todo, necesito esa inyección, Annie —dijo cuando lo puso en la cama.

Ella miró su cara cubierta de gotas de sudor, asintió y salió de la habitación.

En cuanto se hubo marchado, sacó la lata de sus calzoncillos y la metió bajo el colchón. No había vuelto a esconder nada desde el cuchillo y no tenía intención de dejar aquello allí por mucho tiempo; pero tendría que quedarse al menos durante el resto del día. Pensaba guardarlo esa noche en otro lugar más seguro.

Annie volvió y le puso la inyección. Luego, colocó la libreta y algunos lápices recién afilados en el poyete de la ventana y trajo la silla de ruedas hasta la cama.

—Listo —dijo—. Me voy a dormir un rato. Si viene un coche, lo oiré. En el caso de que nos dejen tranquilos, creo que dormiré de un tirón hasta mañana por la mañana. Si quiere levantarse y escribir a mano, ahí tiene su silla. El manuscrito está ahí, en el suelo. Francamente, no se lo recomiendo hasta que las piernas se le empiecen a calentar un poco.

—Ahora no podría. Creo que a lo mejor vuelvo al pie del cañón esta noche. Comprendí lo que dijo sobre el poco tiempo que nos queda, ¿sabe?

—Me alegro de que lo comprenda, Paul. ¿Cuánto cree que necesita?

—En circunstancias ordinarias, diría que un mes. Pero tal y como he estado trabajando últimamente, dos semanas. Si consigo pisar el acelerador a tope, cinco días, o tal vez una semana. Quedará algo confuso, pero estará terminado.

Ella suspiró y se miró las manos, absorta.

—Sé que van a ser menos de dos semanas.

—Me gustaría que me prometiese algo.

Lo miró sin enfado ni sospecha, sólo con una ligera curiosidad.

—¿Qué?

—Que no leerá nada más hasta que haya terminado o hasta que tenga que… ya sabe…

—¿Dejarlo?

—Sí. —Paul sonrió—. Va a salir algo muy caliente…

27

Esa noche, alrededor de las ocho, se sentó con mucho cuidado en la silla de ruedas. Puso atención y no oyó nada en el piso de arriba. Desde que el crujido de los muelles le anunció que Annie se había acostado a las cuatro de la tarde, había estado escuchando el mismo silencio. Verdaderamente tenía que estar muy cansada.

Paul cogió el fluido inflamable y lo llevó al lugar situado bajo la ventana en el que tenía desplegado su pequeño campamento informal de escritor. Ahí estaba la máquina de escribir con los tres dientes que le faltaban en su desagradable mueca. Allí estaban la papelera, los lápices, las libretas, los folios y borradores apilados. Algunos los utilizaría, otros irían a parar a la papelera.

Allí mismo, completamente invisible, se hallaba la puerta hacia otro mundo. También allí, pensó, se encontraba su propio fantasma agrupado en una serie de fotografías escritas que, cuando se pasan rápidamente, producen la ilusión de movimiento.

Deslizó la silla entre los papeles y las libretas, aguzó el oído aún más, y entonces tiró del extremo de la tabla de madera. Hacía un mes que había descubierto que estaba suelto y podía ver, por la delgada capa de polvo que tenía

encima, que Annie no sabía que estaba así. No sabía que había un estrecho espacio vacío, a excepción del polvo y de las heces de ratón.

Metió la lata de Fast-Lite en ese hueco y volvió a poner la tabla en su sitio. Tuvo un momento de ansiedad cuando temió que no cupiese. ¡Dios, ella tenía la vista tan puñete— ramente aguda…! Luego, se deslizó a su sitio.

Lo miró un momento, después abrió su libreta, cogió el lápiz y encontró el agujero en el papel.

Trabajó sin molestias durante las siguientes cuatro horas, hasta que las puntas de los tres lápices que ella había afilado quedaron completamente romas. Entonces volvió a la cama y se durmió con facilidad.

28

Capítulo 37

Geoffrey empezaba a sentir los brazos como hierro dulce. Había estado cinco minutos de pie en las profundas sombras junto a la choza que pertenecía a M'Chibi el Hermoso con el baúl de la baronesa en la cabeza: la versión en flaco de un forzado de circo. Justo cuando ya pensaba que Hezequiah no conseguiría convencer a M'Chibi de que saliera de la cabaña, oyó movimiento. Se apartó aún más, sintiendo que los músculos de sus brazos le latían como locos. El jefe M'Chibi el Hermoso era el guardián del fuego y, frente a su cabaña, había más de cien antorchas con la cabeza cubierta por una resina espesa y gemosa. Esa resina manaba de los árboles bajos de la región y los bourkas la llamaban aceite de fuego o aceite de sangre de fuego. Como la mayoría de las lenguas simples, la de los bourkas era a veces extrañamente elusiva. Se llamase como se

llamase aquella cosa, había antorchas suficientes para prender fuego a toda la aldea. Se incendiaría como un monigote de Guy Fawkes, pensó Geoffrey.

Pero cuando les oyó salir, Geoffrey tuvo un instante de duda a pesar del dolor de su brazo. Y si, sólo por esa vez el

29

El lápiz se detuvo en medio de una palabra al escuchar un motor que se acercaba. Le sorprendió comprobar lo tranquilo que estaba. La emoción más fuerte que sentía en esos momentos era una ligera molestia por haber sido interrumpido justo cuando empezaba a flotar como una mariposa y a volar como una abeja. Los tacones de Annie salieron marcando un *stacato* por el pasillo.

—¡Apártese de ahí! —Tenía la cara seria y tensa. La bolsa caqui colgaba de su hombro, abierta—. Apártese" de la ven…

Se interrumpió al comprobar que ya lo había hecho. Miró para asegurarse de que no había nada en el alféizar.

—Es la guardia del estado —dijo; parecía nerviosa, pero controlada, la bolsa estaba al alcance de su mano—. ¿Se va a portar bien, Paul?

—Sí —respondió.

Sus ojos le escrutaron la cara.

—Voy a fiarme de usted —dijo finalmente, y se fue cerrando la puerta, pero sin molestarse en echar la llave.

El coche giró por el camino con el ruido suave y dormido característico de la fábrica que monta el gran motor Plymouth 442. Oyó cómo se cerraba la puerta metálica de la cocina y acercó la silla a la ventana de modo que, permaneciendo en la penumbra, pudiese ver lo que ocurría. El coche se detuvo delante de Annie. El conductor salió y se paró justo donde el joven guardia había pronunciado sus

tres últimas palabras… Pero eso era lo único que ambos tenían en común. El guardia había sido un enclenque jovencito veinteañero, un novato cubriendo un detalle de mierda: la desaparición de un escritor chiflado que había destrozado su coche y que luego se había adentrado en el bosque o se había largado haciendo autostop.

El agente que acababa de salir del coche tenía unos cuarenta años y los hombros tan anchos como la viga de un establo. Su cara era un bloque de granito con algunas arrugas superficiales junto a los ojos y en las comisuras de los labios.

Annie era una mujer corpulenta, pero ese tipo hacía que pareciese ridicula.

También había otra diferencia. El guardia que Annie había matado estaba solo. Del otro asiento del coche bajó un hombre de paisano, bajito, con los hombros caídos y el cabello rubio y lacio. «*David* y *Goliat* —pensó Paul—. *Mutt* y *Jeffe.*»

El hombre de paisano caminó rodeando el coche a paso lento. Su cara parecía vieja y cansada, como la de un hombre soñoliento, a excepción de los ojos, de un azul desvaído. Sus ojos estaban bien despiertos y miraban a todas partes al mismo tiempo. Paul pensó que debía ser rápido.

Los dos flanquearon a Annie y ella les hablaba levantando primero la vista para dirigirse a Goliat y luego bajando los ojos para contestar a David. Se preguntó qué pasaría si rompía la ventana otra vez y gritaba pidiendo socorro. Pensó que las posibilidades de que la cogieran eran de ocho contra diez. Ella era rápida, pero el policía grandullón parecía más rápido a pesar de su tamaño y lo bastante fuerte para arrancar árboles con las manos. El tímido caminar del hombre de paisano podía ser tan deliberadamente engañoso como su mirada soñolienta. Pensaba que la cogerían, sólo que a ellos les sorprendería, a ella no; y eso le concedía una ventaja importante.

La chaqueta del hombre bajo estaba abotonada, a pesar del ardiente calor. Si ella disparaba primero contra Goliat, tal vez podría meterle una bala entre ceja y ceja a David antes de que él pudiese desabotonar la maldita chaqueta y sacar el arma. Aquella chaqueta abrochada sugería que Annie tenía razón, sólo se trataba de una investigación rutinaria… por el momento.

«Yo no le maté, ¿sabe? Usted lo mató. Si se hubiese callado, yo le habría convencido de que siguiese su camino. Ahora estaría vivo…», había dicho.

¿Se lo creía? Por supuesto que no. Pero aún quedaba ese momento fuerte y doloroso de culpa como una puñalada rápida y profunda. ¿Iba a cerrar la boca porque había dos oportunidades contra diez de que ella se cargase a esos dos?

El sentimiento de culpa le hirió otra vez y desapareció. Pero tampoco era ésa la causa. Sería agradable concederse motivos tan altruistas, pero no era la verdad. Había una sencilla respuesta: quería encargarse de Annie él mismo. «Ellos sólo te meterían en la cárcel, perra —pensó—. Yo sé cómo hacerte daño.»

30

Por supuesto, siempre existía la posibilidad de que ellos oliesen la rata. Cazar ratas era, después de todo, su trabajo y debían conocer el pasado de Annie. Pero temió que Annie pudiera escurrírsele de la ley una vez más.

Paul sabía ahora de la historia todo lo que necesitaba saber. Annie había estado escuchando la radio constantemente desde su largo sueño y el policía desaparecido, cuyo nombre era Duane Kushner, se había convertido en una noticia importante. Se refería al hecho de que había estado siguiendo el rastro de un escritor famoso llamado Paul Sheldon, pero la desaparición de Kushner no se había relacionado con la desaparición de Sheldon, al menos por el momento.

El torrente de primavera había arrastrado su Camaro unos ocho kilómetros. Podía haber permanecido en el bosque sin ser descubierto durante otro mes u otro año; sin embargo, por mera coincidencia, un par de jinetes de la Guardia Nacional enviados como parte de una campaña de control de estupefacientes, es decir, buscando granjeros que cultivasen drogas en los campos apartados, habían visto un destello procedente de lo que quedaba del parabrisas del coche, y pararon en un claro cercano para echar un vistazo. La gravedad del choque estaba disfrazada por los golpes violentos que el Camaro había recibido mientras

viajaba hacia el lugar de su último reposo. Si en el coche se hallaron manchas de sangre, la radio no lo dijo. Paul sabía que ni el análisis más exhaustivo las encontraría. El automóvil había estado casi toda la primavera recibiendo chorros de nieve derretida.

En Colorado, casi toda la atención y la preocupación se habían concentrado en el policía Duane Kushner, como suponía que demostraba la presencia de aquellos dos visitantes. Hasta entonces, todas las especulaciones se hacían en torno a tres sustancias ilegales: licor, marihuana y cocaína. Parecía posible que Kushner hubiese topado, por accidente, con una plantación, una destiladora o un almacén mientras buscaba señales del escritor. A medida que se desvanecían las esperanzas de encontrar a Kushner con vida, se empezó a cuestionar cada vez con más fuerza por qué estaba solo. Y aunque Paul dudaba que el Estado de Colorado tuviese dinero suficiente para que su policía motorizada fuese en parejas, resultaba evidente que estaban rastreando la región en busca de Kushner. No querían correr riesgos.

Goliat hizo un gesto en dirección a la casa. Annie se encogió de hombros y meneó la cabeza. David dijo algo. Al cabo de un momento, ella asintió y los precedió por el camino hasta la entrada de la cocina. Paul oyó chirriar los goznes de la puerta metálica y entraron. El ruido de tantos pasos era atemorizador, casi una profanación.

—¿A qué hora pasó por aquí? —preguntó Goliat; tenía que ser él por su voz atronadora del Medio Oeste enronquecida por los cigarrillos.

—Alrededor de las cuatro —repuso Annie—, minuto más, minuto menos. Acababa de cortar el césped y no llevaba reloj. Hacía un calor infernal.

—¿Cuánto tiempo se quedó, señora Wilkes?

—Señorita Wilkes, si no le importa.

—Disculpe.

Annie dijo que no recordaba con seguridad cuánto tiempo. Cinco minutos, tal vez.

—¿Le mostré una fotografía?

Annie dijo que sí, que por eso había venido. Paul se maravilló de lo serena y agradable que sonaba su voz. Estaba casi seguro de que se encontraban en la sala. El tipo era grande, pero se movía como un maldito lince. Cuando Annie contestaba, su voz sonaba más cerca. Los policías habían entrado en la sala. Ella

no los había invitado, pero entraron de todos modos. La mujer les seguía. Estaban echando un vistazo.

Aunque su escritor mascota estaba a menos de diez metros, la voz de Annie seguía tranquila, detallando que le había preguntado si quería entrar a tomar un café helado, y que él dijo que no podía. Así que le ofreció llevarse una botella de…

—Por favor, no rompa eso —se interrumpió Annie. Su voz se estaba afilando —. Tengo apego a mis cosas y algunas de ellas son bastante frágiles.

—Lo siento, señora.

Ése tenía que ser David, su voz era baja y susurrante, humilde y al mismo tiempo sorprendida. Aquel tono, viniendo de un policía, hubiese sido divertido en otras circunstancias, pero no estaba en otras circunstancias, y Paul no se sentía divertido. Se hallaba tenso, oyendo el sonido de algo que estaba colocando cuidadosamente. El pingüino en su bloque de hielo, tal vez. Sus manos estaban agarrotadas en los brazos de la silla de ruedas. La imaginaba jugando con el bolso. Esperaba que uno de los policías le preguntase (Goliat, probablemente) qué demonios tenía allá dentro.

Entonces empezarían los disparos.

—¿Qué estaba diciendo? —dijo David, animándola a proseguir su relato.

—Que le pregunté si quería llevarse una Pepsi fresca de la nevera porque hacía un calor horrible. Las pongo al lado del congelador y así se mantienen lo más frías posible sin llegar a congelarse. Él comentó que era muy amable. Se trataba de un chico muy educado. ¿Por qué dejaron a un chico tan joven salir solo?

—¿Tomó el refresco aquí? —inquirió David, sin hacer caso de la pregunta.

Su voz se estaba acercando más. Había cruzado la sala. Paul no tenía que cerrar los ojos para imaginarlo mirando al corto pasillo que pasaba ante el pequeño cuarto de baño y terminaba en la habitación de huéspedes. Se sentó muy erguido, su pulso latía con celeridad en la garganta.

—No —respondió Annie, tan serena como siempre—. Se la llevó. Afirmó que tenía que seguir su camino.

—¿Qué hay ahí? —preguntó Goliat.

Sonaron los golpes de tacones de botas, un sonido ligeramente vacío, cuando pasó de la alfombra de la sala al entarimado del pasillo.

—Un lavabo y una habitación. A veces duermo ahí cuando hace mucho calor. Mire si quiere, pero le aseguro que no tengo a su policía atado a la cama.

—No, señora, estoy seguro de que no lo tiene —dijo David, y sorprendentemente las pisadas y las voces se fueron apagando en dirección a la cocina—. ¿Parecía nervioso cuando estuvo aquí?

—En absoluto —declaró Annie—. Sólo acalorado y decepcionado.

Paul empezaba a respirar de nuevo.

—¿Preocupado por algo? —No.

—¿Le dijo a dónde se dirigía después de salir de aquí?

Aunque los guardias seguramente no se dieron cuenta, el experimentado oído de Paul percibió una vacilación fugaz. Esa pregunta podía esconder una trampa, una trampa que podía saltar de inmediato o con una ligera demora. Finalmente dijo que no, pero que se dirigió al Oeste, así que ella suponía que se había dirigido hacia Springer's Road y las pocas granjas que estaban en esa dirección.

—Gracias por su colaboración, señora —concluyó—. Puede que tengamos que volver a hacerle otras preguntas.

—Muy bien. Cuando quieran. No veo mucha gente últimamente.

—¿Le importaría que echásemos un vistazo a su establo? —preguntó Goliat abruptamente.

—En absoluto, pero no olviden decir hola cuando entren.

—¿Hola a quién, señora? —preguntó David.

—¿A quién va a ser? A *Misery* —dijo Annie—, mi cerdo.

31

Estaba de pie en la puerta, mirándole fijamente; tanto, que Paul empezó a sentir calor en la cara y supuso que se estaba ruborizando. Los dos guardias se habían marchado hacía quince minutos.

—¿Tengo monos en la cara? —preguntó al fin.

—¿Por qué no gritó?

Los dos guardias se habían tocado el sombrero al meterse en el coche, pero ninguno de ellos había sonreído. Tenían una mirada extraña, que Paul pudo ver desde el ángulo que le permitía la esquina de su ventana. Sabían quién era ella.

—Estuve esperando que gritara. Ellos habrían saltado sobre mí.

—Tal vez sí, o tal vez no.

—Pero ¿por qué no gritó?

—Annie, si se pasa la vida entera suponiendo que va a ocurrir lo peor que puede imaginar, alguna vez se ha de equivocar.

—No trate de hacerse el listo conmigo.

Vio que, tras su aparente impasividad, se hallaba profundamente confundida. Su silencio no encajaba con la visión que Annie tenía de la existencia: una especie de lucha libre permanente. Annie Wilkes, el doble equipo malo de Los *Joninos* Canallas.

—¿Quién trata de hacerse el listo? Le prometí que iba a mantener la boca cerrada, y lo hice. Quiero terminar mi libro en paz. Y deseo terminarlo para usted.

Lo miró insegura, queriendo creer, temerosa de creer, pero al fin, creyendo de todos modos. Y tenía motivos, porque le estaba diciendo la verdad.

—Muy bien, póngase a trabajar —le sugirió suavemente—. Póngase a

trabajar enseguida. Ya vio cómo me miraron.

32

Durante los dos días siguientes, la vida fue como antes de la llegada de Duane Kushner. Daba la impresión de que aquel chico no había existido en realidad. Paul escribía casi constantemente. Había abandonado la máquina de escribir. Annie la puso en la repisa bajo la fotografía del Arco de Triunfo, sin hacer comentarios. Llenó tres libretas completas en aquellos días. Sólo le quedaba una. Cuando se le acabó, cogió los blocs. Ella afilaba media docena de lápices Berol Black Warrior, que él usaba hasta embotarlos, y ella los volvía a afilar. Cada vez se encogían más mientras Paul seguía junto a la ventana, inclinado, rascando distraídamente con el dedo gordo del pie derecho el aire donde había estado la planta de su pie izquierdo. Miraba por el agujero abierto en el papel mientras el libro avanzaba hacia su climax como impulsado por un cohete. Lo veía todo con perfecta claridad: tres grupos corriendo tras Misery en los laberínticos pasajes detrás de la frente del ídolo, dos para matarla, el tercero, Ian Geoffrey y Hezequiah, tratando de salvarla… Mientras tanto, la aldea de los bourkas ardía y los supervivientes se agolpaban en el único punto de salida, la oreja izquierda del ídolo, para matar a cualquiera que saliera con vida.

Ese estado de absorción hipnótica se vio bruscamente sacudido, aunque no roto, cuando al tercer día de la visita de David y Goliat, una furgoneta color crema con las palabras «KTKA/G Grand Junction» escritas a un lado, entró por el camino de Annie. La parte de atrás estaba ocupada por un equipo de vídeo.

—¡Dios mío! —dijo Paul paralizado entre el humor, el asombro y el terror—. ¿Qué es ese follón de los cojones?

Apenas había parado la furgoneta cuando una de las puertas se abrió de golpe

y un tipo vestido con pantalón y camiseta a juego saltó por detrás. Llevaba algo grande y negro en una mano y, por un momento, Paul pensó que era un lanzallamas, pero al echárselo al hombro y enfocarlo hacia la casa vio que era una minicámara. Una hermosa joven estaba saliendo del asiento de pasajeros retocándose el cabello arreglado con secador y deteniéndose en el espejo lateral del vehículo para comprobar su maquillaje antes de unirse a la cámara.

El ojo del mundo exterior, que se había olvidado de la *Dama Dragón* durante los últimos años, volvía ahora para vengarse.

Paul se echó hacia atrás rápidamente, esperando que no le vieran.

«Bueno, si quieres estar seguro, mira el noticiario de las seis», pensó, y tuvo que taparse la boca para ahogar las carcajadas.

La puerta metálica se abrió y cerró con un golpe.

—¡Salgan de aquí, coño! —gritó Annie—. ¡Salgan de mis tierras!

—Señora Wilkes, si nos concediese sólo unos…

—¡Les puedo conceder un par de descargas que les anime el *jonino* agujero del culo si no se largan de aquí!

—Señora Wilkes, soy Glenna Roberts, de KTKA…

—¡No me importa que sea el Cardenal Cristo del planeta Marte! ¡Salga de mis tierras, o dese por muerta!

—Pero…

—¡Kapau!

«Oh, Dios mío, Annie mató a esa estúpida loca…», temió Paul.

Se echó atrás y miró por la ventana. No tenía alternativa, tenía que mirar. El alivio recorrió su cuerpo. Annie había disparado al aire y parecía haber obtenido excelentes resultados. Glenna Roberts se estaba zambullendo de cabeza en la unidad móvil de la KTKA. El cámara enfocó el objetivo hacia Annie, quien apuntó la pistola hacia el cámara, que decidió que prefería vivir para ver otra vez *Los muertos agradecidos* más de lo que deseaba rodar el vídeo sobre la *Dama Dragón.* Así que se tiró inmediatamente en el asiento trasero. La furgoneta salía marcha atrás por el camino antes de que consiguiera cerrar la puerta.

Annie se quedó mirando cómo se marchaban con el ri— fie en una mano y luego volvió lentamente a la casa. Paul oyó el golpe del arma sobre la mesa.

Fue a la habitación de los huéspedes. Su aspecto era preocupante, con la cara desencajada y pálida, moviendo los ojos constantemente de un lado a otro.

—Han vuelto —murmuró.

—Tranquilícese.

—Sabía que esos canallas volverían. Y ahora han vuelto.

—Ya se han ido, Annie. Usted hizo que se marcharan.

—Nunca se rinden. Alguien les dijo que el guardia había estado en la casa de la *Dama Dragón* antes de desaparecer. Así que ahí están.

—Annie…

—¿Sabe lo que quieren? —preguntó.

—Claro, he tratado con la prensa. Quieren las dos cosas de siempre, que usted la cague mientras están rodando y que alguien pague los Martinis cuando llega la hora de las copas. Pero Annie, usted tiene que…

—Esto es lo que quieren —dijo, y se llevó a la frente la mano agarrotada.

Volvió a bajarla de repente, abriendo cuatro surcos sangrientos. La sangre corrió hasta las cejas, rodó por las mejillas y a los lados de la nariz.

—Annie, no haga eso.

—Y esto. —Se abofeteó la mejilla izquierda con fuerza suficiente para dejar los dedos marcados— Y esto. —Se golpeó la mejilla derecha aún más fuerte, hasta el punto de que saltaron gotas de sangre de las cutículas.

—¡No haga eso! —gritó.

—¡Es lo que ellos quieren! —vociferó.

Levantó las manos y presionó las heridas, manchándoselas de rojo. Luego las extendió sangrientas hacia él, por un momento, y salió corriendo de la habitación.

Al cabo de un buen rato, Paul empezó a escribir otra vez. Al principio iba despacio. La imagen de Annie arrancándose la carne se interfería constantemente y decidió que sería mejor dejarlo para mañana. La historia volvió a agarrarlo y otra vez cayó por el agujero del papel.

Como siempre en los últimos tiempos, se lanzó con una sensación de bendito alivio.

33

Al día siguiente, llegó más policía, esta vez guardias locales. También venía un hombre flaco que llevaba una grabadora. Annie estuvo con ellos en la entrada escuchando con la cara inexpresiva. Luego, los condujo a la cocina.

Paul se quedó quieto con un bloc en las piernas y oyó la voz de Annie haciendo una declaración que consistía en repetir lo que había dicho a David y Goliat cuatro días atrás. Eso, pensó Paul, no era otra cosa que acoso descarado. Estaba sorprendido de compadecerse de Annie Wilkes.

El policía de Sidewinder, que hizo la mayor parte de las preguntas, empezó por advertirle que podía tener un abogado presente si lo quería. Annie repuso que no y simplemente volvió a contar la misma historia. Paul no pudo detectar ninguna contradicción.

Estuvieron en la cocina media hora. Casi al final, uno de ellos le preguntó cómo se había producido los arañazos que tenía en la frente.

—Me los hice por la noche —dijo ella—. Tuve una pesadilla.

—¿Qué soñó?

—Soñé que, después de todo este tiempo, la gente se acordaba de mí y volvían otra vez.

Cuando se fueron, Annie regresó a la habitación. Tenía la cara fláccida, distante y enferma.

—Este sitio se está convirtiendo en Central Park —comentó Paul.

Ella no sonrió.

—¿Cuánto tiempo falta?

Él vaciló, miró al montón de hojas escritas y luego la miró a ella.

—Dos días —dijo—, tal vez tres.

—La próxima vez vendrán con una orden de registro —dijo, y se marchó antes de que él pudiese contestar.

34

Volvió por la noche, hacia las doce menos cuarto.

—Tendría que estar en la cama desde hace una hora, Paul —le amonestó.

Él la miró, aturdido por el sueño profundo de la historia. Geoffrey, que se había convertido en el héroe del libro, acababa de enfrentarse con la horrible reina de las abejas, con quien tendría que luchar hasta la muerte por la vida de Misery.

—No tiene importancia —respondió—. Me acostaré dentro de un rato. Hay veces que, o se escribe o se pierden las ideas.

Agitó la mano como si le doliera. Una excrecencia grande y dura, parecida a una ampolla, se había formado en el lado interior del dedo índice, donde hacía la fuerza para sujetar el lápiz. Tenía pildoras que podían aliviar el dolor, pero también podían emborronar el pensamiento.

—Cree que es bueno —le preguntó con suavidad—, verdaderamente bueno. Ya no lo está haciendo por mí, ¿verdad?

—Oh, no, claro que no. —Por un momento estuvo a punto de decir: «Nunca fue para usted, Annie, ni para esa gente de ahí fuera que firma sus cartas con "Su admirador número uno". En el momento en que uno empieza a escribir, esa gente está en el otro extremo de la galaxia. Nunca fue para mis mujeres, ni para mi madre, ni para mi padre. La razón por la que los autores dedican sus libros es que su propio egoísmo les horroriza.»

Sin embargo, sabía que no sería prudente decirle una cosa así.

Escribió hasta el amanecer y luego cayó en la cama y durmió cuatro horas. Tuvo sueños confusos y desagradables. En uno de ellos, el padre de Annie subía por unas largas escaleras. Llevaba un cesto con lo que parecían recortes de periódicos. Paul trató de gritarle, de advertirle, pero cada vez que abría la boca aparecía un párrafo de narración pulcramente razonado. Aunque el párrafo era diferente cada vez que intentaba gritar, siempre empezaba de la misma forma: «Un día, quizá dentro de una semana…», y entonces aparecía Annie Wilkes gritando con las manos extendidas para dar a su padre el empujón mortal…, sólo que sus gritos se transformaban en extraños zumbidos y su cuerpo se encorvaba y se transformaba bajo su falda y su rebeca, porque Annie se estaba convirtiendo en una abeja.

35

Al día siguiente no recibieron ninguna visita oficial, aunque sí extraoficial. ¡Camorristas! Uno de los coches estaba lleno de adolescentes. Cuando entraron en el camino para dar marcha atrás y cambiar de dirección, Annie salió corriendo y les gritó que se fueran de su tierra antes de que les disparase por ser unos malditos perros.

—¡Jódase, Dama Dragón! —exclamó uno de ellos.

—¿Dónde los enterró? —gritó otro, al tiempo que el coche iba hacia atrás envuelto en una nube de polvo.

Un tercero lanzó una botella de cerveza.

Mientras el automóvil se alejaba rugiendo, Paul pudo ver una pegatina en el guardabarros, que decía: «APOYE A LOS BLUEDEVILS DE SIDEWINDER.»

Al cabo de una hora, Annie pasó muy seria por delante de su ventana, camino del establo, llevando un par de guantes de trabajo. Unos minutos más tarde, volvió con la cadena. Se había entretenido en trenzar alambre de espino entre sus gruesos eslabones. Cuando el tejido lleno de púas cruzó la entrada, metió la mano en el bolsillo y sacó unos trozos de tela roja. Los ató a varios eslabones para ayudar a la visibilidad.

—No impedirá que los policías entren —dijo al volver—, pero alejará a los canallas. —Sí.

—Su mano… parece hinchada.

—Sí, así es.

—No me gusta comportarme como una *jonina* pesada pero, Paul…

—Mañana —le dijo.

—¿Mañana? ¿De veras? —Se encendió en el acto. Paul, eso es maravilloso. ¿Puedo empezar a leer o…?

—Preferiría que esperase.

—Entonces, esperaré. —La mirada de ternura había vuelto a sus ojos. La odiaba más que nunca cuando tenía esa mirada—. Le amo, Paul. Usted lo sabe, ¿verdad?

—Sí —le dijo, y volvió a inclinarse sobre su bloc.

36

Esa noche le trajo el Keflex (su infección urinaria estaba mejorando muy lentamente) y un cubo de hielo. Puso al lado una toalla cuidadosamente doblada y se marchó sin decir una palabra.

Paul dejó los lápices. Tuvo que usar los dedos de la mano izquierda para quitar los vendajes de la derecha; luego la metió en el cubo. La dejó dentro durante un buen rato. Cuando la sacó, la hinchazón parecía haber remitido un poco. La envolvió con la toalla y se quedó mirando la oscuridad hasta que empezó un hormigueo. Retiró la toalla y movió los dedos, al principio haciendo muecas de dolor. Por fin, la mano empezó a hacerse más flexible y empezó a escribir otra vez.

Al amanecer, se acercó lentamente a su cama, se metió dentro y se durmió enseguida. Soñó que estaba perdido en una tormenta de nieve, sólo que no era nieve, sino páginas que volaban en todas direcciones llenando el mundo, y cada página estaba cubierta de palabras mecanografiadas en las que faltaban las enes y las tes. Comprendió que si aún seguía vivo cuando la tormenta terminase, tendría que escribirlas a mano él solo.

37

Se despertó alrededor de las once. Y en cuanto Annie lo oyó moverse por la habitación, entró con un zumo de naranja, sus cápsulas y un tazón de caldo de pollo caliente. Estaba radiante de emoción.

—Es un día muy especial, Paul, ¿no es cierto?

—Sí. —Trató de levantar la cuchara con la mano derecha y no pudo. Estaba hinchada y roja, tanto, que la piel brillaba. Cuando intentó cerrar el puño, sintió como si le hubiesen clavado largas varillas de metal por todas partes. Los últimos días, pensó, habían sido como sesiones de autógrafos interminables.

—Siento lo de su pobre mano —se lamentó—. Le traeré otra cápsula ahora mismo.

—No, éste es el último empujón; quiero tener la mente clara.

—Pero no puede escribir con la mano así.

—No —admitió—. Mi mano ha muerto. Voy a acabar esta obra como la empecé, con la Royal. Con ocho o diez páginas estará terminada. Creo que podré rellenarlas después con las letras que falten.

—Debí comprarle otra máquina —dijo.

Realmente lo lamentaba, tenía los ojos llenos de lágrimas. Paul pensó que los momentos como ése eran los más horribles, porque en ellos veía a la mujer que podía haber sido de haber recibido otra educación o si las sustancias segregadas por sus glándulas hubiesen sido menos dañinas. O ambas cosas.

—Me equivoqué —confesó—. Me cuesta admitirlo, pero es cierto. Ño quería aceptar que esa Dartmonger me había tomado el pelo. Lo siento, Paul. Su pobre mano…

La levantó suavemente, como Níobe en la charca, y se la besó.

—Está bien —le dijo—. *Ducky Daddles* y yo nos las apañaremos. La odio, pero tengo la sensación de que ella también me odia. Así que estamos en paz.

—¿De quién está hablando?

—De la Royal. Le puse el nombre de un personaje de dibujos animados.

—Oh.

Empezó a perderse una vez más, se desconectó de la realidad. Él esperó pacientemente a que regresara tomando mientras tanto la sopa con la cuchara, torpemente asida con dos dedos de su mano izquierda.

Al fin, ella volvió y lo miró sonriendo, radiante como una mujer que acaba de despertar dándose cuenta de que va a ser un día hermoso.

—¿Ha terminado ya la sopa? Si es así, tengo algo muy especial para usted.

Le mostró el tazón vacío, en el que sólo quedaban unos fideos pegados en el fondo.

—¿Ve lo bueno que soy, Annie? —dijo sin sonreír.

—Es el hombre más bueno del mundo, Paul, y por eso merece un montón de estrellas. De hecho… bueno, espere y verá lo que tengo preparado.

Se fue, dejando a Paul sentado contemplando primero el calendario y luego el Arco de Triunfo. Miró al techo y vio las formas entrelazadas bailando borrachas a través del enyesado. Por último, observó la máquina de escribir y el condenado manuscrito. «Adiós a todo», pensó al azar, y entonces entró Annie con otra bandeja.

Traía cuatro platos: uno con trozos de limón, huevos gratinados en otro, triángulos de tostadas en un tercero. En el centro, había otro más grande con un enorme y pegajoso montón de caviar.

—No sé si le gusta o no esta cosa —dijo tímidamente—. Ni siquiera sé si me gusta a mí, nunca la he probado.

Paul empezó a reír. Le dolía el estómago, las piernas y la barriga, y también la mano. Quizá pronto le dolería el resto del cuerpo, porque Annie era lo bastante paranoica como para suponer que, si alguien se reía, tenía que ser ella. Pero aun así, no podía parar. Rió hasta que se ahogó y tosió con las mejillas rojas y las lágrimas cayendo por su rostro. La mujer le había cortado el pie con un hacha y el dedo pulgar con un cuchillo eléctrico, y ahí estaba con una montaña de caviar como para ahogar a un jabalí. Para su asombro, la mirada oscura no ensombreció su cara. En vez de eso, empezó a reír con él.

38

El caviar es algo que encanta o que se detesta, pero Paul nunca había sentido ninguna de las dos cosas. Si viajaba en primera clase en un avión y la azafata le ponía un plato delante, se lo comía y luego olvidaba que el caviar existía hasta la próxima vez que una azafata volvía a servirle otro platito. Pero esta vez se lo comió con voracidad, con todos los adornos, como si estuviese descubriendo por primera vez en su vida el gran principio de la comida.

A Annie no le gustó en absoluto. Mordisqueó un triángulo de tostada, en el que había puesto una cucharadita, arrugó la cara con asco y la dejó. Paul, sin embargo, fue cavando en el montículo con creciente entusiasmo. En quince minutos se había comido todo el Monte Beluga. Eructó, se cubrió la boca y miró a Annie con expresión de culpabilidad. Ella arrancó con otro ataque de risa.

«Creo que voy a matarte, Annie —pensó sonriéndole cálidamente—. De veras lo creo. Tal vez me vaya contigo, es muy probable, pero me voy a ir con la barriga llena de caviar. Las cosas podrían ser peores.»

—Está riquísimo, pero no puedo tomar más —le dijo.

—Probablemente vomitaría si siguiera comiendo. Esa cosa es muy fuerte. —Le devolvió la sonrisa—. Le guardo otra sorpresa. Tengo una botella de champán para después, cuando haya terminado el libro. Se llama Dom Pérignon. Me costó setenta y cinco dólares. Pero Chucki Yoder, el de la licorería, dice que es el mejor que hay.

—Chuckie Yoder tiene razón —confirmó Paul, pensando en que la culpa de que se hubiese metido en aquel infierno la tenía, en parte, el «Dom»; hizo una pausa y luego dijo—: Hay algo más que querría, cuando termine.

—¿Sí? ¿El qué?

—Usted dijo una vez que tenía todas mis cosas.

—Las tengo.

—Bueno, hay un cartón de cigarrillos en mi maleta. Me gustaría fumar un pitillo cuando haya acabado.

La cara de Annie se apagó lentamente.

—Ya sabe que esas cosas no son buenas, Paul. Producen cáncer.

—Annie, ¿cree que el cáncer es algo de lo que deba preocuparme en este momento?

Ella no respondió.

—Sólo quiero ese único cigarrillo. Siempre me fumo uno cuando termino. Es el que mejor sabor tiene, mejor aún que el que se fuma después de una buena comida. Al menos, así era antes. Supongo que esta vez me causará mareos y ganas de vomitar, pero me gustaría tener ese pequeño lazo con el pasado. ¿Qué responde, Annie? Sea buena, yo lo he sido.

—Está bien…, pero antes el champán. No voy a tomar una botella de setenta y cinco dólares en una habitación en la que usted ha esparcido ese veneno por el aire.

—Está muy bien. Si me lo trae al mediodía, lo pondré en el poyete de la ventana donde pueda verlo de cuando en cuando. Terminaré, después lo llenaré con las letras, y luego…, me fumaré el cigarrillo hasta que sienta que voy a caer inconsciente. Más tarde, lo apagaré y entonces la llamaré.

—De acuerdo —le dijo—, pero no me gusta nada. Aunque un solo cigarrillo no le cause cáncer de pulmón, sigue sin gustarme nada. ¿Y sabe por qué, Paul?

—No.

—Porque sólo los malos fuman. —Y empezó a recoger los platos.

39

—¿La señora jefe está…?

—Chisss —chistó Ian con fiereza y Hezequiah calló.

Geoffrey sintió que el pulso latía en su garganta con rapidez descontrolada. De fuera llegaba el crujido constante y suave de las cuerdas y los aparejos, el lento batir de las velas en las primeras brisas débiles de los vientos alisios, el grito ocasional de un pájaro. Geoffrey podía escuchar a un grupo de hombres que cantaban, cuyas voces chillonas y desentonadas llegaba desde popa. Pero allí

todo era silencio mientras los tres hombres, dos blancos y uno *negro,* esperaban a ver si Misery viviría o no.

Ian emitió un gemido ronco y Hezequiah lo agarró por un brazo. Geoffrey *intensificó* sus ya histéricos esfuerzos por controlarse. Después de todo lo ocurrido ¿podía ser Dios *tan* cruel que la dejase morir? Tiempo atrás, hubiese cegado esa posibilidad con indulgencia más que con indignación. La posibilidad de que Dios pudiese ser cruel le hubiese parecido absurdo en aquellos días.

Pero su idea de Dios, como de otras muchas cosas, había cambiado. Había sido la influencia de África. En ella descubrió que no había un solo Dios, sino muchos, y algunos eran más que crueles, estaban locos, y eso lo cambiaba todo. La crueldad podía llegar a ser comprensible con la locura, sin embargo, no cabía discusión.

Si su Misery estaba verdaderamente muerta, como él temía, pensaba ir a la cubierta de proa y lanzarse al mar. Siempre había sabido y aceptado el hecho de que los dioses eran duros, pero no quería vivir en un mundo donde los dioses fueran locos.

Esas cavilaciones se vieron interrumpidas por un suspiro áspero, medio supersticioso, de Hezequiah.

—Jefe Ian, Jefe Geoffrey. Miren. Sus ojos, sus ojos…

Los ojos de Misery, con ese matiz maravillosamente delicado de azul turquesa, se habían abierto. Pasaron de Ian a Geoffrey y otra vez a Ian. Por un momento, Geoffrey sólo vio sorpresa en aquellas pupilas… Y luego reconocimiento. Sintió que la alegría gritaba en su alma.

—¿Dónde estoy? —preguntó bostezando—. ¿Ian, Geoffrey, estamos en alta mar? ¿Por qué tengo tanta hambre?

Riendo y llorando, Ian se inclinó y la abrazó repitiendo una y otra vez su nombre.

Asombrada, aunque complacida, ella le devolvió el abrazo. En aquel instante, Geoffrey descubrió que podía renunciar a su amor para siempre. Viviría solo en una paz perfecta.

Tal vez los dioses no estaban locos, al menos, no todos.

Tocó a Hezequiah en el hombro.

—Creo que deberíamos dejarlos solos, ¿no le parece?

—Parece que eso estar bien, Jefe Geoffrey —dijo Hezequiah y sonrió

deslumbrando con sus siete dientes de oro.

Geoffrey le robó a Misery una última mirada y, por un momento, aquellos ojos de singular belleza miraron los suyos llenándolo plenamente.

«Te amo, mi vida —pensó—. ¿Lo oyes?»

Tal vez la respuesta que recibió fue sólo la melancolía de su propia mente; pero no era probable. Era su voz, demasiado clara, inconfundible, oigo, yo también te amo.

Geoffrey cerró la puerta y subió a la cubierta de popa. En vez de lanzarse por la borda, como podría haber hecho, encendió su pipa y fumó lentamente contemplando el sol que se ponía por la nube del horizonte… Esa nube que era la costa de África.

Y entonces, porque no podía hacerlo de otra manera, Paul Sheldon sacó la última página de la máquina de escribir y garabateó con un bolígrafo la palabra más odiada y más amada del vocabulario de un escritor:

FIN

40

Su hinchada mano derecha no quería rellenar los folios con las letras que faltaban, pero la obligó a hacerlo. Si no lograba relajarse, no podría seguir adelante con lo que tenía que hacer.

Cuando hubo terminado, dejó la pluma. Contempló su trabajo por un momento. Se sentía como siempre que terminaba un libro, extrañamente vacío,

caído, consciente de que por cada pequeño triunfo había pagado un precio absurdo.

Siempre ocurría lo mismo, era como subir durante meses por una colina en la selva y llegar a un claro en la cima sólo para descubrir que no había otra recompensa que el panorama de una autopista con unas cuantas gasolineras y alguna que otra bolera.

Aun así, era bueno terminar. Era bueno haber creado algo. Comprendía y apreciaba vagamente el valor del acto, de hacer que surgiesen de la nada pequeñas vidas, creando una apariencia de movimiento y una ilusión de calor. Comprendió finalmente que no era un buen prestidigitador, pero el único truco que hacía siempre estaba lleno de amor. Tocó el manuscrito y sonrió un poco.

La mano se apartó del montón de hojas y se deslizó hacia el único Marlboro que ella le había puesto en el poyete de la ventana. A su lado había un cenicero de cerámica con un vapor de ruedas litografiado. Bajo el barco decía: «RECUERDO DE HANNIBAL, MISSOURI. EL HOGAR DEL NARRADOR AMERICANO.»

En el cenicero había una caja de cerillas, pero sólo contenía una, era todo lo que ella le había concedido. Con una, sin embargo, sería suficiente.

Podía oírla trajinando en el piso de arriba. Eso era bueno. Tendría tiempo suficiente para hacer sus pequeños preparativos y le serviría de advertencia si decidía bajar antes de que él estuviese listo para encargarse de ella.

«Aquí viene el truco de verdad, Annie. A ver si puedo realizarlo. A ver si puedo…», pensó.

Se inclinó haciendo caso omiso al dolor de sus piernas y empezó a sacar el fragmento suelto de la tabla.

41

La llamó cinco minutos más tarde y oyó sus pesados pasos en la escalera. Esperaba sentirse aterrorizado cuando las cosas llegasen a ese punto y comprobó con alivio que se hallaba bastante tranquilo. La habitación olía al fluido inflamable. La tabla, extendida a través de los brazos de la silla, goteaba constantemente.

—Paul, ¿ha terminado de verdad? —gritó por el pasillo.

Paul miró la pila de papel, empapada del fluido, que estaba en la tabla al lado de la odiosa Royal.

—Bueno —le contestó—, hice todo lo que pude.

—Estupendo, estupendo. ¡Casi no puedo creerlo! Después de todo este tiempo. Espere un momento. Traeré el champán.

—Magnífico.

La oyó atravesar el linóleo de la cocina, anticipando cada crujido un instante antes de que se produjese. «Estoy escuchando todos esos ruidos por última vez», pensó, y eso le causó un estupor que rompió su calma como si fuese el cascarón de un huevo. El miedo estaba dentro, pero había algo más. Suponía que era la costa de África alejándose.

Ella abrió la puerta de la nevera y luego la cerró de golpe. Allá iba atravesando la cocina, allá iba…

No se había fumado el cigarrillo, por supuesto, aún estaba en el alféizar. Era la cerilla lo que él quería. Esa única cerilla.

«¿Y si no se enciende?», se preguntó aterrorizado.

Pero ya era demasiado tarde para tales consideraciones.

Cogió la caja de cerillas del cenicero. Sacó la única que había. Ella iba por el

pasillo. Rascó la cerilla. No se encendió.

«Calma, calma, todo se consigue con calma.»

La rascó de nuevo. Nada.

«Calma…, calma…», se repitió a sí mismo.

La rascó por tercera vez en la tira oscura del dorso de la caja, y una débil llama amarilla floreció en el extremo de la cerilla.

42

—Sólo espero que éste…

Se detuvo, engulló la palabra siguiente empujada por el aire que acababa de inspirar. Paul estaba sentado tras una barricada de papel y una vieja escandalosa, la Royal. Había vuelto a la primera página para que ella pudiese leer:

«EL RETORNO DE MISERY»
Por Paul Sheldon

La mano hinchada de Paul planeó sobre la empapada pila de papel con una cerilla encendida entre el dedo pulgar y el índice.

Annie estaba quieta en la puerta con una botella de champán envuelta en una servilleta. Tenía la boca abierta. La cerró de golpe.

—¿Paul? —dijo con cautela—. ¿Qué está haciendo?

—Ya lo he terminado, Annie —dijo—, y es bueno. Usted tenía razón. Es el mejor de los libros de Misery y tal vez lo mejor que he escrito en mi vida. Ahora voy a hacer un pequeño truco con él. Es un buen truco. Lo aprendí de usted.

—¡Paul, no! —gritó.

Su voz estaba llena de agonía y de reconocimiento. Sus manos volaron hacia adelante, dejaron caer la botella de champán que se estrelló contra el suelo y explotó como un torpedo. Cúmulos de espuma volaron por todas partes.

—¡No! ¡No! ¡Por favor, no!

—¡Lástima! No podrá leerlo nunca —dijo Paul, y esbozó la primera sonrisa auténtica en muchos meses, radiante y siniestra—. Al margen de la falsa modestia, tengo que decirle que era mejor que bueno. Era fabuloso, Annie.

La cerilla estaba quemando las yemas de sus dedos. La dejó caer. Por un momento terrible pensó que se había apagado. Pero entonces un fuego azul pálido corrió por la página del título con un sonido audible. Se extendió por los lados, lamió el fluido que se había estancado en los bordes del papel y estalló en amarillo.

—¡Oh, Dios, no! —gritó Annie—. ¡Misery no! ¡Misery no! ¡Ella no! ¡No! ¡No!

Su cara había empezado a resplandecer al otro lado de las llamas.

—¿Quiere formular un deseo, Annie? —exclamó— ¿Quiere formular un deseo, sebo de mierda?

—¡Dios mío, Paul, qué estás haciendo!

Se tambaleó hacia adelante con los brazos extendidos. El manuscrito no sólo estaba ardiendo, sino que levantaba llamas. El lado gris de la Royal comenzó a oscurecerse. El fluido se había encharcado bajo la máquina y lenguas de fuego azul pálido saltaban entre las teclas. Paul notó que su cara se asaba y vio cómo se le estiraba la piel.

—¡Misery no! —aulló Annie—. ¡No puede quemar a Misery, *jonino* canalla, no puede quemar a Misery!

Y entonces hizo exactamente lo que él estaba casi seguro de que iba a hacer. Cogió la pila ardiendo y giró con ella, tal vez para ir al cuarto de baño y lanzarla en la bañera.

Cuando se volvió, Paul agarró la Royal sin pensar en las quemaduras que su lado candente estaba causando en su hinchada mano derecha. La levantó sobre su cabeza. Pequeñas gotas de fuego caían de su interior. No le concedió más atención de la que concedía a la llamarada de dolor que sintió en su espalda al torcerse algo con el movimiento. Su cara estaba descompuesta en una mueca demente de esfuerzo y concentración. Estiró los brazos y los bajó dejando que la

máquina cayera de sus manos. Golpeó a Annie en el centro de su amplia y sólida espalda.

—*¡Uggg!*

No fue un grito, sino un gruñido de sorpresa. Annie cayó hacia adelante en el suelo, sobre la pila de papel ardiendo.

Pequeñas llamas azuladas como lamparillas de alcohol punteaban la superficie de la tabla que le servía de escritorio. Paul la apartó a un lado jadeando, sintiendo cada inspiración como hierro derretido en la garganta. Se levantó apoyándose en los brazos y empezó a saltar con un único pie.

Annie se retorcía gimiendo. Una llama ascendió por debajo del brazo derecho. Gritó. Paul podía oler la piel y la grasa asada.

Ella rodó hacia un lado, tratando de ponerse de rodi— lias. Casi todo el papel estaba en el suelo, todavía ardiendo o bien apagándose en los charcos de champán, pero Annie sujetaba algunos que aún ardían. También ardía su rebeca. Vio puntas de cristal verde en los antebrazos. Un trozo más grande salía de su mejilla derecha como la cuchilla de un Tomahawk.

—Voy a matarle, chupapollas embustero —dijo yendo hacia él, tambaleándose. Avanzó tres pasos sobre sus rodillas y cayó encima de la máquina de escribir. Entonces Paul cayó sobre ella, y aun a través de su cuerpo sentía los duros ángulos de la máquina de escribir que tenía debajo, la mujer gritó como un gato, se retorció como un gato y trató de escurrírsele como un gato.

Las llamas se estaban apagando, pero Paul aún sentía un calor salvaje saliendo del montículo que se retorcía y tiraba debajo de él, y supuso que al menos parte del jersey y del sujetador debían de habérsele achicharrado a Annie en el cuerpo. No sintió compasión alguna.

Ella trató de quitárselo de encima. Él aguantó y siguió completamente tumbado encima de Annie, como si intentara cometer una violación. Su mano derecha tanteaba sabiendo exactamente lo que buscaba.

—¡Apártese!

Por fin encontró un puñado de papel caliente y chamuscado.

—¡Quítese de encima!

Estrujó el papel y las llamas que se escurrían entre sus dedos. Podía olería: carne asada, sudor, odio, locura…

—¡Quítese de encima! —gritó con la boca muy abierta.

Y Paul se encontró de pronto mirando el pozo húmedo y rojo de la diosa.

—¡Quítese de encima, *jonino* can…!

Metió los folios ardientes en aquella boca abierta que chillaba. Vio cómo sus ojos destellantes se abrían de repente todavía más, ahora con horror y sorpresa.

—Aquí tiene su libro, Annie —dijo jadeando, y volvió a coger más papel. El segundo puñado estaba apagado, chorreando, con el olor agrio del champán derramado. Ella saltaba y se retorcía debajo. El bulto amorfo de su rodilla izquierda golpeó el suelo y sintió un dolor horrible, pero se mantuvo sobre ella. «Te voy a violar. A violar, Annie. Te voy a violar porque sólo puedo hacer lo peor de lo que soy capaz. Así que chupa, chupa mi libro, chupa hasta que te ahogues», gritó interiormente.

Estrujó el papel mojado con un apretón convulsivo de su puño y se lo metió en la boca empujando más adentro el primer puñado medio chamuscado.

—Ahí lo tiene, Annie. ¿Le gusta? Es una auténtica edición Príncipe, es la edición de Annie Wilkes. ¿Le gusta? Cómasela, Annie, chúpela, vamos, chúpela, sea buenecita y cómase todo su libro.

Le metió un tercer puñado y un cuarto. El quinto aún ardía. Lo apagó con la palma de su mano derecha, llena de ampollas, al introducirlo en la boca.

Un extraño ruido ahogado salía de ella. Dio un tremendo empellón y esa vez tiró a Paul. Hizo un esfuerzo y se puso de rodillas, con las manos aferradas a su garganta ennegrecida, que tenía una horrible hinchazón. La piel de su torso y de su vientre estaba llena de ampollas. El champán corría del puñado de papel que le salía de la boca.

—*¡Munf! ¡Marc! ¡Marcl* —croaba.

De algún modo logró ponerse de pie con las manos aún aferradas a la garganta. Paul se empujó hacia atrás con las piernas desordenadamente estiradas delante de sí, mirándola con cansancio.

—*¿Arcu? ¿Dorg? ¡Mumf!*

Dio un paso hacia él. Dos. Volvió a tropezar con la máquina de escribir. Al caer, la cabeza se le torció en un ángulo y vio sus ojos mirándole con una expresión que era a la vez interrogante y terrible: «¿Qué pasó, Paul? Venía a traer champán, ¿no?»

El lado izquierdo de su cabeza topó contra el borde de la repisa de la

chimenea mientras caía como un saco de ladrillos, golpeando el suelo. Al derrumbarse, se estremeció la casa.

43

Annie había caído en la pila de papel ardiendo y apagó el fuego con su cuerpo. Era un montículo negro y humeante en medio del pavimento. Los charcos de champán habían apagado casi todas las páginas sueltas, pero quedaban dos o tres que se hallaban a la izquierda de la puerta y que ardían brillantes, prendiendo en algunos puntos del empapelado, pero sin que el fuego se levantase con mucho entusiasmo.

Paul se arrastró hasta la cama empujándose con los codos y cogió la colcha. Luego se deslizó hasta la pared apartando con las manos los trozos de la botella. Se había torcido la espalda. Se había quemado gravemente la mano derecha. Le dolía la cabeza. El estómago le daba vueltas con el olor dulce y nauseabundo de la carne quemada. Pero era libre. La diosa estaba muerta y él era libre.

Colocó debajo de su cuerpo la rodilla derecha. Se estiró torpemente con la colcha, que estaba húmeda de champán y cruzada por negras rayas de ceniza, y empezó a golpear las llamas. Cuando dejó caer la colcha sobre la tabla, había un agujero humeante en medio de la pared. El final de la página del calendario se había rizado hacia arriba, nada más.

Empezó a arrastrarse hacia la silla de ruedas. Estaba a mitad de camino cuando Annie abrió los ojos.

44

Paul se quedó mirándola con incredulidad mientras ella se ponía lentamente de rodillas. Él también se sujetaba con las manos arrastrando las piernas. Parecía una versión adulterada del sobrino de Popeye, Cocoliso.

«No… no, estás muerta. Esto es un error, Paul. Tú no puedes matar a una diosa. La diosa es inmortal. Ahora tengo que aclarar…», pensó.

Sus ojos miraban fijamente de un modo horrible. Una enorme herida brillaba a través de su cabello en el lado izquierdo de la cabeza. La sangre corría por su cara.

—*Pujjj* —gritó a través del papel en su garganta, y empezó a arrastrarse hacia él con las manos estiradas—. *Joorg…*

Paul giró en un semicírculo y empezó a avanzar hacia la puerta. Podía oírla tras él. Y entonces, al entraf en la zona de vidrios rotos, sintió que agarraba el tobillo izquierdo y le apretaba el muñón, causándole un dolor insoportable. Gritó.

—*¡Pajjjrrro Suzzzzzioi!* —chilló Annie, triunfante.

El la miró por encima del hombro. La cara se le estaba amoratando y parecía hincharse. Comprendió que se estaba convirtiendo realmente en el ídolo de los bourkas. Tiró con todas sus fuerzas y la pierna se le escurrió a Annie de la mano, quedándose sólo con la protección de cuero que le había puesto en el muñón.

Siguió arrastrándose frenéticamente, llorando y con el sudor corriéndole por las mejillas. Continuó ayudándose con los codos como un soldado avanzando bajo fuego de artillería. Oyó el golpe sordo de una rodilla tras él, luego de otra, después otra vez la primera. Ella aún le perseguía. Era tan sólida como él siempre había temido. La había quemado, le había roto la espalda, le había llenado la garganta de papel y todavía… todavía le perseguía.

—*¡Paj!* —gritó Annie ahora—. *¡Ppj… suzzz!*

Un garfio de vidrio se le clavó en el brazo. Siguió arrastrándose con el trozo de botella sobresaliendo como una clavija.

La mano de Annie se cerró sobre su pantorrilla izquierda.

Volvió a girar para mirarla y vio que tenía la cara negra como una ciruela podrida de la que sobresalían unos salvajes ojos ensangrentados. Su garganta palpitante se hallaba hinchada como una cámara de aire y tenía la boca torcida.

Estaba tratando de sonreír.

La puerta ya se encontraba a su alcance. Paul se estiró y agarró la jamba con un apretón de muerte.

La mano derecha de Annie volvió a asir su muslo derecho.

Siguió oyendo el ruido de sus rodillas tras él, cada vez más cerca. Su sombra se cernía sobre él.

No gimió. La sintió tirando hacia atrás. Se aferró con toda sus fuerzas a la jamba con los ojos apretados.

Las manos de la diosa corrieron por su espalda como una araña y se asentaron alrededor de su cuello.

A Paul se le acabó el aire. Se agarró al marco de la puerta, pero sintió sus manazas hundiéndosele en el cuello. Gritó:

—¡Muérete! ¿No puedes morir? ¿No vas a morir nunca?

—Go…, go…

La presión aflojó. Por un momento pudo volver a respirar. Entonces Annie cayó sobre él como una montaña de carne fláccida y ya no pudo respirar en absoluto.

45

Consiguió salir por debajo de Annie como quien intenta librarse de un alud de nieve con las últimas fuerzas que le quedan.

Se arrastró por el suelo esperando que ella volviese a agarrar su tobillo en cualquier momento; pero eso no ocurrió. Annie estaba boca abajo en silencio en medio de un charco de sangre y champaña. Salpicada de vidrios rotos. ¿Estaba muerta? Tenía que estarlo. Pero a Paul le parecía imposible.

Salió y cerró la puerta con un golpe. El cerrojo que ella había puesto parecía

estar a la mitad de una colina muy alta, pero consiguió llegar y cerrarlo. Luego cayó al pie de la puerta convertido en un fardo tembloroso.

Estuvo allí durante un rato en una especie de estupor. Lo reanimó un sonido bajo de arañazos. «Las ratas —pen— só. Son las ra…»

En aquel instante los gruesos dedos manchados de sangre de Annie salieron por debajo de la puerta y tiraron de su camisa.

Gritó y dio un tirón, alejándose de ellos, con la pierna izquierda crujiendo de dolor. Le machacó los dedos con el puño. En lugar de retirarse, se sacudieron un poco y se quedaron quietos.

«Que éste sea su fin, Dios, por favor, que éste sea su fin», suplicó.

Con un dolor horrible, Paul empezó a arrastrarse hacia el cuarto de baño. Llegó a mitad de camino y miró atrás. Los dedos aún asomaban por debajo de la puerta. Por horrible que fuese su dolor, no soportaba ver aquello, ni siquiera imaginarlo, así que cambió de dirección, retrocedió y los empujó hacia dentro. Tuvo que armarse de valor para ello. Estaba seguro de que, en el momento en que los tocase, se cerrarían sobre él.

Finalmente llegó al lavabo sintiendo que todo su cuerpo latía. Se introdujo arrastrándose y cerró la puerta.

Dios, ¿y si había cambiado la droga de sitio?

Pero no era así. El montón de cajas desordenadas seguía allí, incluyendo las muestras de Novril. Tomó tres a la vez y volvió a arrastrarse a la puerta y se apoyó en ella, bloqueándola con el peso de su cuerpo.

Se durmió.

46

Cuando despertó todo estaba oscuro; y al principio no sabía dónde se encontraba. ¿Cómo se había vuelto tan pequeña su habitación? Entonces lo recordó todo y con el recuerdo tuvo una extraña certeza: ella no estaba muerta, ni siquiera ahora. No estaba muerta… Se hallaba de pie tras aquella puerta esperándole, tenía el hacha y cuando él saliese arrastrándose le cortaría la cabeza, que rodaría por el pasillo como una bola en la bolera mientras ella reía.

«Eso es una locura», se dijo, y creyó escuchar el ligero murmullo de una falda de mujer, rozando ligeramente la pared.

«Es tu imaginación… tan vivida», se dijo.

No lo había oído, lo sabía. Alargó la mano hasta el pomo de la puerta; luego cayó insegura. Sí, sabía que no había oído nada, pero ¿y si estaba equivocado?

Ella pudo haber salido por la ventana.

«Paul, Annie está muerta.»

La réplica, implacable en su falta de lógica no se hizo esperar: «La diosa nunca muere.»

Se dio cuenta de que estaba mordiéndose los labios frenéticamente y se obligó a dejarlo. ¿Era así como se volvía un loco? Sí. Estaba cerca de la locura ¿y quién tenía más motivos? Pero si él se rendía, si los policías finalmente regresaban mañana o al día siguiente para encontrar a Annie muerta en la habitación de los huéspedes y hallaban en el lavabo de la primera planta una bola balbuciente de protoplasma que una vez había sido un escritor llamado Paul Sheldon, ¿significaría eso la victoria de Annie?

«Seguro —pensó—. Y ahora, Paulie, vas a ser buenecito y vas a seguir el guión. ¿De acuerdo?»

Su mano volvió a dirigirse hacia el pomo y otra vez flaqueó. No podía seguir el guión original. En él se había visto prendiendo fuego al papel y la había visto a ella cogiéndolo, y todo eso había ocurrido. Sólo que él tenía que haber aplastado sus sesos con la jodida máquina en vez de golpearle la espalda con ella. Luego él tenía la intención de salir a la sala e incendiar la casa. El guión determinaba que efectuase su huida a través de una de las ventanas. Se daría un golpe infernal, pero ya sabía lo maniática que era Annie con las cerraduras. Mejor golpeado que achicharrado, como creía que había dicho una vez san Juan Bautista.

En un libro, todo habría salido de acuerdo con el plan, pero la vida era tan jodidamente desordenada… ¿Qué se puede decir de una existencia en la que algunas de las conversaciones más cruciales ocurren cuando uno tiene necesidad de evacuar, una existencia en la que ni siquiera existen los capítulos?

—Muy desordenada —gruñó Paul—. Menos mal que hay tipos como yo para mantener las cosas claras —rió.

La botella de champán no estuvo en el guión, pero eso no era nada en comparación con la terrible vitalidad de aquella mujer y su actual incertidumbre dolorosa.

Y hasta que no supiera si estaba muerta o no, no podía quemar la casa organizando un tumulto que atrajese el socorro que necesitaba, y no porque Annie pudiera no haber muerto pues estaba dispuesto a asarla viva sin ningún miramiento.

No era Annie lo que le detenía, sino el manuscrito. El manuscrito auténtico. Lo que había quemado no era más que un montón de hojas en blanco intercaladas con borradores descartados y notas. El manuscrito real de *El retorno de Misery* había sido depositado debajo de la cama, donde se encontraba todavía.

«A menos que aún esté viva, en cuyo caso estará allí leyéndolo —reflexionó, y luego se preguntó—: Entonces, ¿qué vas a hacer?»

«Esperar aquí —le avisó una parte de él—: Permanecer donde estés a salvo.»

Pero otra parte de él, más valiente, le instaba a seguir con el guión, al menos hasta donde pudiese: «Ve a la sala. Rompe la ventana. Sal de esta casa horrible. Alcanza la carretera y para un coche.» En épocas anteriores, eso podía significar una espera de días, pero ya no. La casa de Annie se había convertido en tema de postal.

Haciendo acopio de todo su valor, alargó el brazo hasta el pomo de la puerta y lo giró. La puerta se abrió despacio y allí estaba Annie, allí estaba la diosa en las sombras, una forma blanca con uniforme de enfermera.

Cerró los ojos con fuerza y volvió a abrirlos. Sí, sólo eran sombras. Excepto en las fotografías de los periódicos, nunca la había visto con uniforme de enfermera. Sólo en sombras. Sombras y su… vivida imaginación.

Se arrastró poco a poco por el pasillo y miró de nuevo la habitación de los huéspedes. Estaba cerrada. Volvió a reptar hacia la sala.

Era un pozo de sombras. Annie podía permanecer escondida en cualquiera de ellas. Annie podía *ser* cualquiera de ellas. Y podía llevar el hacha.

Se arrastró.

Allí estaba el sofá mullido, y Annie se hallaría tras él. Allí estaba la puerta de la cocina abierta y Annie oculta detrás de ella. Las tablas del suelo crujieron a su paso…, ¡claro! Annie se encontraba a su espalda.

Se volvió con el corazón golpeando en su pecho y los sesos estrujándose entre sus piernas. Annie estaba allí de verdad con el hacha levantada, pero sólo durante un segundo. Se diluyó en las sombras. Se arrastró dentro de la sala y oyó el sonido de un motor que se acercaba. Un débil barrido de luces iluminó la ventana. Oyó chirriar las ruedas sobre la tierra y comprendió que habían visto la cadena atravesando el camino.

Una puerta se abrió y se cerró.

—¡Mierda! ¡Mira esto!

Se arrastró más aprisa, atisbo el exterior y vio una silueta que se aproximaba a la casa. El sombrero de la silueta tenía una forma inconfundible. Había llegado un guardia del estado.

Paul se agarró a la mesita de la cerámica tirando las figuritas. Algunas cayeron al suelo y se rompieron. Cogió una con la mano y eso, al menos, salió con la precisión que describían las novelas, precisamente porque en la vida no sucedía casi nunca.

Era el pingüino sentado en su bloque de hielo.

«AHORA MI HISTORIA YA HA SIDO CONTADA», decía la leyenda en la peana, y Paul pensó: «Sí, gracias a Dios.»

Incorporándose en el brazo izquierdo, consiguió que su mano derecha se cerrase sobre el pingüino. Las ampollas se rompieron derramando pus. Echó el

brazo hacia atrás y lanzó la figurilla contra la ventana de la sala, igual que hizo con el cenicero en la de la habitación de los huéspedes.

—¡Aquí! —gritó Paul Sheldon, delirante—. ¡Aquí, aquí, por favor, estoy aquí!

47

Hubo aún otra precisión novelística en ese desenlace: eran los mismos guardias que habían ido días atrás a interrogar a Annie sobre Kushner: David y Goliat. Aunque esa noche David no sólo llevaba la chaqueta desabotonada, sino que tenía la pistola en la mano.

David resultó llamarse Wicks. Goliat era McKnight. Habían ido con una orden de registro. Cuando finalmente entraron en la casa respondiendo a los gritos frenéticos que llegaban de la sala, se encontraron a un hombre que parecía una pesadilla viviente.

Al otro día por la mañana, Wicks diría a su mujer:

—Cuando iba a la escuela leí un libro, *El conde de Montecristo*, creo, o tal vez *El prisionero de Zenda.* Bueno, pues había un tipo en esa historia que había pasado cuarenta años en confinamiento solitario sin ver a nadie durante ese tiempo. Pues eso es lo que este tipo parecía.

Wicks se detuvo un momento queriendo expresar mejor los detalles, las emociones contradictorias que había sentido, horror y lástima, pena y asco, pero sobre todo, asombro de que un hombre con tan mal aspecto estuviese aún con vida. No podía encontrar las palabras.

—Cuando nos vio, empezó a llorar —dijo, y luego agregó—: Me llamaba David, no sé por qué.

—A lo mejor te pareces a alguien que él conocía —sugirió ella.

—Puede ser.

48

Paul tiene la piel gris, el cuerpo flaco como un perchero. Estaba acurrucado junto a la mesita, temblando, mirándolos fijamente con los ojos desorbitados.

—¿Quién…? —empezó McKnight.

—Diosa —interrumpió el hombre escuálido que se hallaba en el suelo— Tienen que tener cuidado con ella. Habitación… Allí me tenía. Su escritor preferido… Habitación… Ella está allí.

—¿ Anne Wilkes? Wicks. ¿En esa habitación?

Él asintió mirando el pasillo.

—Sí. Sí. Encerrada allí. Pero claro, hay una ventana.

—¿Quién… ? —empezó McKnight por segunda vez.

—¡Cristo! ¿No te das cuenta? —exclamó Wicks—. Es el tío que Kushner estaba buscando. El escritor. No me acuerdo de su nombre, pero es él.

—Gracias a Dios —repuso el hombre escuálido.

—¿Qué? —Wicks se inclinó hacia él con el ceño fruncido.

—Gracias a Dios que no recuerda mi nombre.

—No le entiendo, amigo.

—Bueno, es igual. Sólo que… tienen que tener cuidado. Creo que está muerta. Pero tengan cuidado. Si aún se encuentra viva es peligrosa… como una víbora —Con un esfuerzo tremendo movió la pierna poniéndola directamente bajo la luz de la linterna de McKnight—. Me cortó el pie. Hacha…

Durante mucho rato, miraron el lugar donde su pie ya no estaba y McKnight murmuró:

—¡Cielo santo!

—¡Vamos! —decidió Wicks.

Sacó la pistola y los dos empezaron a caminar despacio por el pasillo hasta la puerta cerrada de la habitación de los huéspedes.

—¡Cuidado con ella! —gritó Paul con su voz rota y cascada—. ¡Cuidado!

Abrieron la puerta y entraron. Paul se apoyó en la pared y echó la cabeza hacia atrás con los ojos cerrados. Estaba frío. No podía dejar de temblar. Ellos gritarían o gritaría ella. Podía haber lucha. Podía haber disparos. Trató de preparar su mente para cualquiera de las dos cosas. Pasó el tiempo, un tiempo que le pareció larguísimo, casi eterno.

Al fin oyó pasos de botas viniendo por el pasillo. Abrió los ojos. Era Wicks.

—Sí que estaba muerta —dijo Paul—. Yo lo sabía, la parte real de mi mente lo sabía, pero aún no puedo creer…

Wicks explicó:

—Hay sangre, vidrios rotos y papel carbonizado allá dentro… pero no hay nadie en esa habitación.

Paul Sheldon miró a Wicks y entonces empezó a gritar. Aún estaba gritando cuando se desmayó.

IV
Diosa

—Te visitará un extranjero alto y oscuro —dijo la gitana a Misery, quien, asombrada, compren dió al instante dos cosas: ésa no era una gitana y no estaban solas en la tienda. Pudo oler el perfu me de Gwendolyn Chastain en el instante en que las manos de la loca se cerraron rodeando su cuello.

—En realidad —observó la gitana que no era una gitana—, creo que ya está aquí.

Misery trató de gritar, pero ya no podía ni res pirar.

El hijo de Misery

—Siempre se ve así, amo Ian —dijo Hezequiah—. No importa por dónde la mire, ella siempre mi rándote a ti. No sé si ser vedá, pero los boukas di— sen ellos que cuando uno se pone detrás de la dio sa, la diosa parece mirar a uno.

—Si no es más que un trozo de piedra —replicó Ian.

—Sí, amo Ian —concedió Hezequiah—. Eso es lo que dar poder.

El retorno de Misery

1

sombrrra cunndo
stsssn smbrrra cunndo
Ijjjossstucunndo
Estos sonidos aún en la bruma.

2

«Ahora debo aclarar», dijo ella, y así es como se aclara:

3

Nueve meses después de que Wicks y McKnight lo sacaran de casa de Annie en una camilla, Paul Sheldon dividía su tiempo entre el Doctors Hospital de Queens y un nuevo apartamento en la parte este de Manhattan. Habían vuelto a romperle las piernas. Aún tenía la izquierda escayolada de la rodilla para abajo. Cojearía durante el resto de su vida, según habían dicho los médicos, pero caminaría, y con el tiempo lograría hacerlo sin dolor. Su cojera habría sido más pronunciada si en vez de caminar sobre una prótesis fabricada a medida, hubiese tenido que hacerlo apoyándose en su propio pie. De un modo bastante irónico, Annie le había hecho un favor.

Bebía mucho y no escribía nada. Tenía pesadillas.

Una tarde de mayo, cuando salió del ascensor en el noveno piso, no estaba pensando en Annie —para variar—, sino en el voluminoso paquete que llevaba torpemente bajo el brazo. Contenía dos juegos de galeradas de *El retorno de Misery.* Sus editores querían lanzar el libro a toda prisa y, considerando los titulares que habían aparecido en la prensa de todo el mundo generados por las extrañas circunstancias en que la novela había sido escrita, no era para sorprenderse. Hasting House había ordenado una primera edición sin precedentes de un millón de ejemplares.

—Y eso es sólo el principio —le había dicho ese día Charlie Merrill, su editor, durante el almuerzo del que ahora regresaba Paul con las galeradas—. Este libro va a superar las ventas de cualquier otro en el mundo, amigo mío. Tendríamos que estar de rodillas dando gracias a Dios por el hecho de que la historia que contiene ese libro sea tan buena como la que se halla detrás.

Paul no sabía si eso era cierto y ya no le importaba. Sólo quería alejarse de todo aquello y escribir su próxima obra… Pero a medida que los días de sequía se convertían en semanas y éstas en meses, había empezado a preguntarse si alguna vez volvería a escribir otra novela.

Charlie le suplicaba que hiciese una crónica real de sus experiencias que, según él, superaría hasta las ventas de *El retorno de Misery.* Superaría incluso las de Iacocca. Cuando Paul le preguntó, por pura curiosidad, a cuánto creía que ascenderían los derechos por la edición de bolsillo de un libro así, Charlie se apartó de la frente el largo cabello, encendió un Camel y respondió:

—Creo que podríamos establecer un precio de salida de diez millones de dólares y luego organizar una subasta infernal.

No movió ni un párpado cuando lo dijo. Al cabo de un momento, Paul comprendió que hablaba en serio o que, al menos, eso creía.

Pero no había manera de que pudiera escribir un libro así. Todavía no, y probablemente nunca. Su trabajo era crear novelas. Podía escribir la crónica que Charlie quería pero, si lo hacía, sabía que nunca volvería a producir una novela.

Y lo gracioso era que sería una novela, estuvo a punto de decirle a Charlie Merrill, pero se contuvo en el último momento. Porque lo más divertido era que a Charlie no le importaría.

«Empezaría por los hechos y luego comenzaría a modificar, al principio sólo un poco… Luego más… Después, un poco más. No para que Annie pareciera peor, porque eso es imposible. Sólo para recrear la precisión. No quiero convertirme a mí mismo en un personaje de ficción. Escribir puede ser una forma de masturbación, pero que Dios me libre de convertirlo en un acto de auto — canibalismo», pensó.

Su apartamento era el 9-E, el más alejado del ascensor, y el pasillo parecía tener setenta kilómetros. Avanzó cojeando, con un bastón en forma de «t» en cada mano. Dios, cómo odiaba el sonido del maldito bastón.

Las piernas le dolían muchísimo y necesitaba el Novril. A veces pensaba que valdría la pena estar allí con Annie sólo para conseguir la droga. Los médicos habían ido reduciendo las dosis. El sustituto era el alcohol y cuando llegase al apartamento tomaría un bourbon doble.

Luego miraría durante un rato la pantalla en blanco de su procesador de textos. Qué divertido, el pisapapeles de quince mil dólares de Paul Sheldon.

Tenía que sacar la llave del bolsillo sin que se le cayeran los bastones ni el sobre donde llevaba las galeradas. Apoyó éstos en la pared. Mientras lo hacía, las galeradas fueron a parar a la alfombra. El paquete se abrió.

—¡Mierda! —gruñó, y los bastones se derrumbaron con un claqueteo que aumentaba la diversión.

Paul cerró los ojos balanceándose precariamente en sus piernas torcidas esperando a ver si se enfurecía o si empezaba a llorar. No quería llorar en el pasillo, pero tal vez lo haría. Ya lo había hecho antes. Las piernas le dolían constantemente y necesitaba la droga, no la aspirina que le daban en el

dispensario del hospital. Quería su droga «buena», la de Annie. Y además, estaba siempre tan cansado… Lo que necesitaba para levantarse no eran esos asquerosos bastones, sino sus juegos de ficción y sus historias. Ellos eran las buenas drogas, el pinchazo que nunca fallaba, pero habían huido. Parecía que la hora de jugar se había terminado para siempre.

«Así es el final —pensó abriendo la puerta y entrando en el apartamento dando tumbos—. Por eso es por lo que nadie escribe sobre ello. Es demasiado aburrido. Ella tenía que haber muerto después de que le rellené la cabeza de papel en blanco y páginas descartadas. Debí haber muerto entonces yo también. En aquellos momentos, éramos verdaderamente personajes en uno de los culebrones de Annie. Nadie era gris, sólo blanco o negro, bueno o malo. Yo era Geoffrey y ella la diosa abeja de los bourkas. Esto… bueno, he oído hablar de desenlaces, pero éste es ridículo. ¡Que se joda la mierda del suelo! Primero a beber y luego a recoger. Primero a ser un niño malo y…»

Se detuvo. Tuvo tiempo de darse cuenta de que el apartamento estaba demasiado oscuro. Y había un olor… Conocía ese olor, una mezcla mortal de suciedad y de polvos faciales.

Annie salió de detrás del sofá como un fantasma blanco, vestida con uniforme de enfermera y cofia. Llevaba el hacha en la mano y gritaba:

—¡Es hora de aclarar, Paul! ¡Es hora de aclarar!

Él gritó, tratando de girar sobre sus piernas estropeadas. Ella saltó por encima del sofá con una fuerza torpe. Parecía una rana albina. Su uniforme almidonado crujía. El primer hachazo no hizo más que provocar una ráfaga de viento sobre él. Eso fue lo que intuyó hasta que cayó sobre la alfombra oliendo su propia sangre. Bajó los ojos y vio que lo había partido casi por la mitad.

—¡Aclarar! —gritó ella, y le cortó la mano derecha.

—¡Aclarar! —volvió a exclamar, y le cortó la izquierda.

Se arrastró hacia la puerta abierta con los muñones de sus muñecas sangrando. Aún estaban allí las galeradas que Charlie le había dado en el almuerzo en Mr. Lee's, extendiendo el sobre en la mesa con mantelería de un blanco deslumbrante mientras Muzak sonaba en los altavoces.

«Annie, puede leerlo ahora», trató de gritar, pero no pudo pronunciar la frase porque su cabeza voló y rodó hasta la pared. Lo último que vio del mundo fue su propio cuerpo derrumbándose y los zapatos blancos de Annie junto a él.

«Diosa», pensó, y murió.

4

Guión: Escrito en que, concisa y ordenadamente, se han apuntado algunas cosas que uno se propone desarrollar después. Argumento para una obra de cinematógrafo con todos los pormenores para su realización.

Escritor: Persona que escribe. Autor de obras escritas o impresas.

Ficción: Invención imaginativa.{16}

5

Paulie, ¿puedes?

6

Sí, claro que podía. El guión del escritor era que Annie aún vivía, aunque entendía que esto era sólo ficción.

7

Realmente fue a comer con Charlie Merrill. La conversación fue la misma. Sólo que, al entrar en su apartamento, sabía que era la mujer de la limpieza la que había levantado las alfombras y aunque se cayó y tuvo que coñtener un grito de terror cuando Annie se alzó como un Caín de detrás del sofá, sólo era el gato, un siamés bizco llamado *Dumpster* que había encontrado el mes anterior en la perrera.

Annie no estaba porque Annie no era una diosa, sino una loca que le había torturado por sus propias e inescrutables razones. Annie había conseguido sacar de su boca la mayor parte del papel y salió por la ventana mientras Paul dormía. Logró llegar al establo y allí se derrumbó. Estaba muerta cuando Wicks y McKnight la encontraron, pero no por estrangulación, ni asfixia. Había fallecido a consecuencia de la fractura de cráneo producida al resbalar y golpearse con la repisa de la chimenea. Así que, en cierto modo, la había matado la máquina de escribir que Paul había odiado tanto.

Pero había hecho planes para él. Esta vez ni siquiera le bastaría el hacha.

La habían encontrado fuera de la porqueriza de *Misery* con una mano agarrando el mango de un serrucho.

Sin embargo, todo eso pertenecía al pasado. Annie Wilkes estaba en su tumba. Pero como Misery Chastain, descansaba allí inquieta. Él la desenterraba una y otra vez en sus sueños y en sus fantasías cuando estaba despierto. No se podía matar a una diosa. Se la podía emborronar temporalmente con bourbon, pero eso era todo.

Fue al bar y contempló la botella; luego miró hacia donde estaban las galeradas y las muletas. Echó un vistazo de despedida a la bebida y volvió a sus

cosas.

8

Aclarar…

9

Media hora más tarde estaba sentado frente a la pantalla en blanco pensando en que debía de ser un auténtico masoquista. Había tomado una aspirina en lugar de una copa, pero eso no alteraba lo que iba a pasar. Permanecería allí sentado durante quince minutos o quizá media hora, mirando la pantalla que brillaba en la oscuridad; luego apagaría la máquina e iría en busca de aquella copa.

Sólo que…

Sólo que había visto algo gracioso de camino a casa después de la comida con Charlie, y eso le dio una idea. No era una gran idea, al fin y al cabo, no fue más que un pequeño incidente: un chico que empujaba un carro de supermercado por la Calle 48, eso era todo; pero en el carro había una jaula y en la jaula un animal bastante grande y peludo, que Paul al principio confundió con un gato.

Una mirada atenta le permitió descubrir que tenía una ancha franja en el lomo.

—Muchacho —le dijo al chico—, ¿es eso una mofeta?

—Sí —respondió, y empujó el carro un poco más rápido. En la ciudad, uno no puede detenerse a conversar con la gente. Sobre todo, si se trata de tipos con aspecto extraño que tienen ojeras monstruosas y que van cojeando con bastones de metal. El muchacho dobló la esquina y desapareció.

Paul siguió deseando coger un taxi, pero debía caminar al menos kilómetro y medio cada día, a pesar del dolor. Para olvidarse del kilómetro, se dedicó a preguntarse de dónde habría salido ese chico, de dónde habría salido el carro y, sobre todo, de dónde habría salido la mofeta.

Oyó un ruido tras él y se volvió para ver a Annie Wilkes salir de la cocina vestida con una camisa de leñador roja de franela, pantalón vaquero y el serrucho en las manos.

Cerró los ojos, los abrió, no vio nada y de repente se enfureció. Volvió al procesador de textos y escribió apresurado, casi aporreando las teclas:

1

El chico oyó un sonido en la parte trasera del edificio y a pesar de que cruzó por su mente el pensamiento de las ratas, dobló la esquina de todos modos. Era demasiado temprano para regresar a casa, porque el colegio no terminaba hasta dentro de una hora y media y él había hecho novillos a la hora de la comida.

Lo que vio encogido junto a la pared en el polvoriento rayo de sol no era una rata sino un enorme gato negro con la cola más esponjada que había contemplado en su vida.

Se detuvo con el corazón latiendo de pronto a toda marcha.

«Paulie, ¿puedes?», pensó.

Ésa era una pregunta que no se atrevía a contestar. Volvió a inclinarse sobre el teclado y al cabo de un momento empezó a golpear las teclas, aunque con más suavidad.

11

No era un gato. Eddie Desmond había vivido siempre en la ciudad de Nueva York; pero había ido al zoológico del Bronx y… Bueno, también había libros con fotografías, ¿no? Sabía lo que era aquello, aunque no tenía la menor idea de cómo algo así podía haber llegado a aquel edificio desierto de la Calle 105, sin embargo la larga franja blanca de su espalda lo delataba sin remedio. Era una mofeta.

Eddie empezó a acercarse poco a poco, con los pies rechinando en el polvo del suelo…

12

Podía… Podía…

Así que, agradecido y aterrorizado, lo hizo. El agujero se abrió y Paul miró lo que había allí sin darse cuenta de que sus dedos iban cada vez más deprisa, sin apercibirse de que sus piernas doloridas estaban en la misma ciudad, pero a cincuenta manzanas de distancia, sin notar que, mientras escribía, estaba llorando.

Lovell, Maine: 23 de septiembre de 1984/Bangor, Maine, 7 de octubre de 1986: «Ahora ya he contado mi historia.»

Notas

{1} Vertiente occidental de las Montañas Rocosas. (N. de la T.)

{2} Malvado, desgraciado, bruja y tortuoso. (N. de la T.)

{3} Juego de palabras intraducible. Monger: traficante, admite otros vocablos para formar palabras compuestas. Así, dartmonger significa traficante de dardos. Whore significa puta. (N. de la T.)

{4} Tradicionalmente, el diccionario más completo y fiable de inglés norteamericano. (N. de la T.)

{5} En béisbol, el jugador que ocupa el campo exterior. (N. de la T.)

{6} Carrera completa en el mismo deporte. (N. de la T.)

{7} Literalmente, campo del oeste. Se da el nombre al estilo peculiar de las viviendas campesinas de esta región inglesa. (N. de la T.)

{8} En el argot cinematográfico, nombre que se da a las escenas que dejan al espectador en suspense. Literalmente, colgados de un precipicio. (N. de la T.)

{9} Especie de salchichón pequeño y delgado. (N. de la T.)

{10} Literalmente, *los tontos de abril*, ese día se celebra tradicionalmente gastando bromas al estilo del día de los Inocentes de los países hispanos. Existe la creencia popular de que los nacidos en ese día suelen estar un poco chiflados. (N. de la T.)

{11} En inglés, la pareja casada se menciona omitiendo el nombre y apellido de la mujer. (N. de la T.)

{12} Juego de palabras con Misery; desgracia, infortunio, miseria. (N. de la T.)

{13} Se refiere al sustantivo *misery*, ya citado. El llego de significados en el

resto del párrafo resulta intraducible. (N. de la T.)

{14} Sombrero que lleva la Policía Montada de Canadá y la de algunos otros Estados. Con él aparece *Smokey Bear*, osito símbolo de las campañas contra los incendios forestales. (N. de la T.)

{15} Paraíso del barco de vapor. (N. de la T.)

{16} En esta relación, el autor utiliza los vocablos scenario, writer y makebelieve con la referencia del Webster's New Collegiate. Las definiciones en castellano corresponden al Diccionario ideológico de la lengua española de Julio Casares. (N. de la T.)



Stephen King nació en Portland, Maine, en 1947. Estudió en la universidad de su estado natal y después trabajó como profesor de literatura inglesa. Es el maestro indiscutible de la narrativa de terror contemporánea, sobrepasando los treinta libros publicados. Entre sus títulos más célebres cabe destacar *El misterio de Salem's Lot*, *El resplandor*, *La zona muerta*, *Ojos de fuego*, *It*, *Maleficio* y *La milla verde*. Su novela más reciente es *La historia de Lisey*, y sus últimas apariciones en DeBOLSILLO han sido la inédita *Colorado Kid* y la entrega final de las aventuras de Roland y sus compañeros de ka-tet, *La torre oscura VII*. King reside actualmente entre Florida y Maine con su mujer Tabitha, también novelista. No tienen teléfono móvil.